

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXX

Nº8

SEPTIEMBRE 2007



NUESTRA PORTADA:

San Rosendo, abad de Celanova.

Tabla del coro bajo de la iglesia del monasterio de San Salvador
Parroquia de San Rosendo de Celanova

“Y una vez celebrados los funerales de Franquila, san Rosendo es elegido por los monjes abad, pasando a desempeñar las funciones abaciales, aunque sin perder las episcopales.”

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXX

Septiembre 2007

Nº 8

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Carta del Sr. Obispo con motivo del Domund 2007	1235
Actividades del Sr. Obispo.....	1239

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	1243
Defunciones.....	1244
Vicaría de Pastoral	
Delegación de liturgia. “ <i>Conclusión: la riqueza espiritual del domingo y el compromiso de mantener su celebración</i> ” (“ <i>Dies Domini</i> ”) (XI)	1246

IGLESIA EN ESPAÑA

Nota de prensa de la CEE	1253
Nota de la oficina de información de la CEE: <i>La Iglesia desea que se ayude a todos los niños</i>	1255
Documento <i>La escuela católica, oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI</i>	1255
Nota de prensa de la CCVI Reunión de la Comisión Permanente de la CEE.....	1289

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	1295
Audiencias Generales.....	1298
Cartas.....	1314
Discursos.....	1324
Homilías	1336
Mensajes	1346
Viaje Apostólico a Loreto	1351
Viaje Apostólico a Austria	1367
Santa Sede	
Secretaría de Estado. Discurso del cardenal Bertone a los obispos de Perú durante su visita oficial en nombre del Papa tras el terremoto	1405
Homilía del Cardenal, Tarsicio Bertone, durante la Misa en el encuentro de los Obispos nombrados en los últimos doce meses	1415
Congregación para la Doctrina de la Fe. Respuestas a algunas preguntas de la Conferencia Episcopal Estadounidense sobre la alimentación e hidratación artificiales	1420
Pontificio Consejo para el diálogo interreligioso. Mensaje en la conclusión del Ramadán	1421

CRÓNICA DIOCESANA

Septiembre.....	1425
-----------------	------



LA VOZ DEL PRELADO

CARTASCarta del Sr. Obispo
con motivo del Domund 2007

“No dejéis de llevar vuestro pensamiento y vuestra preocupación hacia las inmensas necesidades espirituales de tantos pueblos todavía tan alejados de la verdadera fe...”

(*Fidei Donum*, 13)

Queridos hermanos:

Celebramos en este año el 50º aniversario de la carta-encíclica **Fidei Donum** del Papa Pío XII, con la que se promovió y animó la cooperación entre las Iglesias para la misión ad gentes. Esta encíclica continúa teniendo vigencia en nuestros días para la orientación en la tarea evangelizadora de nuestra Madre Iglesia, como nos lo recordó recientemente nuestro Santo Padre, Benedicto XVI.

Estamos próximos a celebrar la Jornada Mundial de las Misiones. Es una nueva oportunidad que la Iglesia nos ofrece para reflexionar, a la luz del Evangelio y ante el mundo en que vivimos, cuál es nuestra preocupación por aquellos que aún no conocen la Palabra de Dios.

No hace muchos días, leía en un semanario católico de información un

titular que nos recordaba: “la fe necesita la misión”. Esta frase está entresacada de la noticia de uno de los últimos encuentros del Santo Padre Benedicto XVI con un grupo de jóvenes en Castelgandolfo. El Papa motivaba a aquellos jóvenes a que continuasen su tarea de compromiso y servicio a la Iglesia, cada uno desde su situación particular, siempre guiados por la cruz de Jesucristo.

Los jóvenes que se encontraban con el Papa salieron apoyados y fortalecidos para un mayor compromiso de entrega en la Iglesia. Nosotros, seamos jóvenes o mayores, consagrados o laicos, no podemos perder de vista el mandato del Señor: “*id y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado...*” (Mt. 28, 19-20)

Este mandato que Jesús dirigía a sus apóstoles es ahora para cada uno de nosotros, los que hemos sido bautizados con el agua y el Espíritu y formamos parte de la gran familia de los hijos de Dios. Es el mandato misionero que nos compromete a todos.

El lema del DOMUND de este año, “Dichosos los que creen”, está sacado

de aquel pasaje del Evangelio en el cual Jesús resucitado se le aparece al apóstol Tomás para, amándole profundamente, recriminarle su falta de fe: *“...acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente... ¡Señor mío y Dios mío!... Dichosos los que creen sin haber visto.”* (Jn. 20, 24-29)

A veces, en la vida, actuamos como santo Tomás, no fiándonos del Señor, de lo que Dios quiere para mí. Otras veces miramos para nosotros mismos y no oteamos al horizonte para descubrir al hermano solo y desamparado, al hombre sufriente que no tiene un mendrugo de pan que llevarse a la boca o un poco de agua para saciar su sed.

En nuestro mundo hay hambre y sed. También mucha hambre y sed de Dios. Hambre de Eucaristía y sed de escucha de la Palabra de Dios.

Las Obras Misionales Pontificias promueven la evangelización de los pueblos; son una institución de la Iglesia cuyo objetivo es apoyar la actividad misionera en las regiones no cristianas. Tienen la finalidad de alentar

la conciencia misionera del Pueblo de Dios y de favorecer la cooperación entre las Iglesias por medio de la oración, el recíproco intercambio de vocaciones misioneras y la ayuda material de las comunidades cristianas en favor de los más necesitados.

El DOMUND es una nueva oportunidad que se nos ofrece para orar por los misioneros y por las gentes a los que ellos han sido enviados a evangelizar y, también, para mostrar nuestra generosidad con aquéllos más desfavorecidos de nuestro mundo. *“Misionera desde su origen, la santa Iglesia no ha cesado... de dirigir a sus hijos una triple invitación: a la oración, a la generosidad y, para algunos a la entrega de sí mismos.”* (Fidei Donum, 13).

Os invito a manifestar, un año más, vuestro compromiso misionero, como lo hacéis siempre.

Os saluda y bendice vuestro Obispo.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Carta del Sr. Obispo con motivo del Domund 2007

“Non deixedes de leva-lo voso pensamento e a vosa preocupación cara as inmensas necesidades espirituais de tantos pobos aínda tan afastados da verdadeira fe...”
(Fidei Donum, 13)

Queridos irmáns:

Celebramos neste ano o 50º aniversario da carta-encíclica **Fidei Donum** do Papa Pío XII, coa que se promoveu e animou a cooperación entre as Igrexas para a misión ad xentes. Esta encíclica continúa tendo vixencia nos nosos días para a orientación na tarefa evanxelizadora da nosa Nai Igrexa, como nolo lembrou recentemente o noso Santo Pai, Benedicto XVI.

Estamos próximos a celebra-la Xornada Mundial das Misións. É unha nova oportunidade que a Igrexa nos ofrece para reflexionar, á luz do Evanxeo e ante o mundo en que vivimos, cal é a nosa preocupación por aqueles que aínda non coñecen a Palavra de Deus.

Non fai moitos días, lía nun semanario católico de información un titular que nos lembraba: “a fe precisa a misión”. Esta frase está entresacada da noticia dun dos últimos encontros do Santo Pai, Benedicto XVI, cun grupo de mozos en Castelgandolfo. O Papa motivaba a aqueles mozos a que continuasen a súa tarefa de compromiso e servizo á Igrexa, cada un dende a súa situación particular, sempre guiados pola cruz de Xesus Cristo.

Os mozos que se encontraban co Papa saíron apoiados e fortalecidos para un maior compromiso de entrega na Igrexa. Nós, sexamos mozos ou maiores, consagrados ou leigos, non

podemos perder de vista o mandato do Señor: *“ide e facede discípulos a tódalas xentes, bautizándoas no nome do Pai e do Fillo e do Espírito Santo e ensinándolles a gardar todo o que eu vos mandei...”* (Mt. 28, 19-20)

Este mandato que Xesús dirixía ós seus apóstolos é agora para cada un de nós, os que fomos bautizados coa auga e o Espírito e formamos parte da gran familia dos fillos de Deus. É o mandato misioneiro que nos compromete a todos.

O lema do DOMUND deste ano, “Ditosos os que cren”, está sacado daquela pasaxe do Evanxeo no cal Xesús resucitado aparecésele ó apóstolo Tomé para, amándoo fundamente, recriminarlle a súa falta de fe: *“... achega o teu dedo e comproba as miñas mans; achega a túa man e métea no meu custado. E non sexas incrédulo, senón crente... ¡Señor meu e Deus meu!... Ditosos os que cren sen ver.”* (Xn. 20, 24-29)

A veces, na vida, actuamos como santo Tomé, non nos fiando do Señor, do que Deus quere para min. Outras veces ollamos para nós mesmos e non outeamos ó horizonte para descubrir ó irmán só e desamparado, ó home sufrinte que non ten unha codia de pan que se levar á boca ou un pouco de auga para sacia-la súa sede.

No noso mundo hai fame e sede. Tamén moita fame e sede de Deus.

Fame de Eucaristía e sede de escoita-la Palabra de Deus.

As Obras Misionais Pontificias promoven a evanxelización dos pobos; son unha institución da Igrexa cuxo obxectivo é apoia-la actividade misioneira nas rexións non cristiás. Teñen a finalidade de alenta-la conciencia misioneira do Pobo de Deus e de favorece-la cooperación entre as Igrexas por medio da oración, o recíproco intercambio de vocacións misioneras e a axuda material das comunidades cristiás en favor dos máis precisados.

O DOMUND é unha nova oportunidade que senos ofrece para

orar polos misioneiros e polas xentes ós que eles foron enviados a evanxelizar e, tamén, para amosa-la nosa xenerosidade con aqueles máis desfavorecidos do noso mundo. *“Misioneira dende a súa orixe, a santa Igrexa non cesou... de dirixir ós seus fillos unha tripla invitación: á oración, á xenerosidade e, para algúns a entrega de si mesmos.”* (Fidei Donum, 13).

Convídivos a manifestar, un ano máis, o voso compromiso misioneiro, como o facedes sempre.

Vos saúda e bendí o voso Bispo.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

SEPTIEMBRE

- Día 1: Preside la Celebración a los jóvenes que peregrinaron durante la noche al Santuario de la Virgen de los Milagros.
Preside la Celebración Eucarística en Catedral de Mondoñedo a los fieles del Arciprestazgo de Celanova que peregrinaron a la sede episcopal de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Día 2: Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de los Milagros con motivo de la Novena a la Virgen de los Milagros.
Preside la Celebración Eucarística en Ventas da Capilla con motivo de las recientes obras realizadas en la iglesia.
- Día 4: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles de la Parroquia de Verín que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. José Iglesias Mojón en la Parroquia de Santa María de Tioira.
- Día 6: Reunión del Consejo Episcopal.
Preside la Celebración Eucarística en la Capilla de los Remedios de la ciudad con motivo de la Novena a la Virgen.
- Día 7: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles y a los miembros de la Asociación Galaico-Portugalense que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
Preside la Novena en honor a la Virgen en el Santuario de los Remedios de Villamaior.
Preside el Santo Rosario de antorchas en el Santuario de los Milagros.
- Día 8: Preside la Procesión y Celebración Eucarística en la Parroquia de Santo Domingo de Ribadavia con motivo de la fiesta de la Natividad de la Virgen bajo la advocación del Portal.
- Día 9: Concelebración Eucarística en la parroquia de San Justo y Pastor de Avión presidida por el Emmo. y Rvdm. Sr. D. Norberto Rivera Carrera, Cardenal de Mexico.
- Días 10-12: Asiste a la “XV Semana da Formación Permanente dos cregos de Galicia” en el Monasterio de Poio.

- Día 12: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Modesto Alonso Álvarez en la Parroquia de San Facundo de Cea.
- Día 13: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa María de Mirallos con motivo de la Novena a Virgen de la Salud.
- Día 14: Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Vilanova dos Infantes con motivo de la Novena a la Virgen del Cristal.
- Día 15: Bendición e inauguración del Pazo de Guizamonde del Proxecto Home de Galicia.
- Día 16: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Jorge de Acebedo do Río con motivo del comienzo de la Novena a San Cipriano.
- DIA 17: Preside la Procesión y Eucaristía en la Parroquia de San Cipriano y Vera Cruz de Carballiño con motivo de la fiesta de su Patrono.
- Días 17-18: Asamblea conjunta de Obispos y Superiores/as Mayores de Galicia en el Monasterio de Poio.
Reunión de la Provincia Eclesiástica de Galicia.
- Día 18: Preside la Celebración Eucarística en la Capilla de Nuestra Señora de A Saleta en la víspera de su fiesta.
- Día 19: Asiste a la presentación de un libro sobre la emigración en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 21: Preside la Celebración Eucarística en el Asilo de ancianos de San José de Rairo con motivo del 50º aniversario de la fundación de la asociación Amigos del Asilo.
- Día 22: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova al Instituto Secular de las Aliadas de Galicia, a los miembros de la Legión de María y de San Vicente de Paúl que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Día 23: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Amadeo Domínguez López en la Parroquia de San Torcuato de Allariz.
- Día 24: Preside la Celebración Eucarística en el Centro Penitenciario de Pereiro de Aguiar con motivo de la fiesta de la Virgen de la Merced, Patrona de las Instituciones Penitenciarias.
- Día 25: Reunión del Consejo Episcopal.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdm. Sr. D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo de Ourense, ha realizado los siguientes nombramientos:

Con fecha **1 de septiembre de 2007**:

Rvdo. Sr. D. Julio Grande Seara, Administrador parroquial de Santiago de Carracedo, Nuestra Señora del Pilar de los Peares, Santa María de Beacán, San Julián de Celaguantas.

Rvdo. Sr. D. Francisco Manuel Martín López, Capellán de las Misioneras del Divino Maestro de la Comunidad del Colegio del Divino Maestro.

Rvdo. Sr. D. Francisco Soto Domínguez, Administrador parroquial de San Bartolomé de Chaveán.

Rvdo. Sr. D. José Mario Crespo Fernández, Administrador parroquial de Santa María de Castrelo de Caldelas, Santa María de Vilardá, Santa María de Mazaira, Santa María de Medos, Santiago de Tronceda.

Con fecha **17 de septiembre de 2007**:

Rvdo. Sr. D. José Benito González Campos, Adscrito a la parroquia de Cristo Rey.

Rvdo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez, Secretario del Consejo Episcopal.

Con fecha **19 de septiembre de 2007**:

Rvdo. Sr. D. Evaristo Rúa Prieto Delegado diocesano de Cáritas.

Rvdo. Sr. D. José Ramón Domínguez Castro, Administrador parroquial de San Miguel de Canedo.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. José Iglesias Mojón.** Falleció el día 3 de septiembre de 2007, a los 80 años de edad. Había nacido el 26 de octubre de 1926 en Santa María de Razamonde. Fue ordenado presbítero el 17 de junio de 1951. Desempeñó los siguientes cargos y oficios: Párroco de Venceás, Santo Tomé y administrador parroquial de Galez, San Fiz del 12/08/1952 al 01/09/1954; Párroco de Bóveda da Limia, Santa María y administrador parroquial de Padreda, San Miguel del 01/09/1954 al 05/10/1959. Párroco de Couso de Avión, Santa María y administrador parroquial de Baíste, Sta. María del 06/10/1959 al 20/12/1968. En 1968 pasó a ser párroco de Xunqueira de Espadañedo, Santa María y administrador parroquial de Asadur, Sta. Mariña de Costa (A), Santiago hasta 1979 en que fue nombrado párroco de Trasestrada, San Estevo y administrador parroquial de Piornedo, Santa Eufemia hasta el 09/04/1985. El año 1985 pasa a ser párroco de Montederramo, Santa María y administrador parroquial de las parroquias de Montederramo, San Cosme, Marrubio, San Andrés y Sas do Monte, San Pedro hasta el 30/09/1992, fecha de su jubilación. Fue enterrado en la parroquia de Santa María de Tioira.

+ **Rvdo. Sr. D. Modesto Alonso Álvarez** (Párroco de San Pedro de Garabás). Falleció el día 10 de septiembre de 2007, a los 86 años de edad. Había nacido D. Modesto en Cea el 20 de septiembre de 1920. Recibió la ordenación sacerdotal el 22 de mayo de 1947. Desempeñó los siguientes cargos y oficios: Párroco de Moldes, San Mamede y Administrador Parroquial de Astureses, S. Xiao del 05/10/1949 al 15/10/1952. En 1952 fue nombrado párroco de Toén, Santa María y encargado de la parroquia de Trelle, Santa María hasta el año 1956 en que pasó a párroco de Feás, San Antón hasta el 22/06/1963, pasando en esta fecha a párroco de Alongos, S. Martiño y administrador de las parroquias de Untes, San Estevo de Feá, Santa Marina y de Xestosa, Santa María hasta el año 2002, año en que asume, después de haberse jubilado y como administrador la

parroquia de Garabás, San Pedro donde residía y donde falleció. Fue enterrado en su parroquia de origen, san facundo de Cea.

+ Rvdo. Sr. D. Amadeo Domínguez López (Párroco de San Torcuato de Allariz). Fallecido en San Torcuato el día 22 de septiembre de 2007, a los 82 años. Había nacido el 25 de febrero de 1925 en San Amaro; siendo ordenado presbítero el 3 de julio de 1950. Desempeñó los siguientes cargos y oficios: Párroco de Santa María de Rebordechao del 15/07/1950 al 27/07/1953, pasando entonces a Párroco de San Mamede de Moldes, hasta el años 1956; en este año pasó a Párroco de San Martín de A Mezquita y administrador Parroquial de San Simón de Santigoso, donde estuvo hasta 07/10/1959, fecha en la que fue nombrado párroco de San Torcuato de Allariz y Administrador Parroquial de las parroquias de San Martín de Pazó, Santa María de Corbillón y San Andrés de Zarracós. Fue enterrado en el panteón familiar de San Martín de Beariz.

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DE LITURGIA

CONCLUSIÓN: LA RIQUEZA ESPIRITUAL DEL DOMINGO Y EL COMPROMISO DE MANTENER SU CELEBRACIÓN ("Dies Domini" nn 81-87) (XI)

La riqueza espiritual y pastoral del domingo es muy grande, tal como nos la ha transmitido la tradición. El domingo "es como una síntesis de la vida cristiana y una condición para vivirla bien" (DD 81). Por eso, su observancia significa tanto para la Iglesia y es una verdadera obligación dentro de la disciplina eclesial.

Pero la observancia del domingo debe sentirse antes que como un precepto, como una *exigencia inscrita* profundamente en la existencia cristiana.

Es sumamente importante que cada fiel *se convenza* "de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, sin tomar parte regularmente en la asamblea eucarística dominical" (DD 81). En la Eucaristía *se lleva a cabo* la plenitud del culto que los hombres deben a Dios y que *no es comparable* con ninguna otra experiencia religiosa. Esto se plasma de modo más eficaz en la celebración dominical de toda la comunidad, "fuente sacramental perenne de redención" (DD 81). La gracia que mana de la Eucaristía renueva a los hombres, la vida y la historia.

Convencidos firmemente en la fe sobre la eficacia del domingo y la Eucaristía, conscientes del patrimonio de valores incluso humanos insertados en la práctica dominical, los cristianos actuales deben enfrentarse a "la atracción de una cultura que ha conquistado favorablemente las exigencias de descanso y de tiempo libre" (DD 82), pero vividas con frecuencia de modo superficial y seducida por estilos de diversión moralmente discutibles. El cristiano se siente solidario, en cierto modo, con los demás en gozar del día de reposo semanal. Pero al mismo tiempo, "tiene viva conciencia de la novedad y originalidad del domingo" (DD 82), día en que debe celebrar su salvación y la de la entera humanidad. Si el domingo comporta alegría y descanso es porque es el "día del Señor" resucitado.

Es preciso que los cristianos demos testimonio claro de la *novedad* que entraña nuestra celebración. Sin Cristo resucitado presente y en el centro, el domingo no tiene sentido para nosotros. Nuestro domingo tiene una *originalidad* que brota toda ella de la resurrección de Cristo. De ahí y de la Eucaristía, celebración sacramental de su Pascua, brota la alegría, el descanso,

la caridad en todas sus formas, la realización humana en aspectos creativos, etc.

Redescubierto y vivido de este modo el domingo “es como el alma de los otros días” (DD 83) y en este sentido dice Orígenes que el cristiano perfecto “está siempre en el día del Señor, celebra siempre el domingo” (DD 83), vive siempre la fiesta. “El domingo es una auténtica escuela, un itinerario permanente de pedagogía eclesial” (DD 83). La Iglesia es Madre y Maestra, de modo especial, en el itinerario de domingo a domingo mediante la reunión, la Palabra de Dios, la gran oración eucarística, la comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor y la misión al mundo.

Es una pedagogía insustituible en las condiciones de la sociedad actual, marcada por la fragmentación y el pluralismo cultural. En muchas partes del mundo se da la condición de un cristianismo de la “diáspora” o dispersión con grandes dificultades para reunirse los fieles. En este contexto, el poder encontrarse en domingo con los hermanos en la fe, intercambiando los dones de la fraternidad, es una ayuda irrenunciable (DD 83).

El domingo, sostén de la vida cristiana tiene “un valor de testimonio y de anuncio” (DD 84). Con la oración, la comunión y la alegría irradia vida y esperanza. Anuncia que el tiempo penetrado por el Resucitado

y Señor de la historia, no mata nuestras ilusiones, sino la cuna de un futuro nuevo, la oportunidad donada para transformar los momentos fugaces de esta vida en semillas de eternidad. El domingo invita a mirar hacia delante; día en que la Iglesia clama a Cristo su “Marana tha” (1 Co 16, 22). Con este clamor el domingo acompaña y sostiene la esperanza de los hombres. Y de domingo en domingo la Iglesia, iluminada por Cristo, camina hacia el domingo sin fin, cuando se completará en todas sus facetas la mística Ciudad de Dios (Cfr. Ap 21, 23).

“En esta tensión hacia la meta, la Iglesia es sostenida y animada por el Espíritu” (DD 85). Él despierta su memoria y actualiza el acontecimiento de la Resurrección para cada tiempo. Es “el don interior” que realiza la comunión de los hermanos con el Resucitado en un solo cuerpo reavivando la fe, derramando la caridad y reanimando la esperanza. El Espíritu está presente en cada día de la Iglesia, viene generosamente con sus dones; pero en la reunión dominical la Iglesia se pone especialmente a su escucha y camina con él hacia Cristo, deseando ardientemente su retorno glorioso (Cfr. Ap 22, 17). El Papa ha pensado en la exhortación sobre el domingo para el año del Espíritu Santo, en la preparación del Jubileo (DD 85).

La virgen María, sin quitar nada al papel central de Cristo y de su Espíritu, está presente en cada domingo de la

Iglesia. Ella es Madre del Señor y de la Iglesia, por eso ha de estar presente por un título especial en el domingo (DD 86).

Los fieles que escuchan la Palabra de Dios el domingo, miran a María para aprender a conservarla y meditarla en el corazón (Cfr Lc 2, 19). Con ella, los fieles aprenden a estar junto a la cruz para ofrecer el sacrificio de Cristo al Padre, uniendo su propia vida al mismo. Con María viven el gozo de la resurrección apropiándose de las palabras del “Magnificat”, que cantan la misericordia de Dios en el discurrir incesante del tiempo. Domingo a domingo, el pueblo de Dios camina peregrinante siguiendo a María y su intercesión maternal hace especialmente intensa y eficaz la oración de la Iglesia a la Trinidad (DD 86).

Pasará el Jubileo, de hecho ya pasó, pero “el domingo, con su `solemnidad´ ordinaria, seguirá marcando el tiempo de la peregrinación de la Iglesia hasta el domingo sin ocaso” (DD 87). Juan Pablo II exhortaba a los obispos y sacerdotes “a actuar incansablemente, junto con los fieles, para que el valor de este día sacro sea reconocido y vivido cada vez mejor. Esto producirá sus frutos en las comunidades cristianas y ejercerá benéficos influjos en toda la sociedad civil” (DD 87).

El Papa desea que todos los hombres y mujeres del siglo XXI, al encontrarse con la Iglesia que celebra con gozo

el misterio del que brota su vida entera, puedan encontrar también al mismo Cristo resucitado. Y que los cristianos renovándose siempre en la Pascua semanal, sean anunciadores cada día “más creíbles del Evangelio y constructores activos de la civilización del amor” (DD 87).

Preguntémosnos:

Los *pastores* ¿formamos a los fieles para observar el domingo más que como un precepto, como una exigencia inscrita en la existencia cristiana? ¿Qué argumentos o razones aportamos en la catequesis para ello?

¿Cómo llevar a los fieles al convencimiento de que no se puede vivir la fe, participando plenamente en la vida de la comunidad sin participar regularmente en la Eucaristía dominical?

¿Cómo aceptar las exigencias de la cultura del ocio y tiempo libre sin caer en la superficialización de la vida o en una diversión que desintegra los verdaderos valores de la persona?

¿Cómo hacer para descubrir y ayudar a vivir la *novedad y originalidad* del domingo cristiano, como día de la Resurrección del Señor?

¿Hemos descubierto la celebración del domingo como una verdadera *escuela, un itinerario pedagógico constante* para el desarrollo de todos los valores y actitudes humanas y cristianas?

¿Descubrimos también el domingo como *día de testimonio y anuncio*? El testimonio versa sobre la fe que profesamos y el anuncio mira a la meta definitiva que esperamos en la Ciudad definitiva.

¿Entendemos el papel del Espíritu Santo en la Iglesia, en el “día del Señor”? Es la memoria permanente de la Iglesia, evoca y hace presente a Cristo resucitado, conduce a él, realiza la comunión de todo el Cuerpo de Cristo y ora con la Iglesia para que Jesús venga definitivamente. Los *pastores*

¿catequizan también sobre este aspecto del domingo?

¿Conocemos e interiorizamos el papel de la Virgen María en la vida de la Iglesia en el domingo? ¿En qué líneas fundamentales lo podemos concretar?

¿Estamos convencidos de la importancia del domingo con su “solemnidad” ordinaria y que *marca el tiempo* de la peregrinación de la Iglesia hasta la vuelta definitiva del Señor? La Iglesia lo celebrará en este mundo hasta el fin.

Ramiro González Cougil
Delegado diocesano de Liturgia



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota de prensa

La Conferencia Episcopal Española ha puesto en marcha un Plan de Comunicación para informar a la sociedad sobre la labor de la Iglesia Católica en España y sobre el nuevo modelo de asignación tributaria, acordado con el Gobierno a finales de 2006. El proyecto promoverá una mayor corresponsabilidad de los católicos y de todos aquellos que valoran la labor de la Iglesia a la hora de colaborar en su sostenimiento económico.

Nuevo sistema de asignación tributaria a favor de la Iglesia Católica

El Acuerdo alcanzado entre la Iglesia y el Gobierno español, en diciembre de 2006, establece un nuevo sistema de asignación tributaria a favor de la Iglesia Católica en España. Desde enero de 2007, se ha pasado de un sistema mixto de dotación directa, con cargo a los presupuestos generales del Estado y de asignación tributaria, a un sistema exclusivo de asignación tributaria del IRPF: se elimina la dotación presupuestaria por parte del Estado, se incrementa el coeficiente de la renta del 0,5239% al 0,7% de la cuota íntegra de los contribuyentes que decidan, voluntariamente, asignar a la Iglesia Católica dicho porcentaje, y se suprime la exención del IVA.

Por tanto, a partir de ahora, el sostenimiento económico de la Iglesia Católica en España pasa a depender, única y exclusivamente, de los católicos y de quienes valoran la labor que ésta desarrolla en nuestro país. De este modo, sus fuentes principales de financiación serán las aportaciones periódicas y donaciones que realizan los fieles y el 0,7% de la cuota íntegra de los contribuyentes que marquen en su declaración de IRPF la casilla correspondiente.

Gestión profesional e independiente

En este contexto, la Conferencia Episcopal Española ha decidido abordar un completo Plan de Comunicación para el que ha seleccionado, mediante concurso, a Advise, consultora estratégica especializada en marketing, publicidad y comunicación, con el fin de que desarrolle el proyecto. El equipo de profesionales de Advise asesorará en la estrategia de actuación y seleccionará a los colaboradores para las diferentes áreas: publicidad, planificación y compra de medios, relaciones públicas, BTL, formación e Internet.

Por parte de la Conferencia Episcopal Española los trabajos serán coordinados

por la Oficina para el Sostenimiento de la Iglesia Católica, compuesta por Mons. D. **Antonio Algora**, Obispo de Ciudad Real y Obispo Responsable de la Oficina y el Rvdo. D. **Juan José Beltrán**, director del Secretariado para el Sostenimiento de la Iglesia. Junto a ellos, formando una comisión de seguimiento, les asesoran en los trabajos del Plan de Comunicación, Mons. D. **Juan del Río**, Obispo de Asidonia-Jerez y presidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, Mons. D. **Jesús Catalá**, Obispo de Alcalá y presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral, el P. **Juan Antonio Martínez Camino**, Secretario General y Portavoz de la CEE, D. **Fernando Giménez Barriocanal**, Vicesecretario para Asuntos Económicos, el Rvdo. D. **José María Gil Tamayo**, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, y D. **Isidro Catela**, Director de la Oficina de Información de la CEE.

El Plan de Comunicación, sobre el que ya se está trabajando, tendrá como primera acción concreta una campaña informativa en los medios, que se pondrá en marcha próximamente y de la que se informará en rueda de prensa.

La Iglesia Católica en España: una labor necesaria

La Iglesia Católica forma parte de la vida cotidiana de nuestro país. Su

labor contribuye de manera decisiva al crecimiento y desarrollo de la sociedad: está presente en los acontecimientos más importantes de la vida de quienes se acercan a Dios; presta atención humana a todos aquellos que lo solicitan; contribuye al desarrollo espiritual, cultural, educativo y social de la persona; impulsa el desarrollo y la evangelización de los pueblos en todo el mundo y de los colectivos más necesitados de nuestra sociedad, y mantiene el patrimonio cultural y artístico que conforman los diversos lugares de culto de los que es depositaria.

Esta labor se desarrolla gracias al trabajo de sacerdotes, obispos, religiosos y religiosas, misioneros y misioneras, y seglares, que a diario llevan a cabo su actividad en cerca de 23.000 parroquias; 900 monasterios de clausura; numerosas órdenes y congregaciones, 13.000 cofradías, hermandades y fundaciones; más de un centenar de centros hospitalarios; 128 ambulatorios y dispensarios; 876 casas para ancianos, enfermos crónicos, inválidos y minusválidos; cerca de 1.250 orfanatos y centros para la tutela de la infancia; 365 centros especiales de educación; 144 centros de caridad y sociales y 300 consultorios y centros para la defensa de la vida y la familia.

Madrid, 17 de septiembre de 2007

Nota de la Oficina de Información

La Iglesia desea que se ayude a todos los niños

Ante las informaciones aparecidas hoy en algunos medios de comunicación en las que se señala, a propósito de las declaraciones del Secretario General de la CEE en rueda de prensa, que “la Iglesia pide que las ayudas sólo sean para niños nacidos en circunstancias óptimas, con padre y madre conocidos” o que “los obispos piden que el Gobierno no dé ayudas a las madres solteras”, la Oficina de Información desea salir al paso de estas manipulaciones recordando que lo dicho por el P. **Martínez Camino** es que “la Iglesia desea que se ayude a todos los niños, independientemente de las condiciones en que hayan sido traídos al mundo. Para su dignidad personal no importan las condiciones en las que hayan sido

engendrados y por lo tanto hay que ayudarles a todos”.

Otra cosa distinta es que, como también subrayó el portavoz, la Iglesia defienda que, precisamente porque son, ante todo los derechos de los niños los que hay que tutelar, lo que se debe *promover* es que vengan al mundo en condiciones óptimas para ellos, es decir, en el seno de un matrimonio, con un padre y una madre que los quieran y los eduquen.

Las declaraciones del P. **Martínez Camino** pueden ser escuchadas y conocidas con toda exactitud en la página web de la Conferencia Episcopal.

Madrid, 28 de septiembre de 2007

LXXXIX Asamblea Plenaria de la CEE

La Escuela Católica. Oferta de la Iglesia en España para la Educación del Siglo XXI

ÍNDICE

I.- INTRODUCCIÓN

II.- RETOS QUE DEBE AFRONTAR LA ESCUELA CATÓLICA

Una sociedad en cambio

Una sociedad pluralista

Unas familias cuyos comportamientos no siempre están sintonía con la educación que se imparte en la escuela

Cierto desencanto de la comunidad educativa

El derecho de los padres ante determinadas políticas educativas
El descenso progresivo del número de religiosos y sacerdotes en los colegios
El reto básico de educar

III.- LA IDENTIDAD DE LA ESCUELA CATÓLICA

Su especificidad de escuela católica, como servicio a la formación integral
Un proyecto en el que la fe católica se presenta en diálogo con la cultura
Un proyecto educativo en el que Dios es su fundamento primero y último
Un proyecto educativo en el que se implica toda la comunidad educativa
Una acción educativa de la Iglesia Católica

IV.- PRIORIDADES Y URGENCIAS

Renovar y fortalecer la propia identidad
b) Implicar a las familias en el ejercicio de su derecho
c) Actualizar el compromiso con los más necesitados
d) Promover la unidad de la comunidad eclesial a favor de sus centros y de su identidad

V.- PROPUESTA DE ACTUACIONES FUTURAS

VI.- CONCLUSIÓN

I. INTRODUCCIÓN

1. Los obispos de la Conferencia Episcopal Española, conscientes de la importancia de la educación y de las dificultades por las que atraviesa en el momento presente, pretendemos recordar y afianzar el sentido y significado de la concepción educativa de la Iglesia y su realización práctica mediante una de las instituciones educativas más genuinamente cristianas como es la escuela católica.

Al mismo tiempo, nuestra solicitud como pastores del Pueblo de Dios nos invita a ofrecer un servicio cualificado a la educación de niños y jóvenes, cu-

yos padres demandan esta acción de la Iglesia en el ejercicio de su derecho a que sus hijos reciban la formación que responda a sus convicciones educativas, especialmente por lo que se refiere a la formación religiosa y moral, amparados por la Constitución española y los tratados internacionales ratificados por el Estado español.

En el comienzo de este nuevo siglo la escuela católica está llamada a examinarse a sí misma y a responder a los nuevos retos planteados a la acción educativa cristiana. A su vez, la misión pastoral y evangelizadora de la Iglesia le insta a una permanente valoración que nuestro tiempo reclama con particular

apremio, cuando se trata de educar a niños y jóvenes: “La Iglesia es siempre una Iglesia del tiempo presente. No mira a su herencia como a un tesoro de un pasado caduco, sino como a una poderosa inspiración para avanzar en la peregrinación de la fe por caminos siempre nuevos”.¹

Es un momento oportuno para que la Iglesia española promueva la renovación de la propia escuela católica y clarifique, a su vez, el servicio educativo que con ello aporta a la sociedad. El trabajo que en este aspecto se está realizando en la escuela católica es grande y son muchas las esperanzas que la sociedad deposita siempre en la acción educativa de la Iglesia.

II. RETOS QUE DEBE AFRONTAR LA ESCUELA CATÓLICA

2. La escuela católica, al igual que toda institución educativa se ve hoy afectada por las situaciones y problemas de la misma sociedad a la que sirve. No es la escuela un ámbito aislado. En ella confluyen los problemas culturales y sociales, la rápida transformación de la misma sociedad, los problemas de la familia, especialmente reflejados en los alumnos, además de los frecuentes cambios del sistema educativo.

La estructura de esta sociedad en continua transformación obliga a la escuela católica a centrar su atención sobre su naturaleza y sus características propias desde las cuales afrontar una

adecuada renovación y revisión de sus propuestas educativas en orden a mejorar la calidad de la enseñanza. A su vez, en la educación confluyen tantos agentes, instituciones, ámbitos de influencia, corrientes de pensamiento... que propician y demandan una acción conjunta de la Entidad titular, padres, profesores, personal no docente y alumnos uniendo sus fuerzas, cada cual según sus responsabilidades, a favor de una auténtica educación, expresión de los valores del Evangelio.

Partimos de una constatación fundamental: “La escuela católica encuentra su verdadera justificación en la misión misma de la Iglesia; se basa en un proyecto educativo en el que se funden armónicamente fe, cultura y vida. Por su medio la Iglesia local evangeliza, educa y colabora en la formación de un ambiente moralmente sano y firme en el pueblo”.² “En el proyecto educativo de la escuela católica Cristo es el fundamento: Él revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma, capacitando al hombre a vivir de manera divina, es decir, a pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida”.³

El Evangelio con su fuerza y vitalidad responde a los problemas fundamentales del hombre y contribuye a la articulación de la personalidad en su proceso de maduración.

Con su acción evangelizadora la escuela católica está contribuyendo a la

formación del alumno desde sus raíces hasta sus más altas aspiraciones: “Realmente el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”.⁴ Es en la verdad de Jesucristo donde se proporciona al alumno la posibilidad del crecimiento hacia la verdad plena.

Para el logro de este objetivo hay que responder a una serie de retos que están determinando, de alguna manera, nuestro compromiso de servir a la educación de los hijos que hoy se nos encomienda.

a) Una sociedad en cambio

3. La escuela está inserta en una sociedad en continua evolución en la que desaparecen algunos elementos básicos de nuestra cultura y emergen otros nuevos que la van conformando.

En efecto, en la cultura occidental se impone como principio de progreso y de vida la creatividad artificial, la eficacia en la producción y, en consecuencia, la valoración y utilización de la ciencia al servicio del progreso técnico donde priman los resultados. Estas primacías solapan todo intento de conocer la esencia de las cosas, su significado último⁵. Su repercusión en la educación conlleva una determinada concepción de la vida en la que los objetivos y fines

de carácter puramente instrumental, soslayan el valor trascendente de la persona que hace posible dar una respuesta a las grandes preguntas sobre el sentido de la existencia, o sobre el mismo valor de la persona ante las manipulaciones a las que está expuesto.⁶

4. Una de las manifestaciones de la cultura, que también está presente en la educación, es la crisis moral con raíces claramente culturales; se caracteriza, entre otras cosas, por la exaltación de la libertad y de la conciencia individual como fuente de valores, independientemente de la verdad del hombre y de Dios. “La fuerza salvífica de la verdad es contestada y se confía sólo a la libertad, desarraigada de toda objetividad, la tarea de decidir autónomamente lo que es bueno y lo que es malo. Este relativismo se traduce, en el campo teológico, en desconfianza en la sabiduría de Dios, que guía al hombre con la ley moral.”⁷ Con ello se pierden los puntos básicos de referencia ética e incluso el sentido de responsabilidad.

5. Esta situación ha provocado en las nuevas generaciones la presencia de personalidades desestructuradas, sin raíces donde sustentarse, ni finalidades trascendentes hacia las que caminar. Muchas veces sin posibilidades de respuesta a las preguntas sobre el sentido de la existencia, o sobre el mismo valor de la persona ante las manipulaciones técnicas o económicas a las que está expuesta. En esta situación es fácil sucumbir al desencanto y a la evasión a

toda costa. La sensación de soledad y de vacío interior es una de sus expresiones más constatables.

En la raíz de todo ello “está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llegado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre”.⁸

Todo ello está interpelando a la Iglesia y, sobre todo, está condicionando la forma en que la escuela católica puede llevar a cabo sus propios fines y objetivos. Las Entidades titulares de escuelas católicas han realizado a lo largo de los años un encomiable esfuerzo de reflexión a fin de responder a los cambios de la sociedad; fruto del mismo es la actualización de sus propuestas educativas en orden a mejorar y hacer más eficaz su acción evangelizadora.

b) Una sociedad pluralista

6. En todo tiempo y, concretamente, en los últimos decenios alumnos procedentes de diversas culturas han accedido a la escuela estatal y, proporcionalmente, a la escuela católica.

Este alumnado aporta diferentes actitudes ante la educación, con valores, creencias, moral y prácticas religiosas distintas, que chocan, a veces, con el universo cultural que se transmite en

la escuela. Se trata de un fenómeno complejo en cuanto a las convicciones y sus formas de expresión en la sociedad. “Tiene efectos positivos, como la posibilidad de encuentro entre pueblos y culturas, pero también negativos, que corren el riesgo de producir ulteriores desigualdades, injusticias y marginaciones.”⁹

7. Por otra parte, la cohabitación de culturas que necesariamente demandan un lugar y respeto a sus peculiaridades, pueden generar conflictos. Es posible que estos hechos creen actitudes de rechazo, o bien, de desconfianza y oscurecimiento de la propia cultura y de la propia fe en el deseo de evitar posibles confrontaciones.

Son desafíos nuevos para la educación y especialmente para la escuela católica cuyo proyecto educativo está anclado en el Evangelio y conformado por valores objetivos y universales que orientan y dan sentido a la vida. El ideario de las escuelas católicas, que tiene como núcleo los valores del Evangelio, ofrece para alumnos y padres, una realidad llena de posibilidades para el encuentro intercultural. Esto nos obliga a todos a discernir a la luz de la fe los signos de este tiempo y a afrontar con lucidez los fenómenos culturales nuevos. Las Entidades titulares de la escuela católica han venido realizando a lo largo de los años un esfuerzo de reflexión sobre su identidad católica; fruto del mismo son las propuestas de actualización del ideario y su empeño

por mejorar el clima educativo de las escuelas, expresión clara de su responsabilidad evangelizadora.

c) Unas familias cuyos comportamientos, no siempre, están en sintonía con la educación que se imparte en la escuela

8. Algunas familias que acceden a la escuela católica no comparten las grandes líneas y principios educativos propios del Ideario de la escuela católica ni están en total sintonía con los valores y proyectos de vida de la misma.

La situación de la familia presenta aspectos positivos y aspectos negativos con influencia en la educación. Por una parte existe, entre otras, “una mayor atención a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio... a la educación de los hijos... a la necesidad de desarrollar relaciones entre las familias... al conocimiento de la misión eclesial propia de la familia”.¹⁰ Es necesario constatar que la familia cristiana está siendo cada vez más consciente de su identidad y de su responsabilidad educativa para con sus hijos. Los movimientos asociativos en defensa de la familia son cada vez más demandados y secundados.

9. Por otra parte, las nuevas tecnologías y su influencia mediática en la educación de niños y jóvenes ha creado en una gran parte de las familias la convicción de incapacidad o impotencia para educar adecuadamente a sus hijos y dotarles de aquellos principios,

valores y actitudes que posibiliten su normal desarrollo. Los padres se sienten desasistidos ante el poder de las influencias extraescolares que inculcan principios y actitudes contrarias a sus propias convicciones.

A ello hay que unir el grave fenómeno de las crisis familiares y el deterioro del concepto mismo de la familia¹¹. “Las rupturas matrimoniales y la consiguiente desestructuración familiar inutilizan las posibilidades reales de educar a los hijos, cuando no la misma capacidad educativa de los padres. La absorción exhaustiva de la vida del padre y de la madre por el ejercicio de la profesión con la secuela inevitable de su alejamiento no sólo físico, sino también psíquico, afectivo y espiritual de los hijos, les impide ejercer todo compromiso educativo serio”¹².

El hecho es que no pocas familias van dejando de participar en las responsabilidades educativas de sus hijos, al menos, en lo que atañe a la formación que se lleva a cabo en los colegios. Los últimos estudios realizados al respecto denuncian que el seguimiento que los padres hacen de la formación de sus hijos desciende paulatinamente. “Las familias mismas deben de ser cada vez más conscientes de la atención debida a los hijos y hacerse promotores de una eficaz presencia eclesial y social para tutelar sus derechos.”¹³

Ante este fenómeno, las escuelas con ideario católico han desarrollado pro-

gramas para la mayor implicación de los padres en el proceso educativo de sus hijos, e incluso planes de formación dirigidos directamente a ellos, como son las Escuelas de Padres. El reto está en vincularles aún más y en aumentar el número de padres que se implican en estos procesos.

En todo caso, creemos muy necesaria una acción coordinada de la comunidad educativa con la familia y la parroquia. De lo contrario, la educación cristiana quedaría fragmentada e incluso con serias dificultades para llevar a cabo su propio proyecto educativo.

d) Cierta desencanto de la comunidad educativa

9b. Pese a la entrega y continua donación de los educadores por transmitir una educación de calidad a sus alumnos, cierto desencanto está aflorando al no ver realizados los proyectos formativos que con tanto esfuerzo pusieron en práctica. Los profesores encuentran importantes dificultades para ayudar a los alumnos conflictivos o con lastres académicos o disciplinarios. El maestro tiene que limitar precisamente su rol a facilitar el acceso a la información, en muchos casos, y, en consecuencia, queda debilitada la dimensión formativa de su acción.

Factores culturales, sociales y de estructura académica están influyendo negativamente en aquellos alumnos desmotivados para el trabajo y el es-

fuerzo, a sabiendas de que al final de curso pasarán fácilmente al siguiente, sin mucho sacrificio. Ello contribuye al deterioro disciplinar de la escuela, al fracaso escolar y a la infravaloración de la autoridad académica y moral del profesor. Los reclamos que la cultura predominante propone a los alumnos sobre el sentido de la vida conformado por la diversión y el ocio suponen un continuo reto a la escuela en su propuesta educativa.

En medio de esta situación muchas comunidades educativas han logrado generar un ambiente de trabajo positivo, donde toda la comunidad se implica en su propio proyecto educativo, no exento de dificultades. Son comunidades educativas que han asumido su propio proyecto educativo a la luz de su ideario y lo han llevado a la práctica en la vida diaria de su colegio. A la vez, nuevas experiencias educativas se están plasmando en la creación de colegios, de inspiración cristiana y proyecto educativo católico, que están generando expectativas positivas para la educación católica. Son realidades y signos de responsabilidad y de esperanza.

e) El derecho de los padres ante determinadas políticas educativas

10. Esperábamos que la nueva Ley Orgánica de Educación afrontase, entre otros, algunos de los problemas más acuciantes que conciernen tanto a la escuela estatal como a las demás escuelas de iniciativa social. Lamentablemente

la regulación de los derechos y libertades que fundamentan el conjunto de nuestro sistema educativo se ha vuelto a producir sin obtener el consenso social y político imprescindible para mejorar la calidad y la equidad en el conjunto de las escuelas. Por otro lado, la nueva Ley Orgánica de Educación presenta ambigüedades que no nos pueden dejar de preocupar en materia de derechos y libertades y que, sin duda, generarán situaciones conflictivas en su desarrollo, en particular en lo que afecta a la elección por los padres del tipo de formación religiosa y moral que responda a sus convicciones.

11. No pocas familias tienen dificultades al comienzo de cada curso para ejercer su derecho de elegir el tipo de enseñanza que deseen de acuerdo con sus convicciones. En concreto, son muchos los alumnos que cada curso quedan fuera de la escuela católica por las trabas que suponen las condiciones establecidas por la Administración educativa para su admisión y las dificultades añadidas para aumentar el número de puestos escolares necesarios para cubrir la demanda de este tipo de enseñanza.

f) El descenso progresivo del número de religiosos y sacerdotes en los colegios

12. A todo ello hay que añadir algunos retos propios de la escuela católica. La escuela católica es mayoritariamente una escuela de titularidad de Institutos

religiosos. La disminución del número de religiosos es un hecho que obliga a renovar las iniciativas de las Entidades titulares para asegurar la continuidad de las escuelas católicas como una plataforma fundamental de evangelización. Ésta y otras dificultades demandan de todos quienes tienen responsabilidades educativas, poner en común aquellos medios que puedan dar estabilidad a los colegios en crisis.

13. La progresiva extensión de la corresponsabilidad en la misión, ha tenido como efecto que actualmente la responsabilidad de dirección de las escuelas católicas y de la educación directa de los alumnos la tengan los profesores laicos en la mayoría de los colegios. Es esperanzador y ya una realidad constatable la eficacia con que están asumiendo los profesores laicos el proyecto educativo de la escuela católica. Se han hecho muchos esfuerzos por formar, proporcionando medios para que el profesorado laico asuma el carisma o el ideario de la institución religiosa correspondiente, como agentes responsables de su proyecto educativo. Las Entidades titulares y las organizaciones que las agrupan han de continuar e incrementar los esfuerzos respecto a la formación en la propia identidad de todos los agentes educativos de los centros.

Con todo, es digno de reconocimiento el esfuerzo material, espiritual y personal que los religiosos y religiosas están realizando a favor de la educación

católica. Esta encomiable tarea sacrificada es una alabanza a Dios que asiste a su Iglesia.

g) El reto básico de educar

14. El reto más importante de la escuela católica es educar y formar a sus alumnos conforme al proyecto educativo cristiano. Es muy difícil sustraerse a las influencias que van determinando el tipo de educación en la escuela española. Por ello, también la escuela católica, inmersa en este mundo, ha de contrarrestar aquellos condicionantes que dificultan el auténtico desarrollo de la formación integral conforme la concibe el humanismo cristiano.

Entre otros, tiene especial influencia el cúmulo de información que proporcionan las nuevas tecnologías. La facilidad de acceso a los datos por estos medios contrasta con la dificultad para aprender lo que se recibe, pues el verdadero aprendizaje, la aprehensión, asimilación y posesión del saber exige esfuerzo, ordenación y sentido¹⁴. En general, la información como elemento básico del saber está propiciando, en cierto modo, el aprender a conocer y hacer, soslayando el aprender a ser que demandan las instituciones educativas de rango internacional¹⁵.

Por otra parte, es muy determinante para la educación el hecho de que los alumnos progresivamente no reconozcan la autoridad del profesor para corregir o motivar el ejercicio de los

valores más básicos en la construcción de la convivencia y en el progreso armónico de la personalidad. Algunas doctrinas pedagógicas que formulan el no direccionismo y el libre desarrollo de la naturaleza están influyendo negativamente en el normal desarrollo de la escuela.

15. En este contexto, la formación integral que propicia la escuela católica sufre graves dificultades para su desarrollo. En efecto, Dios mismo puede dejar de ser la instancia última que ilumine y dé sentido a toda superación y humanización y, con ello, puede mutilarse un elemento fundamental para la dicha formación integral como horizonte último de la educación¹⁶. Construir la propia identidad, descubrir lo que la persona es y lleva dentro, orientar su más profundo deseo de bien, de verdad y de belleza, fundamentar su raíz y su sentido último, recrear su ansia de infinito, fundamentar su ser filial en el Padre Dios, es la tarea de educar, de formar y de aprender a ser. La fe escruta lo más profundo del ser humano proyectándolo a su más alta vocación a la que ha sido llamado.

16. Ante estos y otros desafíos, pretendemos favorecer e impulsar una sana renovación de la acción educativa de la escuela católica que dé respuestas y horizontes ilusionantes de calidad educativa cristiana. El reto educativo nos invita a utilizar todos los medios a nuestro alcance para que este gran objetivo de educar se lleve a cabo con

entrega, desinterés y esperanza. Está en juego la misma libertad de enseñanza, pues ésta no existiría sin la concurrencia de distintos proyectos educativos que posibiliten el derecho de los padres a la formación religiosa y moral de los hijos según sus convicciones.

III. LA IDENTIDAD DE LA ESCUELA CATÓLICA

17. El tiempo y las circunstancias que nos ha tocado vivir nos invita a acudir a las fuentes de nuestra fe de donde surgió y surgirá la genuina educación católica. Nuestra fe ha contribuido a configurar una manera de ser y una manera de educar. La fe vivida y profesada por la Iglesia a través de la historia ha sido la génesis y la misma configuración de la escuela católica. En consecuencia, la respuesta primera a los retos antes analizados nos invita a llevar a cabo una honda reflexión sobre la identidad propia de la escuela católica conforme a los principios cristianos que la informan.

La escuela católica es una institución educativa que la Iglesia pone al servicio del hombre y de la sociedad, al mismo tiempo que responde al derecho de los padres a que sus hijos reciban la formación religiosa y moral conforme a sus convicciones, artículo 27.3 de la Constitución Española en el marco de la libertad de enseñanza. El Estado debe garantizar la libre opción de los padres con aquellos proyectos educativos que

respondan a sus convicciones. Este derecho está ampliamente refrendado por la Declaración de los Derechos Humanos, Tratados Internacionales, Pactos Internacionales y otras Declaraciones de altos organismos internacionales que instan a las naciones para que cumplan y garanticen los derechos de las familias a la educación de sus hijos según sus convicciones y se facilite el ejercicio de la libertad de enseñanza¹⁷.

18. La escuela católica está al servicio de la educación no por ningún privilegio o concesión del Estado, sino para ofrecer este tipo de formación católica a los que libremente quieran acceder a ella. Del mismo modo, la formación religiosa que se recibe a través de las clases de religión en la escuela estatal no es tampoco una concesión del Estado, sino una respuesta al derecho que asiste a los padres de recibir para sus hijos la formación conforme a sus propias convicciones religiosas y morales.

El artículo 27.5 de nuestra Constitución afirma que “los poderes públicos garantizan el derecho de todos a la educación mediante una programación general de la enseñanza, con participación efectiva de todos los sectores afectados y la creación de centros docentes”.

La misma Ley Orgánica de Libertad religiosa explicita las garantías constitucionales en el artículo 2.1c cuando dice: “La libertad religiosa y de culto

garantizada por la Constitución comprende, con la consiguiente inmunidad de coacción, el derecho de toda persona a recibir e impartir enseñanza e información religiosa de toda índole, ya sea oralmente, por escrito o por cualquier otro procedimiento; elegir para sí y para los menores no emancipados e incapacitados bajo su dependencia dentro y fuera del ámbito escolar la educación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones”.

Este proyecto educativo, demandado por un alto porcentaje de padres se define como escuela católica que pretende desarrollar todas las capacidades del ser humano desde la óptica de la Vida, la Palabra y la Persona de Jesucristo, al que todos pueden en su crecimiento escuchar, imitar y seguir compartiendo y promoviendo sus valores y su forma de vida en toda su actividad escolar y extraescolar. Esta propuesta educativa de la escuela católica se concibe como formación integral.

a) Su especificidad de escuela católica, como servicio a la formación integral

Partiendo del fin mismo de la educación

19. La escuela católica responde a la finalidad misma de la educación, que la Constitución consagra en el artículo 27.2 en referencia a todo tipo de escuela: el pleno desarrollo de la personalidad humana.

En el logro de esta finalidad comparte objetivos similares con la escuela estatal y los distintos tipos de escuelas de iniciativa social. En concreto, “en virtud de su misión, a la vez que cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio, introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas, promueve el sentido de los valores, prepara a la vida profesional, fomenta el trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición contribuyendo a la mutua comprensión; además, constituye como un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios deben participar juntamente las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, la sociedad civil y toda la comunidad humana”¹⁸. Al menos formalmente, al igual que toda escuela, la escuela católica pretende aquella enseñanza que haga posible el óptimo desarrollo del alumno, de sus capacidades intelectuales, sociales, afectivas, morales y religiosas.

Se apoya en la naturaleza y la dignidad del hombre

20. Ahora bien, la acción educativa de la Iglesia, a través de la escuela católica, no debe ser considerada un simple añadido al desarrollo de la personalidad del alumno. Hunde sus raíces en la naturaleza misma del hombre, creado a imagen de Dios y en la dignidad de la persona que esta realidad conlleva. “La

Iglesia sabe muy bien que su mensaje conecta con los deseos más profundos del corazón humano cuando reivindica la dignidad de la vocación humana, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de su destino más alto. Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, infunde luz, vida y libertad para su progreso; y fuera de Él nada puede satisfacer el corazón del hombre: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».¹⁹

El fin propio y la peculiaridad de la escuela católica

21. Afirmamos, en consecuencia, que la escuela católica pretende, como las demás escuelas, los fines culturales y la formación plena de los alumnos. ¿En qué se distingue? “Su nota característica es crear un ámbito de comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de amor, ayudar a los adolescentes a que, al mismo tiempo en que se desarrolla su propia persona, crezcan según la nueva criatura en que por el bautismo se han convertido, y finalmente, ordenar toda la cultura humana al anuncio de la salvación, de modo que el conocimiento que gradualmente van adquiriendo los alumnos sobre el mundo, la vida y el hombre sea iluminado por la fe”.²⁰ Esta realidad funda el carácter propio de la escuela católica.

Pretende servir a la configuración, en cada alumno, del hombre nuevo

que surge del Bautismo. Su progresivo crecimiento se realiza en la escucha de la Palabra de Jesucristo, la imitación de sus obras, con el ejemplo y ayuda de la comunidad educativa concreta y de la Iglesia que se hace presente en la educación.

La educación católica conlleva una concepción de la persona

22. El desarrollo pleno de la personalidad depende de muchos factores: Los principios que informan la actividad educativa, los fines que se pretenden, los objetivos prioritarios en el quehacer escolar y, sobre todo, el tipo de persona que se pretende educar. La educación cristiana entiende que la calidad de su enseñanza está vinculada a la visión cristiana del hombre y del mundo, que le aporta la fe, y que está presente en todo el quehacer educativo del colegio, de tal manera que el alumno adquiera una verdadera síntesis de fe, cultura y vida.

El elemento primordial de toda educación es la concepción de la persona que se pretende formar y que subyace a todo proyecto educativo, tanto en la escuela estatal como en cualquier otro tipo de educación. La escuela católica constituye, ante todo, un proyecto de formación que incluye una concepción determinada del hombre, según la criatura nueva que surge del Bautismo.

“El hombre, en cuanto creado a imagen de Dios, tiene la dignidad de perso-

na: no es solamente algo, sino alguien capaz de conocerse, de darse libremente y de entrar en comunión con Dios y las otras personas... Ha sido creado para conocer, servir y amar a Dios, para ofrecer en este mundo toda la creación a Dios en acción de gracias, y para ser elevado a la vida de Dios en el cielo.”²¹ En esta filiación se enraíza su dignidad, se fundamenta la fraternidad universal por la que ha de trabajar y da sentido a su vida. Es, por tanto una persona con un destino trascendente e inmortal, libre y responsable ante esta vida y ante la eterna. Este proyecto tiene su realización plena en Jesucristo y “el que sigue a Cristo, hombre perfecto, también se hace él mismo más hombre”²².

En consecuencia, Jesucristo es la esperanza de todo proyecto humano hacia su plenitud. Él es el camino la verdad y la vida. En Él el alumno no solamente tiene un ejemplo que imitar en su crecimiento, sino también un amor en quien confiar, una esperanza en su vida, una razón de su esfuerzo y un sentido a su vivir. Todo ello conlleva una concepción de la vida abierta a Dios que ama a cada persona y la invita a hacerse cada vez más “conformado a la imagen del Hijo” (Rom 8,29). Este proyecto divino es el corazón del humanismo cristiano.

Propone una concepción integral de la educación

23. La acción educativa de la Iglesia a través de la escuela católica,

además de vincularse a la formación plena, entendida como desarrollo perfectivo de las capacidades básicas del alumno, propone una educación integral del mismo tratando que todas las capacidades puedan ser integradas armónicamente desde la luz del Evangelio que fundamenta una cosmovisión integradora de la personalidad: “La verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las sociedades de la que es miembro”²³. Se entiende así la formación integral no sólo como desarrollo de todas las capacidades del alumno, incluida necesariamente la capacidad trascendente que recrea y proyecta el sentido último de la vida, sino también y especialmente su desarrollo integrado y armónico, como corresponde a la vocación integral de la persona²⁴. Es aquí donde se revela un elemento específico de su quehacer educativo: trasmite una enseñanza que en todos los planos del conocimiento revela un saber unificado por la luz de la fe.

“La fe que no se identifica con ninguna cultura y es independiente de todas ellas, está llamada a inspirar a todas”²⁵. Es un derecho del alumno y una exigencia de la formación integral que el saber religioso y moral, que hace posible dicha formación, tenga un tratamiento equiparable al resto de saberes en su proceso educativo, siendo éste un elemento integrador que armoniza el sentido de la vida y su ser personal.

24. La escuela católica opta por el ser humano y su formación integral, lo cual le exige un acercamiento personalizado del alumno no sólo para valorar y apoyarle en la evolución de su individual proceso de aprendizaje sino también y, especialmente, para acompañarle en su crecimiento afectivo, en su inserción social y en su progreso espiritual.

La escuela católica promueve la integración del alumno en la comunidad educativa, en los grupos de alumnos, en la relación sincera con los profesores y en una mayor confianza con sus propios padres, de forma consciente y activa. La incorporación del alumno al proyecto educativo católico será una base eficaz en la prevención y eliminación de los obstáculos que le impiden crecer como persona.

Integración e incorporación que posibilitan que se atienda fraternalmente a los alumnos de diferentes culturas que acceden a la escuela católica. Una interculturalidad, enraizada en el amor de Cristo a todos los hombres y en las enseñanzas del Evangelio, es connatural al ser de la Iglesia. En este objetivo la educación católica siempre está abierta para acoger en su seno a los niños y jóvenes de otras tradiciones religiosas sin que esto sea un obstáculo para el desarrollo del carácter propio y la especificidad católica de las instituciones.²⁶

La universalidad del mensaje y de la redención de Cristo se ha de hacer

palpable en cada uno de los proyectos educativos de las escuelas católicas, como ya lo es vivido con normalidad en muchas de ellas.

Es una acción educativa humanizadora

25. Dicha formación integral propicia y fundamenta los valores más humanos que orientan el progreso evolutivo y perfectivo del alumno. No se desentiende de los problemas diarios de los alumnos sino que los afronta y orienta hacia el bien y la verdad; en dicha formación “el saber iluminado por la fe, lejos de desertar de los ámbitos de las vivencias cotidianas, los habita con toda la fuerza de la esperanza y de la profecía. El humanismo que auguramos propugna una visión de la sociedad centrada en la persona humana y sus derechos inalienables, en los valores de la justicia y de la paz, en una correcta relación entre individuos, sociedad y Estado, en la lógica de la solidaridad y la subsidiaridad”²⁷.

Esta concepción integral de la educación hace posible una personalidad crítica y libre ante cualquier intento de desestructuración, capacita para optar por el bien y la verdad, responde orgánicamente a las grandes preguntas sobre su origen y destino, y motiva aquellas opciones que favorecen el perfeccionamiento de la sociedad. “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de

su vocación”.²⁸ Por ello, a partir de la Persona de Jesucristo, y de la experiencia de plenitud humana que se vive, por la participación en la vida divina, en la comunión de la Iglesia, se hace posible descubrir la vocación humana, y por tanto, también en qué consiste la humanidad plena, la vida moralmente recta y verdadera. Éste es el sustrato fundamental de toda educación en su sentido más hondo y radical.

A través de la educación en los valores más genuinamente cristianos

26. La escuela católica al servicio de la formación integral del alumno debe educar en los principios morales, valores y virtudes que proceden de la fe cristiana. Podemos decir que “sin su referencia a Dios el hombre no puede responder a los interrogantes fundamentales que agitan y agitarán siempre su corazón con respecto al fin y, por tanto, al sentido de su existencia. En consecuencia, tampoco es posible comunicar a la sociedad los valores éticos indispensables para garantizar una convivencia digna del hombre”²⁹.

27. Desde este fundamento, la escuela católica fomenta en todo el ámbito educativo, aulas, recreos, actividades complementarias y extraescolares, los valores y virtudes de raíz cristiana, como son: el respeto al otro en toda su peculiar dignidad nacida de la paternidad de Dios, el servicio y la ayuda desinteresada, la sensibilidad ante los débiles y la cercanía para los que nece-

sitan de apoyo y amistad, consecuencia inmediata de la fraternidad universal de los hijos de Dios.

Es vital en el proyecto educativo cristiano educar desde la primera edad el valor permanente y trascendente del amor, que se expresa, especialmente, en el sentido de gratuidad, de donación y de servicio desinteresado. “No es sólo progreso educativo humano, sino verdadero itinerario cristiano hacia la perfección. El alumno religiosamente sensible sabe que cumple la voluntad de Dios en el trabajo y en las relaciones humanas cotidianas”³⁰.

La escuela católica no se queda, por eso, en los valores mínimos de una ética común. El amor no es sólo un mandato del Señor. El amor está enraizado en la paternidad de Dios por la cual somos hermanos y, a su vez, alimentado por la presencia de Dios en nosotros, lo cual hace imposible concebir el amor a Dios sin el amor a los hermanos. El respeto al otro, tan demandado por la comunidad educativa, es una de las muchas consecuencias que surgen del valor fontal y primero que es el amor. “De ahí el trabajo escolar acogido como deber y desarrollado con buena voluntad, ánimo y perseverancia en los momentos difíciles; respeto al profesor; lealtad y caridad con los compañeros; sinceridad, tolerancia y bondad con todos”.³¹

La escuela católica impulsa y cultiva el esfuerzo y el sacrificio no tan sólo

como medios necesarios para la adquisición de mejores resultados académicos sino como valores y actitudes que capacitan al alumno para un mayor servicio a la humanidad y la realización propia, realidades más valiosas que el sólo éxito académico o profesional.

28. El cultivo de la interioridad de los niños y jóvenes es urgente y de gran importancia en nuestro mundo. El alumno en proceso de aprendizaje necesita razones para creer, razones para amar y razones para esperar. Necesita saber darle sentido a su vida, una razón a su existencia, una orientación a su vivir. Se trata de tomar conciencia de su ser, de su misión de amar en este mundo, de la trascendencia de su vida, de la importancia y responsabilidad de su acción en relación con los otros y con Dios. “La persona humana, en efecto, de la que la libertad constituye la más alta dignidad, se realiza no en el repliegue sobre sí misma, sino en la entrega de sí (cfr. Lc 17,33; GS 24).”³²

Así mismo, el cultivo de la espiritualidad desde la perspectiva cristiana pretende elevar las capacidades del alumno hacia el encuentro con Dios, mediante la relación con Él en la oración, en el respeto y valoración de su Palabra y de su Vida conforme al Evangelio, motivando su sensibilidad hacia la presencia del Señor entre nosotros. “Los valores evangélicos no pueden ser separados de Cristo mismo que es su fuente y su fundamento y constituye el centro de todo el anuncio evangélico”.³³

Es un proyecto que se recrea en todo el ámbito educativo

29. Para llevar a cabo este proyecto la escuela católica en sus espacios, personas y tiempos está al servicio de los fines y objetivos que integran su ideario. Espacios, tiempos y personas que hacen posible un ambiente animado por el espíritu evangélico de caridad y libertad en el que se percibe la presencia viva de Jesús Maestro. Un ambiente creado por la presencia serena y acogedora de los profesores, que acompañan con la palabra, el consejo, el signo y el comportamiento³⁴. Este tipo de ambiente influirá en el mismo trabajo escolar, en el mismo proceso de enseñanza-aprendizaje y en el progreso hacia la formación integral del alumno.

Tarea que se lleva a cabo desde la adecuada organización del tiempo académico hasta del tiempo, también necesario, que llamamos complementario a la acción educativa reglada. Es sobre todo en este tiempo complementario al quehacer educativo en el que se pueden desarrollar aspectos básicos muy concretos del ideario cristiano como son las actividades catequéticas y las celebraciones sacramentales necesariamente voluntarias y coordinadas con la parroquia.

b) Un proyecto en el que la fe católica se presenta en diálogo con la cultura

30. El derecho de los padres a la formación religiosa y moral de los hijos,

según sus convicciones, tiene en el ámbito educativo de la escuela la posibilidad de su ejercicio mediante el diálogo de la fe con la cultura, con el cual el alumno integra en su formación humana la dimensión religiosa.

Es congruente que los alumnos se inicien ya en las edades primeras en el deseado diálogo de la fe con la cultura y de la fe con la razón, iluminando progresivamente el conocimiento que ellos adquieren sobre sí mismos, sobre el mundo y sobre la vida³⁵.

Esta relación y diálogo, especialmente a través de las otras áreas, es un medio adecuado para que los alumnos adquieran personalmente la deseada síntesis de la fe con la cultura.

“La cultura que el hombre asimila constantemente desde su universo cultural, tiende a ser una fuerza totalizadora de su personalidad. Pero es en la escuela donde esa asimilación totalizadora se produce -en cualquier edad- de una manera explícita, sistemática y crítica. Tal asimilación, función de la escuela, la realiza el alumno a través de las diferentes disciplinas escolares. Una de ellas, la enseñanza religiosa, conforma esta asimilación cultural desde la perspectiva de la fe cristiana”³⁶.

Es evidente que en esta asimilación totalizadora que se da en la transmisión de la cultura, se configura implícita o explícitamente un concepto de persona, es decir, una respuesta a la pregunta

sobre el origen, naturaleza, vocación, destino y misión del hombre, que va determinando la misma orientación de la acción educativa. El Mensaje cristiano constituye una opción educativa sobre toda la persona respondiendo a sus más profundos problemas sobre su origen y destino, sobre la libertad, la justicia, el dolor, la muerte y la inmortalidad.

Finalidades

31. La fe en diálogo con la cultura apunta a una manera nueva de ser, de mirar, de comprender y tratar la realidad, de considerar a las personas, los acontecimientos y las cosas. Es decir, la síntesis entre la fe y la cultura ha de tender en definitiva a realizar en el alumno una síntesis personal entre la fe y la vida.

Ahora bien, “esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud”.³⁷ Así se es consecuente con el fin del proyecto educativo católico: la formación integral lograda desde la cosmovisión cristiana de la vida.

Es necesario afirmar que educar en la fe es mucho más que desarrollar las facultades y capacidades del ser humano: es ayudar al alumno a dar una

respuesta de adhesión libre y consciente, según su capacidad, a la Palabra de Dios, lo que implica un cambio de vida conforme al proyecto de persona que se le ofrece. El cristiano no puede tener dividida su conciencia sino que ha de lograr la síntesis entre los valores humanos y evangélicos según la perspectiva que nos ofrece el plan de Dios sobre el mundo: “restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra” (Ef 1,10).

32. La fe cristiana en diálogo con la cultura supone una aportación crítica a las realidades culturales que afectan a la visión cristiana del mundo y de la vida, asumiendo lo positivo e integrable en la vida de fe, y desechando aquello que entorpece su vital y orgánico crecimiento. El diálogo de la fe con la cultura es discernimiento crítico y constructivo. Para ello, la fe proporciona al educador católico premisas esenciales para realizar esa crítica y esa valoración.

Esta función crítica³⁸ se ejerce como luz, mostrando los riesgos de deshumanización latentes, expresando su sentido acerca de la verdadera liberación y la auténtica cultura humana. Se trata de “trasformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación”³⁹.

En este cometido adquiere un protagonismo especial la figura del profesor que desde su más profunda convicción y respeto a la conciencia del alumno presenta este proyecto como ofrecimiento y nunca como imposición, propiciando la debida síntesis interior del educando. Síntesis que el educador debe haber conseguido en sí mismo previamente⁴⁰.

Presupuestos de donde partimos

33. La enseñanza católica no puede desatender el desarrollo intelectual de la vida de fe. La fe es conocimiento, (Heb 10,26) y amor a la verdad (2 Tes 2,10). La fe es también un saber razonable, un saber que se traduce en expresiones objetivas de valor universal.

A su vez, el diálogo de la fe con la razón y con la cultura en la escuela no es una estructura educativa ajena al interés del alumno o a la misma función de la escuela. Por naturaleza, el hombre busca la verdad, y en ello no busca sólo la conquista de verdades parciales, fácticas o científicas. Su búsqueda tiende hacia una verdad ulterior que pueda explicar el sentido de su vida; por ello, es una búsqueda que no puede encontrar solución si no es en el Absoluto. “La Iglesia aprecia el esfuerzo de la razón por alcanzar los objetivos que hagan cada vez más digna la vida del ser humano pero es posible, que la razón misma, movida a indagar de forma unilateral sobre el hombre como sujeto, parece haber olvidado que éste está

también llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende.”⁴¹

34. El profesor cristiano, en su aportación e iluminación del aprendizaje desde la perspectiva cristiana, parte de valores irrenunciables desde los cuales camina hacia la verdad, tales como, la dignidad primaria del ser humano como persona, que lo eleva sobre todos los otros seres y le concede una posición de absoluto privilegio, como lo es la de ser capaz para la Trascendencia. “Es Dios quien ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él, para que conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (Cfr. Ex 33,18; Sal 27 (26), 8-9; 63 (62), 2-3; Jn 14,8; Jn 3,2)”.⁴²

La acción educativa del profesor en el diálogo entre la fe y la cultura

35. Todo ello exige del profesor católico una actitud continua de apertura a la razón plena del hombre y de búsqueda de la verdad, de creciente sensibilidad crítica hacia los valores y contravalores que conforman la cultura más cercana e influyente en su entorno; y, a la vez, de la necesaria renovación y explicitación del acontecimiento cristiano vivido en su corazón. “Una razón que es sorda a lo divino y que relega la religión al espectro de las subculturas es incapaz de entrar en diálogo con las culturas”. Por el contrario, “la fe cristiana es fuente de

conocimiento; ignorarla sería una grave limitación para nuestra escucha y respuesta”.⁴³

El profesor cristiano no sólo imparte los contenidos académicos obligatorios sino que su acción educativa pretende descubrir y comunicar a sus alumnos el sentido trascendente que los planteamientos de las ciencias humanas puedan entrañar, contemplados desde la perspectiva cristiana, de tal manera que el alumno pueda descifrar en cada uno de los saberes que recibe el sentido sobrenatural que contienen.

Para ello, es imprescindible que la escuela católica transmita “el patrimonio cultural cristiano ofreciendo a los niños y jóvenes los elementos del suelo nutricional de su cultura. Y ha de poder ofrecerlos, al menos, a los creyentes, en toda su verdad y realidad, es decir, mediante una presentación creyente de los mismos”⁴⁴.

Es necesario dar razón de nuestra fe y esperanza en la escuela

36. La escuela católica y, en concreto el profesor, en toda ocasión deben dar razón de su fe y de su esperanza (I Pe 3,15), con lo cual testifican su propia identidad y ayudan al alumno para que descubra la plenitud del ser humano realizada en Jesucristo, el Hombre nuevo⁴⁵. Él es la clave para comprender el misterio del hombre, Él es quien da sentido a toda la vida y a toda la realidad.

c) Un proyecto educativo en el que Dios es su fundamento primero y último

Está fundamentado en Dios, Verdad, Bien y Belleza

37. El fundamento y razón básica de este ser y hacer educativo es Dios, Verdad, Bien y Belleza supremas. Es el alma de toda nuestra acción educativa, pues Él es el principio y fin de la vida, el sentido y plenitud de toda obra creada. La paternidad de Dios hace posible en los hijos la fraternidad universal, su vida entregada por todos nosotros es fundamento de nuestro amor desinteresado, su ser eterno al que estamos destinados es el sentido de nuestra vida.

En este cometido la fe en Dios cumple la función de unificar y totalizar la acción del hombre. En Él adquiere significado la formación integral entendida desde la perspectiva cristiana de la vida.

Se realiza en la Persona de Jesucristo, plenitud del hombre nuevo

38. El alumno en crecimiento, consciente o inconscientemente, aprende de los otros, imita a los otros, sirve y se sirve de los otros. Por ello, necesita en su educación ejemplos, realizaciones y proyectos claros y positivos de sus aspiraciones más nobles como desarrollo de sus capacidades. En consecuencia, la escuela católica propone siempre a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida

para quienes libremente optan por este tipo de formación.

La Persona de Jesucristo es el marco de referencia continuo del proyecto educativo católico. Esto conlleva una llamada al seguimiento de Cristo que es, además de una llamada libre a adherirse a sus enseñanzas morales y espirituales, una invitación al cambio de vida, al amor en identificación con Él y en servicio a los hermanos. Los alumnos cristianos tienen una Luz en medio del mundo que les sirve de guía, un Maestro a quien imitar, una Vida con la que conformarse y una Persona en quien poner su confianza, Jesucristo. La formación plena del alumno tiene un marco claro y real en el que mirarse y hacia el que caminar, Jesucristo.

La educación católica es un proyecto vital

39. Imitar a Jesucristo es una propuesta educativa a vivir según el Evangelio, a recrear el hombre nuevo en cada uno de los alumnos, trabajando por superar aquellas conductas, situaciones y estructuras que se oponen a esta nueva vida. Es un compromiso con toda la persona del alumno.

El proyecto educativo católico pretende renovar al hombre entero y su cultura, eliminar los errores y males que acechan a los más débiles, purificar y elevar las aptitudes más profundas de los alumnos, restaurar y completar en Cristo, como desde dentro, las características y

cualidades propias de los alumnos. Así contribuye a educar a los niños y jóvenes para la libertad interior que les va a hacer libres desde lo más hondo de su ser.⁴⁶

Esta invitación conlleva un progresivo perfeccionamiento en la personalidad del alumno cuyo proceso va más allá de los contenidos que se transmiten en cada una de las materias. La acción educativa del colegio católico ha de tener en cuenta todos los elementos que influyen en la formación del alumno. La fe que la Iglesia Católica ofrece en su proyecto educativo representa una dimensión fundamental de la educación y, a la vez, una opción libre por la vida nueva en Cristo, plenitud y finalidad última de la vida humana.

La fe no es una parcela más del hombre, sino la dimensión más profunda que impregna toda la vida de la persona. Reafirmando la verdad de la fe, la educación católica hará posible que la persona en su proceso educativo adquiera confianza en sus capacidades cognitivas y seguridad en su caminar.

Con todo, el alumno en búsqueda de sí mismo adquiere su propia identidad, pues quien de veras busca su propia identidad, su formación plena, busca a Dios y quien de veras busca a Dios se encuentra así mismo.

Se alimenta en los sacramentos

40. El servicio de la Iglesia culmina siempre en la celebración del don de

Dios y de su Palabra que recibe en los sacramentos, celebraciones de su amor y de su gracia. No es sólo un servicio de socialización y transmisión cultural. La celebración es el lugar del cual todo parte y en el que todo se reencuentra en la Persona del Señor. El anuncio del Mensaje y su servicio a la educación plena podría convertirse en mera propaganda si se elimina de la comunidad educativa la vida sacramental y celebrativa. Incluso, el mismo testimonio, tan básico para la educación católica, podría perder su característica cualidad católica y la misma oración podría ser evasión.

El proyecto educativo católico incluye las necesarias ofertas para que los alumnos celebren el misterio de Cristo, reciban algunos de los sacramentos, de acuerdo con las orientaciones del obispo diocesano, y posean las ayudas adecuadas, fomenten y faciliten su relación con Dios en la oración y sientan el apoyo y la sintonía de sus padres en su progreso educativo. Para ello, es necesario que la comunidad educativa coordine estas acciones con la parroquia de referencia a fin de canalizar la futura inserción parroquial de los alumnos y, a su vez, puedan recibir los auxilios espirituales que el colegio no puede ofrecerles.

La enseñanza de la religión católica es básica y fundamental

41. La presentación orgánica del mensaje de Jesucristo en la escuela fun-

damenta, estructura y alimenta la cosmovisión cristiana presente en el proyecto educativo.

Uno de los medios básicos para el desarrollo de dicho proyecto es la enseñanza de la religión católica que ocupa un lugar primordial en la escuela católica, como área fundamental en el currículo de los alumnos. Su valoración y aprecio es correlativo a su aportación indispensable para el logro de los fines del propio proyecto educativo. La formación religiosa debe ser integrada en toda la acción educativa, no como algo añadido al proceso de enseñanza-aprendizaje del alumno sino como elemento fundamental para el desarrollo evolutivo del alumno. Con todo, aunque la enseñanza religiosa escolar no evalúa la fe, sin embargo, esto no obsta para que el colegio católico en toda su acción educativa, en el clima escolar, proponga, cuide y facilite las posibilidades de una respuesta de fe a Dios.

El ser humano mediante la religión trata de universalizar su interpretación de la realidad, aborda las cuestiones límites de los orígenes y de los fines de la vida, crea un universo de sentido en donde es posible justificar y realizar la vida humana. Así el alumno logra unificar, totalizar y tranquilizar su conciencia por saberse integrado en un universo del que forma parte en la lucha por el bien y la verdad. La enseñanza de la religión católica es básica y fundamental para llevar a cabo el proyecto educativo católico.

La enseñanza de la religión en la escuela no sólo hace presente la plenitud salvadora en Jesucristo, finalidad última; está realizando, a su vez, una acción humanizadora a través de la educación para el amor a los demás, para el compromiso con los hermanos frente a las situaciones de odio, desigualdad e injusticia. La lucha en pro de la fraternidad, el amor, la justicia, la reconciliación, la paz y la fraternidad universal, son valores del Reino de Dios que se anticipa aquí y tendrán su plena realización en la vida plena e inmortal con Él. Son valores que la escuela católica promueve y cultiva, como profundamente humanos, tanto como cristianos.

La religión, sin merma de su carácter propio, forma así parte de la cultura, está íntimamente ligada y estructurada con el resto de las creaciones culturales y tiene una misión específica dentro de la cultura: interpretar el sentido último de la realidad y de la vida del hombre y acomodar las demás creaciones culturales, ya sea criticándolas, ya sea orientándolas o desechando aquéllas que no fueran necesarias, incluso que pudieran ser nocivas en su desarrollo.

Es necesario advertir que: “El derecho de los padres a decidir la formación religiosa y moral que sus hijos han de recibir, consagrado por el artículo 27.3 de la Constitución, es distinto del derecho a elegir centro docente que enuncia el artículo 13.3 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, aunque también es obvio

que la elección de centro docente sea un modo de elegir una determinada formación religiosa y moral.”⁴⁷

En concreto, “han de ser los padres quienes determinen el tipo de formación religiosa y moral que deseen para sus hijos. Éste es su derecho primordial, insustituible e inalienable. Se lo reconoce la Constitución en el artículo 27.3. Queda tutelado también por el artículo 16, 1, que consagra la libertad ideológica y religiosa. Por tanto, el Estado no puede imponer legítimamente ninguna formación de la conciencia moral de los alumnos al margen de la libre elección de sus padres. Cuando éstos eligen libremente la Religión y Moral católica, el Estado debe reconocer que la necesaria formación moral de la conciencia de los alumnos queda asegurada por quienes tienen el deber y el derecho de proveer a ella. Si el sistema educativo obligara a recibir otra formación de la conciencia moral, violentaría la voluntad de los padres y declararía implícitamente que la opción hecha por ellos en el ejercicio de sus derechos no es considerada válida por el Estado. Precisamente eso es lo que hace ahora el Estado con la nueva área creada por la LOE bajo el nombre de “Educación para la ciudadanía”.⁴⁸

d) Un proyecto educativo en el que se implica toda la comunidad educativa

42. Las Entidades titulares de los centros, que les dotan de ideario pro-

pio y representan el órgano máximo de decisión de los mismos, están llamadas a asumir un protagonismo más intensivo en la conformación de comunidades educativas comprometidas con los valores del ideario. La responsabilidad de la puesta en práctica del proyecto educativo católico recae en toda la comunidad educativa, Entidad titular, profesores, PAS -Personal de administración y servicios- padres y alumnos. Ello implica convicciones comunes sobre el proyecto asumido, vocación y carisma, dedicación y responsabilidades compartidas; exige entrega y confianza en la eficacia misma del proyecto, así como medios adecuados para el desarrollo de sus fines y objetivos.

La colaboración compartida para llevar a cabo el común proyecto educativo es considerada como un deber de conciencia para todos los miembros de la comunidad educativa, cada uno de los cuales la ejecuta según las funciones que le atañen. Esa participación, vivida con espíritu evangélico es, por su propia naturaleza, un testimonio que no sólo edifica a Cristo en la comunidad, sino que lo irradia y se convierte en signo para todos.

La falta de fe en el proyecto común de cualquiera de sus responsables es un factor muy negativo para la participación de padres y alumnos en la acción educativa del colegio. No es posible en la escuela presentar un proyecto del que no se es partícipe, no se refleja en la persona del profesor y personal

educador o se cuestiona su realización o su eficacia.

El proyecto educativo y el compromiso de los profesores laicos

43. Compete también a los profesores laicos la responsabilidad sobre el debido desarrollo del proyecto educativo católico. “Los fieles laicos -debido a su participación en el oficio profético de Cristo- están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana -más o menos conscientemente percibida e invocada por todos- constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud”.⁴⁹

44. En gran manera, la concreción del proyecto educativo católico está basculando y dependiendo de la calidad humana, educativa y cristiana del profesor de la escuela católica. Su apertura de miras en sus propuestas educativas, su actitud de servicio al colegio y a sus alumnos, su entrega personal por la cual no se predica a sí mismo sino que busca el crecimiento del alumno y la gloria de Dios, por su espíritu de fraterna solidaridad con todos, su mis-

ma integridad en su vida moral, hacen de este profesor una auténtica imagen del hombre evangélico que precisa la escuela católica.⁵⁰

45. Es especialmente importante el deber de asumir responsabilidades en orden a la aplicación del proyecto educativo católico que se acrecienta cuando los profesores aceptan el incorporarse a la tarea de dirigir o codirigir el propio colegio tomando parte en la responsabilidad de la titularidad del mismo. Esto conlleva el asumir todos los elementos identificativos de la educación católica y que se expresan sobre todo en la impregnación cristiana del saber y de la cultura que se trasmite en la escuela. Hay un riesgo de dejarse absorber por el sistema de aprendizaje presente en el desarrollo curricular y descuidar su verdadera razón de ser: formar auténticos cristianos capaces de dar razón de su esperanza.

46. Para el logro y perseverancia en estas actitudes y valores “es importante que de acuerdo con la fe que profesan y el testimonio de vida que están llamados a dar, los laicos católicos que trabajan en esta escuela participen sencilla y activamente en la vida litúrgica y sacramental que en su ámbito se desarrolle.”⁵¹

Así mismo, “es sumamente deseable que el laico católico y muy especialmente el educador, esté dispuesto a participar activamente en grupos de animación pastoral o cualesquiera núcleos válidos de fermento evangélico”.⁵²

Los alumnos esperan de sus educadores no sólo maestros en su saber y saber enseñar, sino también testigos de una vida de fe en la que puedan encontrar los signos mediante los cuales Dios se hace presente.

La corresponsabilidad de los padres

47. La acción educativa de la Iglesia hace posible el ejercicio del derecho de los padres a la educación de los hijos según sus convicciones. Ellos ostentan la responsabilidad educativa de los hijos que debe ser compartida con el colegio, no sólo en cuanto concededores de su desarrollo en sus hijos, sino también promovida, responsabilizándose en las acciones adecuadas a sus posibilidades. “Con el don de la vida los padres reciben todo un patrimonio de experiencia. A este respecto, los padres tienen el derecho y el deber inalienable de transmitirlo a los hijos: educarlos en el descubrimiento de su identidad, iniciarlos en la vida social, en el ejercicio responsable de su libertad moral y de su capacidad de amar a través de la experiencia de ser amados y, sobre todo, en el encuentro con Dios”.⁵³

Para que la participación de los padres sea efectiva conviene motivar, coordinar y alimentar la sintonía de pensamiento, palabra, consejo y ejemplo de los padres con la acción educativa del colegio. Es necesario crear modos, lugares y tiempos de diálogo, encuentro y celebración comunitaria de toda

la comunidad educativa. Todo ello “no se debe a motivos de oportunidad, sino que se basa en motivos de fe. La tradición católica enseña que la familia tiene una misión educativa propia y original, que viene de Dios”.⁵⁴

e) Una acción educativa de la Iglesia Católica

La acción educativa de la escuela católica es una acción eclesial

48. “La presencia de la Iglesia en el campo escolar se manifiesta especialmente por la escuela católica”.⁵⁵ A la presencia de la Iglesia en la escuela corresponde la de la escuela en la Iglesia. Es una recíproca vinculación por la cual la Iglesia se hace presente como servicio educativo a los hijos y, a su vez, la escuela católica encuentra en la Iglesia su identidad y sentido.

La escuela católica posee todos los elementos que le permiten ser reconocida no sólo como medio privilegiado para hacer presente a la Iglesia en la sociedad, sino también como verdadero y particular sujeto eclesial, puesto que “evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial”, pues quien evangeliza hace presente a Cristo y a la Iglesia, su cuerpo visible y “esto supone que lo haga no por una misión que ella se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre”.⁵⁶

Responsabilidades eclesiales de la comunidad educativa

49. Esta comunión con la Iglesia tiene una concreción en la misma comunidad educativa. Los educadores unidos entre sí se constituyen en comunidad eclesial que anuncia la presencia de su Señor entre ellos. Esta comunidad posee un proyecto común y concreto de servicio, el proyecto educativo católico.

“Los laicos que trabajan en la escuela católica son enviados a *colaborar más estrechamente con el apostolado de la Jerarquía*, ya sea por medio de la enseñanza de la religión o por la educación religiosa más general que tratan de promover ayudando a los alumnos a lograr una síntesis personal entre fe y cultura, entre fe y vida. La escuela católica, en cuanto institución apostólica, recibe aquí un mandato de la jerarquía”.⁵⁷

Tanto las personas consagradas como los profesores laicos dentro de la comunidad educativa ejercen un ministerio eclesial al servicio de la comunidad católica local y en comunión con el Ordinario diocesano. La común misión educativa confiada por la Iglesia exige también una total colaboración y sintonía entre las distintas acciones, planes pastorales y comunidades educativas.⁵⁸

Especial importancia ha de tener el profesor de religión en la escuela católica. Como en todo tipo de escuela es un profesor enviado por el Obispo con la misión de enseñar en nombre de la Iglesia.

Todo profesor de religión debe estar en posesión de la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica y recibir del Obispo la “*missio canonica*” que supone la Idoneidad del profesor, a la vez que garantiza su identidad católica. Toda su acción educativa es una acción evangelizadora en cuanto participa de la misma misión de la Iglesia.

En los momentos difíciles, de renovación y de trabajo, la unidad es garantía de esperanza. Es elemento esencial del apostolado cristiano la unión con aquéllos que el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios. “La espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios”.⁵⁹

50. El testimonio de comunión y misión de la escuela católica será el gran servicio en el mundo educativo, el mismo que la Iglesia, pues no posee una finalidad en sí misma sino que es parte de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, a quien sirve y a quien anuncia. Por ello, la escuela católica no se predica así misma, pues su acción educativa sólo pretende la gloria de su Señor en el servicio educativo a los más pequeños, sus hermanos.

La acción educativa de la Iglesia en la escuela estatal

51. La acción educativa cristiana no es sólo una acción de la escuela católica. En la escuela estatal se imparte la ense-

ñanza religiosa católica como elemento básico y fundamental en la maduración de la personalidad cristiana del alumno. Esta enseñanza posibilita el ejercicio del derecho de los padres a que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que responda a sus convicciones.

A los alumnos de la clase de religión se les aporta una cosmovisión que hace posible la comprensión crítica de la cultura y su inserción en la formación del alumno. En esta enseñanza el alumno de la escuela estatal encuentra los elementos básicos para dialogar desde la fe con la cultura que allí se le transmite, para ser lúcido y crítico en las situaciones de degradación moral, para asumir los valores que conforman el humanismo cristiano al servicio de toda persona.

52. A su vez, la formación religiosa y moral católica no se lleva a cabo en la escuela estatal sólo por la clase de religión. Son muchos los profesores cristianos que están aportando a sus alumnos principios y actitudes propias de la educación católica. Su ser cristiano, su testimonio, es luz en la oscuridad y ejemplo para sus alumnos, motivación en la lucha por el bien y la verdad.

IV. PRIORIDADES Y URGENCIAS

a) Renovar y fortalecer la propia identidad

53. El primero y principal compromiso de la escuela católica se refiere a su

identidad, como tal escuela católica, de la que ya hemos hablado. Ello comporta sobre todo un renovado compromiso con los fines y objetivos que le constituyen como tal escuela católica; una sincera revisión de su ideario y su concreta presencia y realización en el proyecto educativo de sus centros; una actualización del carisma propio fundacional.

b) Implicar a las familias en el ejercicio de su derecho

54. La Declaración Universal de los Derechos Humanos reconoce el derecho a la libertad religiosa, incluyendo el derecho de los creyentes a asociarse para el culto y la educación, insistiendo en que los padres tienen el derecho a decidir y dirigir la educación de sus hijos.⁶⁰ Así lo recoge nuestra propia Constitución en el artículo 27.3 y los tratados internacionales.

La complementariedad que ejercen las instituciones en la educación de los hijos es una colaboración en la misión educativa de los padres y, por tanto, las personas e instituciones actúan en nombre de ellos, e incluso, por encargo de ellos. El argumento, a veces utilizado, de substraer el derecho de los padres con el fin de dar a todos los niños las mismas oportunidades en una escuela única, es un señuelo que pretende suplantarse a la familia privándole de su responsabilidad educativa.

55. Los padres deben de conocer los fines y objetivos que el colegio pretende

alcanzar en orden a la formación integral de sus hijos, los medios más adecuados para su logro, las concretas responsabilidades a las que están llamados a colaborar con el colegio y, sobre todo, es vital para la educación de los hijos la total sintonía de los padres con el proyecto educativo del colegio de sus hijos.

La formación cristiana de los padres en íntima comunión con el proyecto educativo católico supone la asunción de la síntesis cristiana que facilite el diálogo abierto de los padres con la problemática individual de sus hijos en orden a su formación religiosa y moral. La educación en los valores cristianos depende en gran manera de la motivación, vivencia y ejemplaridad que los padres aporten a sus hijos.

Comprometer a los padres en la acción educativa de los hijos es también hacerles partícipes de los problemas, logros y necesidades del colegio, creando cauces de participación institucional, formativa y humana junto al resto de la comunidad educativa.

c) Actualizar el compromiso con los más necesitados

56. El acceso, sobre todo, de los más pobres a la educación es un compromiso que han contraído en los diversos niveles las instituciones educativas católicas. Ello exige enfocar la obra educativa en función de los últimos, independientemente de la clase social de los alumnos presentes en la institución escolar.⁶¹

Cuando hablamos de los más necesitados no sólo hemos de referirnos a los económica y socialmente desfavorecidos, realidad cada vez más patente y presente en nuestros colegios. También la escuela católica hoy asume una nueva sensibilidad hacia la presencia y necesidad de educación de nuevas pobrezas que llaman a nuestras puertas y que emergen en las clases sociales mejor situadas económicamente, pero no por ello menos necesitadas de que se les eduque en los valores del proyecto educativo católico.

Entre los más pobres y desfavorecidos merecen especial atención los inmigrantes. Ha sido una constante en la Iglesia su preocupación y dedicación de sus hijos a la educación de los más desfavorecidos. “La Iglesia está llamada a continuar su actividad, creando y mejorando cada vez más sus servicios de acogida y su atención pastoral con los inmigrados y refugiados para que se respeten su dignidad y libertad, y se favorezca su integración”⁶², respetando su cultura y la peculiaridad de su tradición religiosa, y haciendo respetar a su vez el patrimonio cultural de la nación de acogida y la propia identidad del colegio.

d) Promover la unidad de la comunidad eclesial a favor de sus centros y de su identidad

57. Los centros de enseñanza católicos, promovidos por órdenes o congregaciones religiosas, por instituciones

diocesanas o grupos y personas cristianas, constituyen un sector importante en la acción pastoral de la Iglesia en España y un servicio cualitativo y cuantitativamente significativo a nuestra sociedad. En una sociedad democrática, la libertad de las personas y de las instituciones para crear y dirigir centros docentes es derecho primordial, como lo es para los padres de familia el derecho a elegir para sus hijos el tipo de educación que prefieran según sus convicciones.

Aunque la presencia de la escuela católica se sustenta en estos derechos fundamentales refrendados por la Constitución española, como son el derecho a la libertad religiosa, el derecho a la libertad de enseñanza, y el derecho de los padres a que sus hijos reciban el tipo de formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones,⁶³ sin embargo, en nuestros días se pone en cuestión la aplicación de estos derechos en cuanto a su desarrollo en igualdad de condiciones con la escuela estatal.

Cualquier recorte a estos derechos es recorte a las libertades. No es la Administración del Estado la que decide o concede como gracia el ejercicio de esa libertad a los padres. En el ejercicio pleno de la libertad de enseñanza se juega la libertad de la sociedad.

Los recursos de que dispone el Estado para atender a las necesidades de educación de la sociedad proceden

por igual de todos los ciudadanos. En este aspecto, la verdadera libertad de elección requiere la igualdad de condiciones económicas y académicas en todos los centros docentes.

58. El mismo ejercicio del derecho del titular a establecer el carácter propio del centro se ve, a veces, dificultado por la obligada aceptación de alumnos cuyos padres se oponen a que sus hijos reciban la enseñanza de la religión católica. Con el Tribunal Constitucional tenemos que decir que: “el ejercicio por el titular de su derecho a establecer el carácter propio del centro actúa necesariamente como límite de los derechos que ostentan los demás miembros de la comunidad educativa -profesores, padres y alumnos- pues de otro modo no sólo quedaría privado de todo contenido real el derecho a establecer el carácter propio del centro, sino que se vería también defraudado el derecho de los padres a escoger para sus hijos la formación religiosa y moral acorde con sus propias convicciones...”⁶⁴ Hay que tener en cuenta que la enseñanza de la religión católica hace posible la fundamentación de la cosmovisión cristiana, como concepción de la vida y como elemento básico para la formación integral del alumno.

La escuela católica está abierta a todo tipo de alumno que opte por ella, con tal de que acepte los medios que la misma escuela católica posee para el desarrollo de su propio proyecto educativo. Sin embargo, en la práctica, la aplicación

de la norma legal dificulta el ejercicio del derecho de opción de los padres, e incluso, obligan a recibir alumnos que se oponen a dicho proyecto.

Es por todo ello necesario que la comunidad educativa católica esté en todo momento unida en la defensa de sus intereses y derechos para el mejor servicio eclesial a la sociedad. Es muy necesaria y de gran trascendencia la coordinación de esfuerzos, proyectos y medios a través de las diócesis, congregaciones y parroquias que hagan posible la continuidad de los colegios con su propio ideario y carisma.

Los obispos, en momentos difíciles para algunos colegios católicos, hacemos una llamada a los religiosos, religiosas e instituciones titulares para que estos colegios se mantengan con su propia identidad católica al servicio de la evangelización.

V. PROPUESTA DE ACTUACIONES FUTURAS

59. Finalmente queremos proponer algunas líneas de actuación como respuesta a los problemas que atañen a la escuela católica. Se refieren especialmente a la clarificación y revitalización de su identidad y su concreción en el carácter propio o ideario y su proyecto educativo, a la formación de los profesores conforme a su identidad católica y profesional y a la preparación de los padres en sus responsabilidades educativas.

La responsabilidad de llevar a cabo todas estas propuestas compete a las instituciones, asociaciones y personas responsables de la educación católica, en cuanto les sea posible.

60. La Conferencia Episcopal Española, a través de la Comisión Episcopal de Enseñanza, especialmente, pretende motivar y colaborar en el desarrollo de las distintas actuaciones que aquí se proponen, teniendo en cuenta a las instituciones implicadas:

Motivar y formar a los miembros de la comunidad educativa sobre los principios, valores y compromisos que conlleva la Persona y Mensaje de Jesucristo como centro y fuente del ideario propio de la escuela católica.

Fomentar cursos de formación de los directivos y del profesorado con relación a su identidad cristiana y su responsabilidad en el desarrollo del ideario del colegio.

Insertar, como elemento básico en la formación de los alumnos, la participación en la celebración de algunos sacramentos y otros actos comunitarios litúrgicos en coordinación con el ordinario diocesano.

Dar a la clase de religión especial importancia como espacio formativo para que el saber religioso ocupe el lugar que le corresponde en la formación integral.

Informar a los padres sobre la acción educativa del colegio y promover ac-

tividades para ayudarles a asumir sus responsabilidades en la educación de sus hijos.

Promover la colaboración interinstitucional en todos los campos: en la formación teológico-pastoral de los profesores laicos, intercambio de experiencias pastorales y educativas, de gestión y viabilidad de los propios colegios.

Estudiar y coordinar con la diócesis y parroquia respectiva las fórmulas posibles para la pervivencia de los centros católicos, con todo lo que implica su carácter propio.

Cuidar la selección de los educadores laicos con criterios de adecuación a la identidad católica de nuestras escuelas.

Participar en la elaboración y compromisos del proyecto de pastoral educativo de las diócesis, buscando cauces para una mayor colaboración con la pastoral educativa diocesana y motivando la comunión con los pastores.

Fomentar la relación entre los centros educativos, las parroquias y las diócesis, para promover la coordinación del mejor servicio a la educación, favoreciendo la responsabilidad e inserción de las familias.

Potenciar la acogida de personas de otras culturas en los centros católicos, desde la concepción del Proyecto Educativo basado en los valores universales del Evangelio.

Fortalecer la titularidad de los centros católicos, facilitando la adopción de medidas que garanticen su continuidad como colegios católicos.

Programar y coordinar acciones que faciliten la inserción social y educativa de los más necesitados.

VI. CONCLUSIÓN

61. Es de todos conocido el esfuerzo continuado y esperanzado de los que trabajan en la escuela católica por llevar a cabo un proyecto educativo que sirva a los alumnos en su formación humana y cristiana y en su maduración en la fe. Esta dedicación en pro de la educación católica merece el reconocimiento de la Iglesia y de la misma sociedad.

La Conferencia Episcopal Española propone este documento para la reflexión y aplicación a la propia vida de cada colegio católico. Deseamos que sea para la escuela católica un instrumento de trabajo en orden a una revisión de aquello que necesite ser vitalizado para una mejor evangelización de niños y jóvenes.

Nos mueve la fe en el Señor que estará siempre con nosotros en esta tarea, el celo de la caridad por todos, especialmente los pequeños que necesitan de mayor orientación, ayuda y apoyo, y “la esperanza de construir un mundo más justo y más digno del hombre, que no puede prescindir de

la convicción de que nada valdrían los esfuerzos humanos si no fueran acompañados por la ayuda divina, porque si el Señor no construye la casa en vano se afanan los albañiles” (Sal 127,1).⁶⁵

Ponemos en las manos de nuestra Madre, la Virgen María, la acción educativa de la Iglesia, implorando su auxilio y protección.

Madrid, 27 de abril de 2007

NOTAS

- 1 JUAN PABLO II, Homilía en Reims (20.9.1996) 5.
- 2 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica (7.4.1988) 34.
- 3 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica* (19.3.1977) 34.
- 4 CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* (7.12.1965) 22.
- 5 Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio* (14.9.1998) 5.
- 6 Cfr. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (10.11.1994) 36.
- 7 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Veritatis splendor* (6.8.1993) 84.
- 8 Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* (28.6.2003) 9.
- 9 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Las personas consagradas y su misión en la escuela* (28.10.2002) 31.
- 10 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio* (22.11.1981) 6.
- 11 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* (28.6.2003) 8.
- 12 ANTONIO M. ROUCO VARELA, *El derecho a la educación y sus titulares*. Club Siglo XXI (30-1-7).
- 13 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.1.2001) 47.
- 14 FORO CALIDAD Y LIBERTAD DE ENSEÑANZA, “*Educación, Libertad y Calidad*” (Octubre 2001) pag. 25.
- 15 Cf. DELORS, J, *La educación encierra un tesoro*. Informe a la UNESCO. 1996.
- 16 Cfr. CONSEJO GENERAL DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA, “*Manifiesto por la educación*” (2.3.2002).
- 17 Entre otros mencionamos: Declaración de Derechos del Niño (1959). Declaración de Derechos de la Mujer. Pacto Internacional de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales (1966). Carta de los Derechos de la Familia (1983). Resolución del Parlamento Europeo sobre Libertad de Enseñanza (1984).

- 18 CONCILIO VATICANO II, Declaración *Gravissimum educationis* (28.10.1965) 5.
- 19 CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (7.12.1965) 21.
- 20 CONCILIO VATICANO II, Declaración *Gravissimum educationis* (28.10.1965) 8.
- 21 CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, *Compendio* (28.6.2005) 66,67.
- 22 CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (7.12.1965) 41.
- 23 CONCILIO VATICANO II, Declaración *Gravissimum educationis* (28.10.1965) 1.
- 24 Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (7.12.1965) 57.
- 25 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (7.4.1988) 53.
- 26 Cf. JUAN PABLO II, Discurso al Congreso Internacional del Comité Europeo de la Educación Católica (28.4.2001).
- 27 JUAN PABLO II, Discurso a los docentes universitarios de Roma (9.9.2000).
- 28 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Gaudium et spes* (7.12.1965) 22.
- 29 BENEDICTO XVI, Discurso en la Universidad Gregoriana de Roma (13-11-2006).
- 30 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (7.4.1988) 48.
- 31 Ibidem, 47.
- 32 Declaración final de la asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos (28.11 al 14.12.1991) *Ecclesia* (21.12.1991) 4.
- 33 Ibidem. Nº 3.
- 34 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (7.4.1988) 25 y 26.
- 35 Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio* (14.9.1998) 99.
- 36 COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolar* (11.6.1979) 41.
- 37 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici* (30.12.1988) 34.
- 38 Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolar* (11.6.1979) 39.
- 39 PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8.12.1975) 19.
- 40 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela* (15.10.1982) 29.
- 41 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et Ratio* (14.9.1998) 5.
- 42 Ibidem. Proemiun.
- 43 BENEDICTO XVI, Discurso en la Universidad de Ratisbona (13-9-2006).
- 44 COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolar* (11.6.1979) 13.
- 45 CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (7.12.1965) 22.
- 46 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (7.12.1965) 58.
- 47 Sentencia del Tribunal Constitucional, 5/1981, Fundamento jurídico 8 (13-2-81).
- 48 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. CCIV COMISIÓN PERMANENTE DEL EPISCOPADO, Declaración sobre *La Ley Orgánica de Educación (LOE), los Reales Decretos*

- que la desarrollan y los derechos fundamentales de padres y escuelas* (28-2-7) 8-9.
- 49 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici* (30.12.1988) 34.
- 50 Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El Laico católico testigo de la fe en la escuela* (15.10.1982) 52.
- 51 Ibidem, 40.
- 52 Ibidem,41.
- 53 BENEDICTO XVI, Homilía a las familias en Valencia, (9-7-2006).
- 54 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (7.4.1988) 42.
- 55 CONCILIO VATICANO II, Declaración *Gravissimum educationis* (28.10.1965) 8.
- 56 PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8.12.1975) 60.
- 57 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica* (19.3.1977) 71.
- 58 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Las personas consagradas y su misión en la escuela* (28.10.2002) 42.
- 59 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.1.2001) 45.
- 60 Cf. Declaración Universal de los Derechos Humanos, art. 18 y 26.3.
- 61 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Las personas consagradas y su misión en la escuela* (28.10.2002) 69.
- 62 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica, *Ecclesia in Europa* (28.6.2003) 103.
- 63 Cf. XXXVIII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE. Declaración sobre *El derecho a la educación* (24-6-83) 2.
- 64 Sentencia del Tribunal Constitucional, 77/1985, Fundamento jurídico II, 9(27.6.1985).
- 65 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica

CCVI Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

Nota de prensa

Celebración del 40º aniversario de la encíclica *Populorum progressio*

Este año se conmemora el 40º aniversario de la encíclica *Populorum progressio*, firmada por el Papa Pablo VI el 26 de marzo de 1967. Con tal motivo, en la Comisión Permanente del pasado mes de junio, y a propuesta del Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, Mons. D. Juan José Omella Omella, obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, se aprobaron la celebración de un Simposio conmemorativo y la redacción por parte de la Asamblea Plenaria de un breve mensaje sobre el aniversario de la encíclica. Mons. Omella ha informado a la Permanente de que el Simposio se celebrará en la Fundación Pablo VI, de Madrid, los días 30 de noviembre y 1 de diciembre, y ha presentado un borrador de mensaje sobre el aniversario de la encíclica, que pasa a la Plenaria para su posible aprobación.

Borrador del documento Iglesia en España y Pastoral de las Migraciones

Mons. D. José Sánchez González, obispo de Sigüenza-Guadalajara y Presidente de la Comisión Episcopal de Migraciones ha presentado a la Comisión Permanente el borrador del documento *Iglesia en*

España y Pastoral de las Migraciones, en el que se recogen las aportaciones que los obispos realizaron, tras el diálogo que mantuvieron sobre este tema en la Asamblea Plenaria del pasado mes de abril. Tras su estudio por parte de la Permanente, el borrador se ha aprobado para su presentación en la próxima Asamblea Plenaria del mes de noviembre, en la que, si procede, se someterá a votación para su aprobación definitiva.

Iluminación de catedrales y otros templos

La Comisión Permanente, conforme al Convenio que la CEE firmó en 2006 con la Fundación Endesa, ha aprobado la adjudicación de 852.360 euros en concepto de ayudas para la iluminación de Catedrales y otros templos. Dicho convenio tiene una vigencia de cinco años (2007-2011) y un presupuesto total de 2.250.000 euros. Cada uno de los beneficiados aporta el 50 % del importe total del proyecto. Se adjunta la relación de las Catedrales y templos que se beneficiaran de la partida presupuestaria que ha aprobado esta Comisión Permanente.

Manuales sobre el islam

La Comisión Permanente ha tenido conocimiento de la publicación por la

Editorial SM de un manual escolar para la enseñanza de la religión musulmana. Con el deseo de evitar que se confunda el verdadero y deseado diálogo interreligioso con el relativismo o indiferentismo religioso, y ante las dudas suscitadas a este respecto, se notifica que dicha publicación no ha sido realizada con el conocimiento ni el consentimiento de la Conferencia Episcopal. La responsabilidad de la edición de ese libro y de los demás proyectados en la misma serie corresponde a la Editorial.

Otros temas y nombramientos

Los miembros de la Comisión Permanente han estudiado el borrador de un mensaje ante la publicación del Catecismo *Jesús es el Señor* y el borrador de una introducción para la Biblia de la CEE. Ambos pasan a la Asamblea Plenaria para su estudio y posible aprobación.

Mons. D. Julián Barrio Barrio, arzobispo de Santiago de Compostela y Presidente de la Comisión de Apostolado Seglar, ha informado sobre los preparativos de un Congreso de Pastoral Juvenil, previsto en el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española. La próxima Plenaria recibirá informaciones más detalladas sobre el lugar, las fechas y el contenido del Congreso.

Los obispos miembros de la Comisión Permanente han conocido los Balances correspondientes al año

2006 del Fondo Común Interdiocesano de la Conferencia Episcopal Española. Han sido informados de los presupuestos de la CEE y de sus instituciones y organismos para el año 2008, que se someterá a la aprobación de la próxima Asamblea Plenaria.

La Secretaría General ha informado, entre otras cuestiones, acerca de los preparativos de la Beatificación de 498 mártires del siglo XX en España que tendrá lugar el próximo 28 de octubre en Roma.

Por último, la Comisión Permanente ha aprobado el temario de la XC Asamblea Plenaria que se celebrará del 19 al 23 de noviembre y ha realizado una serie de nombramientos que detallamos a continuación:

Rvdo. D. Jesús Rico García, sacerdote miembro de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, como Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades.

D^a Sonia Fernández Holguín, laica de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz, como Presidenta General del Movimiento de Acción Católica *Juventud Estudiante Cristiana (JEC)*.

Rvdo. D. Francisco Javier García Gutiérrez, sacerdote de la Diócesis de Palencia, como Consiliario Nacional del Movimiento de Acción Católica *Juventud Obrera Cristiana (JOC)*.

Rvdo. D. Isaac Núñez García, sacerdote de la Diócesis de Astorga, como Consiliario Nacional del Movimiento de Acción Católica *Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC)*.

Rvdo. D. Lucas Rafael Galvañ Ruso, sacerdote de la Diócesis de Orihuela-Alicante, como Consiliario Nacional del Movimiento de Acción Católica *Mujeres trabajadoras Cristianas*.

Rvdo. D. Luis Marrero Sosa, sacerdote de la diócesis de Canarias, como Consiliario Nacional del Movimiento de Acción Católica *Fraternidad Cristiana de Personas con Discapacidad (FRATER)*.

Además, los obispos miembros de la Comisión Permanente han confirmado como Presidente de la *Asociación Española de profesores de Liturgia* al **Rvdo. D. Aurelio García Macías**, sacerdote de la Diócesis de Valladolid.

Madrid, 25-26 de septiembre de 2007



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Domingo, 16 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la liturgia vuelve a proponer a nuestra meditación el capítulo XV del evangelio de san Lucas, una de las páginas más elevadas y conmovedoras de toda la sagrada Escritura. Es hermoso pensar que en todo el mundo, dondequiera que la comunidad cristiana se reúne para celebrar la Eucaristía dominical, resuena hoy esta buena nueva de verdad y de salvación: Dios es amor misericordioso. El evangelista san Lucas recogió en este capítulo tres parábolas sobre la misericordia divina: las dos más breves, que tiene en común con san Mateo y san Marcos, son las de la oveja perdida y la moneda perdida; la tercera, larga, articulada y sólo recogida por él, es la célebre parábola del Padre misericordioso, llamada habitualmente del “hijo pródigo”.

En esta página evangélica nos parece escuchar la voz de Jesús, que nos revela el rostro del Padre suyo y Padre nuestro. En el fondo, vino al mundo para hablarnos del Padre, para darnoslo a conocer a nosotros, hijos perdidos, y para suscitar en nuestro corazón la alegría de pertenecerle, la esperanza de

ser perdonados y de recuperar nuestra plena dignidad, y el deseo de habitar para siempre en su casa, que es también nuestra casa.

Jesús narró las tres parábolas de la misericordia porque los fariseos y los escribas hablaban mal de él, al ver que permitía que los pecadores se le acercaran, e incluso comía con ellos (cf. *Lc* 15, 1-3). Entonces explicó, con su lenguaje típico, que Dios no quiere que se pierda ni siquiera uno de sus hijos y que su corazón rebosa de alegría cuando un pecador se convierte.

La verdadera religión consiste, por tanto, en entrar en sintonía con este Corazón “rico en misericordia”, que nos pide amar a todos, incluso a los lejanos y a los enemigos, imitando al Padre celestial, que respeta la libertad de cada uno y atrae a todos hacia sí con la fuerza invencible de su fidelidad. El camino que Jesús muestra a los que quieren ser sus discípulos es este: “No juzguéis..., no condenéis...; perdonad y seréis perdonados...; dad y se os dará; sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (*Lc* 6, 36-38). En estas palabras encontramos indicaciones muy concretas para nuestro comportamiento diario de creyentes.

En nuestro tiempo, la humanidad necesita que se proclame y testimonie con vigor la misericordia de Dios. El amado Juan Pablo II, que fue un gran apóstol de la Misericordia divina, intuyó de modo profético esta urgencia pastoral. Dedicó al Padre misericordioso su segunda encíclica, y durante todo su pontificado se hizo misionero del amor de Dios a todos los pueblos. Después de los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, que oscurecieron el alba del tercer milenio, invitó a los cristianos y a los hombres de buena voluntad a creer que la misericordia de Dios es más fuerte que cualquier mal, y que sólo en la cruz de Cristo se encuentra la salvación del mundo.

La Virgen María, Madre de la Misericordia, a quien ayer contemplamos como Virgen de los Dolores al pie de la cruz, nos obtenga el don de confiar siempre en el amor de Dios y nos ayude a ser misericordiosos como nuestro Padre que está en los cielos.

*Palacio pontificio de Castelgandolfo
Domingo, 23 de septiembre de 2007*

Queridos hermanos y hermanas

Esta mañana he visitado la diócesis de Velletri, de la que fui cardenal titular durante varios años. Ha sido un encuentro familiar, que me ha permitido revivir momentos del pasado ricos en experiencias espirituales y pastorales.

Durante la solemne celebración eucarística, comentando los textos litúrgicos, he reflexionado sobre el uso correcto de los bienes terrenos, un tema que en estos domingos el evangelista san Lucas ha vuelto a proponer de diversos modos a nuestra atención.

Narrando la parábola de un administrador injusto, pero muy astuto, Cristo enseña a sus discípulos cuál es el mejor modo de utilizar el dinero y las riquezas materiales, es decir, compartirlos con los pobres, granjeándose así su amistad con vistas al reino de los cielos. “Haced amigos con el dinero injusto -dice Jesús-, para que cuando os falte, os reciban en las moradas eternas” (Lc 16, 9). El dinero no es “injusto” en sí mismo, pero más que cualquier otra cosa puede encerrar al hombre en un egoísmo ciego. Se trata, pues, de realizar una especie de “conversión” de los bienes económicos en vez de usarlos sólo para el propio interés, es preciso pensar también en las necesidades de los pobres, imitando a Cristo mismo, el cual, como escribe san Pablo, “siendo rico, por vosotros se hizo pobre, a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2 Co 8, 9). Parece una paradoja Cristo no nos ha enriquecido con su riqueza, sino con su pobreza, es decir, con su amor, que lo impulsó a entregarse totalmente a nosotros.

Aquí podría abrirse un vasto y complejo campo de reflexión sobre el tema de la riqueza y de la pobreza, incluso a escala mundial, en el que se confron-

tan dos lógicas económicas la lógica del lucro y la lógica de la distribución equitativa de los bienes, que no están en contradicción entre sí, con tal de que su relación esté bien ordenada. La doctrina social católica ha sostenido siempre que la distribución equitativa de los bienes es prioritaria. El lucro es naturalmente legítimo y, en una medida justa, necesario para el desarrollo económico.

En la encíclica *Centesimus annus* escribió Juan Pablo II “La moderna *economía de empresa* comporta aspectos positivos, cuya raíz es la libertad de la persona, que se expresa en el campo económico y en otros campos” (n. 32). Sin embargo -añadió-, no se ha de considerar el capitalismo como el único modelo válido de organización económica (cf. *ib.*, 35). La emergencia del hambre y la emergencia ecológica muestran cada vez con más evidencia que cuando predomina la lógica del lucro aumenta la desproporción entre ricos y pobres y una dañosa explotación del planeta. En cambio, cuando predomina la lógica del compartir y de la solidaridad, es posible corregir la ruta y orientarla hacia un desarrollo equitativo y sostenible.

María santísima, que en el *Magnificat* proclama el Señor “a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (*Lc* 1, 53), ayude a los cristianos a usar con sabiduría evangélica, es decir, con generosa solidaridad, los bienes terrenos, e inspire a los guber-

nantes y a los economistas estrategias clarividentes que favorezcan el auténtico progreso de todos los pueblos.

Domingo, 30 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy el evangelio de san Lucas presenta la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro (cf. *Lc* 16, 19-31). El rico personifica el uso injusto de las riquezas por parte de quien las utiliza para un lujo desenfrenado y egoísta, pensando solamente en satisfacerse a sí mismo, sin tener en cuenta de ningún modo al mendigo que está a su puerta. El pobre, al contrario, representa a la persona de la que solamente Dios se cuida: a diferencia del rico, tiene un nombre, Lázaro, abreviatura de Eleázaro (Eleazar), que significa precisamente “Dios le ayuda”. A quien está olvidado de todos, Dios no lo olvida; quien no vale nada a los ojos de los hombres, es valioso a los del Señor. La narración muestra cómo la iniquidad terrena es vencida por la justicia divina: después de la muerte, Lázaro es acogido “en el seno de Abraham”, es decir, en la bienaventuranza eterna, mientras que el rico acaba “en el infierno, en medio de los tormentos”. Se trata de una nueva situación inapelable y definitiva, por lo cual es necesario arrepentirse durante la vida; hacerlo después de la muerte no sirve para nada.

Esta parábola se presta también a una lectura en clave social. Sigue siendo memorable la que hizo hace precisamente cuarenta años el Papa Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*. Hablando de la lucha contra el hambre, escribió: “Se trata de construir un mundo donde todo hombre (...) pueda vivir una vida plenamente humana, (...) donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico” (n. 47). Las causas de las numerosas situaciones de miseria son -recuerda la encíclica-, por una parte, “las servidumbres que le vienen de la parte de los hombres” y, por otra, “una naturaleza insuficientemente dominada” (*ib.*). Por desgracia, ciertas poblaciones sufren por ambos factores a la vez. ¿Cómo no pensar, en este momento, especialmente en los países de África subsahariana, afectados durante los días pasados por graves inundaciones? Pero no podemos olvidar otras muchas situaciones de emergencia humanitaria en diversas regiones del planeta, en las

que los conflictos por el poder político y económico contribuyen a agravar problemas ambientales ya serios. El llamamiento que en aquel entonces hizo Pablo VI: “Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos” (*Populorum progressio*, 3), conserva hoy toda su urgencia. No podemos decir que no conocemos el camino que hay que recorrer: tenemos la ley y los profetas, nos dice Jesús en el Evangelio. Quien no quiere escucharlos, no cambiará ni siquiera si alguien de entre los muertos vuelve para amonestarlo.

La Virgen María nos ayude a aprovechar el tiempo presente para escuchar y poner en práctica esta palabra de Dios. Nos obtenga que estemos más atentos a los hermanos necesitados, para compartir con ellos lo mucho o lo poco que tenemos, y contribuir, comenzando por nosotros mismos, a difundir la lógica y el estilo de la auténtica solidaridad.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 29 de agosto de 2007
San Gregorio de Nisa (1)

Queridos hermanos y hermanas:

En las últimas catequesis he hablado de dos grandes doctores de la Iglesia

del siglo IV, san Basilio y san Gregorio Nacianceno, obispo en Capadocia, en la actual Turquía. Hoy hablaremos de un tercero, el hermano de san Basilio, san Gregorio de Nisa, hombre de carácter meditativo, con gran capacidad de reflexión y una inteligencia despierta

ta, abierta a la cultura de su tiempo. Fue un pensador original y profundo en la historia del cristianismo.

Nació alrededor del año 335. De su formación cristiana se encargaron especialmente su hermano san Basilio -definido por él “padre y maestro” (*Ep.* 13, 4: *SC* 363, 198)- y su hermana santa Macrina. En sus estudios profundizó particularmente en la filosofía y la retórica. En un primer momento se dedicó a la enseñanza y se casó. Después, como su hermano y su hermana, se consagró totalmente a la vida ascética. Más tarde fue elegido obispo de Nisa, y se convirtió en pastor celoso, conquistando la estima de la comunidad. Acusado de malversaciones económicas por sus adversarios herejes, tuvo que abandonar por algún tiempo su sede episcopal, pero luego regresó triunfalmente (cf. *Ep.* 6: *SC* 363, 164-170) y prosiguió la lucha por defender la auténtica fe.

Sobre todo tras la muerte de san Basilio, como recogiendo su herencia espiritual, cooperó en el triunfo de la ortodoxia. Participó en varios sínodos; trató de resolver los enfrentamientos entre las Iglesias; participó en la reorganización eclesiástica y, como “columna de la ortodoxia”, fue uno de los protagonistas del concilio de Constantinopla del año 381, que definió la divinidad del Espíritu Santo. Desempeñó varios encargos oficiales de parte del emperador Teodosio, pronunció importantes homilías y discursos fúnebres, y compuso varias obras teológicas. En el año

394 volvió a participar en un sínodo que se celebró en Constantinopla. Se desconoce la fecha de su muerte.

San Gregorio manifiesta con claridad la finalidad de sus estudios, el objetivo supremo al que orienta su trabajo teológico: no dedicar la vida a cosas banales, sino encontrar la luz que permita discernir lo que es verdaderamente útil (cf. *In Ecclesiasten hom.* 1: *SC* 416, 106-146). Encontró en el cristianismo este bien supremo, gracias al cual es posible “la imitación de la naturaleza divina” (*De professione christiana: PG* 46, 244 C). Con su aguda inteligencia y sus amplios conocimientos filosóficos y teológicos, defendió la fe cristiana contra los herejes que negaban la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo (como Eunomio y los macedonianos) o ponían en duda la perfecta humanidad de Cristo (como Apolinar). Comentó la sagrada Escritura, reflexionando especialmente en la creación del hombre. La creación era para él un tema central. Veía en la criatura un reflejo del Creador y en ella encontraba el camino hacia Dios.

Pero también escribió un importante libro sobre la vida de Moisés, a quien presenta como hombre en camino hacia Dios: esta ascensión hacia el monte Sinaí se convierte para él en una imagen de nuestra ascensión en la vida humana hacia la verdadera vida, hacia el encuentro con Dios. Interpretó también la oración del Señor, el Padrenuestro, y las Bienaventuranzas.

En su “Gran discurso catequístico” (*Oratio catechetica magna*), expuso las líneas fundamentales de la teología, no para elaborar una teología académica cerrada en sí misma, sino para ofrecer a los catequistas un sistema de referencia para sus explicaciones, como una especie de marco en el que se mueve después la interpretación pedagógica de la fe.

San Gregorio, además, es insigne por su doctrina espiritual. Su teología no era una reflexión académica, sino la manifestación de una vida espiritual, de una vida de fe vivida. Como gran “padre de la mística” trazó en varios tratados -como el *De professione christiana* y el *De perfectione christiana*- el camino que los cristianos deben emprender para alcanzar la verdadera vida, la perfección.

Exaltó la virginidad consagrada (*De virginitate*), y propuso como modelo insigne la vida de su hermana santa Macrina, que fue para él siempre una guía, un ejemplo (cf. *Vita Macrinae*). Pronunció varios discursos y homilías, y escribió numerosas cartas. Comentando la creación del hombre, san Gregorio subraya que Dios, “el mejor de los artistas, forja nuestra naturaleza de manera que sea capaz del ejercicio de la realeza. Mediante la superioridad del alma, y por medio de la misma conformación del cuerpo, Dios hace que el hombre sea realmente idóneo para desempeñar el poder regio” (*De hominis opificio* 4: PG 44, 136 B).

Pero constatamos que el hombre, en la red de los pecados, con frecuencia abusa de la creación y no ejerce una verdadera realeza. Por eso, para desempeñar una verdadera responsabilidad con respecto a las criaturas, tiene que ser penetrado por Dios y vivir en su luz. En efecto, el hombre es un reflejo de la belleza original que es Dios: “Todo lo que creó Dios era óptimo”, escribe el santo obispo. Y añade: “Lo testimonia el relato de la creación (cf. *Gn* 1, 31). Entre las cosas óptimas también se encontraba el hombre, dotado de una belleza muy superior a la de todas las cosas bellas. ¿Qué otra cosa podía ser tan bella como quien era semejante a la belleza pura e incorruptible? (...) Al ser reflejo e imagen de la vida eterna, era realmente bello, es más, bellísimo, con el signo radiante de la vida en su rostro” (*Homilia in Canticum* 12: PG 44, 1020 C).

El hombre fue honrado por Dios y situado por encima de toda criatura: “El cielo no fue hecho a imagen de Dios, ni la luna, ni el sol, ni la belleza de las estrellas, ni nada de lo que aparece en la creación. Sólo tú (*alma humana*) has sido hecha a imagen de la naturaleza que supera toda inteligencia, semejanza de la belleza incorruptible, huella de la verdadera divinidad, receptáculo de vida bienaventurada, imagen de la verdadera luz, al contemplar la cual te conviertes en lo que él es, pues por medio del rayo reflejado que proviene de tu pureza tú imitas a quien brilla en ti. Nada de lo que existe es tan

grande que pueda ser comparado a tu grandeza” (*Homilia in Canticum 2: PG 44, 805 D*). Meditemos en este elogio del hombre. Veamos también cómo el hombre se ha degradado por el pecado. Y tratemos de volver a la grandeza originaria: el hombre sólo alcanza su verdadera grandeza si Dios está presente.

Por tanto, el hombre reconoce dentro de sí el reflejo de la luz divina: purificando su corazón, vuelve a ser, como al inicio, una imagen límpida de Dios, Belleza ejemplar (cf. *Oratio catechetica 6: SC 453, 174*). De este modo, el hombre, al purificarse, puede ver a Dios, como los puros de corazón (cf. *Mt 5, 8*): “Si con un estilo de vida diligente y atento lavas las fealdades que se han depositado en tu corazón, resplandecerá en ti la belleza divina. (...) Contemplándote a ti mismo, verás en ti a aquel que anhela tu corazón y serás feliz” (*De beatitudinibus, 6: PG 44, 1272 AB*). Por consiguiente, hay que lavar las fealdades que se han depositado en nuestro corazón y volver a encontrar en nosotros mismos la luz de Dios.

Así pues, el hombre tiene como fin la contemplación de Dios. Sólo en ella podrá encontrar su satisfacción. Para anticipar en cierto modo este objetivo ya en esta vida, debe avanzar incesantemente hacia una vida espiritual, una vida en diálogo con Dios. En otras palabras -y ésta es la lección más importante que nos deja san Gregorio de Nisa- la plena realización del hombre consiste en la santidad, en una vida

vivida en el encuentro con Dios, que así resulta luminosa también para los demás, también para el mundo.

Miércoles, 5 de septiembre de 2007
San Gregorio de Nisa (2)

Queridos hermanos y hermanas:

Os propongo algunos aspectos de la doctrina de san Gregorio de Nisa, de quien ya hablamos el miércoles pasado. Ante todo, san Gregorio de Nisa manifiesta una concepción muy elevada de la dignidad del hombre. El fin del hombre, dice el santo obispo, es hacerse semejante a Dios, y este fin lo alcanza sobre todo a través del amor, del conocimiento y de la práctica de las virtudes, “rayos luminosos que brotan de la naturaleza divina” (*De beatitudinibus 6: PG 44, 1272 c*), en un movimiento perpetuo de adhesión al bien, como el corredor que avanza hacia adelante.

San Gregorio utiliza, a este respecto, una imagen eficaz, que ya se encontraba presente en la carta de san Pablo a los Filipenses: *épekteinómenos (Flp 3, 13)*, es decir, “tendiendo” hacia lo que es más grande, hacia la verdad y el amor. Esta expresión icástica indica una realidad profunda: la perfección que queremos alcanzar no es algo que se conquista para siempre; la perfección es estar en camino, es una continua disponibilidad para seguir adelante, pues nun-

ca se alcanza la plena semejanza con Dios; siempre estamos en camino (cf. *Homilia in Canticum* 12: PG 44, 1025 d). La historia de cada alma es un amor colmado sin cesar y, al mismo tiempo, abierto a nuevos horizontes, pues Dios dilata continuamente las posibilidades del alma para hacerla capaz de bienes siempre mayores. Dios mismo, que ha sembrado en nosotros semillas de bien y del que brota toda iniciativa de santidad, “modela el bloque. (...) Limando y puliendo nuestro espíritu forma en nosotros a Cristo” (*In Psalmos* 2, 11: PG 44, 544 b).

San Gregorio aclara: “El llegar a ser semejantes a Dios no es obra nuestra, ni resultado de una potencia humana, es obra de la generosidad de Dios, que desde su origen ofreció a nuestra naturaleza la gracia de la semejanza con él” (*De virginitate* 12, 2: SC 119, 408-410). Por tanto, para el alma “no se trata de conocer algo de Dios, sino de tener a Dios en sí misma” (*De beatitudinibus* 6: PG 44, 1269 c). De hecho, san Gregorio observa agudamente: “La divinidad es pureza, es liberación de las pasiones y remoción de todo mal: si todo esto está en ti, Dios está realmente en ti” (*ib.*: PG 44, 1272 c).

Cuando tenemos a Dios en nosotros, cuando el hombre ama a Dios, por la reciprocidad propia de la ley del amor, quiere lo que Dios mismo quiere (cf. *Homilia in Canticum* 9: PG 44, 956 ac), y, por tanto, coopera con Dios para modelar en sí mismo la ima-

gen divina, de manera que “nuestro nacimiento espiritual es el resultado de una opción libre, y en cierto sentido nosotros somos los padres de nosotros mismos, creándonos como nosotros mismos queremos ser y formándonos por nuestra voluntad según el modelo que escogemos” (*Vita Moysis* 2, 3: SC 1 bis, 108).

Para ascender hacia Dios el hombre debe purificarse: “El camino que lleva la naturaleza humana al cielo no es sino el alejamiento de los males de este mundo. (...) Hacerse semejante a Dios significa llegar a ser justo, santo y bueno. (...) Por tanto, si, según el Eclesiastés (*Qo* 5, 1), “Dios está en el cielo” y si, según el profeta (*Sal* 72, 28), vosotros “estáis con Dios”, se sigue necesariamente que debéis estar donde se encuentra Dios, pues estáis unidos a él. Dado que él os ha ordenado que, cuando oréis, llaméis a Dios Padre, os dice que os asemejéis a vuestro Padre celestial, con una vida digna de Dios, como el Señor nos ordena con más claridad en otra ocasión, cuando dice: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (*Mt* 5, 48)” (*De oratione dominica* 2: PG 44, 1145 ac).

En este camino de ascenso espiritual, Cristo es el modelo y el maestro, que nos permite ver la bella imagen de Dios (cf. *De perfectione christiana*: PG 46, 272 a). Cada uno de nosotros, contemplándolo a él, se convierte en “el pintor de su propia vida”; su voluntad es la que realiza el trabajo, y las

virtudes son como las pinturas de las que se sirve (*ib.*: PG 46, 272 b). Por tanto, si el hombre es considerado digno del nombre de Cristo, ¿cómo debe comportarse? San Gregorio responde así: “(debe) examinar siempre interiormente sus pensamientos, sus palabras y sus acciones, para ver si están dirigidos a Cristo o si se alejan de él” (*ib.*: PG 46, 284 c). Y este punto es importante por el valor que da a la palabra cristiano. El cristiano lleva el nombre de Cristo y, por eso, debe asemejarse a él también en la vida. Los cristianos, por el bautismo, asumimos una gran responsabilidad.

Ahora bien, Cristo, recuerda san Gregorio, está presente también en los pobres; por consiguiente, nunca se les debe despreciar: “No desprecies a quienes están postrados, como si por eso no valieran nada. Considera quiénes son y descubrirás cuál es su dignidad: representan a la persona del Salvador. Y así es, pues el Señor, en su bondad, les prestó su misma persona para que, a través de ella, tengan compasión los que son duros de corazón y enemigos de los pobres” (*De pauperibus amandis*: PG 46, 460 bc).

San Gregorio, como decíamos, habla de una ascensión: ascensión a Dios en la oración a través de la pureza de corazón; pero esa ascensión a Dios se realiza también mediante el amor al prójimo. El amor es la escalera que lleva a Dios. Por eso el santo obispo exhorta vivamente a sus oyentes: “Sé

generoso con estos hermanos, víctimas de la desventura. Da al hambriento lo que le quitas a tu estómago” (*ib.*: PG 46, 457 c).

Con mucha claridad san Gregorio recuerda que todos dependemos de Dios, y por ello exclama: “No penséis que todo es vuestro. Debe haber también una parte para los pobres, los amigos de Dios. De hecho, todo procede de Dios, Padre universal, y nosotros somos hermanos, pertenecemos a un mismo linaje” (*ib.*: PG 46, 465 b). Así pues, insiste san Gregorio, el cristiano debe examinarse: “¿De qué te sirve el ayuno y la abstinencia si después con tu maldad haces daño a tu hermano? ¿Qué ganas, ante Dios, por el hecho de no comer de lo tuyo, si después, actuando injustamente, arrancas de las manos del pobre lo que es suyo?” (*ib.*: PG 46, 456 a).

Concluamos estas catequesis sobre los tres grandes Padres de Capadocia recordando una vez más el aspecto importante de la doctrina espiritual de san Gregorio de Nisa: la oración. Para avanzar por el camino hacia la perfección y acoger en sí a Dios, llevando en sí al Espíritu de Dios, el amor de Dios, el hombre debe dirigirse con confianza a él en la oración: “A través de la oración logramos estar con Dios. Pero, quien está con Dios está lejos del enemigo. La oración es apoyo y defensa de la castidad, freno de la ira, represión y dominio de la soberbia. La oración es custodia de la virginidad, protección

de la fidelidad en el matrimonio, esperanza para quienes velan, abundancia de frutos para los agricultores, seguridad para los navegantes” (*De oratione dominica* 1: PG 44, 1124 a-b).

El cristiano reza inspirándose siempre en la oración del Señor: “Por tanto, si queremos pedir que descienda sobre nosotros el reino de Dios, se lo pedimos con la potencia de la Palabra: que yo sea alejado de la corrupción, que sea liberado de la muerte y de las cadenas del error; que la muerte nunca reine sobre mí, que no tenga nunca poder sobre nosotros la tiranía del mal, que no me domine el adversario ni me haga su prisionero por el pecado, sino que venga a mí tu reino para que se alejen de mí, o mejor todavía, se anulen las pasiones que ahora me dominan y subyugan” (*ib.* 3: PG 44, 1156 d-1157 a).

Terminada su vida terrena, el cristiano podrá dirigirse así con serenidad a Dios. Al hablar de esto, san Gregorio piensa en la muerte de su hermana santa Macrina y escribe que ella, en el momento de la muerte, rezaba a Dios con estas palabras: “Tú, que tienes en la tierra el poder de perdonar los pecados, perdóname para que pueda tener descanso (cf. *Sal* 38, 14), y para que llegue a tu presencia sin mancha, en el momento en el que sea despojada de mi cuerpo (cf. *Col* 2, 11), de manera que mi espíritu, santo e inmaculado (cf. *Ef* 5, 27) sea acogido en tus manos, “como incienso

ante ti” (*Sal* 140, 2)” (*Vita Macrinae* 24: SC 178, 224). Esta enseñanza de san Gregorio es válida siempre: no sólo debemos hablar de Dios, sino también llevar a Dios en nosotros mismos. Lo hacemos con el compromiso de la oración y amando a todos nuestros hermanos.

Miércoles, 12 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero reflexionar hoy sobre la visita pastoral que tuve la alegría de realizar en días pasados a Austria, país que me es particularmente familiar, tanto porque confina con mi tierra natal como por los numerosos contactos que siempre he tenido con él. El motivo específico de esta visita fue el 850° aniversario del santuario de Mariazell, el más importante de Austria, predilecto también de los fieles húngaros y muy visitado por peregrinos de otras naciones vecinas.

Por tanto, fue ante todo una peregrinación que tuvo como lema “Mirar a Cristo”: ir al encuentro de María que nos muestra a Jesús. Doy las gracias de corazón al cardenal Schönborn, arzobispo de Viena, y a todo el Episcopado del país por el gran empeño con que prepararon mi visita. Expreso mi agradecimiento al Gobierno austríaco y a todas las autoridades civiles y militares que prestaron su valiosa colaboración; en particular, agradezco al señor pre-

sidente federal la cordialidad con que me acogió y acompañó en los diversos momentos de la visita.

La primera etapa fue la *Mariensäule*, histórica columna en la que está colocada la Virgen Inmaculada: allí tuve un encuentro con miles de jóvenes y comencé mi peregrinación. Después me dirigí a la Judenplatz para rendir homenaje al monumento que recuerda la Shoah.

Teniendo en cuenta la historia de Austria y de sus estrechas relaciones con la Santa Sede, así como la importancia de Viena en la política internacional, el programa de este viaje pastoral comprendió los encuentros con el presidente de la República y con el Cuerpo diplomático. Se trata de oportunidades valiosas en las que el Sucesor de Pedro tiene la posibilidad de exhortar a los responsables de las naciones a que promuevan siempre la causa de la paz y del auténtico desarrollo económico y social.

Refiriéndome en particular a Europa, renové mi aliento a proseguir el actual proceso de unificación sobre la base de los valores inspirados en el patrimonio cristiano común. Por lo demás, Mariazell es uno de los símbolos del encuentro de los pueblos europeos en torno a la fe cristiana. ¿Cómo olvidar que Europa es portadora de una tradición de pensamiento en la que van unidos fe, razón y sentimiento? Ilustres filósofos, incluso independientemente

de la fe, han reconocido el papel central del cristianismo para preservar la conciencia moderna de derivas nihilistas o fundamentalistas. El encuentro con las autoridades políticas y diplomáticas en Viena fue, por tanto, muy propicio para insertar mi viaje apostólico en el contexto actual del continente europeo.

La peregrinación, propiamente, la realicé en la jornada del sábado 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de María, a la que está dedicado el santuario de Mariazell. Este santuario tuvo su origen en el año 1157, cuando un monje benedictino de la cercana abadía de San Lambrecht, enviado a predicar en ese lugar, experimentó la prodigiosa ayuda de María, de quien llevaba una pequeña estatua de madera. La celda (“*zell*”) en la que el monje puso la estatuilla se convirtió después en meta de peregrinaciones y, en el correr de dos siglos, se construyó un importante santuario, donde todavía hoy se venera a la Virgen de las Gracias, llamada “*Magna Mater Austriae*”.

A mí me ha producido una gran alegría regresar como Sucesor de Pedro a ese lugar santo y tan apreciado por los pueblos del centro y del este de Europa. Allí admiré la ejemplar valentía de miles y miles de peregrinos que, a pesar de la lluvia y el frío, quisieron estar presentes con gran alegría y fe en esta celebración, en la que ilustré el tema central de mi visita: “Mirar a Cristo”, tema que los obispos de Austria habían profundizado sabiamente en el camino

de preparación, que duró nueve meses. Pero sólo al llegar al santuario comprendimos plenamente el sentido de este lema: mirar a Cristo. Ante nosotros se encontraban la estatua de la Virgen, que con una mano indica a Jesús Niño y, en lo alto, encima del altar de la basílica, el crucifijo. Allí nuestra peregrinación alcanzó su meta: contemplamos el rostro de Dios en ese Niño en brazos de la Madre y en ese Hombre con los brazos abiertos. Mirar a Jesús con los ojos de María significa encontrar al Dios Amor, que por nosotros se hizo hombre y murió en la cruz.

Al final de la misa en Mariazell conferí el “mandato” a los componentes de los consejos pastorales parroquiales, que se acaban de renovar en toda Austria. Con ese elocuente gesto eclesial puse bajo la protección de María la gran “red” de las parroquias al servicio de la comunión y de la misión. En el santuario viví, después, momentos de gozosa fraternidad con los obispos del país y la comunidad benedictina. Me encontré con los sacerdotes, los religiosos, los diáconos y los seminaristas, y con ellos celebré las Vísperas. Unidos espiritualmente a María, alabamos al Señor por la humilde entrega de tantos hombres y mujeres que se encomiendan a su misericordia y se consagran al servicio de Dios. Estas personas, a pesar de sus limitaciones humanas, más aún, precisamente en la sencillez y en la humildad de su humanidad, se esfuerzan por ofrecer a todos un reflejo de la bondad y de la belleza de Dios, siguiendo

a Jesús por el camino de la pobreza, la castidad y la obediencia, tres votos que se deben comprender en su auténtico significado cristológico, no individualista, sino relacional y eclesial.

En la mañana del domingo celebré la solemne eucaristía en la catedral de San Esteban, en Viena. En la homilía, quise profundizar de manera particular en el significado y el valor del domingo, en apoyo del movimiento “Alianza en defensa del domingo libre”. También forman parte de este movimiento personas y grupos no cristianos. Como creyentes, obviamente, tenemos motivaciones profundas para vivir el día del Señor, tal como la Iglesia nos ha enseñado. “*Sine dominico non possumus!*”: sin el Señor y sin su Día no podemos vivir, declararon los mártires de Abitina (actual Túnez) en el año 304. Tampoco nosotros, cristianos del siglo XXI, podemos vivir sin el domingo: un día que da sentido al trabajo y al descanso, actualiza el significado de la creación y de la redención, y expresa el valor de la libertad y del servicio al prójimo. Todo esto es el domingo; mucho más que un precepto. Si las poblaciones herederas de una antigua civilización cristiana abandonan este significado y dejan que el domingo se reduzca a un fin de semana o a un tiempo para dedicarse a intereses mundanos y comerciales, quiere decir que han decidido renunciar a su propia cultura.

No lejos de Viena se encuentra la abadía de *Heiligenkreuz*, de la Santa

Cruz. Para mí fue una gran alegría visitar esa floreciente comunidad de monjes cistercienses, que existe sin interrupción desde hace 874 años. Aneja a la abadía se encuentra la Escuela superior de filosofía y teología, que desde hace poco tiempo ha recibido el título de “pontificia”. Al dirigirme en particular a los monjes, recordé la gran enseñanza de san Benito sobre el Oficio divino, subrayando el valor de la oración como servicio de alabanza y adoración debido a Dios por su infinita belleza y bondad. No debe anteponerse nada a este servicio sagrado, dice la Regla benedictina (43, 3), de manera que toda la vida, con sus tiempos de trabajo y de descanso, se recapitule en la liturgia y se oriente a Dios. Tampoco puede quedar separado de la vida espiritual y de la oración el estudio teológico, como afirmó con fuerza el propio san Bernardo de Claraval, padre de la Orden del Císter. La presencia de la Academia de teología junto a la abadía testimonia esta unión entre fe y razón, entre corazón y mente.

El último encuentro de mi viaje fue el que celebré con el mundo del voluntariado. Quise manifestar así mi aprecio a las numerosas personas, de diversas edades, que se comprometen gratuitamente al servicio del prójimo, tanto en la comunidad eclesial como en la civil. El voluntariado no consiste sólo en “hacer”: es ante todo una manera de ser, que brota del corazón, de una actitud de agradecimiento por la vida, y lleva a “restituir” y compartir con el

prójimo los dones recibidos. Desde esta perspectiva, quise alentar nuevamente la cultura del voluntariado. La acción del voluntario no se debe ver como una intervención para “tapar agujeros” del Estado o de las instituciones públicas, sino más bien como una presencia complementaria y siempre necesaria para mantener viva la atención por los últimos y promover un estilo personalizado en la asistencia. Por tanto, no hay nadie que no pueda participar en el voluntariado: incluso la persona más pobre y desfavorecida tiene seguramente mucho que compartir con los demás, aportando su contribución para construir la civilización del amor.

Para concluir, renuevo mi acción de gracias al Señor por esta visita-peregrinación a Austria. La meta central fue, una vez más, un santuario mariano, en torno al cual se pudo vivir una intensa experiencia eclesial, como una semana antes había sucedido en Loreto con los jóvenes italianos. Además, en Viena y en Mariazell se pudo ver, en particular, la realidad viva, fiel y variada de la Iglesia católica presente en gran número en las citas previstas. Fue una presencia gozosa y atrayente de una Iglesia que, como María, está llamada a “mirar a Cristo” siempre para poderlo mostrar y ofrecer a todos; una Iglesia maestra y testigo de un “sí” generoso a la vida en todas sus dimensiones; una Iglesia que actualiza su tradición de dos mil años al servicio de un futuro de paz y de auténtico progreso social para toda la familia humana.

Miércoles, 19 de septiembre de 2007
San Juan Crisóstomo(1)

Queridos hermanos y hermanas:

Este año se cumple el decimosexto centenario de la muerte de san Juan Crisóstomo (407-2007). Podría decirse que Juan de Antioquía, llamado Crisóstomo, o sea, “boca de oro” por su elocuencia, sigue vivo hoy, entre otras razones, por sus obras. Un copista anónimo dejó escrito que estas “atravesan todo el orbe como rayos fulminantes”. Sus escritos nos permiten también a nosotros, como a los fieles de su tiempo, que en varias ocasiones se vieron privados de él a causa de sus destierros, vivir con sus libros, a pesar de su ausencia. Es lo que él mismo sugería en una carta desde el destierro (cf. *A Olimpia*, Carta 8, 45).

Nacido en torno al año 349 en Antioquía de Siria (actualmente Antakya, en el sur de Turquía), desempeñó allí su ministerio presbiteral durante cerca de once años, hasta el año 397, cuando, nombrado obispo de Constantinopla, ejerció en la capital del Imperio el ministerio episcopal antes de los dos destierros, que se sucedieron a breve distancia uno del otro, entre los años 403 y 407. Hoy nos limitamos a considerar los años antioquenos de san Juan Crisóstomo.

Huérfano de padre en tierna edad, vivió con su madre, Antusa, que le transmitió una exquisita sensibilidad

humana y una profunda fe cristiana. Después de los estudios primarios y superiores, coronados por los cursos de filosofía y de retórica, tuvo como maestro a Libanio, pagano, el más célebre retórico de su tiempo. En su escuela, san Juan se convirtió en el mayor orador de la antigüedad griega tardía.

Bautizado en el año 368 y formado en la vida eclesiástica por el obispo Melecio, fue por él instituido lector en el año 371. Este hecho marcó la entrada oficial de Crisóstomo en la *carrera* eclesiástica. Del año 367 al 372, frecuentó el *Asceterio*, una especie de seminario de Antioquía, junto a un grupo de jóvenes, algunos de los cuales fueron después obispos, bajo la guía del famoso exegeta Diodoro de Tarso, que encaminó a san Juan a la exégesis histórico-literal, característica de la tradición antioquena.

Después se retiró durante cuatro años entre los eremitas del cercano monte Silpio. Prosiguió aquel retiro otros dos años, durante los cuales vivió solo en una caverna bajo la guía de un “anciano”. En ese período se dedicó totalmente a meditar “las leyes de Cristo”, los evangelios y especialmente las cartas de Pablo. Al enfermarse y ante la imposibilidad de curarse por sí mismo, tuvo que regresar a la comunidad cristiana de Antioquía (cf. Palladio, *Vida* 5). El Señor -explica el biógrafo- intervino con la enfermedad en el momento preciso para permitir a Juan seguir su verdadera vocación.

En efecto, escribirá él mismo que, ante la alternativa de elegir entre las vicisitudes del gobierno de la Iglesia y la tranquilidad de la vida monástica, preferiría mil veces el servicio pastoral (cf. *Sobre el sacerdocio*, 6, 7): precisamente a este servicio se sentía llamado san Juan Crisóstomo. Y aquí se realiza el giro decisivo de la historia de su vocación: pastor de almas a tiempo completo. La intimidad con la palabra de Dios, cultivada durante los años de la vida eremítica, había madurado en él la urgencia irresistible de predicar el Evangelio, de dar a los demás lo que él había recibido en los años de meditación. El ideal misionero lo impulsó así, alma de fuego, a la solicitud pastoral.

Entre los años 378 y 379 regresó a la ciudad. Diácono en el 381 y presbítero en el 386, se convirtió en un célebre predicador en las iglesias de su ciudad. Pronunció homilias contra los arrianos, seguidas de las conmemorativas de los mártires antioquenos y de otras sobre las principales festividades litúrgicas: se trata de una gran enseñanza de la fe en Cristo, también a la luz de sus santos. El año 387 fue el “año heroico” de san Juan Crisóstomo, el de la llamada “rebelión de las estatuas”. El pueblo derribó las estatuas imperiales como protesta contra el aumento de los impuestos. En aquellos días de Cuaresma y de angustia a causa de los inminentes castigos por parte del emperador, pronunció sus veintidós vibrantes *Homilias sobre las estatuas*, orientadas a la penitencia y a la con-

versión. Siguió un período de serena solicitud pastoral (387-397).

San Juan Crisóstomo es uno de los Padres más prolíficos: de él nos han llegado 17 tratados, más de 700 homilias auténticas, los comentarios a san Mateo y a san Pablo (cartas a *los Romanos*, a *los Corintios*, a *los Efesios* y a *los Hebreos*) y 241 cartas. No fue un teólogo especulativo. Sin embargo, transmitió la doctrina tradicional y segura de la Iglesia en una época de controversias teológicas suscitadas sobre todo por el arrianismo, es decir, por la negación de la divinidad de Cristo.

Por tanto, es un testigo fiable del desarrollo dogmático alcanzado por la Iglesia en los siglos IV y V. Su teología es exquisitamente pastoral; en ella es constante la preocupación de la coherencia entre el pensamiento expresado por la palabra y la vivencia existencial. Éste es, en particular, el hilo conductor de las espléndidas catequesis con las que preparaba a los catecúmenos para recibir el bautismo. Poco antes de su muerte, escribió que el valor del hombre está en el “conocimiento exacto de la verdadera doctrina y en la rectitud de la vida” (*Carta desde el destierro*). Las dos cosas, conocimiento de la verdad y rectitud de vida, van juntas: el conocimiento debe traducirse en vida. Todas sus intervenciones se orientaron siempre a desarrollar en los fieles el ejercicio de la inteligencia, de la verdadera razón, para comprender y poner

en práctica las exigencias morales y espirituales de la fe.

San Juan Crisóstomo se preocupa de acompañar con sus escritos el desarrollo integral de la persona, en sus dimensiones física, intelectual y religiosa. Compara las diversas etapas del crecimiento a otros tantos mares de un inmenso océano: “El primero de estos mares es la infancia” (*Homilía 81, 5 sobre el evangelio de san Mateo*). En efecto “precisamente en esta primera edad se manifiestan las inclinaciones al vicio y a la virtud”. Por eso, la ley de Dios debe imprimirse desde el principio en el alma “como en una tablilla de cera” (*Homilía 3, 1 sobre el evangelio de san Juan*): de hecho ésta es la edad más importante. Debemos tener presente cuán fundamental es que en esta primera etapa de la vida entren realmente en el hombre las grandes orientaciones que dan la perspectiva correcta a la existencia. Por ello, san Juan Crisóstomo recomienda: “Desde la más tierna edad proporcionad a los niños armas espirituales y enseñadles a persignarse la frente con la mano” (*Homilía 12, 7 sobre la primera carta a los Corintios*).

Vienen luego la adolescencia y la juventud: “A la infancia le sigue el mar de la adolescencia, donde los vientos soplan con fuerza..., porque en nosotros crece... la concupiscencia” (*Homilía 81, 5 sobre el evangelio de san Mateo*). Por último, llegan el noviazgo y el matrimonio: “A la juventud le sucede la edad de la persona madura, en la que

sobrevienen los compromisos de familia: es el tiempo de buscar esposa” (*ib.*). Recuerda los fines del matrimonio, enriqueciéndolos -mediante la alusión a la virtud de la templanza- con una rica trama de relaciones personalizadas. Los esposos bien preparados cortan así el camino al divorcio: todo se desarrolla con alegría y se puede educar a los hijos en la virtud. Cuando nace el primer hijo, éste es “como un puente; los tres se convierten en una sola carne, dado que el hijo une las dos partes” (*Homilía 12, 5 sobre la carta a los Colosenses*) y los tres constituyen “una familia, pequeña Iglesia” (*Homilía 20, 6 sobre la carta a los Efesios*).

La predicación de san Juan Crisóstomo se desarrollaba habitualmente durante la liturgia, “lugar” en el que la comunidad se construye con la Palabra y la Eucaristía. Aquí la asamblea reunida expresa la única Iglesia (*Homilía 8, 7 sobre la carta a los Romanos*); en todo lugar la misma palabra se dirige a todos (*Homilía 24, 2 sobre la Primera Carta a los Corintios*) y la comunión eucarística se convierte en signo eficaz de unidad (*Homilía 32, 7 sobre el evangelio de san Mateo*).

Su proyecto pastoral se insertaba en la vida de la Iglesia, en la que los fieles laicos con el bautismo asumen el oficio sacerdotal, real y profético. Al fiel laico dice: “También a ti el bautismo te hace rey, sacerdote y profeta” (*Homilía 3, 5 sobre la segunda carta a los Corintios*).

De aquí brota el deber fundamental de la misión, porque cada uno en alguna medida es responsable de la salvación de los demás: “Éste es el principio de nuestra vida social...: no interesarnos sólo por nosotros mismos” (*Homilía 9, 2 sobre el Génesis*). Todo se desarrolla entre dos polos: la gran Iglesia y la “pequeña Iglesia”, la familia, en relación recíproca.

Como podéis ver, queridos hermanos y hermanas, esta lección de san Juan Crisóstomo sobre la presencia auténticamente cristiana de los fieles laicos en la familia y en la sociedad, es hoy más actual que nunca. Roguemos al Señor para que nos haga dóciles a las enseñanzas de este gran maestro de la fe.

Miércoles, 26 de septiembre de 2007
San Juan Crisóstomo (2)

Queridos hermanos y hermanas:

Continuamos hoy nuestra reflexión sobre san Juan Crisóstomo. Después del período pasado en Antioquía, en el año 397, fue nombrado obispo de Constantinopla, la capital del Imperio romano de Oriente. Desde el inicio, san Juan proyectó la reforma de su Iglesia; la austeridad del palacio episcopal debía servir de ejemplo para todos: clero, viudas, monjes, personas de la corte y ricos. Por desgracia, no pocos de ellos, afectados por sus juicios, se alejaron de él.

Por su solicitud en favor de los pobres, san Juan fue llamado también “el limosnero”. Como administrador atento logró crear instituciones caritativas muy apreciadas. Su espíritu emprendedor en los diferentes campos hizo que algunos lo vieran como un peligroso rival. Sin embargo, como verdadero pastor, trataba a todos de manera cordial y paterna. En particular, siempre tenía gestos de ternura con respecto a la mujer y dedicaba una atención especial al matrimonio y a la familia. Invitaba a los fieles a participar en la vida litúrgica, que hizo espléndida y atractiva con creatividad genial.

A pesar de su corazón bondadoso, no tuvo una vida tranquila. Pastor de la capital del Imperio, a menudo se vio envuelto en cuestiones e intrigas políticas por sus continuas relaciones con las autoridades y las instituciones civiles. En el ámbito eclesiástico, dado que en el año 401 había depuesto en Asia a seis obispos indignamente elegidos, fue acusado de rebasar los límites de su jurisdicción, por lo que se convirtió en diana de acusaciones fáciles.

Otro pretexto de ataques contra él fue la presencia de algunos monjes egipcios, excomulgados por el patriarca Teófilo de Alejandría, que se refugiaron en Constantinopla. Después se creó una fuerte polémica causada por las críticas de san Juan Crisóstomo a la emperatriz Eudoxia y a sus cortesanas, que reaccionaron desacreditándolo e insultándolo.

De este modo, fue depuesto en el sínodo organizado por el mismo patriarca Teófilo, en el año 403, y condenado a un primer destierro breve. Tras regresar, la hostilidad que se suscitó contra él a causa de su protesta contra las fiestas en honor de la emperatriz, que san Juan consideraba fiestas paganas y lujosas, así como la expulsión de los presbíteros encargados de los bautismos en la Vigilia pascual del año 404, marcaron el inicio de la persecución contra san Juan Crisóstomo y sus seguidores, llamados “juanistas”.

Entonces, san Juan denunció los hechos en una carta al obispo de Roma, Inocencio I. Pero ya era demasiado tarde. En el año 406 fue desterrado nuevamente, esta vez a Cucusa, en Armenia. El Papa estaba convencido de su inocencia, pero no tenía el poder para ayudarlo. No se pudo celebrar un concilio, promovido por Roma, para lograr la pacificación entre las dos partes del Imperio y entre sus Iglesias. El duro viaje de Cucusa a Pitonte, destino al que nunca llegó, debía impedir las visitas de los fieles y quebrantar la resistencia del obispo exhausto: la condena al destierro fue una auténtica condena a muerte.

Son conmovedoras las numerosas cartas que escribió san Juan desde el destierro, en las que manifiesta sus preocupaciones pastorales con sentimientos de participación y de dolor por las persecuciones contra los suyos. La marcha hacia la muerte se detuvo en Comana, provincia del Ponto. Allí san Juan, moribundo, fue llevado a la capilla del mártir

san Basilio, donde entregó su alma a Dios y fue sepultado, como mártir junto al mártir (Paladio, *Vida* 119). Era el 14 de septiembre del año 407, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Su rehabilitación tuvo lugar en el año 438 con Teodosio II. Los restos del santo obispo, sepultados en la iglesia de los Apóstoles, en Constantinopla, fueron trasladados en el año 1204 a Roma, a la primitiva basílica constantiniana, y descansan ahora en la capilla del Coro de los canónigos de la basílica de San Pedro.

El 24 de agosto de 2004, el Papa Juan Pablo II entregó una parte importante de sus reliquias al patriarca Bartolomé I de Constantinopla. La memoria litúrgica del santo se celebra el 13 de septiembre. El beato Juan XXIII lo proclamó patrono del concilio Vaticano II.

De san Juan Crisóstomo se dijo que, cuando se sentó en el trono de la nueva Roma, es decir, de Constantinopla, Dios manifestó en él a un segundo Pablo, un doctor del universo. En realidad, en san Juan Crisóstomo hay una unidad esencial de pensamiento y de acción tanto en Antioquía como en Constantinopla. Sólo cambian el papel y las situaciones.

Al meditar en las ocho obras realizadas por Dios en la secuencia de los seis días, en el comentario del *Génesis*, san Juan Crisóstomo quiere hacer que los fieles se remonten de la creación al Creador: “Es de gran ayuda -dice- saber qué es la crea-

tura y qué es el Creador”. Nos muestra la belleza de la creación y el reflejo de Dios en su creación, que se convierte de este modo en una especie de “escalera” para ascender a Dios, para conocerlo.

Pero a este primer paso le sigue un segundo: este Dios creador es también el Dios de la condescendencia (*synkatabasis*). Nosotros somos débiles para “ascender”, nuestros ojos son débiles. Así, Dios se convierte en el Dios de la condescendencia, que envía al hombre, caído y extranjero, una carta, la sagrada Escritura. De este modo, la creación y la Escritura se completan. A la luz de la Escritura, de la carta que Dios nos ha dado, podemos descifrar la creación. A Dios le llama “Padre tierno” (*philostorgios*) (*ib.*), médico de las almas (*Homilía* 40, 3 *sobre el Génesis*), madre (*ib.*) y amigo afectuoso (*Sobre la Providencia* 8, 11-12).

Pero a este segundo paso -el primero era la creación como “escalera” hacia Dios; y el segundo, la condescendencia de Dios a través de la carta que nos ha dado, la sagrada Escritura- se añade un tercer paso: Dios no sólo nos transmite una carta; en definitiva, él mismo baja, se encarna, se hace realmente “Dios con nosotros”, nuestro hermano hasta la muerte en la cruz.

Y tras estos tres pasos -Dios que se hace visible en la creación, Dios nos envía una carta, y Dios desciende y se convierte en uno de nosotros- se agrega al final un cuarto paso: en la vida y la acción del cristiano, el principio vital y

dinámico es el Espíritu Santo (*Pneuma*), que transforma la realidad del mundo. Dios entra en nuestra existencia misma a través del Espíritu Santo y nos transforma desde dentro de nuestro corazón.

Con este telón de fondo, precisamente en Constantinopla, san Juan, al comentar los *Hechos de los Apóstoles*, propone el modelo de la Iglesia primitiva (cf. *Hch* 4, 32-37) como modelo para la sociedad, desarrollando una “utopía” social (una especie de “ciudad ideal”). En efecto, se trataba de dar un alma y un rostro cristiano a la ciudad. En otras palabras, san Juan Crisóstomo comprendió que no basta con dar limosna o ayudar a los pobres de vez en cuando, sino que es necesario crear una nueva estructura, un nuevo modelo de sociedad; un modelo basado en la perspectiva del Nuevo Testamento. Es la nueva sociedad que se revela en la Iglesia naciente.

Por tanto, san Juan Crisóstomo se convierte de este modo en uno de los grandes padres de la doctrina social de la Iglesia: la vieja idea de la *polis* griega se debe sustituir por una nueva idea de ciudad inspirada en la fe cristiana. San Juan Crisóstomo defendía, como san Pablo (cf. *1 Co* 8, 11), el primado de cada cristiano, de la persona en cuanto tal, incluso del esclavo y del pobre. Su proyecto corrige así la tradicional visión griega de la *polis*, de la ciudad, en la que amplios sectores de la población quedaban excluidos de los derechos de ciudadanía, mientras que en la ciudad cristiana todos son hermanos y hermanas con los mismos derechos.

El primado de la persona también es consecuencia del hecho de que, partiendo realmente de ella, se construye la ciudad, mientras que en la *polis* griega la patria se ponía por encima del individuo, el cual quedaba totalmente subordinado a la ciudad en su conjunto. De este modo, con san Juan Crisóstomo comienza la visión de una sociedad construida a partir de la conciencia cristiana. Y nos dice que nuestra *polis* es otra, “nuestra patria está en los cielos” (*Flp* 3, 20) y en esta patria nuestra, incluso en esta tierra, todos somos iguales, hermanos y hermanas, y nos obliga a la solidaridad.

Al final de su vida, desde el destierro en las fronteras de Armenia, “el lugar más desierto del mundo”, san Juan, enlazando con su primera predicación del año 386, retomó un tema muy importante

para él: Dios tiene un plan para la humanidad, un plan “inefable e incomprensible”, pero seguramente guiado por él con amor (cf. *Sobre la Providencia* 2, 6). Ésta es nuestra certeza. Aunque no podamos descifrar los detalles de la historia personal y colectiva, sabemos que el plan de Dios se inspira siempre en su amor.

Así, a pesar de sus sufrimientos, san Juan Crisóstomo reafirmó el descubrimiento de que Dios nos ama a cada uno con un amor infinito y por eso quiere la salvación de todos. Por su parte, el santo obispo cooperó a esta salvación con generosidad, sin escatimar esfuerzos, durante toda su vida. De hecho, consideraba como fin último de su existencia la gloria de Dios que, ya moribundo, dejó como último testamento: “¡Gloria a Dios por todo!” (Paladio, *Vida* 11).

CARTAS

*Carta del Papa, Benedicto XVI,
al Capítulo General de la Orden de
los Hermanos de la Bienaventurada
Virgen María del Monte Carmelo*

*Al reverendo padre JOSEPH
CHALMERS, Prior general de la Orden
de los Hermanos de la Bienaventurada
Virgen María del Monte Carmelo*

Me alegra saber que esa antigua e ilustre Orden se dispone a celebrar en

el próximo mes de septiembre su capítulo general con ocasión del octavo centenario de la entrega, por parte de san Alberto, patriarca de Jerusalén (1205-1214), de la *formula vitae* en la que se inspiraron los ermitaños latinos que vivieron “junto a la fuente en el monte Carmelo” (*Regla carmelita*, 1). Se trata del primer reconocimiento, por parte de la Iglesia, de ese grupo de hombres, que lo habían dejado todo para vivir en obediencia a Jesucristo,

imitando los sublimes ejemplos de la bienaventurada Virgen María y del profeta Elías. Al proceso canónico, que se concluyó con algunas enmiendas, siguió, en el año 1247, la aprobación de la *Regla* por parte de mi predecesor el Papa Inocencio IV.

Por una feliz coincidencia, este año la Orden del Carmen celebra también otros aniversarios, que considera momentos de gracia, como el séptimo centenario de la piadosa muerte de san Alberto de Trápani, llamado *Pater Ordinis*, y el cuarto centenario del ingreso en la vida eterna de santa María Magdalena de Pazzi, la serafina del Carmelo. Por tanto, es para mí motivo de íntima alegría poder expresar mi participación en la intensa experiencia espiritual que la familia carmelita vivirá con ocasión de su capítulo.

Los primeros carmelitas fueron al monte Carmelo porque creían en el amor de Dios, que amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único (cf. *Jn* 3, 16). Acogiendo el señorío de Cristo sobre su vida, estaban dispuestos a ser transformados por su amor. Esta es la opción fundamental ante la cual se sitúa todo cristiano. Lo puse de relieve en mi primera encíclica: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, 1). Si este desafío vale para el cristiano, ¡cuánto

más debe sentirse interpelado por él el carmelita, cuya vocación es la subida al monte de la perfección!

Sin embargo, sabemos bien que no es fácil vivir fielmente esta llamada. En cierto sentido, es necesario protegerse con armaduras de las insidias del mundo. Lo recuerda también la Regla carmelita: “Ceñid vuestros lomos con el cingulo de la castidad; fortaleced vuestros pechos con pensamientos santos, pues está escrito: el pensamiento santo te guardará. Revestíos la coraza de la justicia, de manera que améis al Señor vuestro Dios con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Embraced en todo momento el escudo de la fe y con él podréis apagar los encendidos dardos del maligno” (n. 19).

También dice: “La espada del Espíritu, es decir, la palabra de Dios, habite en toda su riqueza en vuestra boca y en vuestro corazón. Y lo que debáis hacer, hacedlo conforme a la palabra del Señor” (n. 19). Muchas mujeres y hombres han alcanzado la santidad viviendo con fidelidad creativa los valores de la Regla carmelita. Al contemplarlos a ellos, como a todos los demás discípulos que han seguido fielmente a Cristo, “nos sentimos animados por nuevos motivos a buscar la ciudad futura. Al mismo tiempo, descubrimos el camino seguro que nos llevará en este mundo cambiante a la unión perfecta con Cristo, a la santidad, según el es-

tado y condición de cada uno” (*Lumen gentium*, 50).

El tema de vuestra asamblea capitular -”*In obsequio Jesu Christi*. Comunidad orante y profética en un mundo que cambia”- pone claramente de manifiesto el estilo con el que la Orden del Carmen quiere responder al amor de Dios por medio de una vida impregnada de oración, fraternidad y espíritu profético. En el corazón de vuestra Regla está el precepto de reunirse (*convenire*) cada mañana para la celebración eucarística. En efecto, es en la Eucaristía donde “se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (...), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento” (*Sacramentum caritatis*, 8).

De ello eran ya plenamente conscientes los primeros carmelitas, que buscaban la santificación personal mediante la participación asidua en el banquete eucarístico, pues la celebración diaria de la Eucaristía pone en marcha “un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo en todas las cosas (cf. *1 Co* 15, 28)” (*ib.*, 11).

Con la mirada fija en Cristo y confiando en la ayuda de los santos que a lo largo de estos ocho siglos han encarnado los dictámenes de la Regla del Carmelo, cada miembro

de la Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo ha de sentirse llamado a ser testigo creíble de la dimensión espiritual propia de todo ser humano. Así, los fieles laicos podrán encontrar en las comunidades carmelitas auténticas ““*escuelas*” de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha e intensidad de afecto, hasta el “arrebato” del corazón” (*Novo millennio ineunte*, 33).

Que la bienaventurada Virgen María, Madre y honra del Carmelo, asista a los carmelitas y a las carmelitas, a los miembros de la Tercera Orden y a cuantos de diversas maneras participan en la gran familia del Carmelo, y les enseñe a obedecer a la palabra de Dios y a conservarla en su corazón, meditándola diariamente. Que el profeta Elías los convierta en celosos asertores del Dios vivo y los guíe al monte santo, donde se les conceda percibir la *brisa suave* de la Presencia divina.

Con estos sentimientos, a la vez que invoco sobre toda la familia carmelita la abundancia de los dones de un renovado Pentecostés que aumente su celo por el Señor, imparto de corazón a todos, y en especial a los capitulares, la bendición apostólica.

Castelgandolfo, 14 de agosto de 2007

*Carta del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Tercera
Asamblea Ecu­ménica Europea or-
ganizada por el Consejo de las
Conferencias Episcopales de Europa
y por la Conferencia de las Iglesias de
Europa*

*Al cardenal PÉTER ERDO, presiden-
te del Consejo de las Conferencias episco-
pales de Europa,*

*y al pastor JEAN-ARNOLD DE
CLERMONT, presidente de la
Conferencia de las Iglesias de Europa.*

Con alegría dirijo mi saludo a todos los delegados y participantes en la *III Asamblea ecuménica europea*, en Sibiu, que reflexiona sobre un importante tema para la nueva evangelización de Europa: “La luz de Cristo ilumina a todos los hombres. Esperanza de renovación y unidad en Europa”, y que se ha planteado la tarea de “reconocer una nueva luz en Cristo crucificado y resucitado para favorecer el camino de la reconciliación entre los cristianos de Europa”.

Os saludo a cada uno y, a través de vosotros, al Consejo de las Conferencias episcopales de Europa y a la Conferencia de las Iglesias de Europa. Miro este importante encuentro con la viva esperanza de que impulse el camino ecuménico hacia el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los cristianos. En efecto, esta es una prioridad pastoral que

he querido subrayar desde el inicio de mi pontificado. El compromiso en la búsqueda de la unidad visible de todos los cristianos es esencial para que la luz de Cristo pueda resplandecer sobre todos los hombres.

Como afirmó mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, con el concilio Vaticano II «la Iglesia católica se ha comprometido *de modo irreversible* a recorrer el camino de la acción ecuménica, poniéndose a la escucha del Espíritu del Señor, que enseña a leer atentamente los “signos de los tiempos”» (*Ut unum sint*, 3). “Crear en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer a la Iglesia” (*ib.*, 9). Consciente de ello, la Iglesia católica seguirá con confianza por el camino de la comunión y de la unidad de los cristianos, un camino ciertamente difícil, pero lleno de alegría (cf. *ib.*, 2).

¡Cuántos “signos de los tiempos” nos han sostenido y animado a proseguir por este camino durante los decenios y durante las precedentes Asambleas ecuménicas europeas de Basilea (1989) y Graz (1997), hasta la firma de la *Charta oecumenica* de Estrasburgo en 2001!

También los numerosos encuentros y celebraciones ecuménicas, juntamente con el trabajo paciente del diálogo teológico a nivel local e internacional, nos han ofrecido signos alentadores y nos han hecho “tomar una conciencia

más viva de la Iglesia como misterio de unidad” (*Novo millennio ineunte*, 48). El verdadero diálogo se entabla donde no sólo existe la palabra sino también la escucha, y donde en la escucha tiene lugar el encuentro; en el encuentro, la relación; y en la relación, la comprensión, entendida como profundización y transformación de nuestro ser cristiano. Por consiguiente, el diálogo no atañe sólo al campo del saber y de lo que somos capaces de hacer. Más bien, hace hablar a la persona creyente, más aún, al Señor mismo en medio de nosotros.

Hay dos elementos que deben orientarnos en nuestro compromiso: el diálogo en la verdad y el encuentro en el signo de la fraternidad. Ambos necesitan el ecumenismo espiritual como fundamento. El concilio Vaticano II ya había constatado: “Esta conversión del corazón y esta santidad de vida, junto con las oraciones públicas y privadas por la unidad de los cristianos, deben considerarse el alma de todo el movimiento ecuménico” (*Unitatis redintegratio*, 8).

La oración por la unidad representa el camino real hacia el ecumenismo. Permite a los cristianos de Europa mirar de forma nueva a Cristo y la unidad de su Iglesia. Además, nos hace capaces de afrontar con valentía tanto los recuerdos dolorosos, de los que no está exenta la historia europea, como los problemas sociales en la era del relativismo hoy ampliamente predomi-

nante. En todas las épocas, hombres y mujeres de oración, entre los que se cuentan los numerosos testigos de la fe de todas las confesiones, han sido los principales constructores de reconciliación y de unidad. Han impulsado a los cristianos divididos a buscar el camino de la reconciliación y de la unidad.

Los cristianos debemos ser conscientes de la tarea que se nos ha encomendado, que consiste en llevar a Europa y al mundo la voz de Aquél que dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (*Jn* 8, 12). Tenemos la misión de hacer que resplandezca la luz de Cristo ante los hombres y las mujeres de hoy: no nuestra luz, sino la de Cristo. Pidamos, pues, a Dios la unidad y la paz para los europeos y mostrémonos dispuestos a contribuir a un verdadero progreso de la sociedad en Europa, tanto en el este como en el oeste. Estoy convencido de que el encuentro de Sibiu ofrecerá sugerencias valiosas para proseguir e intensificar la vocación específica de Europa, sugerencias que luego deben ayudar a construir un futuro mejor para su población.

Deseo que la *III Asamblea ecuménica europea* de Sibiu logre crear espacios de encuentro para la unidad en la legítima diversidad. En un clima de confianza recíproca y con la certeza de que nuestras raíces comunes son mucho más profundas que nuestras divisiones, será posible evitar una falsa autosuficiencia

y superar las divergencias, experimentando espiritualmente el fundamento común de nuestra fe. Europa necesita lugares de encuentro y experiencias de unidad en la fe guiadas por el Espíritu. Pido a Dios que, mediante su Espíritu, haga que vuestra Asamblea de Sibiu sea uno de esos lugares.

Que la luz de Cristo ilumine el camino del continente europeo. El Señor bendiga a vuestras familias, a las comunidades, a las Iglesias y a todos los que, en las diversas regiones de Europa, se declaran discípulos de Cristo.

Castelgandolfo, 20 de agosto de 2007

*Carta del Papa, Benedicto XVI,
al profesor Mario Agnes, Director de
"L'OSSERVATORE ROMANO"*

*Al ilustrísimo señor profesor MARIO
AGNES*

Con gran estima y sincero afecto me dirijo a usted, ilustre y querido profesor, en el momento en que, después de años de empeño en un servicio de gran responsabilidad cual es el de Director de *L'Osservatore Romano*, deja el cargo por haber alcanzado el límite de edad. Ante todo, siento el deber de manifestarle mi profundo aprecio por las dotes de inteligencia y de corazón que usted ha manifestado en el desempeño de sus delicadas y exigentes funciones. Me alegra confirmar, al respecto, el juicio

manifestado por mi amado predecesor, el Papa Juan Pablo II, el cual en una carta que le dirigió en marzo de 1985 subrayaba "su competencia profesional y, de modo especial, su coherente empeño cristiano, su amor a la Iglesia y su fidelidad ejemplar al Magisterio".

En realidad, el "coherente empeño cristiano, el amor a la Iglesia y la fidelidad ejemplar al Magisterio" son características que han acompañado siempre su testimonio de creyente. En efecto, ¿cómo no recordar el servicio que prestó como presidente nacional de la Acción católica italiana de 1973 a 1980? Es además cosa sabida que en las filas de dicha Asociación usted ya militaba desde los primeros años juveniles, inicialmente como responsable de los muchachos de Acción católica en su parroquia, luego como presidente diocesano y delegado regional.

Es de destacar que, en todas estas fases de su servicio eclesial, ha mostrado siempre un interés especial por la comunicación escrita del mensaje cristiano. Como presidente diocesano de la Acción católica, fundó y dirigió una revista quincenal que durante años recogió de modo vivo y estimulante la voz de los estudiantes católicos. Como presidente nacional cuidó de modo especial el sector de la prensa, ocupándose, entre otras cosas, de la coordinación y calidad de las publicaciones existentes, para hacer más incisiva en el ágora de los medios de comunicación social la presencia del laicado católico. Para ello

no dejó de solicitar la intervención concorde sobre temas de gran relieve eclesial y social, como la profundización en el conocimiento de las enseñanzas conciliares y su traducción a la vida concreta, la atención a la realidad de la persona humana y a las exigencias vinculadas al respeto de su dignidad, la defensa de la vida humana en todo el arco de su existencia, el empeño en hacer de los grupos asociados auténticas escuelas de formación en la democracia.

Confiado en este rico bagaje de experiencia, el Papa Pablo VI le llamó a presidir la Sociedad editorial del periódico *Avvenire*, que en aquellos años se distinguió por una incidencia especial al tratar varios temas de la vida eclesial, cultural y política italiana. Después, fue el Papa Juan Pablo II quien, conociéndolo bien, le encomendó la dirección de *L'Osservatore Romano*, encargo que usted ha desempeñado eficazmente hasta el día de hoy.

A la luz de este prolongado y cualificado servicio que ha prestado a los Papas y a la Iglesia, ¿cómo no experimentar hacia usted, querido profesor, sentimientos de sincera consideración y profunda gratitud? Viene espontáneo pensar en las múltiples fatigas afrontadas en estos años para cumplir el deber diario y no defraudar las expectativas de los Superiores. Es también un deber reconocer su empeño en crear entre el personal de “*L'Osservatore Romano*” una comunidad de trabajo que estuviera a la altura de las nobles tradiciones

heredadas. Por todos estos motivos y en señal de mi aprecio personal, he querido nombrarlo gentilhombre, introduciéndolo así establemente en la Familia pontificia. Le estoy muy cercano con la seguridad de una plegaria especial al Señor a fin de que le otorgue amplias consolaciones interiores y lo sostenga en las actividades que seguirá desempeñando en espíritu de amor y servicio a la Iglesia. Invocando sobre usted la materna protección de María Santísima y la especial protección de san Pedro, a cuyos Sucesores ha prestado en estos años su generosa obra, de buen grado le imparto, como prenda de abundantes favores celestiales, mi afectuosa bendición.

Castelgandolfo, 20 de agosto de 2007

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en el VII Simposio
sobre “Religión, ciencia y medio
ambiente”*

*A Su Santidad BARTOLOMÉ I,
Arzobispo de Constantinopla Patriarca
ecuménico*

Me da gran alegría saludarlo a usted y a todos los participantes en el VII Simposio sobre la religión, la ciencia y el medio ambiente, que este año centra su atención en el tema: “El Ártico, espejo de vida”. Su dedicación y su compromiso personal en favor de la protección del medio am-

biente muestran la necesidad urgente de que la ciencia y la religión colaboren a fin de salvaguardar los dones de la naturaleza y promover una gestión responsable.

Con la presencia del cardenal McCarrick, deseo reafirmar mi ferviente solidaridad con los objetivos del proyecto y asegurarle mi esperanza de que en todo el mundo se reconozca cada vez más la relación vital entre la ecología de la persona humana y la ecología de la naturaleza (cf. *Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2007*, n. 8).

La conservación del medio ambiente, la promoción del desarrollo sostenible y la atención particular al cambio climático son cuestiones que preocupan mucho a toda la familia humana. Ninguna nación o sector comercial puede ignorar las implicaciones éticas presentes en todo desarrollo económico y social. La investigación científica demuestra cada vez con más claridad que el impacto de la actividad humana en cualquier lugar o región puede tener efectos sobre todo el mundo. Las consecuencias del descuido del medio ambiente no se limitan a la región inmediata o a un pueblo, porque dañan siempre la convivencia humana, y así traicionan la dignidad humana y violan los derechos de los ciudadanos, que desean vivir en un ambiente seguro (cf. *ib.*, nn. 8-9).

Con ocasión del simposio de este año, dedicado de nuevo a los recursos hídricos de la tierra, se han dado cita usted, varios líderes religiosos, científicos y otras personas interesadas, en Ilulissat Icefjord, en la costa occidental de Groenlandia. Reunidos en la magnífica belleza de esa región glacial única, patrimonio mundial, vuestro corazón y vuestra mente se elevan fácilmente a las maravillas de Dios; y, con asombro, resuenan las palabras del salmista que alaba el nombre del Señor, “admirable en toda la tierra”.

Sumergidos en la contemplación de la “obra de sus dedos” (*Sal* 8, 4), los peligros de la alienación espiritual de la creación resultan claramente evidentes. La relación entre personas o comunidades y el medio ambiente deriva, en último término, de su relación con Dios. “Cuando el hombre se aleja del designio de Dios Creador, provoca un desorden que repercute inevitablemente en el resto de la creación” (*Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 1990*, n. 5: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de diciembre de 1989, p. 11).

Santidad, la índole internacional y multidisciplinaria del simposio atestigüa la necesidad de buscar soluciones globales para las cuestiones que se están considerando. Me complace el creciente reconocimiento de que la entera comunidad humana -niños y

adultos, sectores industriales, Estados y organismos internacionales- debe asumir seriamente la responsabilidad que nos compete a todos y cada uno, sin excepción.

Aunque es verdad que los países en vías de industrialización no son moralmente libres de repetir los errores pasados de los demás, dañando temerariamente el ambiente (cf. *ib.*, n. 10), también es cierto que los países altamente industrializados deben compartir “tecnologías limpias” y garantizar que sus propios mercados no sostengan la demanda de bienes, cuya misma producción contribuye al aumento de la contaminación.

La interdependencia mutua entre las actividades económicas y sociales de las naciones requiere la solidaridad y la cooperación internacionales, así como esfuerzos educativos permanentes. Éstos son los principios que la religión, la ciencia y el movimiento ambientalista sostienen valientemente. Con sentimientos de profundo aprecio, y consciente de nuestro compromiso de estimular y apoyar todos los esfuerzos realizados para proteger las obras de Dios (cf. *Declaración común*, 30 de noviembre de 2006), pido al Todopoderoso que bendiga abundantemente el simposio de este año. Que él lo acompañe a usted y a todas las personas reunidas ahí, para que toda la creación alabe a Dios.

Vaticano, 1 de septiembre de 2007

*Carta del Papa, Benedicto XVI,
a los niños austríacos que participan
activamente en la obra pontificia de la
Infancia Misionera*

Queridos niños:

Con ocasión de mi visita apostólica a Austria, me alegra poder dirigirme en particular a vosotros, que participáis activamente en las iniciativas de la Obra pontificia de la Infancia misionera. Os agradezco de corazón las cartas y los dibujos que me habéis entregado como signos de vuestro afecto y de vuestra cercanía a mi misión. En ellos expresáis los sentimientos de fe y de amor por los que Jesús amaba tanto a los niños y los acogía con los brazos abiertos, señalándolos como ejemplo a sus discípulos: “De los que son como estos es el reino de Dios” (*Mc 10, 14*).

Quiero deciros que aprecio mucho vuestro compromiso en la Infancia misionera. Veo que sois pequeños colaboradores en el servicio que el Papa presta a la Iglesia y al mundo: vosotros me sostenéis con vuestra oración y también con vuestro compromiso por difundir el Evangelio. Hay muchos niños que aún no conocen a Jesús. Y, por desgracia, hay otros muchos que carecen de lo necesario para vivir: alimento, asistencia sanitaria, instrucción; a muchos les falta paz y serenidad. La Iglesia les dispensa una atención particular, especialmente mediante los misioneros; y también vosotros os sentís llamados a

dar vuestra contribución, tanto individualmente como en grupo.

La amistad con Jesús es un don tan hermoso que no se puede tener sólo para sí mismo. Quien recibe este don siente la necesidad de transmitirlo a los demás; y, de este modo, el don, compartido, no disminuye sino que se multiplica. Seguid así. Vosotros estáis creciendo y pronto llegaréis a ser adolescentes y jóvenes: no perdáis vuestro espíritu misionero. Mantened una fe siempre límpida y genuina, como la de san Pedro.

Queridos pequeños amigos, os encomiendo a la protección de la Virgen. Pido por vosotros, por vuestros padres y vuestros hermanos. Pido por vuestros grupos misioneros y vuestros educadores, y a todos imparto de corazón la bendición apostólica.

Castelgandolfo, 3 de septiembre de 2007

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en el X Simposio
Intercristiano entre Católicos y
Ortodoxos*

Al venerado hermano Señor cardenal WALTER KASPER, Presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos

Con particular alegría he sabido que el X Simposio intercristiano, organiza-

do por el Instituto franciscano de espiritualidad de la Pontificia Universidad *Antonianum* y por el departamento de teología de la Facultad teológica de la Universidad *Aristóteles* de Tesalónica, tendrá lugar en la isla de Tinos, donde ortodoxos y católicos conviven fraternamente.

La cooperación ecuménica en ámbito universitario contribuye a mantener viva la tensión hacia la anhelada comunión entre todos los cristianos. Al respecto, el concilio ecuménico Vaticano II vislumbró que este campo constituía una gran oportunidad para implicar a todo el pueblo de Dios en la búsqueda de la unidad plena: “La necesaria instrucción y formación espiritual de los fieles y religiosos depende sobre todo de la formación de los sacerdotes” (*Unitatis redintegratio*, 10).

El tema del próximo simposio: “San Juan Crisóstomo, puente entre Oriente y Occidente”, en el XVI centenario de su muerte, que tuvo lugar el 14 de septiembre del año 407, brindará la ocasión de conmemorar a un ilustre Padre de la Iglesia venerado tanto en Oriente como en Occidente; un valiente, iluminado y fiel predicador de la palabra de Dios, en la que fundamentó su acción pastoral; un extraordinario hermeneuta y homileta, al que desde el siglo V se le dio el título de Crisóstomo, es decir, Boca de oro, y cuya contribución a la formación de la liturgia bizantina es por todos conocida.

Por la valentía y la fidelidad de su testimonio evangélico, tuvo que padecer la persecución y el destierro. Después de complejas vicisitudes históricas, desde el 1 de mayo de 1626 su cuerpo descansa en la basílica de San Pedro. El 27 de noviembre de 2004 mi venerado predecesor, Juan Pablo II, donó parte de sus reliquias a Su Santidad el Patriarca ecuménico Bartolomé I y, de este modo, tanto en la basílica vaticana como en la iglesia de San Jorge en el Fanar se venera a este gran Padre de la Iglesia.

La reflexión de vuestro simposio, que afrontará una temática relativa a san Juan Crisóstomo y la comunión con la Iglesia de Occidente, analizando también algunas problemáticas actuales, contribuirá a sostener y corroborar la comunión verdadera, aunque imperfecta, que existe entre católicos y ortodoxos, de forma que se pueda llegar a la comunión plena que nos permita concelebrar un día la única Eucaristía. Y precisamente a ese día bendito miramos todos con esperanza, también

poniendo en marcha iniciativas adecuadas, como esta.

Con estos sentimientos, invoco copiosas bendiciones de Dios sobre vuestro encuentro y sobre todos los participantes. Que el Espíritu Santo ilumine las mentes, inflame los corazones y colme a cada uno de la alegría y la paz del Señor.

Por último, aprovecho la ocasión para enviar un saludo fraterno a los fieles ortodoxos y católicos de Grecia, y, de modo muy especial, al arzobispo de Atenas y de toda Grecia, Su Beatitud Cristódulos, deseándole un pleno restablecimiento de su salud, para que cuanto antes pueda reanudar su servicio pastoral, y aseguro mi oración por esta intención.

Que la *Theotokos*, amada y venerada con especial devoción en la isla de Tinos, interceda maternalmente para que nuestros propósitos comunes culminen en los anhelados éxitos espirituales.

Castelgandolfo, 12 de septiembre de 2007

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, al final del concierto con motivo del milenario de la Diócesis de Bamberg

*Patio del palacio pontificio de Castelgandolfo
Martes 4 de septiembre de 2007*

Reverendísimo y querido arzobispo Schick; honorable señor ministro Goppel; queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres señoras y señores:

Quizá os haya sucedido a vosotros lo mismo que a mí: los sonidos maravillosos de las dos sinfonías me han hecho olvidar la cotidianidad y me han transportado al mundo de la música que, como ha mencionado al inicio usted, señor ministro, para Beethoven significaba “una revelación más alta que cualquier sabiduría y filosofía”. La música, de hecho, tiene la capacidad de remitir, más allá de sí misma, al Creador de toda armonía, suscitando en nosotros resonancias que nos ayudan a sintonizar con la belleza y la verdad de Dios, es decir, con la realidad que ninguna sabiduría humana y ninguna filosofía podrán expresar jamás.

Esto es lo que quería significar también Schubert, cuando decía de un minueto de Mozart: “Parece que los ángeles participan con su canto”. Y esto es lo que yo, como quizá también muchos de vosotros, he podido experimentar esta tarde. Agradezco de corazón esta experiencia a los miembros de la orquesta sinfónica de Bamberg, con su director, Jonathan Nott. Con la vasta gama de matices de timbres y la gran fuerza expresiva en la interpretación de estas dos obras maestras de la música habéis confirmado de nuevo la excelente fama de vuestra orquesta. Quiera Dios que también en el futuro vuestras actuaciones sean para muchos una especie de revelación.

Mi agradecimiento, naturalmente, va también a quienes han organizado esta velada festiva: a usted, querido

arzobispo, y a usted, honorable señor ministro, así como a todos los que con su generoso apoyo han hecho posible la realización de este concierto. Es un regalo que interpreto como signo de un particular vínculo de afecto de la archidiócesis de Bamberg con el Sucesor de san Pedro. Durante algunos siglos de su historia ya milenaria, vuestra archidiócesis estuvo bajo la jurisdicción directa de la Santa Sede.

Que vuestra peregrinación jubilar para visitar las tumbas de los Apóstoles y al actual Sucesor de san Pedro fortalezca vuestra fe y vuestra alegría en Dios, para que seáis sus testigos en la vida diaria. Por esto pido a Dios una abundante bendición para todos vosotros.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la Comisión
Internacional para la
pastoral en las cárceles*

Jueves 6 de septiembre de 2007

Queridos amigos:

Me complace acogerlos mientras os halláis reunidos en Roma con ocasión del XII congreso mundial de la Comisión internacional para la pastoral católica en las cárceles. Agradezco a vuestro presidente, el doctor Christian Kuhn, las amables palabras que me ha dirigido en nombre del comité ejecutivo de la Comisión.

El tema de vuestro congreso de este año, “Descubrir el rostro de Cristo en cada uno de los detenidos” (cf. *Mt 25, 36*), refleja adecuadamente vuestro ministerio como un encuentro vivo con el Señor. En efecto, en Cristo el “amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí”, de modo que “en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios” (*Deus caritas est, 15*).

Vuestro ministerio requiere mucha paciencia y perseverancia. Con frecuencia se experimentan decepciones y frustraciones. Fortalecer los vínculos que os unen a vuestros obispos os permitirá encontrar el apoyo y la guía que necesitáis para tomar mayor conciencia de vuestra misión vital. En efecto, este ministerio en el seno de la comunidad cristiana local animará a otros a unirse a vosotros en la realización de las obras corporales de misericordia, enriqueciendo así la vida eclesial de la diócesis. Del mismo modo, ayudará a llevar a aquéllos a quienes servís al corazón de la Iglesia universal, especialmente a través de su participación regular en la celebración de los sacramentos de la Penitencia y de la santa Eucaristía (cf. *Sacramentum caritatis, 59*).

Los detenidos fácilmente pueden sentirse abrumados por sentimientos de aislamiento, vergüenza y rechazo que amenazan con frustrar sus esperanzas y aspiraciones para el futuro. En este contexto, los capellanes y sus colaboradores están llamados a ser heraldos

de la misericordia infinita y del perdón de Dios. En colaboración con las autoridades civiles, tienen la ardua tarea de ayudar a los detenidos a redescubrir el sentido de un objetivo, de forma que, con la gracia de Dios, puedan reformar su vida, reconciliarse con sus familias y sus amigos y, en la medida de lo posible, asumir las responsabilidades y deberes que les permitirán llevar una vida recta y honrada en el seno de la sociedad.

Las instituciones judiciales y penales desempeñan un papel fundamental para proteger a los ciudadanos y tutelar el bien común (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2266). Al mismo tiempo, deben ayudar a reconstruir las “relaciones de convivencia armoniosa rotas por el acto criminal” (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 403). Sin embargo, por su misma naturaleza, esas instituciones deben contribuir a la rehabilitación de los delincuentes, ayudándoles a pasar de la desesperanza a la esperanza y a convertirse en personas dignas de confianza.

Cuando las condiciones de las cárceles y las prisiones no llevan a un proceso de recuperación del sentido de los valores y de aceptación de los relativos deberes, esas instituciones no logran una de sus finalidades esenciales. Las autoridades públicas deben vigilar siempre para que se cumpla esta tarea, evitando cualquier medio de castigo o corrección que mine o degrade la dignidad humana de los detenidos. A este

respecto, reitero que la prohibición de la tortura “no puede derogarse en ninguna circunstancia” (*ib.*, 404).

Confío en que vuestro congreso os brinde la oportunidad de compartir vuestras experiencias del rostro misterioso de Cristo que resplandece a través del rostro de los presos. Os aliento en vuestros esfuerzos por mostrar ese rostro al mundo, promoviendo un mayor respeto por la dignidad de los detenidos.

Por último, pido a Dios que vuestro congreso os lleve a comprobar de nuevo cómo, atendiendo las necesidades de los detenidos, vuestros ojos se abren a las maravillas que Dios realiza por vosotros cada día (cf. *Deus caritas est*, 18).

Con estos sentimientos, a vosotros y a todos los participantes en el congreso expreso mis mejores deseos de éxito en vuestro encuentro y os imparto de buen grado la bendición apostólica a vosotros y a vuestros seres queridos.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a las Clarisas del monasterio de la
Inmaculada Concepción*

Albano Lacial. Sábado, 15 de septiembre de 2007

Queridas hermanas:

Bienvenidas al palacio apostólico.

Me alegra acogeros, os agradezco vuestra visita y os saludo cordialmente a cada una. Se puede decir que vuestra comunidad, que se encuentra en el territorio de las villas pontificias, vive a la sombra de la casa del Papa y, por tanto, es muy estrecho el vínculo espiritual que existe entre vosotras y el Sucesor de Pedro, como lo demuestran los numerosos contactos que, desde vuestra fundación, habéis mantenido con los Papas durante su estancia aquí, en Castelgandolfo.

Lo acaba de recordar vuestra madre abadesa, a la que agradezco de corazón las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todas vosotras. Al encontrarme esta mañana con vosotras, renuevo también yo mi sincera gratitud a vuestra comunidad por el apoyo diario de vuestra oración y por vuestra intensa participación espiritual en la misión del Pastor de la Iglesia universal. En el silencio de la clausura y mediante la entrega total y exclusiva de vosotras mismas a Cristo según el carisma franciscano, prestáis a la Iglesia un valioso servicio.

Repasando la historia de vuestro monasterio, he notado que muchos de mis predecesores, al encontrarse con vuestra comunidad, reafirmaron siempre la importancia de vuestro testimonio de contemplativas “contentas con Dios solo”. Pienso, en particular, en lo que os dijo el siervo de Dios, Pablo VI, el 3 de septiembre de 1971, es decir, que ante quienes consideran

a las monjas de clausura como marginadas de la realidad y de la experiencia de nuestro tiempo, vuestra existencia tiene el valor de un testimonio singular que toca íntimamente la vida de la Iglesia. “Vosotras -subrayó Pablo VI- representáis muchas cosas que la Iglesia aprecia y que el concilio Vaticano II ha confirmado. Fieles a la Regla, a la vida en común, a la pobreza, sois una semilla y un signo” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de septiembre de 1971, p. 2).

Algunos años después, el 14 de agosto de 1979, como prosiguiendo estas reflexiones, el amado Juan Pablo II, celebrando la santa misa en vuestra capilla, quiso encomendar a vuestra oración su persona, la Iglesia y toda la humanidad. “Vosotras no habéis abandonado el mundo -afirmó- para no tener sus preocupaciones (...). Vosotras los lleváis a todos en el corazón y acompañáis a la humanidad en el atormentado escenario de la historia con vuestra oración (...). Por esta presencia vuestra, oculta pero auténtica, en la sociedad y mucho más en la Iglesia, también yo miro con confianza vuestras manos juntas” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de agosto de 1979, p. 9).

He aquí, pues, queridas hermanas, lo que el Papa espera de vosotras: que seáis antorchas ardientes de amor, “manos juntas” que velan en oración incesante, desprendidas totalmente del mundo, para sostener el ministerio de

aquél a quien Jesús ha llamado a guiar su Iglesia. “Hermanas pobres” que, siguiendo el ejemplo de san Francisco y de santa Clara, observan “el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad”.

No siempre tiene eco en la opinión pública el compromiso silencioso de quienes, como vosotras, tratan de poner en práctica con sencillez y alegría el Evangelio “*sine glossa*”, pero podéis estar seguras de que es verdaderamente extraordinaria la aportación que dais a la obra apostólica y misionera de la Iglesia en el mundo, y Dios seguirá bendiciéndolos con el don de muchas vocaciones, como ha hecho hasta ahora.

Queridas hermanas clarisas, que san Francisco, santa Clara y los numerosos santos y santas de vuestra Orden os ayuden a “perseverar fielmente hasta el final” en vuestra vocación. Que os proteja, de modo especial, la Virgen María, a quien hoy la liturgia nos invita a contemplar al pie de la cruz, asociada íntimamente a la misión de Cristo y co-partícipe en la obra de salvación con su dolor de madre. En el Calvario, Jesús nos la dio como madre y nos encomendó a ella como hijos. Que la Virgen de los Dolores os obtenga el don de seguir a su divino Hijo crucificado y aceptar con serenidad las dificultades y las pruebas de la existencia diaria.

Con estos sentimientos, os imparto a todas vosotras una bendición apostó-

lica especial, que de buen grado extiende a las personas que se encomiendan a vuestras oraciones.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el quinto aniversario de la muerte
del Cardenal Van Thuân*

*Sala del Consistorio, Castelgandolfo.
Lunes, 17 de septiembre de 2007*

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Os doy una cordial bienvenida a todos vosotros, reunidos para recordar al amadísimo cardenal François-Xavier Nguyễn Van Thuân, que el Señor llamó a sí el 16 de septiembre de hace cinco años. Ha pasado un lustro, pero en la mente y en el corazón de quienes lo conocieron sigue viva la noble figura de este fiel servidor del Señor. También yo conservo no pocos recuerdos personales de los encuentros que tuve con él durante los años de su servicio aquí, en la Curia romana.

Saludo al señor cardenal Renato Raffaele Martino y al obispo mons. Giampaolo Crepaldi, respectivamente presidente y secretario del Consejo pontificio Justicia y paz, junto con sus colaboradores. Saludo a los miembros de la fundación San Mateo, instituida en memoria del cardenal Van Thuân, del Observatorio internacional, que

lleva su nombre, creado para la difusión de la doctrina social de la Iglesia, así como a los parientes y amigos del cardenal difunto. Al señor cardenal Martino le expreso sentimientos de viva gratitud también por las palabras que me ha dirigido en nombre de los presentes.

Aprovecho, de buen grado, la ocasión para destacar, una vez más, el luminoso testimonio de fe que nos dejó este heroico pastor. El obispo Francisco Javier -como le gustaba presentarse- fue llamado a la casa del Padre en el otoño del año 2002, después de un largo período de dolorosa enfermedad, afrontada con total abandono a la voluntad de Dios. Algún tiempo antes había sido nombrado por mi venerado predecesor, Juan Pablo II, vicepresidente del Consejo pontificio Justicia y paz, del que fue después presidente, iniciando la publicación del *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*.

¿Cómo olvidar los notables rasgos de su cordialidad sencilla y espontánea? ¿Cómo no poner de relieve la capacidad que tenía de dialogar y hacerse prójimo de todos? Lo recordamos con mucha admiración, mientras vuelven a nuestra mente las grandes visiones, llenas de esperanza, que lo animaban y que sabía proponer de modo fácil y atractivo; su fervoroso compromiso en favor de la difusión de la doctrina social de la Iglesia entre los pobres del mundo; el anhelo de la evangelización en su continente, Asia; la capacidad

que tenía de coordinar las actividades de caridad y promoción humana que impulsaba y sostenía en los lugares más recónditos de la tierra.

El cardenal Van Thuân era un hombre de esperanza, vivía de esperanza y la difundía entre todas las personas con quienes se encontraba. Gracias a esta energía espiritual superó todas las dificultades físicas y morales. La esperanza lo sostuvo como obispo aislado, durante trece años, de su comunidad diocesana; la esperanza le ayudó a vislumbrar en la absurdidad de los acontecimientos que le tocó vivir -durante su larga detención nunca fue procesado- un designio providencial de Dios.

La noticia de la enfermedad, el tumor, que lo llevó después a la muerte, le llegó casi juntamente con el nombramiento cardenalicio por obra del Papa, Juan Pablo II, que sentía por él gran estima y afecto. El cardenal Van Thuân solía repetir que el cristiano es el hombre del ahora, del momento presente, que es necesario aprovechar y vivir por amor a Cristo. En esta capacidad de vivir el momento presente se refleja su abandono interior en manos de Dios y la sencillez evangélica que todos admiramos en él. ¿Es posible -se preguntaba- que quien se fía del Padre celestial no quiera ser estrechado entre sus brazos?

Queridos hermanos y hermanas, he recibido con profunda alegría la noticia de que se ha iniciado la causa de

beatificación de este singular profeta de esperanza cristiana y, a la vez que encomendamos al Señor a esta alma elegida, le pedimos que su ejemplo sea una enseñanza válida para nosotros. Con este deseo, os bendigo a todos de corazón.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Internacional Demócrata de
Centro y Demócrata Cristiana*

Castelgandolfo, viernes 21 de septiembre de 2007

Señor presidente; honorables parlamentarios; distinguidas señoras y señores:

Me alegra acogerlos durante los trabajos del comité ejecutivo de la Internacional demócrata de centro y demócrata cristiana, y dirijo ante todo un cordial saludo a las numerosas delegaciones presentes, que provienen de diversas naciones del mundo. Saludo en particular al presidente, honorable Pier Ferdinando Casini, y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido en nombre de los presentes. Vuestra visita me brinda la oportunidad de ofrecer a vuestra atención algunas consideraciones sobre valores e ideales que han sido forjados o profundizados de manera decisiva por la tradición cristiana en Europa y en todo el mundo.

Sé que vosotros, a pesar de proceder de lugares muy diversos, compartís

muchos de sus principios, como por ejemplo el carácter central de la persona y el respeto de los derechos humanos, el compromiso en favor de la paz y la promoción de la justicia para todos. Por tanto, os inspiráis en principios fundamentales, que están relacionados entre sí, como lo demuestra la experiencia de la historia. En efecto, cuando se violan los derechos humanos, se hiera la misma dignidad de la persona humana; si la justicia vacila, la paz corre peligro. Por otra parte, la justicia sólo puede llamarse de verdad humana si la visión ética y moral en la que se funda está centrada en la persona y en su dignidad inalienable.

Honorables señores y señoras, vuestra actividad, que se inspira en esos principios, es hoy aún más difícil a causa del clima de profundos cambios que viven nuestras comunidades. Por eso os animo una vez más a proseguir en el esfuerzo de servir al bien común, trabajando para que no se difundan ni se fortalezcan ideologías que pueden oscurecer o confundir las conciencias y fomentar una visión ilusoria de la verdad y del bien.

Por ejemplo, en el campo económico existe una tendencia que identifica el bien con el lucro, y de este modo disuelve la fuerza del *ethos* desde dentro, terminando incluso por amenazar el mismo lucro. Algunos creen que la razón humana es incapaz de captar la verdad y, por tanto, de buscar el bien correspondiente a la dignidad de la per-

sona. Hay, además, quien considera legítima la eliminación de la vida humana en su fase prenatal o en la terminal. También es preocupante la crisis que atraviesa la familia, célula fundamental de la sociedad fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer. La experiencia demuestra que cuando se menosprecia la verdad del hombre, cuando se minan los fundamentos de la familia, la paz misma se ve amenazada, el derecho corre peligro y, como consecuencia lógica, se desemboca en injusticias y violencias.

Hay otro ámbito que os interesa mucho: el de la defensa de la libertad religiosa, derecho fundamental insuprimible, inalienable e inviolable, arraigado en la dignidad de todo ser humano y reconocido por varios documentos internacionales, entre los cuales, ante todo, la Declaración universal de derechos humanos. El ejercicio de esta libertad comprende también el derecho a cambiar de religión, que se debe garantizar no sólo jurídicamente, sino también en la práctica diaria. En efecto, la libertad religiosa responde a la apertura intrínseca de la criatura humana a Dios, Verdad plena y sumo Bien, y su valoración constituye una expresión fundamental de respeto a la razón humana y a su capacidad de verdad.

La apertura a la trascendencia constituye una garantía indispensable para la dignidad humana, porque existen anhelos y exigencias del corazón de toda persona que sólo en Dios en-

cuentran comprensión y respuesta. Por tanto, no se puede excluir a Dios del horizonte del hombre y de la historia. Precisamente por eso hay que acoger el deseo común de todas las tradiciones auténticamente religiosas de mostrar públicamente su propia identidad, sin verse obligadas a esconderla o mimetizarla.

Además, respetar la religión contribuye a desmentir el reproche frecuente de haber olvidado a Dios, que algunas redes terroristas usan como pretexto para justificar sus amenazas a la seguridad de las sociedades occidentales. El terrorismo representa un fenómeno gravísimo, que a menudo llega a instrumentalizar a Dios y desprecia de manera injustificable la vida humana. Ciertamente, la sociedad tiene derecho a defenderse, pero este derecho, como cualquier otro, se debe ejercer siempre en el pleno respeto de las reglas morales y jurídicas también por lo que concierne a la elección de los objetivos y de los medios.

En los sistemas democráticos el uso de la fuerza no justifica nunca la renuncia a los principios del estado de derecho. En efecto, ¿se puede proteger la democracia amenazando sus fundamentos? Así pues, es necesario garantizar con firmeza la seguridad de la sociedad y de sus miembros, pero salvaguardando los derechos inalienables de toda persona. Hay que combatir el terrorismo con determinación y eficacia, con la conciencia de que, si el

mal es un misterio que tiende a extenderse, la solidaridad de los hombres en el bien es un misterio que tiende a difundirse aún más.

A este respecto, la doctrina social de la Iglesia católica ofrece elementos de reflexión útiles para promover la seguridad y la justicia, tanto a nivel nacional como internacional, a partir de la razón, del derecho natural y también del Evangelio, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano y también la trasciende. La Iglesia sabe que no le corresponde a ella defender políticamente esta doctrina; por lo demás, su objetivo es servir a la formación de la conciencia en la política y contribuir a que aumente la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad a actuar basándose en ellas, incluso cuando esto pudiera contrastar con situaciones de interés personal (cf. *Deus caritas est*, 28).

En esta misión, la Iglesia actúa movida por el amor a Dios y al hombre, y por el deseo de colaborar con todas las personas de buena voluntad para construir un mundo donde se salvaguarden la dignidad y los derechos inalienables de todas las personas. A todos los que comparten la fe en Cristo la Iglesia les pide testimoniarla hoy con mayor valentía y generosidad. En efecto, la coherencia de los cristianos es indispensable, también en la vida política, para que la “sal” del compro-

miso apostólico no pierda su “sabor”, y la “luz” de los ideales evangélicos no se oscurezca en su acción diaria.

Honorables señores y señoras, os agradezco una vez más vuestra grata visita. A la vez que os expreso mis mejores deseos para vuestro trabajo, os aseguro un recuerdo en la oración para que Dios os bendiga a vosotros y a vuestras familias, y os conceda sabiduría, coherencia y vigor moral para servir a la grande y noble causa del hombre y del bien común.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a ciento siete obispos nombrados en los
últimos doce meses*

Castelgandolfo, sábado 22 de septiembre de 2007

Queridos hermanos en el episcopado:

Ya es costumbre, desde hace varios años, que los obispos nombrados recientemente se reúnan en Roma para un encuentro que se vive como una peregrinación a la tumba de san Pedro. Os acojo con particular afecto. La experiencia que estáis realizando, además de estimularos en la reflexión sobre las responsabilidades y las tareas de un obispo, os permite reavivar en vuestra alma la certeza de que, al gobernar la Iglesia de Dios, no estáis solos, sino que, juntamente con la ayuda de la gracia, contáis con

el apoyo del Papa y el de vuestros hermanos en el episcopado.

Estar en el centro de la catolicidad, en esta Iglesia de Roma, abre vuestras almas a una percepción más viva de la universalidad del pueblo de Dios y aumenta en vosotros la solicitud por toda la Iglesia.

Agradezco al cardenal Giovanni Battista Re las palabras con que ha interpretado vuestros sentimientos y saludo en particular a mons. Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales. Os saludo a cada uno de vosotros, pensando en vuestras diócesis. El día de la ordenación episcopal, antes de la imposición de las manos, la Iglesia pide al candidato que asuma algunos compromisos, entre los cuales, además del de anunciar con fidelidad el Evangelio y custodiar la fe, se encuentra el de “perseverar en la oración a Dios todopoderoso por el bien de su pueblo santo”. Hoy quiero reflexionar con vosotros precisamente sobre el carácter apostólico y pastoral de la *oración del obispo*.

El evangelista san Lucas escribe que Jesucristo escogió a los doce Apóstoles después de pasar toda la noche orando en el monte (cf. *Lc* 6, 12); y el evangelista san Marcos precisa que los Doce fueron elegidos para que “estuvieran con él y para enviarlos” (*Mc* 3, 14).

Al igual que los Apóstoles, también nosotros, queridos hermanos en el episcopado, en cuanto sus sucesores, estamos llamados ante todo a estar con Cristo, para conocerlo más profundamente y participar de su misterio de amor y de su relación llena de confianza con el Padre. En la oración íntima y personal, el obispo, como todos los fieles y más que ellos, está llamado a crecer en el espíritu filial con respecto a Dios, aprendiendo de Jesús mismo la familiaridad, la confianza y la fidelidad, actitudes propias de él en su relación con el Padre.

Y los Apóstoles comprendieron muy bien que la escucha en la oración y el anuncio de lo que habían escuchado debían tener el primado sobre las muchas cosas que es preciso hacer, porque decidieron: “Nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra” (*Hch* 6, 4). Este programa apostólico es sumamente actual. Hoy, en el ministerio de un obispo, los aspectos organizativos son absorbentes; los compromisos, múltiples; las necesidades, numerosas; pero en la vida de un sucesor de los Apóstoles el primer lugar debe estar reservado para Dios. Especialmente de este modo ayudamos a nuestros fieles.

Ya san Gregorio Magno, en la *Regla pastoral* afirmaba que el pastor “de modo singular debe destacar sobre todos los demás por la oración y

la contemplación” (II, 5). Es lo que la tradición formuló después con la conocida expresión: “*Contemplata aliis tradere*” (cf. santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 188, a. 6).

En la encíclica *Deus caritas est*, refiriéndome a la narración del episodio bíblico de la escala de Jacob, quise poner de relieve que precisamente a través de la oración el pastor se hace sensible a las necesidades de los demás y misericordioso con todos (cf. n. 7). Y recordé el pensamiento de san Gregorio Magno, según el cual el pastor arraigado en la contemplación sabe acoger las necesidades de los demás, que en la oración hace suyas: “*per pietatis viscera in se infirmitatem caeterorum transferat*” (*Regla pastoral, ib.*).

La oración educa en el amor y abre el corazón a la caridad pastoral para acoger a todos los que recurren al obispo. Éste, modelado en su interior por el Espíritu Santo, consuela con el bálsamo de la gracia divina, ilumina con la luz de la Palabra, reconcilia y edifica en la comunión fraterna.

En vuestra oración, queridos hermanos, deben ocupar un lugar particular vuestros sacerdotes, para que perseveren siempre en su vocación y sean fieles a la misión presbiteral que se les ha encomendado. Para todo sacerdote es muy edificante saber que el obispo, del que ha recibido el don del

sacerdocio o que, en cualquier caso, es su padre y su amigo, lo tiene presente en la oración, con afecto, y que está siempre dispuesto a acogerlo, escucharlo, sostenerlo y animarlo.

Además, en la oración del obispo nunca debe faltar la súplica por nuevas vocaciones. Debe pedir las con insistencia a Dios, para que llame “a los que quiera” para su sagrado ministerio.

El *munus sanctificandi* que habéis recibido os compromete, asimismo, a ser *animadores de oración en la sociedad*. En las ciudades en las que vivís y actuáis, a menudo agitadas y ruidosas, donde el hombre corre y se extravía, donde se vive como si Dios no existiera, debéis crear espacios y ocasiones de oración, donde en el silencio, en la escucha de Dios mediante la *lectio divina*, en la oración personal y comunitaria, el hombre pueda encontrar a Dios y hacer una experiencia viva de Jesucristo que revela el auténtico rostro del Padre.

No os canséis de procurar que las parroquias y los santuarios, los ambientes de educación y de sufrimiento, pero también las familias, se conviertan en *lugares de comunión con el Señor*. De modo especial, os exhorto a hacer de la catedral una casa ejemplar de oración, sobre todo litúrgica, donde la comunidad diocesana reunida con su obispo pueda alabar y dar gra-

cias a Dios por la obra de la salvación e interceder por todos los hombres.

San Ignacio de Antioquía nos recuerda la fuerza de la oración comunitaria: “Si la oración de uno o de dos tiene tanta fuerza, ¡cuánto más la del obispo y de toda la Iglesia!” (*Carta a los Efesios*, 5). En pocas palabras, queridos hermanos en el episcopado, *sed hombres de oración*. “La fecundidad espiritual del ministerio del obispo depende de la intensidad de su unión con el Señor. Un obispo debe sacar de la oración luz, fuerza y consuelo para su actividad pastoral”, como escribe el Directorio para el ministerio pastoral de los obispos (*Apostolorum successores*, 36).

Al orar a Dios por vosotros mismos y por vuestros fieles, tened la confianza de los hijos, la audacia del amigo, la perseverancia de Abraham, que fue incansable en la intercesión. Como Moisés, tened las manos elevadas hacia el cielo, mientras vuestros fieles libran el buen combate de la fe. Como María, alabad cada día a Dios por la salvación que realiza en la Iglesia y en el mundo, convencidos de que para Dios nada es imposible (cf. *Lc 1*, 37).

Con estos sentimientos, os impar- to a cada uno de vosotros, a vuestros sacerdotes, a los religiosos y las religiosas, a los seminaristas y a los fieles de vuestras diócesis, una bendición apostólica especial.

HOMILÍAS

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa en la solemnidad de
la Asunción de la Virgen María*

*Parroquia de Santo Tomás de
Villanueva, Castel Gandolfo, Miércoles,
15 de agosto de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

En su gran obra *La ciudad de Dios*, san Agustín dice una vez que toda la historia humana, la historia del mundo, es una lucha entre dos amores: el amor a Dios hasta la pérdida de sí mismo, hasta la entrega de sí mismo, y el amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios, hasta el odio a los demás. Esta misma interpretación de la historia como lucha entre dos amores, entre el amor y el egoísmo, aparece también en la lectura tomada del *Apocalipsis*, que acabamos de escuchar. Aquí estos dos amores se presentan en dos grandes figuras. Ante todo, está el dragón rojo fortísimo, con una manifestación impresionante e inquietante del poder sin gracia, sin amor, del egoísmo absoluto, del terror, de la violencia.

Cuando san Juan escribió el *Apocalipsis*, para él este dragón personificaba el poder de los emperadores romanos anticristianos, desde Nerón hasta Domiciano. Este poder parecía ilimitado; el poder militar, político y propagandístico del Imperio roma-

no era tan grande que ante él la fe, la Iglesia, parecía una mujer inerme, sin posibilidad de sobrevivir, y mucho menos de vencer. ¿Quién podía oponerse a este poder omnipresente, que aparentemente era capaz de hacer todo? Y, sin embargo, sabemos que, al final, venció la mujer inerme; no venció el egoísmo ni el odio, sino el amor de Dios, y el Imperio romano se abrió a la fe cristiana.

Las palabras de la sagrada Escritura trascienden siempre el momento histórico. Así, este dragón no sólo indica el poder anticristiano de los perseguidores de la Iglesia de aquel tiempo, sino también las dictaduras materialistas anticristianas de todos los tiempos. Vemos de nuevo que este poder, esta fuerza del dragón rojo, se personifica en las grandes dictaduras del siglo pasado: la dictadura del nazismo y la dictadura de Stalin tenían todo el poder, penetraban en todos los lugares, hasta los últimos rincones. Parecía imposible que, a largo plazo, la fe pudiera sobrevivir ante ese dragón tan fuerte, que quería devorar al Dios hecho niño y a la mujer, a la Iglesia. Pero en realidad, también en este caso, al final el amor fue más fuerte que el odio.

También hoy el dragón existe con formas nuevas, diversas. Existe en la forma de ideologías materialistas, que nos dicen: es absurdo pensar en Dios;

es absurdo cumplir los mandamientos de Dios; es algo del pasado. Lo único que importa es vivir la vida para sí mismo, tomar en este breve momento de la vida todo lo que nos es posible tomar. Sólo importa el consumo, el egoísmo, la diversión. Ésta es la vida. Así debemos vivir. Y, de nuevo, parece absurdo, parece imposible oponerse a esta mentalidad dominante, con toda su fuerza mediática, propagandística. Parece imposible aún hoy pensar en un Dios que ha creado al hombre, que se ha hecho niño y que sería el verdadero dominador del mundo.

También ahora este dragón parece invencible, pero también ahora sigue siendo verdad que Dios es más fuerte que el dragón, que triunfa el amor y no el egoísmo. Habiendo considerado así las diversas representaciones históricas del dragón, veamos ahora la otra imagen: la mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, coronada por doce estrellas. También esta imagen presenta varios aspectos. Sin duda, un primer significado es que se trata de la Virgen María vestida totalmente de sol, es decir, de Dios; es María, que vive totalmente en Dios, rodeada y penetrada por la luz de Dios. Está coronada por doce estrellas, es decir, por las doce tribus de Israel, por todo el pueblo de Dios, por toda la comunión de los santos, y tiene bajo sus pies la luna, imagen de la muerte y de la mortalidad. María superó la muerte; está totalmente vestida de vida, elevada en cuerpo y alma a la gloria de Dios; así, en la glo-

ria, habiendo superado la muerte, nos dice: “¡Ánimo, al final vence el amor! En mi vida dije: “¡He aquí la esclava del Señor!”. En mi vida me entregué a Dios y al prójimo. Y esta vida de servicio llega ahora a la vida verdadera. Tened confianza; tened también vosotros la valentía de vivir así contra todas las amenazas del dragón”.

Éste es el primer significado de la mujer, es decir, María. La “mujer vestida de sol” es el gran signo de la victoria del amor, de la victoria del bien, de la victoria de Dios. Un gran signo de consolación. Pero esta mujer que sufre, que debe huir, que da a luz con gritos de dolor, también es la Iglesia, la Iglesia peregrina de todos los tiempos. En todas las generaciones debe dar a luz de nuevo a Cristo, darlo al mundo con gran dolor, con gran sufrimiento. Perseguida en todos los tiempos, vive casi en el desierto perseguida por el dragón. Pero en todos los tiempos la Iglesia, el pueblo de Dios, también vive de la luz de Dios y -como dice el Evangelio- se alimenta de Dios, se alimenta con el pan de la sagrada Eucaristía. Así, la Iglesia, sufriendo, en todas las tribulaciones, en todas las situaciones de las diversas épocas, en las diferentes partes del mundo, vence. Es la presencia, la garantía del amor de Dios contra todas las ideologías del odio y del egoísmo.

Ciertamente, vemos cómo también hoy el dragón quiere devorar al Dios que se hizo niño. No temáis por este

Dios aparentemente débil. La lucha es algo ya superado. También hoy este Dios débil es fuerte: es la verdadera fuerza. Así, la fiesta de la Asunción de María es una invitación a tener confianza en Dios y también una invitación a imitar a María en lo que ella misma dijo: “¡He aquí la esclava del Señor!, me pongo a disposición del Señor”. Ésta es la lección: seguir su camino; dar nuestra vida y no tomar la vida. Precisamente así estamos en el camino del amor, que consiste en perderse, pero en realidad este perderse es el único camino para encontrarse verdaderamente, para encontrar la verdadera vida.

Contemplemos a María elevada al cielo. Renovemos nuestra fe y celebremos la fiesta de la alegría: Dios vence. La fe, aparentemente débil, es la verdadera fuerza del mundo. El amor es más fuerte que el odio. Y digamos con Isabel: “Bendita tú eres entre todas las mujeres”. Te invocamos con toda la Iglesia: Santa María, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Visita Pastoral a la Diócesis
suburbicaria de Velletri-Segni*

*Plaza San Clemente. Domingo 23 de
septiembre de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

De buen grado he vuelto a vosotros para presidir esta solemne celebración eucarística, respondiendo así a vuestra reiterada invitación. He vuelto con alegría para encontrarme con vuestra comunidad diocesana, que durante varios años fue, de modo singular, también mía y sigue siendo siempre muy querida.

Os saludo a todos con afecto. En primer lugar, saludo al señor cardenal Francis Arinze, que me ha sucedido como cardenal titular de esta diócesis. Saludo a vuestro pastor, el querido mons. Vincenzo Apicella, a quien agradezco las hermosas palabras de bienvenida con las que ha querido acogermos en vuestro nombre. Saludo a los demás obispos, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas, a los agentes pastorales, a los jóvenes y a todos los que están activamente comprometidos en las parroquias, en los movimientos, en las asociaciones y en las diversas actividades diocesanas. Saludo, asimismo, al comisario de la prefectura de Velletri, a los alcaldes de los ayuntamientos de la diócesis de Velletri-Segni, y a las demás autoridades civiles y militares que nos honran con su presencia.

Saludo a los que han venido de otras partes y, en particular, de Alemania, de Baviera, para unirse a nosotros en este día de fiesta. Mi tierra natal está unida a la vuestra por vínculos de amistad: testigo de esta amistad es la columna de bronce que me regalaron en Marktl am Inn, en septiembre del año pasado, con ocasión del viaje apostólico a

Alemania. Recientemente, como ya se ha dicho, cien ayuntamientos de Baviera, me regalaron una columna casi gemela de ésta, que será colocada aquí, en Velletri, como un signo más de mi afecto y de mi benevolencia. Será el signo de mi presencia espiritual entre vosotros. Al respecto, deseo dar las gracias a los que me la regalaron, al escultor y a los alcaldes, que veo aquí presentes con muchos amigos. Muchas gracias a todos.

Queridos hermanos y hermanas, sé que os habéis preparado para mi visita con un intenso camino espiritual, adoptando como lema un versículo muy significativo de la primera carta de san Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él” (1 Jn 4, 16). *Deus caritas est*, Dios es amor: con estas palabras comienza mi primera encíclica, que atañe al centro de nuestra fe: la imagen cristiana de Dios y la consiguiente imagen del hombre y de su camino.

Me alegra que, como guía del itinerario espiritual y pastoral de la diócesis, hayáis escogido precisamente esta expresión: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él”. Hemos creído en el amor: ésta es la esencia del cristianismo. Por tanto, nuestra asamblea litúrgica de hoy no puede por menos de centrarse en esta verdad esencial, en el amor de Dios, capaz de dar a la existencia humana una orientación y un valor absolutamente nuevos.

El amor es la esencia del cristianismo; hace que el creyente y la comunidad cristiana sean fermento de esperanza y de paz en todas partes, prestando atención en especial a las necesidades de los pobres y los desamparados. Ésta es nuestra misión común: ser fermento de esperanza y de paz porque creemos en el amor. El amor hace vivir a la Iglesia, y puesto que es eterno, la hace vivir siempre, hasta el final de los tiempos.

En los domingos pasados, san Lucas, el evangelista que más se preocupa de mostrar el amor que Jesús siente por los pobres, nos ha ofrecido varios puntos de reflexión sobre los peligros de un apego excesivo al dinero, a los bienes materiales y a todo lo que impide vivir en plenitud nuestra vocación y amar a Dios y a los hermanos.

También hoy, con una parábola que suscita en nosotros cierta sorpresa porque en ella se habla de un administrador injusto, al que se alaba (cf. *Lc* 16, 1-13), analizando a fondo, el Señor nos da una enseñanza seria y muy saludable. Como siempre, el Señor toma como punto de partida sucesos de la crónica diaria: habla de un administrador que está a punto de ser despedido por gestión fraudulenta de los negocios de su amo y, para asegurarse su futuro, con astucia trata de negociar con los deudores. Ciertamente es injusto, pero astuto: el evangelio no nos lo presenta como modelo a seguir en su injusticia, sino como ejemplo a imitar por su astucia previsora. En

efecto, la breve parábola concluye con estas palabras: “El amo felicitó al administrador injusto por la astucia con que había procedido” (Lc 16, 8).

Pero, ¿qué es lo que quiere decirnos Jesús con esta parábola, con esta conclusión sorprendente? Inmediatamente después de esta parábola del administrador injusto el evangelista nos presenta una serie de dichos y advertencias sobre la relación que debemos tener con el dinero y con los bienes de esta tierra. Son pequeñas frases que invitan a una opción que supone una decisión radical, una tensión interior constante.

En verdad, la vida es siempre una opción: entre honradez e injusticia, entre fidelidad e infidelidad, entre egoísmo y altruismo, entre bien y mal. Es incisiva y perentoria la conclusión del pasaje evangélico: “Ningún siervo puede servir a dos amos: porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo”. En definitiva -dice Jesús- hay que decidirse: “No podéis servir a Dios y al dinero” (Lc 16, 13). La palabra que usa para decir dinero -”mammona”- es de origen fenicio y evoca seguridad económica y éxito en los negocios. Podríamos decir que la riqueza se presenta como el ídolo al que se sacrifica todo con tal de lograr el éxito material; así, este éxito económico se convierte en el verdadero dios de una persona.

Por consiguiente, es necesaria una decisión fundamental para elegir entre

Dios y “mammona”; es preciso elegir entre la lógica del lucro como criterio último de nuestra actividad y la lógica del compartir y de la solidaridad. Cuando prevalece la lógica del lucro, aumenta la desproporción entre pobres y ricos, así como una explotación dañina del planeta. Por el contrario, cuando prevalece la lógica del compartir y de la solidaridad, se puede corregir la ruta y orientarla hacia un desarrollo equitativo, para el bien común de todos.

En el fondo, se trata de la decisión entre el egoísmo y el amor, entre la justicia y la injusticia; en definitiva, entre Dios y Satanás. Si amar a Cristo y a los hermanos no se considera algo accesorio y superficial, sino más bien la finalidad verdadera y última de toda nuestra vida, es necesario saber hacer opciones fundamentales, estar dispuestos a renuncias radicales, si es preciso hasta el martirio. Hoy, como ayer, la vida del cristiano exige valentía para ir contra corriente, para amar como Jesús, que llegó incluso al sacrificio de sí mismo en la cruz.

Así pues, parafraseando una reflexión de san Agustín, podríamos decir que por medio de las riquezas terrenas debemos conseguir las verdaderas y eternas. En efecto, si existen personas dispuestas a todo tipo de injusticias con tal de obtener un bienestar material siempre aleatorio, ¿cuánto más nosotros, los cristianos, deberíamos preocuparnos de proveer a nuestra felicidad eterna con los bienes de esta tierra! (cf. *Discursos* 359, 10).

Ahora bien, la única manera de hacer que fructifiquen para la eternidad nuestras cualidades y capacidades personales, así como las riquezas que poseemos, es compartirlas con nuestros hermanos, siendo de este modo buenos administradores de lo que Dios nos encomienda. Dice Jesús: “El que es fiel en lo poco, lo es también en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho” (*Lc 16, 10*).

De esa opción fundamental, que es preciso realizar cada día, también habla hoy el profeta Amós en la primera lectura. Con palabras fuertes critica un estilo de vida típico de quienes se dejan absorber por una búsqueda egoísta del lucro de todas las maneras posibles y que se traduce en afán de ganancias, en desprecio a los pobres y en explotación de su situación en beneficio propio (cf. *Am 4, 5*).

El cristiano debe rechazar con energía todo esto, abriendo el corazón, por el contrario, a sentimientos de auténtica generosidad. Una generosidad que, como exhorta el apóstol san Pablo en la segunda lectura, se manifiesta en un amor sincero a todos y en la oración.

En realidad, orar por los demás es un gran gesto de caridad. El Apóstol invita, en primer lugar, a orar por los que tienen cargos de responsabilidad en la comunidad civil, porque -explica- de sus decisiones, si se encaminan a realizar el bien, derivan consecuencias positivas, asegurando la paz y “una

vida tranquila y apacible, con toda piedad y dignidad” para todos (*1 Tm 2, 2*). Por consiguiente, no debe faltar nunca nuestra oración, que es nuestra aportación espiritual a la edificación de una comunidad eclesial fiel a Cristo y a la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

Queridos hermanos y hermanas, oremos, en particular, para que vuestra comunidad diocesana, que está sufriendo una serie de cambios, a causa del traslado de muchas familias jóvenes procedentes de Roma, al desarrollo del sector “terciario” y al establecimiento de muchos inmigrantes en los centros históricos, lleve a cabo una acción pastoral cada vez más orgánica y compartida, siguiendo las indicaciones que vuestro obispo va dando con elevada sensibilidad pastoral.

A este respecto, ha sido muy oportuna su carta pastoral de diciembre del año pasado con la invitación a ponerse a la escucha atenta y perseverante de la palabra de Dios, de las enseñanzas del concilio Vaticano II y del Magisterio de la Iglesia.

Pongamos en manos de la Virgen de las Gracias, cuya imagen se conserva y venera en esta hermosa catedral, todos vuestros propósitos y proyectos pastorales. Que la protección maternal de María acompañe el camino de todos los presentes y de quienes no han podido participar en esta celebración eucarística. Que la Virgen santísima

vele de modo especial sobre los enfermos, sobre los ancianos, sobre los niños, sobre aquellos que se sienten solos y abandonados, y sobre quienes tienen necesidades particulares.

Que María nos libre de la codicia de las riquezas, y haga que, elevando al cielo manos libres y puras, demos gloria a Dios con toda nuestra vida (cf. *Colecta*). Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la concelebración eucarística con la ordenación episcopal de seis presbíteros

Basílica de San Pedro. Sábado 29 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Nos encontramos reunidos en torno al altar del Señor para una circunstancia solemne y alegre al mismo tiempo: la ordenación episcopal de seis nuevos obispos, llamados a desempeñar diversas misiones al servicio de la única Iglesia de Cristo. Son mons. Mieczyslaw Mokrzycki, mons. Francesco Brugnaro, mons. Gianfranco Ravasi, mons. Tommaso Caputo, mons. Sergio Pagano y mons. Vincenzo Di Mauro. A todos dirijo mi cordial saludo, con un abrazo fraterno.

Saludo en particular a mons. Mokrzycki, que, juntamente con el actual cardenal Stanislaw Dziwisz, duran-

te muchos años estuvo al servicio del Santo Padre, Juan Pablo II, como secretario y luego, después de mi elección como Sucesor de Pedro, también me ha ayudado a mí como secretario con gran humildad, competencia y dedicación.

Saludo, asimismo, al amigo del Papa, Juan Pablo II, cardenal Marian Jaworski, con quien mons. Mokrzycki colaborará como coadjutor. Saludo también a los obispos latinos de Ucrania, que están aquí en Roma para su visita "ad limina Apostolorum". Mi pensamiento se dirige, además, a los obispos grecocatólicos, con algunos de los cuales me encontré el lunes pasado, y a la Iglesia ortodoxa de Ucrania. A todos les deseo las bendiciones del cielo para sus esfuerzos encaminados a mantener operante en su tierra y a transmitir a las futuras generaciones la fuerza sanadora y fortalecedora del Evangelio de Cristo.

Celebramos esta ordenación episcopal en la fiesta de los tres Arcángeles que la sagrada Escritura menciona por su propio nombre: Miguel, Gabriel y Rafael. Esto nos trae a la mente que en la Iglesia antigua, ya en el Apocalipsis, a los obispos se les llamaba "ángeles" de su Iglesia, expresando así una íntima correspondencia entre el ministerio del obispo y la misión del ángel.

A partir de la tarea del ángel se puede comprender el servicio del obispo. Pero, ¿qué es un ángel? La sagrada Escritura y la tradición de la Iglesia

nos hacen descubrir dos aspectos. Por una parte, el ángel es una criatura que está en la presencia de Dios, orientada con todo su ser hacia Dios. Los tres nombres de los Arcángeles acaban con la palabra “*El*”, que significa “Dios”. Dios está inscrito en sus nombres, en su naturaleza.

Su verdadera naturaleza es estar en él y para él.

Precisamente así se explica también el segundo aspecto que caracteriza a los ángeles: son mensajeros de Dios. Llevan a Dios a los hombres, abren el cielo y así abren la tierra. Precisamente porque están en la presencia de Dios, pueden estar también muy cerca del hombre. En efecto, Dios es más íntimo a cada uno de nosotros de lo que somos nosotros mismos.

Los ángeles hablan al hombre de lo que constituye su verdadero ser, de lo que en su vida con mucha frecuencia está encubierto y sepultado. Lo invitan a volver a entrar en sí mismo, tocándolo de parte de Dios. En este sentido, también nosotros, los seres humanos, deberíamos convertirnos continuamente en ángeles los unos para los otros, ángeles que nos apartan de los caminos equivocados y nos orientan siempre de nuevo hacia Dios.

Cuando la Iglesia antigua llama a los obispos “ángeles” de su Iglesia, quiere decir precisamente que los obispos mismos deben ser hombres de Dios,

deben vivir orientados hacia Dios. “*Multum orat pro populo*”, “Ora mucho por el pueblo”, dice el Breviario de la Iglesia a propósito de los obispos santos. El obispo debe ser un orante, uno que intercede por los hombres ante Dios. Cuanto más lo hace, tanto más comprende también a las personas que le han sido encomendadas y puede convertirse para ellas en un ángel, un mensajero de Dios, que les ayuda a encontrar su verdadera naturaleza, a encontrarse a sí mismas, y a vivir la idea que Dios tiene de ellas.

Todo esto resulta aún más claro si contemplamos las figuras de los tres Arcángeles cuya fiesta celebra hoy la Iglesia. Ante todo, san *Miguel*. En la sagrada Escritura lo encontramos sobre todo en el libro de *Daniel*, en la carta del apóstol san Judas Tadeo y en el *Apocalipsis*. En esos textos se ponen de manifiesto dos funciones de este Arcángel. Defiende la causa de la unicidad de Dios contra la presunción del dragón, de la “serpiente antigua”, como dice san Juan. La serpiente intenta continuamente hacer creer a los hombres que Dios debe desaparecer, para que ellos puedan llegar a ser grandes; que Dios obstaculiza nuestra libertad y que por eso debemos desembarazarnos de él.

Pero el dragón no sólo acusa a Dios. El *Apocalipsis* lo llama también “el acusador de nuestros hermanos, el que los acusa día y noche delante de nuestro Dios” (*Ap* 12, 10). Quien aparta a

Dios, no hace grande al hombre, sino que le quita su dignidad. Entonces el hombre se transforma en un producto defectuoso de la evolución. Quien acusa a Dios, acusa también al hombre. La fe en Dios defiende al hombre en todas sus debilidades e insuficiencias: el esplendor de Dios brilla en cada persona.

El obispo, en cuanto hombre de Dios, tiene por misión hacer espacio a Dios en el mundo contra las negaciones y defender así la grandeza del hombre. Y ¿qué cosa más grande se podría decir y pensar sobre el hombre que el hecho de que Dios mismo se ha hecho hombre?

La otra función del arcángel Miguel, según la Escritura, es la de protector del pueblo de Dios (cf. *Dn* 10, 21; 12, 1). Queridos amigos, sed de verdad “ángeles custodios” de las Iglesias que se os encomendarán. Ayudad al pueblo de Dios, al que debéis preceder en su peregrinación, a encontrar la alegría en la fe y a aprender el discernimiento de espíritus: a acoger el bien y rechazar el mal, a seguir siendo y a ser cada vez más, en virtud de la esperanza de la fe, personas que aman en comunión con el Dios-Amor.

Al Arcángel *Gabriel* lo encontramos sobre todo, en el magnífico relato del anuncio de la encarnación de Dios a María, como nos lo refiere san Lucas (cf. *Lc* 1, 26-38). Gabriel es el mensajero de la encarnación de Dios. Llama a la puer-

ta de María y, a través de él, Dios mismo pide a María su “sí” a la propuesta de convertirse en la Madre del Redentor: de dar su carne humana al Verbo eterno de Dios, al Hijo de Dios.

En repetidas ocasiones el Señor llama a las puertas del corazón humano. En el *Apocalipsis* dice al “ángel” de la Iglesia de Laodicea y, a través de él, a los hombres de todos los tiempos: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (*Ap* 3, 20). El Señor está a la puerta, a la puerta del mundo y a la puerta de cada corazón. Llama para que le permitamos entrar: la encarnación de Dios, su hacerse carne, debe continuar hasta el final de los tiempos.

Todos deben estar reunidos en Cristo en un solo cuerpo: esto nos lo dicen los grandes himnos sobre Cristo en la carta a los Efesios y en la carta a los Colosenses. Cristo llama. También hoy necesita personas que, por decirlo así, le ponen a disposición su carne, le proporcionan la materia del mundo y de su vida, contribuyendo así a la unificación entre Dios y el mundo, a la reconciliación del universo.

Queridos amigos, vosotros tenéis la misión de llamar en nombre de Cristo a los corazones de los hombres. Entrando vosotros mismos en unión con Cristo, podréis también asumir la función de Gabriel: llevar la llamada de Cristo a los hombres.

San Rafael se nos presenta, sobre todo en el *libro de Tobías*, como el ángel a quien está encomendada la misión de curar. Cuando Jesús envía a sus discípulos en misión, además de la tarea de anunciar el Evangelio, les encomienda siempre también la de curar. El buen samaritano, al recoger y curar a la persona herida que yacía a la vera del camino, se convierte sin palabras en un testigo del amor de Dios. Este hombre herido, necesitado de curación, somos todos nosotros. Anunciar el Evangelio significa ya de por sí curar, porque el hombre necesita sobre todo la verdad y el amor.

El *libro de Tobías* refiere dos tareas emblemáticas de curación que realiza el Arcángel Rafael. Cura la comunión perturbada entre el hombre y la mujer. Cura su amor. Expulsa los demonios que, siempre de nuevo, desgarran y destruyen su amor. Purifica el clima entre los dos y les da la capacidad de acogerse mutuamente para siempre. El relato de Tobías presenta esta curación con imágenes legendarias.

En el Nuevo Testamento, el orden del matrimonio, establecido en la creación y amenazado de muchas maneras por el pecado, es curado por el hecho de que Cristo lo acoge en su amor redentor. Cristo hace del matrimonio un sacramento: su amor, al subir por nosotros a la cruz, es la fuerza sanadora que, en todas las confusiones, capacita para la reconciliación, purifica el clima y cura las heridas.

Al sacerdote, está confiada la misión de llevar a los hombres continuamente al encuentro de la fuerza reconciliadora del amor de Cristo. Debe ser el “ángel” sanador que les ayude a fundamentar su amor en el sacramento y a vivirlo con empeño siempre renovado a partir de él.

En segundo lugar, el *libro de Tobías* habla de la curación de la ceguera. Todos sabemos que hoy nos amenaza seriamente la ceguera con respecto a Dios. Hoy es muy grande el peligro de que, ante todo lo que sabemos sobre las cosas materiales y lo que con ellas podemos hacer, nos hagamos ciegos con respecto a la luz de Dios.

Curar esta ceguera mediante el mensaje de la fe y el testimonio del amor es el servicio de Rafael, encomendado cada día al sacerdote y de modo especial al obispo. Así, nos viene espontáneamente también el pensamiento del sacramento de la Reconciliación, del sacramento de la Penitencia, que, en el sentido más profundo de la palabra, es un sacramento de curación. En efecto, la verdadera herida del alma, el motivo de todas nuestras demás heridas, es el pecado. Y sólo podemos ser curados, sólo podemos ser redimidos, si existe un perdón en virtud del poder de Dios, en virtud del poder del amor de Cristo.

“Permaneced en mi amor”, nos dice hoy el Señor en el evangelio (Jn 15, 9). En el momento de la ordenación epis-

copal lo dice de modo particular a vosotros, queridos amigos. Permaneced en su amor. Permaneced en la amistad con él, llena del amor que él os regala de nuevo en este momento. Entonces

vuestra vida dará fruto, un fruto que permanece (cf. *Jn* 15, 16). Todos oramos en este momento por vosotros, queridos hermanos, para que Dios os conceda este regalo. Amén

MENSAJES

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la Jornada Mundial de las
Misiones 2007*

Todas las Iglesias para todo el mundo

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la próxima Jornada mundial de las misiones quisiera invitar a todo el pueblo de Dios -pastores, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos- a una reflexión común sobre la urgencia y la importancia que tiene, también en nuestro tiempo, la acción misionera de la Iglesia. En efecto, no dejan de resonar, como exhortación universal y llamada apremiante, las palabras con las que Jesucristo, crucificado y resucitado, antes de subir al cielo, encomendó a los Apóstoles el mandato misionero: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y ense-

ñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 19-20).

En la ardua labor de evangelización nos sostiene y acompaña la certeza de que él, el Dueño de la mies, está con nosotros y guía sin cesar a su pueblo. Cristo es la fuente inagotable de la misión de la Iglesia. Este año, además, un nuevo motivo nos impulsa a un renovado compromiso misionero: se celebra el 50º aniversario de la encíclica *Fidei donum* del siervo de Dios, Pío XII, con la que se promovió y estimuló la cooperación entre las Iglesias para la misión *ad gentes*.

El tema elegido para la próxima Jornada mundial de las misiones -«Todas las Iglesias para todo el mundo»- invita a las Iglesias locales de los diversos continentes a tomar conciencia de la urgente necesidad de impulsar nuevamente la

acción misionera ante los múltiples y graves desafíos de nuestro tiempo. Ciertamente, han cambiado las condiciones en que vive la humanidad, y durante estos decenios, especialmente desde el concilio Vaticano II, se ha realizado un gran esfuerzo con vistas a la difusión del Evangelio.

Con todo, queda aún mucho por hacer para responder al llamamiento misionero que el Señor no deja de dirigir a todos los bautizados. Sigue llamando, en primer lugar, a las Iglesias de antigua tradición, que en el pasado proporcionaron a las misiones, además de medios materiales, también un número consistente de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, llevando a cabo una eficaz cooperación entre comunidades cristianas. De esa cooperación han brotado abundantes frutos apostólicos tanto para las Iglesias jóvenes en tierras de misión como para las realidades eclesiales de donde procedían los misioneros.

Ante el avance de la cultura secularizada, que a veces parece penetrar cada vez más en las sociedades occidentales, considerando además la crisis de la familia, la disminución de las vocaciones y el progresivo envejecimiento del clero, esas Iglesias corren el peligro de encerrarse en sí mismas, de mirar con poca esperanza al futuro y de disminuir su esfuerzo misionero. Pero este es precisamente el momento de abrirse con confianza

a la Providencia de Dios, que nunca abandona a su pueblo y que, con la fuerza del Espíritu Santo, lo guía hacia el cumplimiento de su plan eterno de salvación.

El buen Pastor invita también a las Iglesias de reciente evangelización a dedicarse generosamente a la misión *ad gentes*. A pesar de encontrar no pocas dificultades y obstáculos en su desarrollo, esas comunidades aumentan sin cesar. Algunas, afortunadamente, cuentan con abundantes sacerdotes y personas consagradas, no pocos de los cuales, aun siendo numerosas las necesidades de sus diócesis, son enviados a desempeñar su ministerio pastoral y su servicio apostólico a otras partes, incluso a tierras de antigua evangelización.

De este modo, se asiste a un providencial «intercambio de dones», que redundará en beneficio de todo el Cuerpo místico de Cristo. Deseo vivamente que la cooperación misionera se intensifique, aprovechando las potencialidades y los carismas de cada uno. Asimismo, deseo que la Jornada mundial de las misiones contribuya a que todas las comunidades cristianas y todos los bautizados tomen cada vez mayor conciencia de que la llamada de Cristo a propagar su reino hasta los últimos confines de la tierra es universal.

«La Iglesia es misionera por su propia naturaleza -escribe Juan

Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio*-, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia. Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes. Las mismas Iglesias más jóvenes (...) deben participar cuanto antes y de hecho en la misión universal de la Iglesia, enviando también ellas misioneros a predicar por todas las partes del mundo el Evangelio, aunque sufran escasez de clero» (n. 62).

A cincuenta años del histórico llamamiento de mi predecesor Pío XII con la encíclica *Fidei donum* para una cooperación entre las Iglesias al servicio de la misión, quisiera reafirmar que el anuncio del Evangelio sigue teniendo suma actualidad y urgencia. En la citada encíclica *Redemptoris missio*, el Papa Juan Pablo II, por su parte, reconocía que «la misión de la Iglesia es más vasta que la “comunidad entre las Iglesias”; esta (...) debe tener sobre todo una orientación con miras a la específica índole misionera» (n. 64).

Por consiguiente, como se ha reafirmado muchas veces, el compromiso misionero sigue siendo el primer servicio que la Iglesia debe prestar a la humanidad de hoy, para orientar y evangelizar los cambios culturales, sociales y éticos; para ofrecer la salvación de Cristo al hombre de nuestro tiempo, en muchas partes del mundo humillado y oprimido

a causa de pobreza endémica, de violencia, de negación sistemática de derechos humanos.

La Iglesia no puede eximirse de esta misión universal; para ella constituye una obligación. Dado que Cristo encomendó el mandato misionero en primer lugar a Pedro y a los Apóstoles, ese mandato hoy compete ante todo al Sucesor de Pedro, que la divina Providencia ha elegido como fundamento visible de la unidad de la Iglesia, y a los obispos, directamente responsables de la evangelización, sea como miembros del Colegio episcopal, sea como pastores de las Iglesias particulares (cf. *ib.*, 63).

Por tanto, me dirijo a los pastores de todas las Iglesias, puestos por el Señor como guías de su único rebaño, para que compartan el celo por el anuncio y la difusión del Evangelio. Fue precisamente esta preocupación la que impulsó, hace cincuenta años, al siervo de Dios, Pío XII, a procurar que la cooperación misionera respondiera mejor a las exigencias de los tiempos. Especialmente ante las perspectivas de la evangelización, pidió a las comunidades de antigua evangelización que enviaran sacerdotes para ayudar a las Iglesias de reciente fundación. Así dio vida a un nuevo «sujeto misionero», que precisamente de las primeras palabras de la encíclica tomó el nombre de “*fidei donum*”.

A este respecto, escribió: «Considerando, por un lado, las innumerables legiones de hijos nuestros que, sobre todo en los países de antigua tradición cristiana, participan del bien de la fe, y, por otro, la masa aún más numerosa de los que todavía esperan el mensaje de la salvación, sentimos el ardiente deseo de exhortaros, venerables hermanos, a que con vuestro celo sostengáis la causa santa de la expansión de la Iglesia en el mundo». Y añadió: «Quiera Dios que, como consecuencia de nuestro llamamiento, el espíritu misionero penetre más a fondo en el corazón de todos los sacerdotes y que, a través de su ministerio, inflame a todos los fieles» (*Fidei donum*, 1: *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, BAC, Madrid 1992, p. 57).

Demos gracias al Señor por los abundantes frutos que se han obtenido en África y en otras regiones de la tierra mediante esta cooperación misionera. Incontables sacerdotes, abandonando sus comunidades de origen, han puesto sus energías apostólicas al servicio de comunidades a veces recién fundadas, en zonas pobres y en vías de desarrollo. Entre ellos ha habido no pocos mártires que, además del testimonio de la palabra y la entrega apostólica, han ofrecido el sacrificio de su vida.

No podemos olvidar tampoco a los numerosos religiosos, religiosas y laicos voluntarios que, juntamente

con los presbíteros, se han prodigado por difundir el Evangelio hasta los últimos confines del mundo. La Jornada mundial de las misiones es ocasión propicia para recordar en la oración a estos hermanos y hermanas nuestros en la fe, y a los que siguen prodigándose en el vasto campo misionero. Pidamos a Dios que su ejemplo suscite por doquier nuevas vocaciones y una renovada conciencia misionera en el pueblo cristiano.

Efectivamente, toda comunidad cristiana nace misionera, y el amor de los creyentes a su Señor se mide precisamente según su compromiso evangelizador. Podríamos decir que, para los fieles, no se trata simplemente de colaborar en la actividad de evangelización, sino de sentirse ellos mismos protagonistas y corresponsables de la misión de la Iglesia. Esta corresponsabilidad conlleva que crezca la comunión entre las comunidades y se incremente la ayuda mutua, tanto en lo que atañe al personal (sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos voluntarios), como en la utilización de los medios hoy necesarios para evangelizar.

Queridos hermanos y hermanas, verdaderamente el mandato misionero encomendado por Cristo a los Apóstoles nos compromete a todos. Por tanto, la Jornada mundial de las misiones debe ser ocasión propicia para tomar cada vez mayor conciencia de ese mandato y para elaborar juntos itinerarios espirituales y for-

mativos adecuados que favorezcan la cooperación entre las Iglesias y la preparación de nuevos misioneros para la difusión del Evangelio en nuestro tiempo.

Con todo, no conviene olvidar que la primera y principal aportación que debemos dar a la acción misionera de la Iglesia es la oración. «La mies es mucha -dice el Señor- y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Lc 10, 2). «Orad, pues venerables hermanos y amados hijos -escribió hace cincuenta años el Papa Pío XII de venerada memoria-: orad más y más, y sin cesar. No dejéis de llevar vuestro pensamiento y vuestra preocupación hacia las inmensas necesidades espirituales de tantos pueblos todavía tan alejados de la verdadera fe, o bien tan privados de socorros para perseverar en ella» (*Fidei donum*, 13: *El Magisterio pontificio contemporáneo*, II, BAC, Madrid 1992, p. 64). Y exhortaba a multiplicar las misas celebradas por las misiones, pues «son las intenciones mismas de nuestro Señor, que ama a su Iglesia y que la quisiera ver extendida y floreciente por todos los lugares de la tierra» (*ib.*, p. 63).

Queridos hermanos y hermanas, también yo renuevo esta invitación tan actual. Es preciso que todas las comunidades eleven su oración al «Padre nuestro que está en el cielo», para que venga su reino a la tierra.

Hago un llamamiento en particular a los niños y a los jóvenes, siempre dispuestos a generosos impulsos misioneros. Me dirijo a los enfermos y a los que sufren, recordando el valor de su misteriosa e indispensable colaboración en la obra de la salvación.

Pido a las personas consagradas, y especialmente a los monasterios de clausura, que intensifiquen su oración por las misiones. Gracias al compromiso de todos los creyentes debe ampliarse en toda la Iglesia la red espiritual de oración en apoyo de la evangelización.

Que la Virgen María, que acompañó con solicitud materna el camino de la Iglesia naciente, guíe nuestros pasos también en esta época y nos obtenga un nuevo Pentecostés de amor. En particular, que nos ayude a todos a tomar conciencia de que somos misioneros, es decir, enviados por el Señor a ser sus testigos en todos los momentos de nuestra existencia.

A los sacerdotes “*fidei donum*”, a los religiosos, a las religiosas, a los laicos voluntarios comprometidos en las fronteras de la evangelización, así como a quienes de diversos modos se dedican al anuncio del Evangelio, les aseguro un recuerdo diario en mi oración, a la vez que imparto con afecto a todos la bendición apostólica.

Vaticano, 27 de mayo de 2007, solemnidad de Pentecostés

VIAJES APOSTÓLICOS - VIAJE A LORETO

VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES

Explanada de Montorso de Loreto. Sábado 1 de septiembre de 2007

*Respuestas del Papa, Benedicto XVI,
a las preguntas de los jóvenes durante
la vigilia de oración*

*Pregunta formulada por los jóvenes
Piero Tisti y Giovanna Di Mucci:*

A muchos de los jóvenes de la periferia nos falta un centro, un lugar o personas capaces de dar identidad. A menudo no tenemos historia ni perspectivas; por eso, no tenemos futuro. Parece que lo que esperamos nunca se hace realidad. De aquí la experiencia de la soledad y, a veces, de dependencias. Santidad, ¿hay alguien -o algo- para quien podamos llegar a ser importante? ¿Es posible esperar cuando la realidad nos niega cualquier sueño de felicidad, cualquier proyecto de vida?.

Respuesta del Santo Padre:

Gracias por esta pregunta y por la presentación tan realista de la situación.

Con respecto a las periferias de este mundo, en las que existen grandes problemas, no es fácil ahora responder. No queremos vivir en un fácil optimismo, pero, por otra parte, debemos ser valientes y seguir adelante. Podría anticipar así el núcleo de mi respuesta: “Sí,

hay esperanza también hoy; cada uno de vosotros es importante, porque cada uno es conocido y querido por Dios; y Dios tiene un proyecto para cada uno. Debemos descubrirlo y corresponder a él, para que, a pesar de estas situaciones de precariedad y marginalidad, sea posible realizar el proyecto de Dios sobre nosotros”.

Pero, entrando en detalles, usted nos ha presentado de forma realista la situación de una sociedad: en las periferias parece difícil salir adelante, cambiar el mundo mejorándolo. Todo parece concentrado en los grandes centros del poder económico y político; las grandes burocracias dominan y quienes se encuentran en las periferias, realmente parecen quedar excluidos de esta vida. Un aspecto de esta situación de marginación de muchos es que las grandes células de la vida de la sociedad, que pueden construir centros también en la periferia, están desintegradas: la familia, que debería ser el lugar de encuentro de las generaciones -desde los bisabuelos hasta los nietos-; que no sólo debería ser un lugar donde se encuentren las generaciones, sino también donde se aprenda a vivir, donde se aprendan las virtudes esenciales para la vida, está desintegrada, se encuentra en peligro. Por eso, debemos hacer todo

lo posible para que la familia sea viva, para que sea también hoy la célula vital, el centro en la periferia.

Del mismo modo, también la parroquia, célula viva de la Iglesia, debe ser realmente un lugar de inspiración, de vida, desolidaridad, que ayude a construir juntamente los centros en la periferia. En la Iglesia se habla a menudo de periferia y de centro, que sería Roma, pero de hecho en la Iglesia no hay periferia, porque donde está Cristo allí está todo el centro. Donde se celebra la Eucaristía, donde está el sagrario, allí está Cristo y, por consiguiente, allí está el centro, y debemos hacer todo lo posible para que estos centros vivos sean eficaces, para que estén presentes y sean realmente una fuerza que se oponga a esa marginación.

La Iglesia viva, la Iglesia de las pequeñas comunidades, la Iglesia parroquial, los movimientos, deberían formar también centros en la periferia, para ayudar así a superar las dificultades que la gran política obviamente no supera. Al mismo tiempo, también debemos pensar que, a pesar de las grandes concentraciones de poder, precisamente la sociedad actual necesita la solidaridad, el sentido de la legalidad, la iniciativa y la creatividad de todos.

Sé que es más fácil decirlo que realizarlo, pero veo aquí personas que se comprometen para que surjan también centros en las periferias, para que crezca la esperanza. Por tanto, me parece

que precisamente en las periferias debemos tomar la iniciativa. Es necesario que la Iglesia esté presente; que Cristo, el centro del mundo, esté presente.

Hemos visto, y vemos hoy en el evangelio, que para Dios no hay periferias. La Tierra Santa, en el vasto contexto del Imperio romano, era periferia; Nazaret era periferia, una aldea desconocida. Y, sin embargo, precisamente esa realidad fue de hecho el centro que cambió el mundo. Así, también nosotros debemos formar centros de fe, de esperanza, de amor y de solidaridad, de sentido de la justicia y de la legalidad, de cooperación.

Sólo así puede sobrevivir la sociedad moderna. Necesita esta valentía de crear centros, aunque aparentemente no parece existir esperanza. Debemos oponernos a esta desesperación; debemos colaborar con gran solidaridad y hacer todo lo posible para que aumente la esperanza, para que los hombres colaboren y vivan. Como vemos, es necesario cambiar el mundo; pero es precisamente la juventud la que tiene la misión de cambiarlo. No lo podemos hacer sólo con nuestras fuerzas, sino en comunión de fe y de camino. En comunión con María, con todos los santos; en comunión con Cristo, podemos hacer algo esencial.

Os estímulo y os invito a tener confianza en Cristo, a tener confianza en Dios. Estar en la gran compañía de los santos y avanzar con ellos puede cam-

biar el mundo, creando centros en la periferia, para que esa compañía sea realmente visible y así se haga realidad la esperanza de todos, de modo que cada uno pueda decir: “Yo soy importante en la totalidad de la historia. El Señor nos ayudará”. Gracias.

Pregunta formulada por la joven Sara Simonetta:

Yo creo en el Dios que ha tocado mi corazón, pero son muchas las inseguridades, los interrogantes, los miedos que llevo en mi interior. No es fácil hablar de Dios con mis amigos; muchos de ellos ven a la Iglesia como una realidad que juzga a los jóvenes, que se opone a sus deseos de felicidad y de amor. Ante este rechazo siento fuertemente la soledad humana y quisiera sentir la cercanía de Dios. Santidad, ¿en este silencio dónde está Dios?

Respuesta del Santo Padre:

Sí, todos nosotros, aunque seamos creyentes, experimentamos el silencio de Dios. En el Salmo que acabamos de rezar se encuentra este grito casi desesperado: “Habla, Señor; no te escondas”. Hace poco, se publicó un libro con las experiencias espirituales de la madre Teresa. En él se pone de manifiesto aún más claramente lo que ya sabíamos: con toda su caridad, su fuerza de fe, la madre Teresa sufría el silencio de Dios.

Por una parte, debemos soportar este silencio de Dios también para poder

comprender a nuestros hermanos que no conocen a Dios. Por otra, con el Salmo, podemos gritar continuamente a Dios: “Habla, muéstrate”. Sin duda, en nuestra vida, si tenemos el corazón abierto, podemos encontrar los grandes momentos en los que realmente la presencia de Dios se hace sensible también para nosotros.

Me viene a la mente en este momento una anécdota que refirió Juan Pablo II en los ejercicios espirituales que predicó en el Vaticano cuando aún no era Papa. Contó que después de la guerra lo visitó un oficial ruso, que era científico, el cual le dijo: “Como científico, estoy seguro de que Dios no existe; pero cuando me encuentro en una montaña, ante su majestuosa belleza, ante su grandeza, también estoy seguro de que el Creador existe y de que Dios existe”.

La belleza de la creación es una de las fuentes donde realmente podemos descubrir la belleza de Dios, donde podemos ver que el Creador existe y es bueno, que es verdad lo que dice la sagrada Escritura en el relato de la creación, o sea, que Dios pensó e hizo este mundo con su corazón, con su voluntad, con su razón, y vio que era bueno. También nosotros debemos ser buenos, teniendo el corazón abierto a percibir realmente la presencia de Dios.

Asimismo, al escuchar la palabra de Dios en las grandes celebraciones litúrgicas, en las fiestas de la fe, en la gran música de la fe, percibimos esta presencia.

Recuerdo en este momento otra anécdota que me contó hace poco tiempo un obispo en visita “ad limina”: una mujer no cristiana muy inteligente comenzó a escuchar la gran música de Bach, Händel, Mozart. Estaba fascinada y un día dijo: “Debo encontrar la fuente de donde pudo brotar esta belleza”. Esa mujer se convirtió al cristianismo, a la fe católica, porque había descubierto que esa belleza tiene una fuente, y la fuente es precisamente la presencia de Cristo en los corazones, es la revelación de Cristo en este mundo.

Por consiguiente, las grandes fiestas de la fe, de la celebración litúrgica, pero también el diálogo personal con Cristo: él no siempre responde, pero hay momentos en que realmente responde.

Luego viene la amistad, la compañía de la fe. Ahora, reunidos aquí en Loreto, vemos cómo la fe une, la amistad crea una compañía de personas en camino. Y sentimos que todo esto no viene de la nada, sino que realmente tiene una fuente, que el Dios silencioso es también un Dios que habla, que se revela, y sobre todo que nosotros mismos podemos ser testigos de su presencia, que nuestra fe proyecta realmente una luz también para los demás.

Así pues, por una parte, debemos aceptar que, en este mundo, Dios es silencioso, pero no debemos ser sordos cuando habla, cuando se nos muestra en muchas ocasiones; vemos la presencia del Señor sobre todo en la creación,

en una hermosa liturgia, en la amistad dentro de la Iglesia; y, llenos de su presencia, también nosotros podemos iluminar a los demás.

Paso a la segunda parte de su pregunta: hoy es difícil hablar de Dios a los amigos y tal vez resulta aún más difícil hablar de la Iglesia, porque ven a Dios sólo como el límite de nuestra libertad, un Dios de mandamientos, de prohibiciones, y a la Iglesia como una institución que limita nuestra libertad, que nos impone prohibiciones.

Pero debemos tratar de presentarles la Iglesia viva, no esa idea de un centro de poder en la Iglesia con estas etiquetas, sino las comunidades de compañía en las que, a pesar de todos los problemas de la vida, que todos tenemos, nace la alegría de vivir.

Aquí me viene a la mente un tercer recuerdo. En Brasil, estuve en la “Hacienda de la Esperanza”, una gran realidad donde los drogadictos se curan y recobran la esperanza, recobran la alegría de vivir. Los drogadictos testimoniaron que precisamente descubrir que Dios existe significó para ellos la curación de la desesperación. Así comprendieron que su vida tiene un sentido y recobraron la alegría de estar en este mundo, la alegría de afrontar los problemas de la vida humana.

Por tanto, en todo corazón humano, a pesar de los problemas que existen, hay sed de Dios; y donde Dios desapa-

rece, desaparece también el sol que da luz y alegría. Esta sed de infinito que hay en nuestro corazón se demuestra también en la realidad de la droga: el hombre quiere ensanchar su vida, quiere obtener más de la vida, quiere alcanzar el infinito, pero la droga es una mentira, una estafa, porque no ensancha la vida, sino que la destruye.

Realmente, tenemos una gran sed, que nos habla de Dios y nos pone en camino hacia Dios, pero debemos ayudarnos mutuamente. Cristo vino precisamente para crear una red de comunión en el mundo, donde todos podemos apoyarnos unos a otros, ayudándonos a encontrar juntos el camino de la vida y a comprender que los mandamientos de Dios no son limitaciones de nuestra libertad, sino las señales de carretera que nos orientan hacia Dios, hacia la plenitud de la vida. Pidamos a Dios que nos ayude a descubrir su presencia, a estar llenos de su Revelación, de su alegría, a ayudarnos unos a otros en la compañía de la fe para avanzar y encontrar cada vez más, con Cristo, el verdadero rostro de Dios, y así la vida verdadera.

Discurso del Papa, Benedicto XVI.

Queridos jóvenes, que constituís la esperanza de la Iglesia en Italia:

Me alegra encontrarme con vosotros en este lugar tan singular, en esta velada especial, en la que se entrelazan oracio-

nes, cantos y silencios, una velada llena de esperanzas y profundas emociones. Este valle, donde en el pasado también mi amado predecesor, Juan Pablo II, se encontró con muchos de vosotros, ya se ha convertido en vuestra “ágora”, en vuestra plaza sin muros y sin barreras, donde convergen y parten mil caminos.

He escuchado con atención al que ha hablado en nombre de todos vosotros. A este lugar de encuentro pacífico, auténtico y jubiloso, habéis llegado impulsados por mil motivos diversos: unos por pertenecer a un grupo; otros, invitados por algún amigo; otros, por íntima convicción; otros, con alguna duda en el corazón; y otros, por simple curiosidad...

Cualquiera que sea el motivo que os ha traído aquí, quiero deciros que quien nos ha reunido aquí, aunque hace falta valentía para decirlo, es el Espíritu Santo. Sí, esto es lo que ha sucedido. Quien os ha guiado hasta aquí es el Espíritu. Habéis venido con vuestras dudas y vuestras certezas, con vuestras alegrías y vuestras preocupaciones. Ahora nos toca a todos nosotros, a todos vosotros, abrir el corazón y ofrecer todo a Jesús.

Decidle: “Heme aquí. Ciertamente no soy todavía como tú quisieras que fuera; ni siquiera logro entenderme a fondo a mí mismo, pero con tu ayuda estoy dispuesto a seguirte. Señor Jesús, esta tarde quisiera hablarte, haciendo mía la actitud interior y el abandono

confiado de aquella joven que hace dos mil años pronunció su “sí” al Padre, que la escogía para ser tu Madre. El Padre la eligió porque era dócil y obediente a su voluntad”. Como ella, como la pequeña María, cada uno de vosotros, queridos jóvenes amigos, diga con fe a Dios: “Heme aquí, hágase en mí según tu palabra”.

¡Qué espectáculo tan admirable de fe joven y comprometedor estamos viviendo esta tarde! Esta tarde, gracias a vosotros, Loreto se ha convertido en la capital espiritual de los jóvenes, en el centro hacia el que convergen idealmente las multitudes de jóvenes que pueblan los cinco continentes.

En este momento nos sentimos, en cierto modo, rodeados por las expectativas y las esperanzas de millones de jóvenes del mundo entero: en esta misma hora unos están en vela, otros se encuentran durmiendo y otros están estudiando o trabajando; unos esperan y otros desesperan; unos creen y otros no logran creer; unos aman la vida y otros, en cambio, la están perdiendo.

Quisiera que a todos llegaran mis palabras: el Papa está cerca de vosotros, comparte vuestras alegrías y vuestras tristezas; y comparte sobre todo las esperanzas más íntimas que lleváis en vuestro corazón. Para cada uno pide al Señor el don de una vida plena y feliz, una vida llena de sentido, una vida verdadera.

Por desgracia, hoy, con frecuencia, muchos jóvenes creen que una existencia plena y feliz es un sueño difícil -hemos escuchado muchos testimonios-, a veces casi irrealizable. Muchos coetáneos vuestros piensan en el futuro con miedo y se plantean no pocos interrogantes. Se preguntan, preocupados: ¿Cómo integrarse en una sociedad marcada por numerosas y graves injusticias y sufrimientos? ¿Cómo reaccionar ante el egoísmo y la violencia, que a menudo parecen prevalecer? ¿Cómo dar sentido pleno a la vida?

Con amor y convicción os repito a vosotros, jóvenes aquí presentes, y a través de vosotros a vuestros coetáneos del mundo entero: ¡No tengáis miedo! Cristo puede colmar las aspiraciones más íntimas de vuestro corazón. ¿Acaso existen sueños irrealizables cuando es el Espíritu de Dios quien los suscita y cultiva en el corazón? ¿Hay algo que pueda frenar nuestro entusiasmo cuando estamos unidos a Cristo? Nada ni nadie, diría el apóstol san Pablo, podrá separarnos del amor de Dios, en Cristo Jesús, Señor nuestro (cf. *Rm* 8, 35-39).

Permitidme que os repita esta tarde: cada uno de vosotros, si permanece unido a Cristo, puede realizar grandes cosas. Por eso, queridos amigos, no debéis tener miedo de soñar, con los ojos abiertos, en grandes proyectos de bien y no debéis desalentaros ante las dificultades. Cristo confía en vosotros y desea que realicéis todos vuestros

sueños más nobles y elevados de auténtica felicidad.

Nada es imposible para quien se fía de Dios y se entrega a Dios. Mirad a la joven María. El ángel le propuso algo realmente inconcebible: participar del modo más comprometedor posible en el más grandioso de los planes de Dios, la salvación de la humanidad. Como hemos escuchado en el evangelio, ante esa propuesta María se turbó, pues era consciente de la pequeñez de su ser frente a la omnipotencia de Dios, y se preguntó: ¿Cómo es posible? ¿Por qué precisamente yo? Sin embargo, dispuesta a cumplir la voluntad divina, pronunció prontamente su “sí”, que cambió su vida y la historia de la humanidad entera. Gracias a su “sí” hoy también nosotros nos encontramos reunidos esta tarde.

Me pregunto y os pregunto: lo que Dios nos pide, por más arduo que pueda parecernos, ¿podrá equipararse a lo que pidió a la joven María? Queridos muchachos y muchachas, aprendamos de María a pronunciar nuestro “sí”, porque ella sabe de verdad lo que significa responder con generosidad a lo que pide el Señor. María, queridos jóvenes, conoce vuestras aspiraciones más nobles y profundas. Conoce bien, sobre todo, vuestro gran anhelo de amor, vuestra necesidad de amar y ser amados. Mirándola a ella, siguiéndola dócilmente, descubriréis la belleza del amor, pero no de un amor que se usa y se tira, pasajero y engañoso, prisionero de una

mentalidad egoísta y materialista, sino del amor verdadero y profundo.

En lo más íntimo del corazón, todo muchacho y toda muchacha que se abre a la vida cultiva el sueño de un amor que dé pleno sentido a su futuro. Para muchos este sueño se realiza en la opción del matrimonio y en la formación de una familia, donde el amor entre un hombre y una mujer se vive como don recíproco y fiel, como entrega definitiva, sellada por el “sí” pronunciado ante Dios el día del matrimonio, un “sí” para toda la vida.

Sé bien que este sueño hoy es cada vez más difícil de realizar. ¡Cuántos fracasos del amor contempláis en vuestro entorno! ¡Cuántas parejas inclinan la cabeza, rindiéndose, y se separan! ¡Cuántas familias se desintegran! ¡Cuántos muchachos, incluso entre vosotros, han visto la separación y el divorcio de sus padres!

A quienes se encuentran en situaciones tan delicadas y complejas quisiera decirles esta tarde: la Madre de Dios, la comunidad de los creyentes, el Papa están cerca de vosotros y oran para que la crisis que afecta a las familias de nuestro tiempo no se transforme en un fracaso irreversible. Ojalá que las familias cristianas, con la ayuda de la gracia divina, se mantengan fieles al solemne compromiso de amor asumido con alegría ante el sacerdote y ante la comunidad cristiana el día solemne del matrimonio.

Frente a tantos fracasos con frecuencia se formula esta pregunta: “¿Soy yo mejor que mis amigos y que mis parientes, que lo han intentado y han fracasado? ¿Por qué yo, precisamente yo, debería triunfar donde tantos otros se rinden?”. Este temor humano puede frenar incluso a los corazones más valientes, pero en esta noche que nos espera, a los pies de su Santa Casa, María os repetirá a cada uno de vosotros, queridos jóvenes amigos, las palabras que el ángel le dirigió a ella: “¡No temáis! ¡No tengáis miedo! El Espíritu Santo está con vosotros y no os abandona jamás. Nada es imposible para quien confía en Dios”.

Eso vale para quien está llamado a la vida matrimonial, y mucho más para aquellos a quienes Dios propone una vida de total desprendimiento de los bienes de la tierra a fin de entregarse a tiempo completo a su reino. Algunos de entre vosotros habéis emprendido el camino del sacerdocio, de la vida consagrada; algunos aspiráis a ser misioneros, conscientes de cuántos y cuáles peligros implica. Pienso en los sacerdotes, en las religiosas y en los laicos misioneros que han caído en la trinchera del amor al servicio del Evangelio.

Nos podría decir muchas cosas al respecto el padre Giancarlo Bossi, por el que oramos durante el tiempo de su secuestro en Filipinas, y hoy nos alegramos de que esté aquí con nosotros. A través de él quisiera saludar y dar las gracias a todos los que consagran

su vida a Cristo en las fronteras de la evangelización. Queridos jóvenes, si el Señor os llama a vivir más íntimamente a su servicio, responded con generosidad. Tened la certeza de que la vida dedicada a Dios nunca se gasta en vano.

Queridos jóvenes, antes de concluir estas palabras, quiero abrazaros con corazón de padre. Os abrazo a cada uno, y os saludo cordialmente. Saludo a los obispos presentes, comenzando por el arzobispo Angelo Bagnasco, presidente de la Conferencia episcopal italiana, y al arzobispo Gianni Danzi, que nos acoge en su comunidad eclesial. Saludo a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los animadores que os acompañan. Saludo a las autoridades civiles y a los que se han ocupado de la organización de este encuentro.

Nos uniremos “virtualmente” más tarde y nos volveremos a ver mañana por la mañana, al terminar esta noche de vela, para el momento más importante de nuestro encuentro, cuando Jesús mismo se haga realmente presente en su Palabra y en el misterio de la Eucaristía. Sin embargo, ya desde ahora quisiera daros cita, a vosotros jóvenes, en Sydney, donde dentro de un año se celebrará la próxima Jornada mundial de la juventud. Sé que Australia está muy lejos y para los jóvenes italianos se encuentra literalmente en los antípodas del mundo...

Oremos para que el Señor, que realiza todo prodigio, conceda a muchos

de vosotros estar allí; para que me lo conceda a mí y os lo conceda a vosotros. Éste es uno de los muchos sueños que esta noche, orando juntos, encomendamos a María. Amén.

*Oración del Papa, Benedicto XVI,
a la Virgen de Loreto*

1 de septiembre de 2007

María, Madre del sí, tú escuchaste a Jesús y conoces el timbre de su voz y el latido de su corazón.

Estrella de la mañana, hálbanos de él y descríbenos tu camino para seguirlo por la senda de la fe.

María, que en Nazaret habitaste con Jesús, imprime en nuestra vida tus sentimientos, tu docilidad, tu silencio que escucha y hace florecer la Palabra en opciones de auténtica libertad.

María, hálbanos de Jesús, para que el frescor de nuestra fe brille en nuestros ojos y caliente el corazón de aquéllos con quienes nos encontremos, como tú hiciste al visitar a Isabel, que en su vejez se alegró contigo por el don de la vida.

María, Virgen del Magníficat ayúdanos a llevar la alegría al mundo y, como en Caná, impulsa a todos los jóvenes comprometidos en el servicio a los hermanos a hacer sólo lo que Jesús les diga.

María, dirige tu mirada al ágora de los jóvenes, para que sea el terreno fecundo de la Iglesia italiana.

Ora para que Jesús, muerto y resucitado, renazca en nosotros y nos transforme en una noche llena de luz, llena de él.

María, Virgen de Loreto, puerta del cielo, ayúdanos a elevar nuestra mirada a las alturas. Queremos ver a Jesús, hablar con él y anunciar a todos su amor.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
agradeciendo a los frailes Capuchinos
y a las monjas de clausura de Loreto*

Sábado 1 de septiembre de 2007

Queridos padres y queridas hermanas:

En este momento de recogimiento y oración, quiero solamente daros las gracias a todos vosotros. Ante todo, a los padres capuchinos, que ayudan para que esta Casa de la Virgen se mantenga siempre realmente viva, para que sea un lugar de oración, de conversión y de alegría en la fe.

Queridos padres, sé que pasáis mucho tiempo en el confesionario y ayudáis a numerosas personas a volver a encontrar a Jesús, a convertirse para avanzar por el camino que Jesús nos enseña, para avanzar en comunión con el “sí” de la Virgen, que nos ayuda con su ternura, con su

bondad, con su generosidad. Así pues, os doy las gracias, queridos padres capuchinos. Para mí, bávaro, los capuchinos son los padres por definición, ya desde mi juventud, porque eran padres capuchinos quienes iban en misión y sabían predicar con fuerza y también con alegría.

Queridas hermanas, también a vosotras os doy las gracias. Vosotras sois realmente la casa orante, viva, que renueva aquí el “sí” de la Virgen, el “sí” de la disponibilidad total de la vida para Jesús. Así actualizáis el “sí” de la Virgen, lo realizáis día a día, y sé que también lleváis una vida de sacrificios. No es fácil pronunciar constantemente este “sí” y ponerse a disposición del Señor cada día. Gracias a todas vosotras y gracias sobre todo porque estoy seguro de que oráis por el Papa, el cual necesita esta ayuda de la oración.

Ahora quiero impartir la bendición a todos. Una vez más, me encomiendo a vuestras oraciones.

De nuevo, gracias. El Señor os bendiga a todos.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la concelebración eucarística en la
explanada de Montorso*

Domingo 2 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas; queridos jóvenes amigos:

Después de la vigilia de esta noche, nuestro encuentro en Loreto se concluye ahora en torno al altar con la solemne celebración eucarística. Una vez más os saludo cordialmente a todos. Saludo en especial a los obispos y doy las gracias al arzobispo Angelo Bagnasco, que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos comunes. Saludo al arzobispo de Loreto, que nos ha acogido con afecto y solicitud. Saludo a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a todos los que han preparado con esmero esta importante manifestación de fe. Saludo con deferencia a las autoridades civiles y militares presentes, y de modo particular al vicepresidente del Gobierno, hon. Franceso Rutelli.

Éste es realmente un día de gracia. Las lecturas que acabamos de escuchar nos ayudan a comprender cuán maravillosa es la obra que ha realizado el Señor al reunirnos aquí, en Loreto, en tan gran número y en un clima jubiloso de oración y de fiesta. Con nuestro encuentro en el santuario de la Virgen se hacen realidad, en cierto sentido, las palabras de la carta a los Hebreos: “Os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo” (*Hb* 12, 22).

Al celebrar la Eucaristía a la sombra de la Santa Casa, también nosotros nos hemos acercado a la “reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos” (*Hb* 12, 23). Así podemos experimentar la alegría de encontrarnos ante “Dios, juez universal, y los espíritus de los justos llegados ya

a su consumación” (*Hb* 12, 23). Con María, Madre del Redentor y Madre nuestra, vamos sobre todo al encuentro del “mediador de la nueva Alianza” (*Hb* 12, 24).

El Padre celestial, que muchas veces y de muchos modos habló a los hombres (cf. *Hb* 1, 1), ofreciendo su alianza y encontrando a menudo resistencias y rechazos, en la plenitud de los tiempos quiso establecer con los hombres un pacto nuevo, definitivo e irrevocable, sellándolo con la sangre de su Hijo unigénito, muerto y resucitado para la salvación de la humanidad entera.

Jesucristo, Dios hecho hombre, asumió en María nuestra misma carne, tomó parte en nuestra vida y quiso compartir nuestra historia. Para realizar su alianza, Dios buscó un corazón joven y lo encontró en María, “una joven”.

También hoy Dios busca corazones jóvenes, busca jóvenes de corazón grande, capaces de hacerle espacio a él en su vida para ser protagonistas de la nueva Alianza. Para acoger una propuesta fascinante como la que nos hace Jesús, para establecer una alianza con él, hace falta ser jóvenes interiormente, capaces de dejarse interpelar por su novedad, para emprender con él caminos nuevos.

Jesús tiene predilección por los jóvenes, como lo pone de manifiesto el diálogo con el joven rico (cf. *Mt* 19, 16-22; *Mc* 10, 17-22); respeta su liber-

tad, pero nunca se cansa de proponerles metas más altas para su vida: la novedad del Evangelio y la belleza de una conducta santa. Siguiendo el ejemplo de su Señor, la Iglesia tiene esa misma actitud. Por eso, queridos jóvenes, os mira con inmenso afecto; está cerca de vosotros en los momentos de alegría y de fiesta, al igual que en los de prueba y desvarío; os sostiene con los dones de la gracia sacramental y os acompaña en el discernimiento de vuestra vocación.

Queridos jóvenes, deaos implicar en la vida nueva que brota del encuentro con Cristo y podréis ser apóstoles de su paz en vuestras familias, entre vuestros amigos, en el seno de vuestras comunidades eclesiales y en los diversos ambientes en los que vivís y actuáis.

Pero, ¿qué es lo que hace realmente “jóvenes” en sentido evangélico? Este encuentro, que tiene lugar a la sombra de un santuario mariano, nos invita a contemplar a la Virgen. Por eso, nos preguntamos: ¿Cómo vivió María su juventud? ¿Por qué en ella se hizo posible lo imposible? Nos lo revela ella misma en el cántico del *Magnificat*: Dios “ha puesto los ojos en la humildad de su esclava” (*Lc* 1, 48).

Dios aprecia en María la humildad, más que cualquier otra cosa. Y precisamente de la humildad nos hablan las otras dos lecturas de la liturgia de hoy. ¿No es una feliz coincidencia que se nos dirija este mensaje precisamente aquí, en Loreto? Aquí, nuestro pen-

samiento va naturalmente a la Santa Casa de Nazaret, que es el santuario de la humildad: la humildad de Dios, que se hizo carne, se hizo pequeño; y la humildad de María, que lo acogió en su seno. La humildad del Creador y la humildad de la criatura.

De ese encuentro de humildades nació Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre. “Cuanto más grande seas, tanto más debes humillarte, y ante el Señor hallarás gracia, pues grande es el poderío del Señor, y por los humildes es glorificado”, nos dice el pasaje del Sirácida (*Si 3, 18-20*); y Jesús, en el evangelio, después de la parábola de los invitados a las bodas, concluye: “Todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado” (*Lc 14, 11*).

Esta perspectiva que nos indican las Escrituras choca fuertemente hoy con la cultura y la sensibilidad del hombre contemporáneo. Al humilde se le considera un abandonista, un derrotado, uno que no tiene nada que decir al mundo. Y, en cambio, éste es el camino real, y no sólo porque la humildad es una gran virtud humana, sino, en primer lugar, porque constituye el modo de actuar de Dios mismo. Es el camino que eligió Cristo, el mediador de la nueva Alianza, el cual, “actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz” (*Flp 2, 8*).

Queridos jóvenes, me parece que en estas palabras de Dios sobre la hu-

mildad se encierra un mensaje importante y muy actual para vosotros, que queréis seguir a Cristo y formar parte de su Iglesia. El mensaje es este: no sigáis el camino del orgullo, sino el de la humildad. Id contra corriente: no escuchéis las voces interesadas y persuasivas que hoy, desde muchas partes, proponen modelos de vida marcados por la arrogancia y la violencia, por la prepotencia y el éxito a toda costa, por el aparecer y el tener, en detrimento del ser.

Vosotros sois los destinatarios de numerosos mensajes, que os llegan sobre todo a través de los medios de comunicación social. Estad vigilantes. Sed críticos. No vayáis tras la ola producida por esa poderosa acción de persuasión. No tengáis miedo, queridos amigos, de preferir los caminos “alternativos” indicados por el amor verdadero: un estilo de vida sobrio y solidario; relaciones afectivas sinceras y puras; un empeño honrado en el estudio y en el trabajo; un interés profundo por el bien común.

No tengáis miedo de ser considerados diferentes y de ser criticados por lo que puede parecer perdedor o pasado de moda: vuestros coetáneos, y también los adultos, especialmente los que parecen más alejados de la mentalidad y de los valores del Evangelio, tienen profunda necesidad de ver a alguien que se atreva a vivir de acuerdo con la plenitud de humanidad manifestada por Jesucristo.

Así pues, queridos jóvenes, el camino de la humildad no es un camino de renuncia, sino de valentía. No es resultado de una derrota, sino de una victoria del amor sobre el egoísmo y de la gracia sobre el pecado. Siguiendo a Cristo e imitando a María, debemos tener la valentía de la humildad; debemos encomendarnos humildemente al Señor, porque sólo así podremos llegar a ser instrumentos dóciles en sus manos, y le permitiremos hacer en nosotros grandes cosas.

En María y en los santos, el Señor obró grandes prodigios. Pienso, por ejemplo, en san Francisco de Asís y santa Catalina de Siena, patronos de Italia. Pienso también en jóvenes espléndidos, como santa Gema Galgani, san Gabriel de la Dolorosa, san Luis Gonzaga, santo Domingo Savio, santa María Goretti, que nació cerca de aquí, y los beatos Piergiorgio Frassati y Alberto Marvelli. Y pienso también en numerosos muchachos y muchachas que pertenecen a la legión de santos “anónimos”, pero que no son anónimos para Dios. Para él cada persona es única, con su nombre y su rostro. Como sabéis bien, todos estamos llamados a ser santos.

Como veis, queridos jóvenes, la humildad que el Señor nos ha enseñado y que los santos han testimoniado, cada uno según la originalidad de su vocación, no es ni mucho menos un modo de vivir abandonista. Contemplemos sobre todo a María: en su escuela, también nosotros podemos experimentar, como ella,

el “sí” de Dios a la humanidad del que brotan todos los “sí” de nuestra vida.

En verdad, son numerosos y grandes los desafíos que debéis afrontar. Pero el primero sigue siendo siempre seguir a Cristo a fondo, sin reservas ni componendas. Y seguir a Cristo significa sentirse parte viva de su cuerpo, que es la Iglesia. No podemos llamarnos discípulos de Jesús si no amamos y no seguimos a su Iglesia. La Iglesia es nuestra familia, en la que el amor al Señor y a los hermanos, sobre todo en la participación en la Eucaristía, nos hace experimentar la alegría de poder gustar ya desde ahora la vida futura, que estará totalmente iluminada por el Amor.

Nuestro compromiso diario debe consistir en vivir aquí abajo como si estuviéramos allá arriba. Por tanto, sentirse Iglesia es para todos una vocación a la santidad; es compromiso diario de construir la comunión y la unidad venciendo toda resistencia y superando toda incompreensión. En la Iglesia aprendemos a amar educándonos en la acogida gratuita del prójimo, en la atención solícita a quienes atraviesan dificultades, a los pobres y a los últimos.

La motivación fundamental de todos los creyentes en Cristo no es el éxito, sino el bien, un bien que es tanto más auténtico cuanto más se comparte, y que no consiste principalmente en el tener o en el poder, sino en el ser. Así se edifica la ciudad de Dios con los hombres, una ciudad que crece desde la tie-

rra y a la vez desciende del cielo, porque se desarrolla con el encuentro y la colaboración entre los hombres y Dios (cf. *Ap* 21, 2-3).

Seguir a Cristo, queridos jóvenes, implica además un esfuerzo constante por contribuir a la edificación de una sociedad más justa y solidaria, donde todos puedan gozar de los bienes de la tierra. Sé que muchos de vosotros os dedicáis con generosidad a testimoniar vuestra fe en varios ámbitos sociales, colaborando en el voluntariado, trabajando por la promoción del bien común, de la paz y de la justicia en cada comunidad. Uno de los campos en los que parece urgente actuar es, sin duda, el de la conservación de la creación.

A las nuevas generaciones está encomendado el futuro del planeta, en el que son evidentes los signos de un desarrollo que no siempre ha sabido tutelar los delicados equilibrios de la naturaleza. Antes de que sea demasiado tarde, es preciso tomar medidas valientes, que puedan restablecer una fuerte alianza entre el hombre y la tierra. Es necesario un "sí" decisivo a la tutela de la creación y un compromiso fuerte para invertir las tendencias que pueden llevar a situaciones de degradación irreversible.

Por eso, he apreciado la iniciativa de la Iglesia italiana de promover la sensibilidad frente a los problemas de la conservación de la creación estableciendo una Jornada nacional, que se celebra precisamente el 1 de septiem-

bre. Este año la atención se centra sobre todo en el *agua*, un bien preciosísimo que, si no se comparte de modo equitativo y pacífico, se convertirá por desgracia en motivo de duras tensiones y ásperos conflictos.

Queridos jóvenes amigos, después de escuchar vuestras reflexiones de ayer por la tarde y de esta noche, dejándome guiar por la palabra de Dios, he querido comunicaros ahora estas consideraciones, que pretenden ser un estímulo paterno a seguir a Cristo para ser testigos de su esperanza y de su amor. Por mi parte, seguiré acompañándoos con mi oración y con mi afecto, para que prosigáis con entusiasmo el camino del *Ágora*, este singular itinerario trienal de escucha, diálogo y misión. Al concluir hoy el primer año con este estupendo encuentro, no puedo por menos de invitaros a mirar ya a la gran cita de la Jornada mundial de la juventud, que se celebrará en julio del año próximo en Sydney.

Os invito a prepararos para esa gran manifestación de fe juvenil meditando en mi Mensaje, que profundiza el tema del Espíritu Santo, para vivir juntos una nueva primavera del Espíritu. Os espero, por tanto, en gran número también en Australia, al concluir vuestro segundo año del *Ágora*.

Por último, volvamos una vez más nuestra mirada a María, modelo de humildad y de valentía. Ayúdanos, Virgen de Nazaret, a ser dóciles a la obra del Espíritu Santo, como lo fuiste

tú. Ayúdanos a ser cada vez más santos, discípulos enamorados de tu Hijo Jesús. Sostén y acompaña a estos jóvenes, para que sean misioneros alegres e incansables del Evangelio entre sus coetáneos, en todos los lugares de Italia. Amén

*Rezo del Ángelus
en la explanada de Montorso*

Domingo 2 de septiembre de 2007

Al final de esta solemne celebración eucarística, recemos, queridos jóvenes, la oración del Ángelus, en comunión espiritual con todos los que están unidos a nosotros a través de la radio y la televisión. Loreto, después de Nazaret, es el lugar ideal para orar meditando en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Por eso, en este momento, invito a todos a acudir juntos, con la mente y con el corazón, al santuario de la Santa Casa, entre aquellas paredes que según la tradición proceden de Nazaret, el lugar en el que la Virgen dijo “sí” a Dios y concibió en su seno al Verbo eterno encarnado.

Por tanto, antes de que se disuelva nuestra asamblea, dejemos por un momento el “ágora”, la plaza, y entremos idealmente en la Santa Casa. Existe una relación recíproca entre la plaza y la casa. La plaza es grande, está abierta, es el lugar del encuentro con los demás, del diálogo, de la confrontación; la casa, en cambio, es el lugar

del recogimiento y del silencio interior, donde se puede acoger en profundidad la Palabra. Para llevar a Dios a la plaza hay que interiorizarlo antes en la casa, como María en la Anunciación. Y viceversa, la casa está abierta a la plaza: lo sugiere también el hecho de que la Santa Casa de Loreto tiene tres paredes y no cuatro: es una casa abierta, abierta al mundo, a la vida, y también a esta “Ágora” de los jóvenes italianos.

Queridos amigos, para Italia es un gran privilegio acoger, en este estupendo rincón de Las Marcas, el santuario de la Santa Casa. Sentíos, con razón, orgullosos de él, y aprovechadlo. En los momentos más importantes de vuestra vida acudid a él, al menos con el corazón, para vivir momentos de recogimiento espiritual entre las paredes de la Santa Casa. Pedid a la Virgen María que os obtenga la luz y la fuerza del Espíritu Santo para responder de forma plena y generosa a la voz de Dios. Entonces llegaréis a ser sus auténticos testigos en la “plaza”, en la sociedad, heraldos de un Evangelio no abstracto, sino encarnado en vuestra vida.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los fieles de Loreto presentes en la
plaza situada delante del santuario*

Domingo, 2 de septiembre de 2007

*Querido hermano, pastor de esta
Iglesia que está en Loreto; señor alcalde*

de esta singular ciudad mariana; queridos fieles:

Gracias por este encuentro, con el que se concluye mi estancia aquí, en Loreto, donde he podido reunirme con numerosísimos jóvenes y vivir juntamente con ellos experiencias de fuerte espiritualidad eucarística y mariana.

Con todo, no podía faltar un momento, aunque sea breve, dedicado expresamente a la comunidad de Loreto. Las amables palabras de vuestro pastor y las de vuestro primer ciudadano han manifestado los sentimientos de estima y afecto que albergáis hacia la persona del Papa. Os doy las gracias de corazón y os saludo a cada uno con gran cordialidad. Gracias por vuestra acogida.

Como ha dicho vuestro alcalde, citando palabras de mi amado predecesor, Juan Pablo II, Loreto es también la casa del Papa, y puedo asegurar que aquí, en estas horas, me he sentido realmente en mi casa. Gracias por lo que habéis hecho con el fin de que fuera fructuosa no sólo mi permanencia y la de mis colaboradores, sino también la de los jóvenes del “Ágora”.

En verdad, vosotros, los habitantes de Loreto, ya estáis acostumbrados a estas imponentes reuniones juveniles con el Papa. A este respecto, nos acaban de recordar la de los jóvenes europeos con Juan Pablo II en 1995, llamada “*Eurhope*”. Estoy seguro de que estos

acontecimientos religiosos, así como el flujo diario de peregrinos procedentes de todas las partes de Italia y de otras partes del mundo, más allá de las inevitables molestias que implican necesariamente, constituyen para vosotros una valiosa oportunidad que conviene valorar cada vez más. Son una invitación constante a crecer en la fe y en la devoción a la Virgen.

No olvidéis nunca el gran privilegio que tenéis de vivir a la sombra de la Santa Casa. Aprovechadlo para mantener con María, nuestra Madre celestial, un diálogo filial lleno de confianza y amor. Además, con vuestra acogida a los visitantes y a los devotos un testimonio diario del amor maternal que en este lugar María quiere dispensar a todos sus hijos. La Santa Casa ha de ser, en verdad, el centro y el corazón de vuestra ciudad.

Al despedirme de vosotros, queridos amigos, os pido que transmitáis a vuestras familias mi saludo y la seguridad de que seguiré teniendo presente a Loreto en mi oración. Recordaré a cada uno de sus habitantes y, en particular, a los que sufren y atraviesan dificultades materiales y espirituales. De modo especial recordaré a los enfermos del Hospital, a los que no me ha sido posible visitar, y a los que envío mi afectuoso saludo. Para todos y cada uno invoco una vez más la asistencia maternal de María y, renovándoos la manifestación de mi gratitud, os bendigo a todos con afecto.

VIAJES APOSTÓLICOS - VIAJE A AUSTRIA

Viaje del Papa, Benedicto XVI, a Austria con ocasión del 850 aniversario de la fundación del Santuario de Mariazell.

7-9 de septiembre de 2007.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, en su conversación con los periodistas durante el vuelo

Viernes 7 de septiembre de 2007

P. - Santo Padre, en este viaje vuelve usted a un país que conoce desde su infancia. ¿Qué importancia concede a este regreso a Austria?

R. - Mi viaje quiere ser sobre todo una peregrinación. Quiero insertarme en la larga fila de los peregrinos a lo largo de los siglos -son 850 años- y así, como peregrino con los peregrinos, orar con los que oran. Me parece importante este signo de la unidad que crea la fe: unidad entre los pueblos, porque es una peregrinación de muchos pueblos, y unidad entre los tiempos; por tanto, es un signo de la fuerza unificadora, de la fuerza de reconciliación que entraña la fe. En este sentido, quiere ser un signo de la universalidad de la comunidad de fe de la Iglesia y también un signo de humildad y, sobre todo, de la confianza que tenemos en Dios, de la prioridad de Dios; Dios existe, necesitamos la ayuda de Dios. Y, naturalmente, también es expresión de amor a la Virgen. Así pues, solamente quiero confirmar estos elementos esenciales de la fe en este momento de la historia.

P. - La Iglesia austriaca en los años 90 atravesó un período difícil e inquieto, con tensiones pastorales y contestaciones. Santo Padre, ¿cree usted que estas dificultades ya se han superado? ¿Piensa ayudar con esta visita a sanar las heridas y a promover la unidad en la Iglesia, también entre los que se sienten al margen de la Iglesia?

R. - Ante todo quisiera dar las gracias a todos los que han sufrido en estos últimos años. Sé que la Iglesia en Austria ha vivido tiempos difíciles; por eso, expreso mi agradecimiento a todos -laicos, religiosos y sacerdotes- los que en medio de esas dificultades han permanecido fieles a la Iglesia, dando testimonio de Jesús, y han sabido reconocer el rostro de Cristo en una Iglesia de pecadores. No creo que hayan quedado totalmente superadas esas dificultades. La vida en este siglo -aunque esto vale en cierto sentido para todos los siglos- sigue siendo difícil. También la fe se vive siempre en contextos difíciles. Pero espero ayudar un poco a la curación de esas heridas, y veo que hay una nueva alegría de la fe, hay un nuevo impulso en la Iglesia. En la medida de mis posibilidades quiero confirmar esta disponibilidad a seguir adelante con el Señor, a confiar en que el Señor

permanece presente en su Iglesia y que así, precisamente viviendo la fe en la Iglesia, podemos llegar también nosotros a la meta de nuestra vida y contribuir a un mundo mejor.

P. - Austria es un país de tradición profundamente católica y, a pesar de ello, también muestra signos de secularización. Santo Padre, ¿con qué mensaje de estímulo espiritual se va a dirigir a la sociedad austriaca?

R. - Yo sólo quiero confirmar a la gente en la fe, pues precisamente también hoy necesitamos a Dios, necesitamos una orientación que dé una dirección a nuestra vida. Una vida sin orientación, sin Dios, no tiene sentido; queda vacía. El relativismo lo relativiza todo y, al final, ya no se puede distinguir el bien del mal. Por tanto, sólo quiero confirmar en esta convicción, que resulta cada vez más evidente, de nuestra necesidad de Dios, de Cristo, y de la gran comunión de la Iglesia, que une a los pueblos y los reconcilia.

P. - Viena es sede de muchas organizaciones internacionales, entre las que se halla la Agencia internacional de la energía atómica, y es lugar tradicional de encuentro entre Oriente y Occidente. Santo Padre, ¿piensa enviar mensajes también sobre la política internacional, sobre la paz o sobre las relaciones con la ortodoxia y con el islam, para superar divergencias y polémicas?

R. - Mi viaje no es político; como he dicho, es una peregrinación. Son sólo dos días. Al principio, sólo estaba prevista la peregrinación a Mariazell; ahora, justamente, tenemos más tiempo para estar también en Viena, para estar con diversos componentes de la sociedad austriaca. En este tiempo tan breve no están previstos inmediatamente encuentros con otras confesiones o religiones: sólo un momento ante el monumento de la Shoah, para mostrar nuestra tristeza, nuestro arrepentimiento y también nuestra amistad con nuestros hermanos judíos, para seguir adelante en esta gran unión que Dios ha creado con su pueblo. Así pues, inmediatamente no están previstos esos mensajes. Sólo al inicio, en el encuentro con el mundo político, quiero hablar un poco de esta realidad que es Europa, de las raíces cristianas de Europa, del camino que conviene tomar. Pero es obvio que hacemos todo siempre basándonos en el diálogo tanto con los demás cristianos como con los musulmanes y con las demás religiones. El diálogo está siempre presente: es una dimensión de nuestra actividad, aunque en esta circunstancia no se hará tan explícito a causa del carácter específico de esta peregrinación.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de bienvenida*

*Aeropuerto internacional de Viena/
Schwechat. Viernes 7 de septiembre de 2007*

Señor presidente federal; señor canciller federal; venerado señor cardenal; queridos hermanos en el episcopado; ilustres señoras y señores; queridos jóvenes amigos:

Con gran alegría vengo por primera vez desde el inicio de mi pontificado a Austria, país que me es familiar por la cercanía geográfica al lugar de mi nacimiento, y no sólo por eso. Le agradezco, señor presidente federal, las cordiales palabras con las que me ha dado la bienvenida en nombre de todo el pueblo austriaco. Usted sabe que me siento muy vinculado a su patria y a muchas personas y lugares de su país. Este espacio cultural en el centro de Europa supera fronteras y aún impulsos y fuerzas de varias partes del continente. La cultura de este país está profundamente impregnada del mensaje de Jesucristo y de la actividad que la Iglesia ha llevado a cabo en su nombre. Todo ello y muchas otras cosas me dan la viva impresión de sentirme entre vosotros, queridos austriacos, como si estuviera “en mi casa”.

El motivo de mi venida a Austria es el 850° aniversario del lugar sagrado de Mariazell. Este santuario de la Virgen constituye, en cierto modo, el corazón materno de Austria y reviste desde siempre una importancia particular también para los húngaros y para los pueblos eslavos. Es símbolo de una apertura que no sólo supera fronteras geográficas y nacionales, sino que, además, en la persona de María, remite a

una dimensión esencial del hombre: la capacidad de abrirse a la palabra de Dios y a su verdad.

Con esta perspectiva, durante los próximos tres días, deseo realizar aquí en Austria mi peregrinación a Mariazell. En los últimos años se constata con alegría que numerosas personas tienen un interés cada vez mayor por la peregrinación. Al estar en camino durante una peregrinación, también los jóvenes hallan una nueva oportunidad de reflexión meditativa; se conocen unos a otros y juntos se encuentran ante la creación, pero también ante la historia de la fe, que con frecuencia experimentan inesperadamente como una fuerza para el presente. Considero mi peregrinación a Mariazell como un ponerme en camino juntamente con los peregrinos de nuestro tiempo. En este sentido, dentro de poco, en el centro de Viena, iniciaré la oración común que, como una peregrinación espiritual, acompañará estas jornadas en todo el país.

Mariazell no sólo tiene una historia de 850 años, sino que, además, basándose en la experiencia de la historia -y sobre todo teniendo en cuenta que la estatua milagrosa remite maternalmente a Cristo-, indica el camino hacia el futuro. Desde esta perspectiva, juntamente con las autoridades políticas de este país y con los representantes de las organizaciones internacionales, quisiera hoy echar una mirada a nuestro presente y a nuestro futuro.

Mañana es la fiesta de la Natividad de María, la fiesta patronal de Mariazell, un lugar de gracia. En la celebración eucarística ante la basílica nos reuniremos, según la indicación de María, en torno a Cristo que viene a estar con nosotros. A él le pediremos que nos ayude a contemplarlo cada vez más claramente, a reconocerlo en nuestros hermanos, a servirlo en ellos y a ir juntamente con él hacia el Padre. Como peregrinos al santuario, en la oración y a través de los medios de comunicación social, estaremos unidos a todos los fieles y a los hombres de buena voluntad aquí, en el país, y mucho más allá de sus fronteras.

Peregrinación no sólo significa camino hacia un santuario. También es esencial el camino de vuelta hacia la vida ordinaria. Nuestra vida diaria de cada semana comienza el domingo, don liberatorio de Dios que queremos acoger y conservar. Así, celebraremos este domingo en la catedral de San Esteban en comunión con todos los que en las parroquias de Austria y en el mundo entero se congregarán para la santa misa.

Señoras y señores, sé que muchas personas en Austria usan, en parte, el domingo, por ser un día en que no se trabaja, y también los tiempos libres en otros días de la semana, para un compromiso voluntario al servicio de los demás. Este compromiso, realizado con generosidad y desinterés por el bien y la salvación de los demás, marca

también la peregrinación de nuestra vida. Quien “contempla” al prójimo -lo ve y le ayuda- contempla a Cristo y lo sirve. Guiados y animados por María, queremos agudizar nuestra mirada cristiana para descubrir los desafíos que hemos de afrontar con el espíritu del Evangelio y, llenos de gratitud y de esperanza, desde un pasado a veces difícil, pero también siempre colmado de gracia, nos encaminamos hacia un futuro rico en promesas.

Señor presidente federal, queridos amigos, me alegro de estas jornadas en Austria y al inicio de mi peregrinación lo saludo a usted y a todos vosotros con un cordial “Grüß Gott!”.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro de oración ante la
“Columna de María”*

*Plaza “Am Hof”, Viena. Viernes 7 de
septiembre de 2007*

*Venerado y querido señor cardenal;
ilustre señor alcalde; queridos hermanos
y hermanas:*

Como primera etapa de mi peregrinación hacia Mariazell he elegido la *Mariensäule* (“Columna de María”) para reflexionar un momento con vosotros sobre el significado de la Madre de Dios para la Austria del pasado y del presente, así como sobre su significado para cada uno de nosotros.

Saludo cordialmente a todos los que os habéis reunido aquí para la oración ante la “Columna de María”. Le agradezco, querido señor cardenal, las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido al inicio de la celebración. Saludo al señor alcalde de la capital y a todas las autoridades presentes.

Dirijo un saludo particular a los jóvenes y a los representantes de las comunidades de lenguas extranjeras de la archidiócesis de Viena, que después de esta liturgia de la Palabra se congregarán en la iglesia, donde permanecerán hasta mañana en adoración ante el Santísimo. Me han dicho que están aquí ya desde hace tres horas. Los admiro y les digo: “Vergelt’s Gott!”. Con esta adoración realizáis, de modo muy concreto, lo que en estos días queremos hacer todos: contemplar a Cristo juntamente con María.

Ya desde los primeros tiempos, a la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, está unida una veneración particular a su Madre, la Mujer en cuyo seno asumió la naturaleza humana, compartiendo incluso el latido de su corazón, la Mujer que lo acompañó con delicadeza y respeto durante su vida, hasta su muerte en cruz, y a cuyo amor materno él, al final, encomendó al discípulo predilecto y con él a toda la humanidad.

Con su sentimiento materno, María acoge también hoy bajo su protección a personas de todas las lenguas y cul-

turas, para llevarlas a Cristo juntas, en una multiforme unidad. A ella podemos recurrir en nuestras preocupaciones y necesidades. Pero también debemos aprender de ella a acogernos mutuamente con el mismo amor con que ella nos acoge a todos: a cada uno en su singularidad, querido como tal y amado por Dios. En la familia universal de Dios, en la que cada persona tiene reservado un puesto, cada uno debe desarrollar sus dones para el bien de todos.

La “Columna de María”, erigida por el emperador Fernando III en acción de gracias por la liberación de Viena de un gran peligro y por él inaugurada hace exactamente 360 años, debe ser también para nosotros hoy un signo de esperanza. ¡Cuántas personas, desde entonces, se han detenido ante esta columna y, orando, han elevado los ojos hacia María! ¡Cuántos han experimentado en las dificultades personales la fuerza de su intercesión! Pero nuestra esperanza cristiana va mucho más allá de la realización de nuestros deseos pequeños y grandes. Nosotros elevamos los ojos hacia María, que nos muestra a qué esperanza estamos llamados (cf. *Ef* 1, 18), pues ella personifica lo que el hombre es de verdad.

Como hemos escuchado en la lectura bíblica, ya antes de la creación del mundo Dios nos había elegido en Cristo. Él nos conoce y ama a cada uno desde la eternidad. Y ¿para qué nos ha elegido? Para ser santos e inmaculados

en su presencia, en el amor. Y eso no es una tarea imposible de cumplir, ya que Dios nos ha concedido, en Cristo, su realización. Hemos sido redimidos. En virtud de nuestra comunión con Cristo resucitado, Dios nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales.

Abramos nuestro corazón; acojamos esa herencia tan valiosa. Entonces podremos entonar, juntamente con María, el himno de alabanza de su gracia. Y si seguimos poniendo nuestras preocupaciones diarias ante la Madre inmaculada de Cristo, ella nos ayudará a abrir siempre nuestras pequeñas esperanzas hacia la esperanza grande y verdadera, que da sentido a nuestra vida y puede colmarnos de una alegría profunda e indestructible.

En este sentido, quisiera ahora, juntamente con vosotros, elevar los ojos hacia la Inmaculada, para encomendarle a ella las oraciones que acabáis de rezar y pedirle su protección maternal para este país y para sus habitantes:

“Santa María, Madre inmaculada de nuestro Señor Jesucristo, en ti Dios nos ha dado el prototipo de la Iglesia y el modo mejor de realizar nuestra humanidad. A ti te encomiendo a Austria y a sus habitantes: ayúdanos a todos a seguir tu ejemplo y a orientar totalmente nuestra vida hacia Dios. Haz que, contemplando a Cristo, lleguemos a ser cada vez más semejantes a él, verdaderos hijos de Dios. Entonces

también nosotros, llenos de toda clase de bendiciones espirituales, podremos corresponder cada vez mejor a su voluntad y ser así instrumentos de paz para Austria, para Europa y para el mundo. Amén”.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con las Autoridades y el Cuerpo Diplomático

Sala de las Recepciones de la residencia de Hofburg, Viena. Viernes, 7 de septiembre de 2007

Estimado señor presidente federal; estimado señor canciller federal; ilustres miembros del Gobierno federal; honorables diputados del Parlamento nacional y miembros del Senado federal; ilustres presidentes regionales; estimados representantes del Cuerpo diplomático; ilustres señoras y señores:

Introducción

Es para mí una gran alegría y un honor encontrarme hoy con usted, señor presidente federal, y con los miembros del Gobierno federal, así como con los representantes de la vida política y pública de la República de Austria. Este encuentro en la residencia de Hofburg refleja las buenas relaciones, marcadas por la confianza recíproca, que existen entre su país y la Santa Sede, de las que ha hablado usted, señor presidente. Por eso me alegro vivamente.

Las relaciones entre la Santa Sede y Austria forman parte de la vasta red de relaciones diplomáticas, en las que Viena constituye una importante encrucijada, pues aquí tienen su sede también numerosas organizaciones internacionales. Me complace la presencia de tantos representantes diplomáticos, a quienes saludo cordialmente. Os agradezco, señoras y señores embajadores, vuestro compromiso no sólo al servicio de los países que representáis y de sus intereses, sino también al servicio de la causa común de la paz y el entendimiento entre los pueblos.

Austria

Esta es mi primera visita como Obispo de Roma y Pastor supremo de la Iglesia católica universal a este país, que, sin embargo, ya conozco desde hace mucho tiempo por mis numerosas visitas anteriores. Para mí -permítidme decirlo- es realmente una gran alegría estar aquí. Tengo aquí muchos amigos y, como vecino bávaro, el estilo de vida de Austria y sus tradiciones me son familiares. Mi gran predecesor, de venerada memoria, el Papa Juan Pablo II visitó Austria tres veces. Cada vez fue recibido muy cordialmente por los habitantes de este país, sus palabras fueron escuchadas con atención y sus viajes apostólicos han dejado huellas imborrables.

En los últimos años y décadas, Austria ha logrado grandes éxitos, que incluso hace dos generaciones nadie

hubiera soñado. Vuestro país no sólo ha experimentado un notable progreso económico, sino que también ha desarrollado una convivencia social ejemplar, que se puede resumir con la expresión “solidaridad social”. Los austriacos, con razón, se sienten agradecidos por ello, y no sólo lo manifiestan abriendo su corazón a los pobres y necesitados de su país, sino también siendo generosos al mostrar solidaridad con ocasión de catástrofes y desastres en el mundo. Las grandes iniciativas de *Licht ins Dunkel* (“Luz en la oscuridad”) antes de Navidad, y *Nachbar in Not* (“Vecino necesitado”) constituyen un elocuente testimonio de esos sentimientos.

Austria y la ampliación de la Unión europea

Nos encontramos en un lugar histórico, que durante siglos fue sede del gobierno de un Imperio que abarcaba vastas áreas de Europa central y oriental. Este lugar y este momento nos brindan una ocasión providencial para dirigir nuestra mirada a toda la Europa actual. Tras los horrores de la guerra y las traumáticas experiencias del totalitarismo y la dictadura, Europa emprendió el camino hacia una unidad del continente capaz de asegurar un orden duradero de paz y justo desarrollo. La dolorosa división que partió el continente durante décadas ha sido superada políticamente, pero la unidad está aún, en gran parte, por realizar en la mente y en el corazón de las personas. Aunque

después de la caída del telón de acero, en 1989, algunas esperanzas excesivas quedaron defraudadas, y en algunos aspectos se pueden formular críticas justificadas contra algunas instituciones europeas, el proceso de unificación se puede considerar un logro de gran alcance, que ha traído un período de paz, desde hacía mucho tiempo desconocido, a este continente, antes desgarrado por continuos conflictos y fatales guerras fratricidas.

Para los países de Europa central y oriental, en particular, la participación en ese proceso es un incentivo ulterior para consolidar dentro de sus fronteras la libertad, el estado de derecho y la democracia. A este respecto, quiero recordar la contribución que dio mi predecesor el Papa, Juan Pablo II, a este proceso histórico. También Austria, como país puente, al encontrarse en el confín entre Occidente y Oriente, ha contribuido en gran medida a esta unión y además -no debemos olvidarlo- se ha beneficiado mucho de ella.

Europa

La “casa europea”, como solemos llamar a la comunidad de este continente, sólo será para todos un buen lugar para vivir si se construye sobre un sólido fundamento cultural y moral de valores comunes tomados de nuestra historia y de nuestras tradiciones. Europa no puede y no debe renegar de sus raíces cristianas, que representan un componente dinámico de nuestra

civilización mientras avanzamos por el tercer milenio. El cristianismo ha modelado profundamente este continente, como lo atestiguan en todos los países, particularmente en Austria, no sólo las numerosas iglesias y los importantes monasterios. La fe se manifiesta sobre todo en las innumerables personas a las que, a lo largo de la historia hasta hoy, ha impulsado a una vida de esperanza, amor y misericordia. Mariazell, el gran santuario nacional de Austria, es también un lugar de encuentro para varios pueblos de Europa. Es uno de los lugares en donde los hombres han encontrado, y siguen encontrando, la “fuerza de lo alto” para una vida recta.

En estos días, el testimonio de la fe cristiana en el centro de Europa se manifiesta también en la “III Asamblea ecuménica europea” que se está celebrando en Sibiu-Hermannstadt (Rumania), cuyo lema es: “La luz de Cristo ilumina a todos los hombres. Esperanza de renovación y unidad en Europa”. Viene espontáneamente a la memoria el recuerdo del *Katholikentag* centro-europeo, que en el año 2004, con el tema: “Cristo, esperanza de Europa”, congregó a numerosos creyentes en Mariazell.

Hoy se habla a menudo del modelo de vida europeo. Con esa expresión se alude a un orden social que combina eficacia económica con justicia social, pluralismo político con tolerancia, liberalidad con apertura; pero también significa conservación de valores que

otorgan a este continente su característica peculiar. Este modelo, con los condicionamientos de la economía moderna, afronta un gran desafío. La -a menudo citada- globalización no se puede detener, pero la política tiene la tarea urgente y la gran responsabilidad de regularla y limitarla para evitar que se realice a expensas de los países más pobres y, en los países ricos, de las personas pobres, y que vaya en detrimento de las futuras generaciones.

Ciertamente, como sabemos, Europa también ha vivido y sufrido terribles caminos equivocados. Entre ellos: restricciones ideológicas de la filosofía, de la ciencia y también de la fe; el abuso de la religión y la razón con fines imperialistas; la degradación del hombre mediante un materialismo teórico y práctico; y, por último, la degeneración de la tolerancia en una indiferencia sin referencias a valores permanentes. Pero Europa también se ha caracterizado por una capacidad de autocrítica que la distingue y cualifica en el vasto panorama de las culturas del mundo.

La vida

Fue en Europa donde se formuló por primera vez la noción de derechos humanos. El derecho humano fundamental, el presupuesto de todos los demás derechos, es el derecho a la vida misma. Esto vale para la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte natural. En consecuencia, el aborto no puede ser un derecho huma-

no; es exactamente lo opuesto. Es una "profunda herida social", como destacaba continuamente nuestro difunto hermano, el cardenal Franz König.

Al afirmar esto, no expreso solamente una preocupación de la Iglesia. Más bien, quiero actuar como abogado de una petición profundamente humana y portavoz de los niños por nacer, que no tienen voz. No cierro los ojos ante los problemas y los conflictos que experimentan muchas mujeres, y soy consciente de que la credibilidad de mis palabras depende también de lo que la Iglesia misma hace para ayudar a las mujeres que atraviesan dificultades.

En este contexto, hago un llamamiento a los líderes políticos para que no permitan que los hijos sean considerados una especie de enfermedad, y para que en vuestro ordenamiento jurídico no sea abolida, en la práctica, la calificación de injusticia atribuida al aborto. Lo digo impulsado por la preocupación por los valores humanos. Pero éste es sólo un aspecto de lo que nos preocupa. El otro es la necesidad de hacer todo lo posible para que los países europeos estén nuevamente dispuestos a acoger a los niños. Impulsad a los jóvenes a fundar nuevas familias en el matrimonio y a convertirse en madres y padres. De este modo, no sólo les haréis un bien a ellos mismos, sino también a toda la sociedad. También apoyo decididamente vuestros esfuerzos políticos por fomentar condiciones que permitan a las parejas jóvenes criar

a sus hijos. Pero todo ello no serviría de nada si no logramos crear nuevamente en nuestros países un clima de alegría y confianza en la vida, en el que los niños no sean considerados una carga, sino un don para todos.

Otra gran preocupación que tengo es el debate sobre lo que se ha llamado “ayuda activa a morir”. Existe el temor de que, algún día, sobre las personas gravemente enfermas se ejerza una presión tácita o incluso explícita para que soliciten la muerte o se la procuren ellos mismos. La respuesta adecuada al sufrimiento del final de la vida es una atención amorosa y el acompañamiento hacia la muerte -especialmente con la ayuda de los cuidados paliativos- y no la “ayuda activa a morir”.

Sin embargo, para realizar un acompañamiento humano hacia la muerte hacen falta reformas estructurales en todos los campos del sistema sanitario y social, y la organización de estructuras para los cuidados paliativos. También se deben tomar medidas concretas para el acompañamiento psicológico y pastoral de las personas gravemente enfermas y de los moribundos, de sus parientes, de los médicos y del personal sanitario. En este campo, el “Hospizbewegung” está realizando una buena labor. Sin embargo, la totalidad de esas tareas no puede delegarse solamente a ellos. Muchas otras personas deben estar dispuestas -o ser impulsadas a esa disponibilidad- a dedicar tiempo e incluso recursos a la asistencia

amorosa de los enfermos graves y de los moribundos.

El diálogo de la razón

Por último, también forma parte de la herencia europea una tradición de pensamiento que considera esencial una correspondencia sustancial entre fe, verdad y razón. Aquí, en definitiva, se trata de ver si la razón está al principio de todas las cosas y en su fundamento, o si no es así. Se trata de ver si la realidad tiene su origen en la casualidad y la necesidad y, por tanto, si la razón es un producto casual secundario de lo irracional y si, en el océano de la irracionalidad, se convierte, en fin de cuentas, en algo sin sentido; o si es verdad, en cambio, lo que constituye la convicción de fondo de la fe cristiana: “*In principio erat Verbum*”, “En el principio era la Palabra”, es decir, en el origen de todas las cosas está la Razón creadora de Dios, que decidió comunicarse a nosotros, los seres humanos.

Permitidme citar, en este contexto, a Jürgen Habermas, un filósofo que no profesa la fe cristiana, el cual afirma: “Para la auto-conciencia normativa del tiempo moderno, el cristianismo no ha sido solamente un catalizador. El universalismo igualitario, del que brotaron las ideas de libertad y de convivencia solidaria, es una herencia directa de la justicia judía y de la ética cristiana del amor. Esta herencia, sustancialmente inalterada, ha sido siempre hecha propia de modo crítico y nuevamente

interpretada. Hasta hoy no existe una alternativa a ella”.

Las tareas de Europa en el mundo

Sin embargo, por el carácter único de su vocación, Europa tiene también una responsabilidad única en el mundo. A este respecto, ante todo no debe renunciar a sí misma. Europa, que desde el punto de vista demográfico está envejeciendo rápidamente, no debe convertirse en un continente viejo espiritualmente. Además, será cada vez más consciente de sí misma si asume la responsabilidad que le corresponde en el mundo por su singular tradición espiritual, por sus extraordinarios recursos y por su gran poder económico. Por tanto, la Unión europea debe desempeñar un papel destacado en la lucha contra la pobreza en el mundo y en el compromiso en favor de la paz.

Con gratitud podemos constatar que los países de Europa y la Unión europea son de los que más contribuyen al desarrollo internacional, pero también deberían hacer sentir su importancia política, por ejemplo, ante los urgentísimos desafíos que plantea África, las inmensas tragedias de ese continente, como el flagelo del sida, la situación en Darfur, la injusta explotación de los recursos naturales y el preocupante tráfico de armas.

Asimismo, los esfuerzos diplomáticos o políticos de Europa y de los países que la integran no pueden descuidar la situación siempre grave de Oriente

Próximo, en donde resulta necesaria la contribución de todos para promover la renuncia a la violencia, el diálogo recíproco y una auténtica coexistencia pacífica. También deben seguir mejorando las relaciones de Europa con las naciones de América Latina y con las del continente asiático, mediante oportunos vínculos de intercambio.

Conclusión

Estimado señor presidente federal; ilustres señoras y señores, Austria es un país colmado de bendiciones: una gran belleza natural que, año tras año, atrae a millones de personas para sus vacaciones; una extraordinaria riqueza cultural, creada y acumulada por muchas generaciones; y numerosas personas dotadas de talento artístico y de gran capacidad creativa. Por doquier se pueden ver los frutos de la diligencia y de las habilidades de la población que trabaja. Éste es un motivo de gratitud y de sano orgullo. Pero, ciertamente, Austria no es una “isla feliz”, y no se considera así. La autocrítica siempre es útil y, desde luego, es muy común en Austria. Un país que ha recibido mucho, también debe dar mucho. Puede contar en gran medida con sus propios recursos, pero también debe exigirse a sí mismo cierta responsabilidad con respecto a los países vecinos, a Europa y al mundo.

Mucho de lo que Austria es y posee, se lo debe a la fe cristiana y a su benéfica eficacia sobre las personas. La fe ha modelado profundamente el carácter

ter de este país y a su gente. Por eso, todos deben tener la preocupación de no permitir que un día, en este país, sólo las piedras hablen del cristianismo. Sin una intensa fe cristiana, Austria ya no sería Austria.

A vosotros y a todos los austriacos, especialmente a los ancianos y los enfermos, así como a los jóvenes, que tienen aún la vida por delante, deseo la esperanza, la confianza, la alegría y la bendición de Dios. Muchas gracias.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Misa celebrada delante del
Santuario de Mariazell*

Sábado 8 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Con nuestra gran peregrinación a Mariazell celebramos la fiesta patronal de este santuario, la fiesta de la Natividad de María. Desde hace 850 años vienen aquí personas de diferentes pueblos y naciones, que oran trayendo consigo los deseos de su corazón y de sus países, así como sus preocupaciones y esperanzas más íntimas. De este modo, Mariazell se ha convertido para Austria, y mucho más allá de sus fronteras, en un lugar de paz y de unidad reconciliada.

Aquí experimentamos la bondad consoladora de la Madre; aquí encon-

tramos a Jesucristo, en quien Dios está con nosotros como afirma el pasaje evangélico de hoy. Refiriéndose a Jesús, la lectura del profeta Miqueas dice: “él será la paz” (cf. *Mi* 5, 4). Hoy nos insertamos en esta gran peregrinación de muchos siglos. Nos detenemos ante la Madre del Señor y le imploramos: “Muéstranos a Jesús”. Muéstranos a nosotros, peregrinos, a Aquél que es al mismo tiempo el camino y la meta: la verdad y la vida.

El pasaje evangélico que acabamos de escuchar amplía nuestros horizontes. Presenta la historia de Israel desde Abraham como una peregrinación que, con subidas y bajadas, por caminos cortos y por caminos largos, conduce en definitiva a Cristo. La genealogía con sus figuras luminosas y oscuras, con sus éxitos y sus fracasos, nos demuestra que Dios también escribe recto en los renglones torcidos de nuestra historia. Dios nos deja nuestra libertad y, sin embargo, sabe encontrar en nuestro fracaso nuevos caminos para su amor. Dios no fracasa. Así esta genealogía es una garantía de la fidelidad de Dios, una garantía de que Dios no nos deja caer y una invitación a orientar siempre de nuevo nuestra vida hacia él, a caminar siempre nuevamente hacia Cristo.

Peregrinar significa estar orientados en cierta dirección, caminar hacia una meta. Esto confiere una belleza propia también al camino y al cansancio que implica. Entre los peregrinos de la genealogía de Jesús algunos habían

olvidado la meta y querían ponerse a sí mismos como meta. Pero el Señor había suscitado siempre de nuevo personas que se habían dejado impulsar por la nostalgia de la meta, orientando hacia ella su vida. El impulso hacia la fe cristiana, el inicio de la Iglesia de Jesucristo fue posible porque existían en Israel personas con un corazón en búsqueda, personas que no se acomodaron en la rutina, sino que escrutaron a lo lejos en búsqueda de algo más grande: Zacarías, Isabel, Simeón, Ana, María y José, los Doce y muchos otros. Al tener su corazón en actitud de espera, podían reconocer en Jesucristo a Aquél que Dios había mandado, llegando a ser así el inicio de su familia universal. La Iglesia de los gentiles pudo hacerse realidad porque tanto en el área del Mediterráneo como en las zonas de Asia más cercanas, a donde llegaban los mensajeros de Jesucristo, había personas en actitud de espera que no se conformaban con lo que todos hacían y pensaban, sino que buscaban la estrella que podía indicarles el camino hacia la Verdad misma, hacia el Dios vivo.

Necesitamos este corazón inquieto y abierto. Es el núcleo de la peregrinación. Tampoco hoy basta ser y pensar, en cierto modo, como todos los demás. El proyecto de nuestra vida va más allá. Tenemos necesidad de Dios, del Dios que nos ha mostrado su rostro y abierto su corazón: Jesucristo. San Juan, con razón, afirma que “él es el Hijo único, que está en el seno del Padre”

(*Jn* 1, 18); así sólo él, desde la intimidad de Dios mismo, podía revelarnos a Dios y también revelarnos quiénes somos nosotros, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Ciertamente ha habido en la historia muchas grandes personalidades que han hecho bellas y conmovedoras experiencias de Dios. Sin embargo, son sólo experiencias humanas, con su límite humano. Sólo él es Dios y por eso sólo él es el puente que pone realmente en contacto inmediato a Dios y al hombre. Así pues, aunque nosotros lo consideramos el único Mediador de la salvación válido para todos, que afecta a todos y del cual, en definitiva, todos tienen necesidad, esto no significa de ninguna manera que despreciemos a las otras religiones ni que radicalicemos con soberbia nuestro pensamiento, sino únicamente que hemos sido conquistados por Aquél que nos ha tocado interiormente y nos ha colmado de dones, para que podamos compartirlos con los demás.

De hecho, nuestra fe se opone decididamente a la resignación que considera al hombre incapaz de la verdad, como si esta fuera demasiado grande para él. Estoy convencido de que esta resignación ante la verdad es el núcleo de la crisis de occidente, de Europa. Si para el hombre no existe una verdad, en el fondo no puede ni siquiera distinguir entre el bien y el mal. Entonces los grandes y maravillosos conocimientos de la ciencia se hacen ambiguos: pueden abrir

perspectivas importantes para el bien, para la salvación del hombre, pero también, como vemos, pueden convertirse en una terrible amenaza, en la destrucción del hombre y del mundo.

Necesitamos la verdad. Pero ciertamente, a causa de nuestra historia, tenemos miedo de que la fe en la verdad conlleve intolerancia. Si nos asalta este miedo, que tiene sus buenas razones históricas, debemos contemplar a Jesús como lo vemos aquí, en el santuario de Mariazell. Lo vemos en dos imágenes: como niño en brazos de su Madre y, sobre el altar principal de la basílica, crucificado. Estas dos imágenes de la basílica nos dicen: la verdad no se afirma mediante un poder externo, sino que es humilde y sólo se da al hombre por su fuerza interior: por el hecho de ser verdadera. La verdad se demuestra a sí misma en el amor. No es nunca propiedad nuestra, un producto nuestro, del mismo modo que el amor no se puede producir, sino que sólo se puede recibir y transmitir como don. Necesitamos esta fuerza interior de la verdad. Como cristianos, nos fiamos de esta fuerza de la verdad. Somos testigos de ella. Tenemos que transmitir este don de la misma manera que lo hemos recibido, tal como nos ha sido entregado.

“Mirar a Cristo” es el lema de este día. Para el hombre que busca, esta invitación se transforma siempre en una petición espontánea, una petición dirigida en particular a María, que nos dio a Cristo como Hijo suyo: “Muéstranos

a Jesús”. Rezamos hoy así de todo corazón; y rezamos, más allá de este momento, interiormente, buscando el rostro del Redentor. “Muéstranos a Jesús”. María responde, presentándonoslo ante todo como niño. Dios se ha hecho pequeño por nosotros. Dios no viene con la fuerza exterior, sino con la impotencia de su amor, que constituye su fuerza. Se pone en nuestras manos. Pide nuestro amor. Nos invita a hacernos pequeños, a bajar de nuestros altos tronos y aprender a ser niños ante Dios. Nos ofrece el Tú. Nos pide que nos fiamos de él y que así aprendamos a vivir en la verdad y en el amor.

Naturalmente, el niño Jesús nos recuerda también a todos los niños del mundo, en los cuales quiere salir a nuestro encuentro: los niños que viven en la pobreza; los que son explotados como soldados; los que no han podido experimentar nunca el amor de sus padres; los niños enfermos y los que sufren, pero también los alegres y sanos. Europa se ha empobrecido de niños: lo queremos todo para nosotros mismos, y tal vez no confiamos demasiado en el futuro. Pero la tierra carecerá de futuro si se apagan las fuerzas del corazón humano y de la razón iluminada por el corazón, si el rostro de Dios deja de brillar sobre la tierra. Donde está Dios, hay futuro.

“Mirar a Cristo”: volvamos a dirigir brevemente la mirada al Crucifijo situado sobre el altar mayor. Dios no ha redimido al mundo con la espada, sino con la cruz. Al morir, Jesús extiende los

brazos. Éste es ante todo el gesto de la Pasión: se deja clavar por nosotros, para darnos su vida. Pero los brazos extendidos son al mismo tiempo la actitud del orante, una postura que el sacerdote asume cuando, en la oración, extiende los brazos: Jesús transformó la pasión, su sufrimiento y su muerte, en oración, en un acto de amor a Dios y a los hombres. Por eso, los brazos extendidos de Cristo crucificado son también un gesto de abrazo, con el que nos atrae hacia sí, con el que quiere estrecharnos entre sus brazos con amor. De este modo, es imagen del Dios vivo, es Dios mismo, y podemos ponernos en sus manos.

“Mirar a Cristo”. Si lo hacemos, nos damos cuenta de que el cristianismo es algo más, algo distinto de un sistema moral, una serie de preceptos y leyes. Es el don de una amistad que perdura en la vida y en la muerte: “Ya no os llamo siervos, sino amigos” (Jn 15, 15) dice el Señor a los suyos. Nos fiamos de esta amistad. Pero, precisamente por el hecho de que el cristianismo es más que una moral, de que es el don de la amistad, implica una gran fuerza moral, que necesitamos tanto ante los desafíos de nuestro tiempo. Si con Jesucristo y con su Iglesia volvemos a leer de manera siempre nueva el Decálogo del Sinaí, penetrando en sus profundidades, entonces se nos revela como una gran enseñanza, siempre válida.

El Decálogo es ante todo un “sí” a Dios, a un Dios que nos ama y nos guía, que nos sostiene y que, sin embargo, nos deja nuestra libertad, más

aún, la transforma en verdadera libertad (los primeros tres mandamientos). Es un “sí” a la familia (cuarto mandamiento); un “sí” a la vida (quinto mandamiento); un “sí” a un amor responsable (sexto mandamiento); un “sí” a la solidaridad, a la responsabilidad social y a la justicia (séptimo mandamiento); un “sí” a la verdad (octavo mandamiento); y un “sí” al respeto del prójimo y a lo que le pertenece (noveno y décimo mandamientos). En virtud de la fuerza de nuestra amistad con el Dios vivo, vivimos este múltiple “sí” y, al mismo tiempo, lo llevamos como señal del camino en esta hora del mundo.

“Muéstranos a Jesús”. Con esta petición a la Madre del Señor nos hemos puesto en camino hacia este lugar. Esta misma petición nos acompañará en nuestra vida cotidiana. Y sabemos que María escucha nuestra oración: sí, en cualquier momento, cuando miramos a María, ella nos muestra a Jesús. Así podemos encontrar el camino recto, seguirlo paso a paso, con la alegre confianza de que ese camino lleva a la luz, al gozo del Amor eterno. Amén.

*Saludo del Papa, Benedicto XVI,
a los peregrinos de otros países, en
Mariazzell*

Queridos hermanos y hermanas:

Antes del encuentro con los consejos parroquiales y antes de entrega-

ros el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, quiero repetir lo que ya se ha dicho en las intenciones de la oración. Son muchas las personas que aquí, en Austria, durante estos días están sufriendo a causa de las inundaciones y han sufrido daños. Quiero asegurar a todas estas personas mi oración, mi compasión y mi dolor, y estoy seguro de que todos los que puedan, serán solidarios con ellos y les ayudarán.

Asimismo, quiero recordar a los dos peregrinos que han muerto aquí, hoy. Los he encomendado en mi oración durante la santa misa. Podemos confiar en que la Madre de Dios los haya llevado directamente a la presencia de Dios, dado que habían venido en peregrinación para encontrarse con Jesús juntamente con ella.

Queridos peregrinos húngaros, conozco vuestra tradicional devoción a la Virgen de Mariazell. Invoco su protección sobre todos vosotros. ¡Alabado sea Jesucristo!

Queridos hermanos y hermanas que habéis venido de Eslovenia, la Virgen María proteja siempre a vuestro pueblo y a vuestras familias. ¡Alabado sea Jesucristo!

También os saludo cordialmente a vosotros, queridos peregrinos croatas. Que os acompañen la poderosa intercesión y el auxilio de la santísima Virgen María, para que permanezcáis siempre fieles a Cristo y a su Iglesia. ¡Alabados sean Jesús y María!

Saludo cordialmente a los peregrinos de la República Checa. A todos os encomiendo a la protección materna de la santísima Virgen María. ¡Alabado sea Jesucristo!

Asimismo, dirijo un cordial saludo a los peregrinos eslovacos. Queridos amigos, que la *Mater Gentium Slavorum* os ayude a permanecer siempre fieles a Cristo y a la Iglesia.

Saludo a los polacos que han venido a Mariazell en una peregrinación de fe y de unión. Por intercesión de María, pido a Dios la bendición para vosotros y para vuestras familias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante las Vísperas con los sacerdotes y consagrados

Mariazell. Sábado 8 de septiembre de 2007

Venerados y queridos hermanos en el ministerio sacerdotal; queridos hombres y mujeres de vida consagrada; queridos amigos:

Nos hemos reunido en la venerable basílica de nuestra “*Magna Mater Austriae*”, en Mariazell. Desde hace muchas generaciones la gente reza aquí para obtener la ayuda de la Madre de Dios. Lo hacemos hoy también nosotros. Juntamente con ella, queremos ensalzar la inmensa bondad de Dios y

expresar al Señor nuestra gratitud por todos los beneficios recibidos, en particular por el gran don de la fe. También queremos encomendarle a ella nuestras principales intenciones: pedir su protección para la Iglesia, invocar su intercesión para que Dios conceda buenas vocaciones a nuestras diócesis y comunidades religiosas, solicitar su ayuda para las familias y su oración misericordiosa por todas las personas que buscan el camino para salir del pecado y quieren convertirse, y, por último, encomendar a su solicitud materna a todos los enfermos y a las personas ancianas. Que la Gran Madre de Austria y de Europa nos ayude a todos a llevar a cabo una profunda renovación de la fe y de la vida.

Queridos amigos, como sacerdotes, religiosos y religiosas, sois servidores y servidoras de la misión de Jesucristo. Del mismo modo que hace dos mil años Jesús llamó a personas para que lo siguieran, también hoy muchos jóvenes, chicos y chicas, tras escuchar su llamada, se ponen en camino, fascinados por él e impulsados por el deseo de dedicar su vida al servicio de la Iglesia, entregándola para ayudar a los hombres. Tienen la valentía de seguir a Cristo y quieren ser sus testigos.

De hecho, la vida en el seguimiento de Cristo es una empresa arriesgada, porque siempre nos acecha la amenaza del pecado, de la falta de libertad y de la defeción. Por eso, todos necesitamos su gracia, que María recibió en

plenitud. Aprendamos a mirar siempre, como María, a Cristo, tomándolo a él como criterio de medida; así podremos participar en la misión universal de salvación de la Iglesia, cuya Cabeza es él.

El Señor llama a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los laicos a entrar en el mundo, en su realidad compleja, para cooperar allí a la edificación del reino de Dios. Lo hacen de muchas y muy diferentes maneras: con el anuncio, con la edificación de la comunidad, con los diversos ministerios pastorales, con el amor concreto y con la caridad vivida, con la investigación y con la ciencia realizadas con espíritu apostólico, con el diálogo con la cultura de su entorno, con la promoción de la justicia querida por Dios y, en no menor medida, con la contemplación silenciosa del Dios trino y rindiéndole una alabanza comunitaria.

El Señor os invita a la peregrinación que la Iglesia lleva a cabo “a lo largo de los tiempos”. Os invita a haceros peregrinos con él y a participar en su vida, que también hoy es vía crucis y camino del Resucitado a través de la Galilea de nuestra existencia. Sin embargo, es siempre el mismo e idéntico Señor quien, mediante el mismo y único bautismo, nos llama a la única fe. Por tanto, compartir su camino significa ambas cosas. La dimensión de la cruz, con fracasos, sufrimientos, incomprensiones, más aún, incluso con desprecio y persecución; pero también la experiencia de una profun-

da alegría en el servicio y la experiencia de la gran consolación que deriva del encuentro con él. La misión de las parroquias, de las comunidades y de cada uno de los cristianos bautizados, como la de la Iglesia, tiene su origen en la experiencia de Cristo crucificado y resucitado.

El centro de la misión de Jesucristo y de todos los cristianos es el anuncio del reino de Dios. Para la Iglesia, para los sacerdotes, para los religiosos, para las religiosas, al igual que para todos los bautizados, este anuncio en el nombre de Cristo implica el compromiso de estar presentes en el mundo como sus testigos. En efecto, el reino de Dios es Dios mismo que se hace presente en medio de nosotros y reina por medio de nosotros.

Por tanto, la edificación del reino de Dios se hace realidad cuando Dios vive en nosotros y nosotros llevamos a Dios al mundo. Vosotros lo hacéis dando testimonio de un “sentido” que hunde sus raíces en el amor creador de Dios y se opone a toda insensatez y a toda desesperación. Vosotros estáis de parte de los que buscan con gran esfuerzo este sentido, de todos los que quieren dar a la vida una forma positiva. Orando e intercediendo, sois los abogados de quienes buscan a Dios, de quienes están en camino hacia Dios. Vosotros dais testimonio de una esperanza que, contra toda desesperación silenciosa o manifiesta, remite a la fidelidad y a la solicitud amorosa de Dios.

Al hacerlo, estáis de parte de los que llevan la carga de un destino pesado y no logran librarse de él. Dais testimonio del Amor que se entrega a los hombres y así ha vencido la muerte. Estáis de parte de quienes nunca han experimentado el amor, de quienes ya no logran creer en la vida. Así os oponéis a los numerosos tipos de injusticia, oculta o manifiesta, al igual que al desprecio de los hombres, cada vez más generalizado.

De este modo, queridos hermanos y hermanas, toda vuestra existencia debe ser, como la de san Juan Bautista, un gran reclamo vivo, que lleve a Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado. Jesús afirmó que Juan era “una lámpara que arde y alumbrá” (*Jn* 5, 35). También vosotros debéis ser lámparas como él. Haced que brille vuestra luz en nuestra sociedad, en la política, en el mundo de la economía, en el mundo de la cultura y de la investigación. Aunque sea una lucecita en medio de tantos fuegos artificiales, recibe su fuerza y su esplendor de la gran Estrella de la mañana, Cristo resucitado, cuya luz brilla -quiere brillar a través de nosotros- y no tendrá nunca ocaso.

Seguir a Cristo -y nosotros queremos seguirlo- significa asimilar cada vez más los sentimientos y el estilo de vida de Jesús. Es lo que nos dice la carta a los Filipenses: “Tened los mismos sentimientos de Cristo” (*Flp* 2, 5). “Mirar a Cristo” es el lema de estos días. Mirándolo a él, el gran Maestro de

vida, la Iglesia ha descubierto tres características que destacan en la actitud fundamental de Jesús. Estas tres características, que con la Tradición llamamos “consejos evangélicos”, han llegado a ser los componentes determinantes de una vida dedicada al seguimiento radical de Cristo: pobreza, castidad y obediencia. Reflexionemos ahora un poco sobre estas características.

Jesucristo, que poseía toda la riqueza de Dios, se hizo pobre por nosotros, nos dice san Pablo en la *segunda carta a los Corintios* (cf. 2 Co 8, 9). Se trata de una palabra inagotable, sobre la que deberíamos volver a reflexionar siempre. Y la *carta a los Filipenses* dice: “Se despojó de su rango y se rebajó haciéndose obediente hasta la muerte de cruz” (cf. *Flp* 2, 7-8). Él, que se hizo pobre, llamó “bienaventurados” a los pobres.

San Lucas, en su versión de las Bienaventuranzas, nos ayuda a comprender que esta afirmación -el proclamar bienaventurados a los pobres- se refiere sin duda a la gente pobre, realmente pobre, en el Israel de su tiempo, donde existía una vergonzosa diferencia entre ricos y pobres.

Sin embargo, san Mateo, en su versión de las Bienaventuranzas, nos explica que la sola pobreza material, como tal, no garantiza necesariamente la cercanía a Dios, porque el corazón puede ser duro y estar lleno de afán de riqueza. Pero san Mateo, como toda la sagrada Escritura, nos da a entender

que, en cualquier caso, Dios está cercano a los pobres de un modo especial.

Así, resulta claro que el cristiano ve en ellos al Cristo que lo espera, esperando su compromiso. Quien quiera seguir a Cristo de un modo radical, debe renunciar a los bienes materiales. Pero debe vivir esta pobreza a partir de Cristo, como un modo de llegar a ser interiormente libre para el prójimo.

Para todos los cristianos, y especialmente para nosotros los sacerdotes, para los religiosos y las religiosas, tanto para las personas individualmente como para las comunidades, la cuestión de la pobreza y de los pobres debe ser continuamente objeto de un atento examen de conciencia. Precisamente en nuestra situación, en la que no estamos mal, no somos pobres, creo que debemos reflexionar de modo particular en cómo podemos vivir esta llamada de modo sincero. Quisiera recomendarlo para vuestro -nuestro- examen de conciencia.

Para comprender bien lo que significa la castidad, debemos partir de su contenido positivo. Sólo lo encontramos una vez más mirando a Jesucristo. Jesús vivió con una doble orientación: hacia el Padre y hacia los hombres. En la sagrada Escritura lo conocemos como persona que ora, que pasa noches enteras en diálogo con el Padre. Al orar insertaba su humanidad, y la de todos nosotros, en la relación filial con el Padre. Este diálogo siempre se

transformaba después en misión hacia el mundo, hacia nosotros. Su misión lo llevaba a una entrega pura e indivisa a los hombres.

En los testimonios de las sagradas Escrituras no hay ningún momento de su existencia en que se pueda descubrir, en su comportamiento con los hombres, ningún rastro de interés personal o de egoísmo. Jesús amó a los hombres en el Padre, a partir del Padre; así, los amó en su verdadero ser, en su realidad.

Tener los mismos sentimientos de Jesucristo, es decir, estar en total comunión con el Dios vivo y, en esta comunión totalmente pura con los hombres, estar a su disposición sin reservas, inspiró a san Pablo una teología y una praxis de vida que responde a las palabras de Jesús sobre el celibato por el reino de los cielos (cf. *Mt* 19, 12). Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas no viven sin relaciones interpersonales. Al contrario, la castidad significa -de aquí quería yo partir- una intensa relación. Se trata de una relación positiva con Cristo vivo y, a través de él, con el Padre.

Por eso, con el voto de castidad en el celibato no nos consagramos al individualismo o a una vida aislada, sino que prometemos de modo solemne poner totalmente y sin reservas al servicio del reino de Dios -y así al servicio de los hombres- las intensas relaciones de que somos capaces y que recibimos como

un don. De este modo, los sacerdotes, las religiosas y los religiosos mismos se convierten en hombres y mujeres de la esperanza: contando totalmente con Dios y demostrando así que Dios para ellos es una realidad, crean en el mundo espacio para su presencia, para la presencia del reino de Dios.

Vosotros, queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, dais una contribución importante: en medio de la avaricia, del egoísmo de no saber esperar, del afán de consumo, del culto al individualismo, os esforzáis por vivir un amor desinteresado a los hombres. Vivís una esperanza que deja a Dios la tarea de la realización, porque creéis que es él quien la llevará a cabo.

¿Qué habría sucedido si en la historia del cristianismo no hubieran existido estas figuras orientadoras para el pueblo? ¿Qué sería de nuestro mundo si no existieran los sacerdotes, si no existieran las mujeres y los hombres de las Órdenes religiosas, de las comunidades de vida consagrada, personas que con su vida testimonian la esperanza de una satisfacción superior de los deseos humanos y la experiencia del amor de Dios, que supera todo amor humano? Precisamente hoy el mundo necesita nuestro testimonio.

Pasemos a la obediencia. Jesús vivió toda su vida, desde los años ocultos de Nazaret hasta el momento de la muerte en la cruz, en la escucha del Padre, en la obediencia al Padre. Por ejemplo,

en la noche del monte de los Olivos, oró así: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (*Lc* 22, 42). Con esta oración Jesús asume, en su voluntad de Hijo, la terca resistencia de todos nosotros, transforma nuestra rebelión en su obediencia. Jesús era un orante. Pero sabía escuchar y obedecer: se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (*Flp* 2, 8).

Los cristianos han experimentado siempre que, abandonándose a la voluntad del Padre, no se pierden, sino que de este modo encuentran el camino hacia una profunda identidad y libertad interior. En Jesús, han descubierto que quien se entrega, se encuentra a sí mismo; y quien se vincula con una obediencia fundamentada en Dios y animada por la búsqueda de Dios, llega a ser libre. Escuchar a Dios y obedecerle no tiene nada que ver con una constricción desde el exterior y con una pérdida de sí mismo. Sólo entrando en la voluntad de Dios alcanzamos nuestra verdadera identidad. Hoy el mundo, precisamente por su deseo de “autorrealización” y “autodeterminación”, tiene gran necesidad del testimonio de esta experiencia.

Romano Guardini narra en su autobiografía que, en un momento crítico de su itinerario, cuando la fe de su infancia se tambaleaba, le fue concedida la decisión fundamental de toda su vida -la conversión- en el encuentro con las palabras de Jesús en las que afirma que sólo quien se pierde se encuentra a sí

mismo (cf. *Mc* 8, 34 ss; *Jn* 12, 25). Sin abandonarse, sin perderse, el hombre no puede encontrarse, no puede autorrealizarse.

Pero luego se planteó la pregunta: ¿En qué dirección debo perderme? ¿A quién puedo entregarme? Le pareció evidente que sólo podemos entregarnos totalmente si al hacerlo caemos en las manos de Dios. En definitiva, sólo en él podemos perdernos y sólo en él podemos encontrarnos a nosotros mismos. Sucesivamente, se planteó otra pregunta: ¿Quién es Dios? ¿Dónde está Dios? Entonces comprendió que el Dios al que podemos abandonarnos es únicamente el Dios que se hizo concreto y cercano en Jesucristo. Pero de nuevo se preguntó: ¿Dónde encuentro a Jesucristo? ¿Cómo puedo entregarme a él de verdad?

La respuesta que encontró Guardini en su ardua búsqueda fue la siguiente: Jesús únicamente está presente entre nosotros de modo concreto en su cuerpo, la Iglesia. Por eso, en la práctica, la obediencia a la voluntad de Dios, la obediencia a Jesucristo, debe transformarse muy concretamente en una humilde obediencia a la Iglesia. Creo que también esto debe ser siempre objeto de un profundo examen de conciencia.

Todo ello se encuentra resumido en la oración de san Ignacio de Loyola, una oración que siempre me ha parecido demasiado grande, hasta el pun-

to de que casi no me atrevo a rezarla. Sin embargo, aunque nos cueste, deberíamos repetirla siempre: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta” (*Ejercicios Espirituales*, 234).

Queridos hermanos y hermanas, ahora vais a volver a vuestro ambiente de vida, a los lugares de vuestro compromiso eclesial, pastoral, espiritual y humano. Que nuestra gran Abogada y Madre, María, extienda su mano protectora sobre vosotros y sobre vuestra actividad. Que interceda por vosotros ante su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

A la vez que os doy las gracias por vuestra oración y por vuestro trabajo en la viña del Señor, pido a Dios que os proteja y bendiga a todos vosotros, a la gente, en especial a los jóvenes, aquí en Austria y en los diversos países de los que proceden muchos de vosotros.

De corazón os acompaño a todos con mi bendición.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la concelebración eucarística en la
Catedral de San Esteban*

Viena, domingo, 9 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

“*Sine dominico non possumus!*” Sin el don del Señor, sin el Día del Señor no podemos vivir: así respondieron en el año 304 algunos cristianos de Abitina, en la actual Túnez, cuando, sorprendidos en la celebración eucarística dominical, que estaba prohibida, fueron conducidos ante el juez y se les preguntó por qué habían celebrado en domingo la función religiosa cristiana, sabiendo que esto se castigaba con la muerte. “*Sine dominico non possumus*”.

En la palabra *dominicum / dominico* se encuentran entrelazados indisolublemente dos significados, cuya unidad debemos aprender de nuevo a percibir. Está ante todo el don del Señor. Este don es él mismo, el Resucitado, cuyo contacto y cercanía los cristianos necesitan para ser de verdad cristianos. Sin embargo, no se trata sólo de un contacto espiritual, interno, subjetivo: el encuentro con el Señor se inscribe en el tiempo a través de un día preciso. Y de esta manera se inscribe en nuestra existencia concreta, corpórea y comunitaria, que es temporalidad. Da un centro, un orden interior a nuestro tiempo y, por tanto, a nuestra vida en su conjunto. Para aquellos cristianos la celebración eucarística dominical no era un precepto, sino una necesidad interior. Sin Aquél que sostiene nuestra vida, la vida misma queda vacía. Abandonar o traicionar este centro quitaría a la vida misma su fundamento, su dignidad interior y su belleza.

Esa actitud de los cristianos de entonces, ¿tiene importancia también para nosotros, los cristianos de hoy? Sí, es válida también para nosotros, que necesitamos una relación que nos sostenga y dé orientación y contenido a nuestra vida. También nosotros necesitamos el contacto con el Resucitado, que nos sostiene más allá de la muerte. Necesitamos este encuentro que nos reúne, que nos da un espacio de libertad, que nos hace mirar más allá del activismo de la vida diaria hacia el amor creador de Dios, del cual provenimos y hacia el cual vamos en camino.

Si reflexionamos en el pasaje evangélico de hoy y escuchamos al Señor, que en él nos habla, nos asustamos. “Quien no renuncia a todas sus propiedades y no deja también todos sus lazos familiares, no puede ser mi discípulo”. Quisiéramos objetar: pero, ¿qué dices, Señor? ¿Acaso el mundo no tiene precisamente necesidad de la familia? ¿Acaso no tiene necesidad del amor paterno y materno, del amor entre padres e hijos, entre el hombre y la mujer? ¿Acaso no tenemos necesidad del amor de la vida, de la alegría de vivir? ¿Acaso no hacen falta también personas que inviertan en los bienes de este mundo y construyan la tierra que nos ha sido dada, de modo que todos puedan participar de sus dones? ¿Acaso no nos ha sido confiada también la tarea de proveer al desarrollo de la tierra y de sus bienes?

Si escuchamos mejor al Señor y, sobre todo, si lo escuchamos en el conjunto de todo lo que nos dice, entonces comprendemos que Jesús no exige a todos lo mismo. Cada uno tiene su tarea personal y el tipo de seguimiento proyectado para él. En el evangelio de hoy, Jesús habla directamente de algo que no es tarea de las numerosas personas que se habían unido a él durante la peregrinación hacia Jerusalén, sino que es una llamada particular para los Doce. Éstos, ante todo, deben superar el escándalo de la cruz; luego deben estar dispuestos a dejar verdaderamente todo y aceptar la misión aparentemente absurda de ir hasta los confines de la tierra y, con su escasa cultura, anunciar a un mundo lleno de presunta erudición y de formación ficticia o verdadera, y ciertamente de modo especial a los pobres y a los sencillos, el Evangelio de Jesucristo. En su camino a lo largo del mundo, deben estar dispuestos a sufrir en primera persona el martirio, para dar así testimonio del Evangelio del Señor crucificado y resucitado.

Aunque, en esa peregrinación hacia Jerusalén, en la que va acompañado por una gran muchedumbre, la palabra de Jesús se dirige ante todo a los Doce, su llamada naturalmente alcanza, más allá del momento histórico, todos los siglos. En todos los tiempos llama a las personas a contar exclusivamente con él, a dejar todo lo demás y a estar totalmente a su disposición, para estar así a disposición de los otros; a crear oasis

de amor desinteresado en un mundo en el que tantas veces parecen contar solamente el poder y el dinero. Demos gracias al Señor porque en todos los siglos nos ha donado hombres y mujeres que por amor a él han dejado todo lo demás, convirtiéndose en signos luminosos de su amor. Basta pensar en personas como Benito y Escolástica, como Francisco y Clara de Asís, como Isabel de Hungría y Eduviges de Polonia, como Ignacio de Loyola y Teresa de Ávila, hasta la madre Teresa de Calcuta y el padre Pío. Estas personas, con toda su vida, han sido una interpretación de la palabra de Jesús, que en ellos se hace cercana y comprensiva para nosotros. Oremos al Señor para que también en nuestro tiempo conceda a muchas personas la valentía para dejarlo todo, a fin de estar así a disposición de todos.

Pero si volvemos al Evangelio, podemos observar que el Señor no habla solamente de unos pocos y de su tarea particular; el núcleo de lo que dice vale para todos. En otra ocasión aclara así de qué cosa se trata, en definitiva: “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ese la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?” (Lc 9, 24-25). Quien quiere sólo poseer su vida, tomarla sólo para sí mismo, la perderá. Sólo quien se entrega recibe su vida. Con otras palabras: sólo quien ama encuentra la vida. Y el amor requiere siempre salir de sí mismo, requiere olvidarse de sí mismo.

Quien mira hacia atrás para buscarse a sí mismo y quiere tener al otro solamente para sí, precisamente de este modo se pierde a sí mismo y pierde al otro. Sin este más profundo perderse a sí mismo no hay vida. El inquieto anhelo de vida que hoy no da paz a los hombres acaba en el vacío de la vida perdida. “Quien pierda su vida por mí...”, dice el Señor. Renunciar a nosotros mismos de modo más radical sólo es posible si con ello al final no caemos en el vacío, sino en las manos del Amor eterno. Sólo el amor de Dios, que se perdió a sí mismo entregándose a nosotros, nos permite ser libres también nosotros, perdernos, para así encontrar verdaderamente la vida.

Éste es el núcleo del mensaje que el Señor quiere comunicarnos en el pasaje evangélico, aparentemente tan duro, de este domingo. Con su palabra nos da la certeza de que podemos contar con su amor, con el amor del Dios hecho hombre. Reconocer esto es la sabiduría de la que habla la primera lectura de hoy. También vale aquí aquello de que de nada sirve todo el saber del mundo si no aprendemos a vivir, si no aprendemos qué es lo que cuenta verdaderamente en la vida. “*Sine dominico non possumus*”. Sin el Señor y el día que le pertenece no se realiza una vida plena. En nuestras sociedades occidentales el domingo se ha transformado en un fin de semana, en tiempo libre. Ciertamente, el tiempo libre, especialmente con la prisa del mundo moderno, es algo bello y ne-

cesario, como lo sabemos todos. Pero si el tiempo libre no tiene un centro interior, del que provenga una orientación para el conjunto, acaba por ser tiempo vacío que no nos fortalece ni nos recrea. El tiempo libre necesita un centro: el encuentro con Aquél que es nuestro origen y nuestra meta. Mi gran predecesor en la sede episcopal de Munich y Freising, el cardenal Faulhaber, lo expresó en cierta ocasión de la siguiente manera: “Da al alma su domingo, da al domingo su alma”.

Precisamente porque, en su sentido profundo, en el domingo, se trata del encuentro, en la Palabra y en el Sacramento, con Cristo resucitado, el rayo de este día abarca toda la realidad. Los primeros cristianos celebraban el primer día de la semana como día del Señor porque era el día de la Resurrección. Sin embargo, muy pronto la Iglesia tomó conciencia también del hecho de que el primer día de la semana es el día de la mañana de la creación, el día en que Dios dijo: “Hágase la luz” (*Gn* 1, 3). Por eso, en la Iglesia el domingo es también la fiesta semanal de la creación, la fiesta de la acción de gracias y de la alegría por la creación de Dios.

En una época, en la que, a causa de nuestras intervenciones humanas, la creación parece expuesta a múltiples peligros, deberíamos acoger conscientemente también esta dimensión del domingo. Más tarde, para la Iglesia primitiva, el primer día asimiló pro-

gresivamente también la herencia del séptimo día, del *sabbat*. Participamos en el descanso de Dios, un descanso que abraza a todos los hombres. Así percibimos en este día algo de la libertad y de la igualdad de todas las criaturas de Dios.

En la oración de este domingo recordamos ante todo que Dios, mediante su Hijo, nos ha redimido y adoptado como hijos amados. Luego le pedimos que mire con benevolencia a los creyentes en Cristo y que nos conceda la verdadera libertad y la vida eterna. Pedimos a Dios que nos mire con bondad. Nosotros mismos necesitamos esa mirada de bondad, no sólo el domingo, sino también en la vida de cada día. Al orar, sabemos que esa mirada ya nos ha sido donada; más aún, sabemos que Dios nos ha adoptado como hijos, nos ha acogido verdaderamente en la comunión con él mismo.

Ser hijo significa -lo sabía muy bien la Iglesia primitiva- ser una persona libre; no un esclavo, sino un miembro de la familia. Y significa ser heredero. Si pertenecemos al Dios que es el poder sobre todo poder, entonces no tenemos miedo y somos libres; entonces somos herederos. La herencia que él nos ha dejado es él mismo, su amor.

¡Sí, Señor, haz que este conocimiento penetre profundamente en nuestra alma, para que así aprendamos el gozo de los redimidos! Amén.

Rezo del Ángelus

*Plaza de San Esteban, Viena. Domingo
9 de septiembre de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, ha sido para mí una experiencia particularmente hermosa poder celebrar con todos vosotros el día del Señor de modo tan digno en la magnífica catedral de San Esteban. El rito eucarístico, celebrado con el debido decoro, nos ayuda a tomar conciencia de la inmensa grandeza del don que Dios nos hace en la santa misa. Precisamente así nos acercamos también unos a otros y experimentamos la alegría de Dios. Por tanto, expreso mi gratitud a todos los que, mediante su contribución activa en la preparación y en el desarrollo de la liturgia o también mediante su fervorosa participación en los sagrados misterios, han creado un clima en el que la presencia de Dios era verdaderamente perceptible. Gracias de corazón y que Dios os lo pague.

En la homilía, he tratado de decir algo sobre el sentido del domingo y sobre el pasaje evangélico de hoy, y creo que esto nos ha llevado a descubrir que el amor de Dios, que “se perdió a sí mismo” por nosotros entregándose a nosotros, nos da la libertad interior para “perder” nuestra vida, para encontrar de este modo la vida verdadera.

La participación en este amor dio a María la fuerza para su “sí” sin reservas. Ante el amor respetuoso y delicado de Dios, que para la realización de su proyecto de salvación espera la colaboración libre de su criatura, la Virgen superó toda vacilación y, con vistas a ese proyecto grande e inaudito, se puso confiadamente en sus manos. Plenamente disponible, totalmente abierta en lo íntimo de su alma y libre de sí, permitió a Dios colmarla con su Amor, con el Espíritu Santo. Así María, la mujer sencilla, pudo recibir en sí misma al Hijo de Dios y dar al mundo el Salvador que se había donado a ella.

También a nosotros, en la celebración eucarística, se nos ha donado hoy el Hijo de Dios. Quien ha recibido la Comunión lleva ahora en sí de un modo particular al Señor resucitado. Como María lo llevó en su seno -un ser humano pequeño, inerte y totalmente dependiente del amor de la madre-, así Jesucristo, bajo la especie del pan, se ha entregado a nosotros, queridos hermanos y hermanas. Amemos a este Jesús que se pone totalmente en nuestras manos. Amémoslo como lo amó María. Y llevémoslo a los hombres como María lo llevó a Isabel, suscitando alegría y gozo. La Virgen dio al Verbo de Dios un cuerpo humano, para que pudiera entrar en el mundo. Demos también nosotros nuestro cuerpo al Señor, hagamos que nuestro cuerpo sea cada vez más un instrumento del amor de Dios, un templo del

Espíritu Santo. Llevemos el domingo con su Don inmenso al mundo.

Pidamos a María que nos enseñe a ser, como ella, libres de nosotros mismos, para encontrar en la disponibilidad a Dios nuestra verdadera libertad, la verdadera vida y la alegría auténtica y duradera. Quiero rezar ahora la oración a la Madre de Dios que, en realidad, hubiera querido recitar ante la “Columna de la Virgen”. Como sabemos, allí se produjo un apagón que lo hizo imposible. Por eso quiero recuperar ahora esa oración a la Virgen:

“Santa María, Madre inmaculada de nuestro Señor Jesucristo, en ti, Dios nos ha dado el prototipo de la Iglesia y el modo mejor de realizar nuestra humanidad. A ti, te encomiendo a Austria y a sus habitantes: ayúdanos a todos a seguir tu ejemplo y a orientar totalmente nuestra vida hacia Dios. Haz que, contemplando a Cristo, lleguemos a ser cada vez más semejantes a él, verdaderos hijos de Dios. Entonces también nosotros, llenos de toda clase de bendiciones espirituales, podremos corresponder cada vez mejor a su voluntad y ser así instrumentos de paz para Austria, para Europa y para el mundo. Amén”.

Queridos amigos, ahora cantemos todos juntos el “Ángelus Domini” a la manera austríaca.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los monjes cistercienses de la Abadía de Heiligenkreuz

Domingo 9 de septiembre de 2007

Reverendísimo padre abad; venerados hermanos en el episcopado; queridos monjes cistercienses de Heiligenkreuz; queridos hermanos y hermanas de vida consagrada; ilustres huéspedes y amigos del monasterio y de la Academia; señoras y señores:

Con placer, en mi peregrinación a la *Magna Mater Austriae*, he venido también a la abadía de Heiligenkreuz, que no es sólo una etapa importante en la *via sacra* que lleva a Mariazell, sino también el más antiguo monasterio cisterciense del mundo que ha seguido activo sin ninguna interrupción. He querido venir a este lugar rico en historia, para atraer la atención hacia la directriz fundamental de san Benito, según cuya *Regla* viven también los cistercienses. San Benito dispone concisamente que “no se anteponga nada al Oficio divino” (*Regula Benedicti* 43, 3).

Por eso, en un monasterio de inspiración benedictina, las alabanzas a Dios, que los monjes celebran como solemne plegaria coral, tienen siempre la prioridad. Ciertamente, gracias a Dios, no sólo los monjes oran; también lo hacen otras personas: niños, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, personas casadas y solteras; todos los cristianos oran o, al menos, *deberían* hacerlo.

En la vida de los monjes, sin embargo, la oración tiene una importancia especial: es el centro de su tarea profesional. En efecto, ejercen la profesión de orante. En la época de los Padres de la Iglesia, la vida monástica se definía como vida al estilo de los ángeles, pues se consideraba que la característica esencial de los ángeles era ser adoradores. Su vida es adoración. Esto debería valer también para los monjes. Ante todo, no oran por una finalidad específica, sino simplemente porque Dios merece ser adorado. “*Confitemini Domino, quoniam bonus!*”, “Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”, exhortan varios Salmos (por ejemplo, *Sal* 106, 1). Por eso, esta oración sin finalidad específica, que quiere ser puro servicio divino, se llama con razón *officium*. Es el “servicio” por excelencia, el “servicio sagrado” de los monjes. Se ofrece al Dios trino que, por encima de todo, es digno “de recibir la gloria, el honor y el poder” (*Ap* 4, 11), porque ha creado el mundo de modo maravilloso y de modo aún más maravilloso lo ha renovado.

Al mismo tiempo, el *officium* de los consagrados es también un servicio sagrado a los hombres y un testimonio para ellos. Todo hombre lleva en lo más íntimo de su corazón, de modo consciente o inconsciente, la nostalgia de una satisfacción definitiva, de la máxima felicidad; por tanto, en el fondo, de Dios. Un monasterio en el que la comunidad se reúne varias ve-

ces al día para alabar a Dios testimonia que este deseo humano originario no cae en el vacío: Dios creador no nos ha puesto a los hombres en medio de tinieblas espantosas donde, andando a ciegas, deberíamos buscar desesperadamente un sentido último fundamental (cf. *Hch* 17, 27); Dios no nos ha abandonado en un desierto de la nada, sin sentido, donde, en definitiva, nos espera sólo la muerte. No. Dios ha iluminado nuestras tinieblas con su luz, por obra de su Hijo Jesucristo. En él Dios ha entrado en nuestro mundo con toda su “plenitud” (cf. *Col* 1, 19); en él, toda verdad, de la que sentimos nostalgia, tiene su origen y su culmen (cf. *Gaudium et spes*, 22).

Nuestra luz, nuestra verdad, nuestra meta, nuestra satisfacción, nuestra vida no es una doctrina religiosa, sino una Persona: *Jesucristo*. Mucho más allá de nuestra capacidad de buscar y desear a Dios, ya antes hemos sido buscados y deseados, más aún, encontrados y redimidos por él. La mirada de los hombres de todos los tiempos y de todos los pueblos, de todas las filosofías, religiones y culturas, encuentra finalmente los ojos abiertos del Hijo de Dios crucificado y resucitado; su corazón abierto es la plenitud del amor. Los ojos de Cristo son la mirada del Dios que ama. La imagen del Crucificado sobre el altar, cuyo original romano se encuentra en la catedral de Sarzana, muestra que esta mirada se dirige a todo hombre. En efecto, el Señor mira el corazón de cada uno de nosotros.

El alma del monaquismo es la adoración, vivir al estilo de los ángeles. Sin embargo, al ser los monjes hombres de carne y sangre en esta tierra, al imperativo central “*ora*”, san Benito añadió un segundo: “*labora*”. Según el concepto de san Benito, así como de san Bernardo, no sólo la oración forma parte de la vida monástica, sino también el trabajo, el cultivo de la tierra de acuerdo con la voluntad del Creador. Así, a lo largo de los siglos, los monjes, partiendo de su mirada dirigida a Dios, han hecho que la tierra fuera acogedora y hermosa. Su labor de salvaguardia y desarrollo de la creación provenía precisamente de su mirada puesta en Dios. En el ritmo del *ora et labora* la comunidad de los consagrados da testimonio del Dios que en Jesucristo nos mira; y el hombre y el mundo, mirados por él, se convierten en buenos.

No sólo los monjes rezan el *officium*; siguiendo la tradición monástica, la Iglesia ha establecido para todos los religiosos, y también para los sacerdotes y los diáconos, el rezo del Breviario. Es importante que también las religiosas y los religiosos, los sacerdotes y los diáconos -y, naturalmente, los obispos- en la oración diaria “oficial” se presenten ante Dios con himnos y salmos, con acción de gracias y plegarias sin finalidades específicas.

Queridos hermanos en el ministerio sacerdotal y diaconal; queridos hermanos y hermanas en la vida consagrada, sé que se requiere disciplina; más aún,

a veces, también es preciso superarse a sí mismo para rezar fielmente el Breviario; pero mediante este *officium* recibimos al mismo tiempo muchas riquezas: ¡cuántas veces, al rezarlo, el cansancio y el abatimiento desaparecen! Y donde se alaba y se adora con fidelidad a Dios, no falta su bendición. Con razón se dice en Austria: “Todo depende de la bendición de Dios”.

Por consiguiente, vuestro servicio principal a este mundo debe ser vuestra oración y la celebración del Oficio divino. Todo sacerdote, toda persona consagrada, debe tener como disposición interior “no anteponer nada al Oficio divino”. La belleza de esta disposición interior se manifestará en la belleza de la liturgia, hasta tal punto que donde cantamos, alabamos, exaltamos y adoramos juntos a Dios, se hace presente en la tierra un trocito de cielo. No es temerario afirmar que en una liturgia totalmente centrada en Dios, en los ritos y en los cantos, se ve una imagen de la eternidad. De lo contrario, ¿cómo habrían podido nuestros antepasados construir, hace cientos de años, un edificio sagrado tan solemne como éste? Aquí ya la sola arquitectura eleva nuestros sentidos hacia “lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (1 Co 2, 9).

En toda forma de esmero por la liturgia, el criterio determinante debe ser siempre la mirada puesta en Dios. Estamos en presencia de Dios; él nos

habla y nosotros le hablamos a él. Cuando, en las reflexiones sobre la liturgia, nos preguntamos cómo hacerla atrayente, interesante y hermosa, ya vamos por mal camino. O la liturgia es *opus Dei*, con Dios como sujeto específico, o no lo es. En este contexto os pido: celebrad la sagrada liturgia dirigiendo la mirada a Dios en la comunión de los santos, de la Iglesia viva de todos los lugares y de todos los tiempos, para que se transforme en expresión de la belleza y de la sublimidad del Dios amigo de los hombres.

Por último, el alma de la oración es el Espíritu Santo. En verdad, cuando oramos, siempre es él quien “viene en ayuda de nuestra flaqueza, intercediendo por nosotros con gemidos inefables” (cf. *Rm* 8, 26). Confiando en estas palabras del apóstol san Pablo os aseguro, queridos hermanos y hermanas, que la oración surtirá en vosotros el efecto que una vez se expresaba llamando a los sacerdotes y a las personas consagradas simplemente *Geistliche* (personas espirituales). Mons. Sailer, obispo de Ratisbona, dijo en cierta ocasión que los sacerdotes deberían ser antes que nada personas espirituales. Me agrada que volviera a usarse la expresión *Geistliche*. Pero, sobre todo, es importante que se haga realidad en nosotros lo que significa esa palabra: que en el seguimiento del Señor, en virtud de la fuerza del Espíritu, seamos personas “espirituales”.

Austria es verdaderamente, como se dice con doble sentido, *Klösterreich*:

reino de monasterios y rica en monasterios. Vuestras antiquísimas abadías, con orígenes y tradiciones que se remontan a siglos pasados, son lugares de la “preferencia por Dios”. Queridos hermanos, manifestad claramente a los hombres esta prioridad de Dios. Como oasis espiritual, un monasterio indica al mundo de hoy lo más importante, más aún, en definitiva, lo único decisivo: existe una razón última por la que vale la pena vivir, es decir, Dios y su amor inescrutable.

Queridos fieles, os pido que consideréis vuestras abadías y vuestros monasterios como lo que son y quieren ser siempre: no solamente lugares de cultura y de tradición, o incluso simples empresas económicas. Estructura, organización y economía son necesarias también para la Iglesia, pero no son lo esencial. Un monasterio es sobre todo un lugar de fuerza espiritual. Al llegar a uno de vuestros monasterios aquí, en Austria, se tiene la misma impresión de cuando, después de una caminata por los Alpes, que ha costado sudor, finalmente se puede uno refrescar en un arroyo que viene de un manantial. Aprovechad, pues, estos manantiales de la cercanía de Dios en vuestro país, apreciad las comunidades religiosas, los monasterios y las abadías, y recurrid al servicio espiritual que los consagrados están dispuestos a prestaros.

Por último, mi visita se dirige a la Academia, ya pontificia, que celebra el 205° aniversario de su fundación y a la

que, en su nueva condición, el abad ha añadido el nombre del actual Sucesor de san Pedro. Aunque es importante la integración de la disciplina teológica en la *universitas* del saber mediante las facultades teológicas católicas en las universidades estatales, es igualmente importante que haya lugares de estudio tan específicos como el vuestro, donde es posible un vínculo profundo entre teología científica y espiritualidad vivida.

En efecto, Dios no es jamás simplemente el objeto de la teología; al mismo tiempo, también es siempre su sujeto vivo. Por lo demás, la teología cristiana no es jamás solamente un discurso humano sobre Dios, sino que al mismo tiempo es siempre el *Logos* y la lógica en la que Dios se revela. Por eso la intelectualidad científica y la devoción vivida son dos elementos del estudio que, en una complementariedad irrenunciable, dependen una de otra.

El padre de la Orden cisterciense, san Bernardo, luchó en su tiempo contra la separación de una racionalidad objetivante de la corriente de espiritualidad eclesial. Nuestra situación actual, aun siendo diversa, tiene notables semejanzas. En su anhelo de obtener el reconocimiento de un riguroso carácter científico en el sentido moderno, la teología puede perder el aliento de la fe. Pero así como una liturgia que olvida dirigir la mirada a Dios es, como tal, casi insignificante, de igual modo una teología que ya no está animada por la fe, deja de ser teología; acaba por

reducirse a una serie de disciplinas más o menos relacionadas entre sí. En cambio, donde se practica una “teología de rodillas”, como pedía Hans Urs von Balthasar (cf. *Theologie und Heiligkeit*, Aufsatz von 1948, en: *Verbum Caro*. Schriften zur Theologie I, Einsiedeln 1960, 195-224), no faltará la fecundidad para la Iglesia en Austria y también más allá.

Esta fecundidad se muestra en el apoyo y en la formación de personas que han recibido una llamada espiritual. Para que hoy una llamada al sacerdocio o al estado religioso pueda sostenerse fielmente durante toda la vida, hace falta una formación que integre fe y razón, corazón y mente, vida y pensamiento. Una vida en el seguimiento de Cristo necesita la integración de toda la personalidad. Donde se descuida la dimensión intelectual, nace muy fácilmente una forma de infatuación piadosa que vive casi exclusivamente de emociones y de estados de ánimo que no pueden sostenerse durante toda la vida. Y donde se descuida la dimensión espiritual, se crea un racionalismo enrarecido que, a causa de su frialdad y de su desapego, ya no puede desembocar en una entrega entusiasta de sí a Dios.

Una vida en el seguimiento de Cristo no se puede fundar en esos criterios unilaterales; con entregas a medias, una persona quedaría insatisfecha y, en consecuencia, quizá también espiritualmente estéril. Toda llamada a la vida religiosa o al sacer-

docio es un tesoro tan precioso, que los responsables deben hacer todo lo posible a fin de encontrar los caminos de formación idóneos para promover en unidad *fides et ratio*, la fe y la razón, el corazón y la mente.

Como acabamos de escuchar, san Leopoldo de Austria, siguiendo el consejo de su hijo, el beato obispo Otón de Freising, que fue mi predecesor en la sede episcopal de Freising (en Freising se celebra hoy su fiesta), fundó en 1133 vuestra abadía, dándole el nombre de “Unsere Liebe Frau zum Heiligen Kreuz” (Nuestra Señora de la Santa Cruz). Este monasterio no sólo tradicionalmente está dedicado a la Virgen -como todos los monasterios cistercienses-, sino que aquí arde el fuego mariano de san Bernardo de Claraval. San Bernardo, que entró en el monasterio junto con treinta compañeros, es una especie de patrono de las llamadas espirituales. Si ejercía un ascendiente tan entusiasta y alentador en muchos jóvenes de su tiempo llamados por Dios, era quizá porque estaba animado por una particular devoción mariana. Donde está María, allí está la imagen primigenia de la entrega total y del seguimiento de Cristo. Donde está María, allí está el viento de Pentecostés del Espíritu Santo, allí está el inicio y una renovación auténtica.

Desde este lugar mariano en la *via sacra* deseo a todos los lugares espirituales en Austria fecundidad y capacidad de irradiación. Antes de partir,

quiero pedir una vez más a la Madre de Dios, como hice ya en Mariazell, que interceda por toda Austria. Con palabras de san Bernardo, invito a cada uno a hacerse confiadamente “niño” ante María, como lo hizo el mismo Hijo de Dios. San Bernardo dice, y nosotros decimos con él: “Mira la estrella, invoca a María. (...) En los peligros, en las angustias, en las incertidumbres, piensa en María, invoca a María. Que su nombre no se aleje de tu boca, que no se aleje de tu corazón. (...) Siguiéndola, no te pierdes; invocándola, no te desesperas; pensando en ella, no te equivocas. Si ella te tiene de la mano, no caes; si ella te protege, no temes; si ella te guía, no te cansas; si ella te concede su favor, llegas a tu meta” (*In laudibus Virginis Matris*, Homilía 2, 17).

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los colaboradores voluntarios de los
organismos de ayuda*

Domingo, 9 de septiembre de 2007

Honorable señor presidente federal; reverendísimo monseñor arzobispo Kothgasser; queridos colaboradores y colaboradoras voluntarios y honorarios de los diversos organismos de ayuda de Austria; ilustres señoras y señores; y, sobre todo, queridos jóvenes amigos:

He esperado con particular alegría este encuentro con vosotros, que se realiza al final de mi visita a Austria.

Y, naturalmente, se suma también la alegría de haber podido escuchar no sólo una admirable interpretación de Mozart, sino inesperadamente también a los Niños cantores de Viena. Os doy las gracias de todo corazón. Es hermoso encontrarse con personas que, en nuestra sociedad, tratan de dar un rostro al mensaje del Evangelio; ver personas, ancianas y jóvenes, que hacen experimentar de forma concreta en la Iglesia y en la sociedad el amor que nos debe conquistar a los cristianos: el amor de Dios es lo que nos hace reconocer en el otro al prójimo, al hermano o a la hermana.

Expreso mi gratitud y mi admiración por el generoso compromiso de tantas personas de diferentes edades en el voluntariado en este país; a todos vosotros y a los que desempeñan de forma gratuita un encargo en Austria quisiera expresarles hoy mi particular reconocimiento. Le doy las gracias de corazón a usted, estimado señor presidente; a usted, querido arzobispo de Salzburgo; y, sobre todo, a vosotros, jóvenes representantes de los voluntarios de Austria, por las hermosas y profundas palabras que me habéis dirigido.

Gracias a Dios, para muchos es una cuestión de honor comprometerse voluntariamente en favor de los demás, de una asociación, de una unión o de determinadas situaciones de bien común. Ese compromiso significa ante todo una ocasión para formar la personalidad y para insertarse en la vida

social con una contribución activa y responsable. Sin embargo, la disponibilidad a una actividad de voluntariado se basa a veces en muchas y diversas motivaciones. A menudo en el origen, existe simplemente el deseo de hacer algo que tenga sentido y sea útil, y de abrir nuevos campos de experiencia. Naturalmente, de esa forma los jóvenes también buscan, con razón, la alegría y actividades gratificantes, una experiencia de auténtica camaradería en una actividad común llena de sentido. Con frecuencia, las ideas y las iniciativas personales van acompañadas de un amor efectivo al prójimo; así, la persona se integra en una comunidad que lo sostiene.

En este momento, quiero expresar mi gratitud más sincera por la marcada “cultura del voluntariado” en Austria. Quiero dar las gracias a todas las mujeres, a todos los hombres, a todos los jóvenes y a todos los niños. En efecto, a menudo, es notable el compromiso de los niños en el voluntariado; basta pensar sólo en la acción de los “Cantores de la estrella” durante el tiempo navideño. Usted, querido arzobispo, ya lo ha mencionado. Sobre todo, quisiera dar las gracias también por los servicios pequeños y grandes, y por los esfuerzos que no siempre llaman la atención.

Muchas gracias, y que Dios os recompense por vuestra contribución a la edificación de una “civilización del amor”, que se pone al servicio de todos y construye la patria. El amor al prójimo

mo no se puede delegar; el Estado y la política, con la solicitud, por lo demás necesaria, por la situación social -como usted, señor presidente, ha afirmado-, no pueden sustituirlo. El amor al prójimo requiere siempre el compromiso personal y voluntario, para el cual ciertamente el Estado puede y debe crear condiciones generales favorables. Gracias a este compromiso, la ayuda mantiene su dimensión humana y no se despersonaliza. Y precisamente por eso vosotros, los voluntarios, no sois “tapagujeros” en la red social, sino personas que de verdad contribuyen a dar un rostro humano y cristiano a nuestra sociedad.

Precisamente los jóvenes desean que su capacidad y sus talentos sean “suscitados y descubiertos”. Los voluntarios quieren ser interpelados personalmente: “Te necesito”, “tú eres capaz”. ¡Cuánto bien nos hace una petición de este tipo! Precisamente en su sencillez humana, nos remite de modo indirecto al Dios que nos ha querido a cada uno de nosotros y que a cada uno ha dado su tarea personal, más aún, que necesita de cada uno de nosotros y espera nuestro compromiso.

Así, Jesús ha llamado a los hombres y les ha dado la valentía para llevar a cabo cosas grandes, que por sí mismos no se sentirían capaces de hacer. Dejarse llamar, decidirse y después emprender un camino sin la acostumbrada pregunta sobre la utilidad y los beneficios: esta actitud dejará huellas sanadoras. Los

santos han indicado este camino con su vida. Es un camino interesante y apasionante, un camino generoso y muy actual. El “sí” a un compromiso de voluntariado y solidaridad es una decisión que nos hace libres y nos abre a las necesidades de los demás; a las exigencias de la justicia, de la defensa de la vida y de la salvaguardia de la creación. En los compromisos de voluntariado, entra en juego la dimensión clave de la imagen cristiana de Dios y del hombre: el amor a Dios y el amor al prójimo.

Queridos voluntarios, señoras y señores, comprometerse en el voluntariado constituye un eco de la gratitud y es la transmisión del amor recibido. “*Deus vult condiligentes*”, “Dios quiere personas que amen con él”, afirmó el teólogo Duns Escoto en el siglo XIV (*Opus Oxoniense* III, d. 32, q. 1, n. 6). Visto así, el compromiso gratuito tiene mucho que ver con la gracia. Una cultura que quiere contabilizarlo todo y pagarlo todo, que sitúa la relación entre los hombres en una especie de corsé de derechos y deberes, experimenta gracias a las innumerables personas comprometidas gratuitamente que la vida misma es un don inmerecido.

Aunque las motivaciones y también los caminos del compromiso del voluntariado puedan ser diversos, múltiples e incluso contradictorios, en resumidas cuentas todos se basan en la profunda comunión que brota de la “gratuidad”. Hemos recibido gratuitamente de nuestro Creador la vida;

hemos sido liberados gratuitamente del callejón sin salida del pecado y del mal; nos ha sido dado gratuitamente el Espíritu, con sus múltiples dones. En mi encíclica escribí: “El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos” (*Deus caritas est*, 31). “Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Es gracia” (*ib.*, 35). Transmitamos gratuitamente, con nuestro compromiso, con nuestra actividad de voluntariado, lo que hemos recibido. Esta lógica de la gratuidad está por encima del simple deber y poder moral.

Sin el compromiso del voluntariado, el bien común y la sociedad no podían, no pueden y no podrán perdurar. La disponibilidad espontánea vive y se demuestra más allá del cálculo y de la compensación esperada; rompe las reglas de la economía de mercado. En efecto, el hombre es mucho más que un simple factor económico, que se valora según criterios económicos. El progreso y la dignidad de una sociedad dependen siempre precisamente de las personas que hacen más de lo que constituye su deber estricto.

Señoras y señores, el compromiso del voluntariado es un servicio a la dignidad del hombre, que se fundamenta en el hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. San Ireneo de Lyon, en el siglo II, dijo: “La gloria de Dios es el hombre que vive, y la

vida del hombre es la visión de Dios” (*Adversus haereses* IV, 20, 7). Y Nicolás de Cusa, en su obra sobre la visión de Dios, desarrolló este pensamiento así: “Puesto que el ojo está allí donde se encuentra el amor, siento que tú me amas. (...) Tu mirar, Señor, es amar. (...) Al mirarme, tú, Dios escondido, me permites descubrirte. (...) Tu mirar vivifica. (...) Tu mirar significa obrar” (*De visione Dei, Die Gottesschau*, en: *Philosophisch-Theologische Schriften*, hg. und eingef. von Leo Gabriel, übersetzt von Dietlind und Wilhelm Dupré, Viena 1967, Bd. III, 105-111). La mirada de Dios, la mirada de Jesús, nos trasmite el amor de Dios. Hay miradas que pueden caer en el vacío o incluso despreciar. Y miradas que pueden conferir aprecio y expresar amor. Las personas comprometidas gratuitamente confieren aprecio al prójimo, recuerdan la dignidad del hombre y suscitan alegría de vida y esperanza. Los exponentes del voluntariado son custodios y abogados de los derechos del hombre y de su dignidad.

Con la mirada de Jesús va unida también otra forma de mirar. “Lo vio y dio un rodeo”, se lee en el evangelio acerca del sacerdote y del levita que ven al hombre medio muerto a la vera del camino, pero no intervienen (cf. *Lc* 10, 31-32). Hay quien ve y finge no ver; tiene la necesidad ante los ojos y, sin embargo, permanece indiferente; esto forma parte de las corrientes frías de nuestro tiempo. En la mirada de los demás, precisamente en la mirada de

quien necesita nuestra ayuda, experimentamos la exigencia concreta del amor cristiano.

Jesucristo no nos enseña una mística “de ojos cerrados”, sino una mística “de mirada abierta”, es decir, del deber absoluto de percibir la condición de los demás, la situación en la que se encuentra el hombre que, según el evangelio, es nuestro prójimo. La mirada de Jesús, la escuela de los ojos de Jesús, nos lleva a una cercanía humana, a la solidaridad, a compartir nuestro tiempo, a compartir nuestras cualidades y también nuestros bienes materiales. Por eso, “cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por el hecho de que no se limitan a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento -también esto es importante-, sino por su dedicación al otro con atenciones que brotan del corazón. (...) Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (*Deus caritas est*, 31). Sí, “tengo que llegar a ser una persona que ama, una persona de corazón abierto, que se conmueve ante la necesidad del otro. Entonces encontraré a mi prójimo, o mejor dicho, será él quien me encuentre” (Joseph Ratzinger, *Benedicto XVI, Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 238).

Por último, el mandamiento del amor a Dios y al prójimo (cf. *Mt* 22, 37-40; *Lc* 10, 27) nos recuerda que es a Dios mismo, mediante el amor al prójimo, a quien los cristianos honramos.

El arzobispo Kothgasser ha citado ya las palabras de Jesús: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt* 25, 40). Si en el hombre concreto que encontramos está presente Jesús, entonces la actividad gratuita puede convertirse en una experiencia de Dios. La participación en las situaciones y en las necesidades de los hombres lleva a un “nuevo” estar juntos y actúa “dando sentido”. Así, el servicio gratuito puede ayudar a sacar a las personas del aislamiento e integrarlas en la comunidad.

Por último, quisiera recordar la fuerza y la importancia de la oración para quienes están comprometidos en la actividad caritativa. La oración a Dios es camino para salir de la ideología o de la resignación ante la magnitud de la necesidad. “Los cristianos, a pesar de todas las incomprendiones y confusiones del mundo que les rodea, siguen creyendo en la “bondad de Dios y su amor al hombre” (*Tt* 3, 4). Aunque estén inmersos, como los demás hombres, en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros” (*Deus caritas est*, 38).

Queridos colaboradores voluntarios y honorarios de las obras de ayuda en Austria, señoras y señores, cuando uno no sólo cumple su deber en la profesión o en la familia -y para cumplirlo bien se requiere ya mucha fuerza y un gran

amor-, sino que también se compromete en favor de los demás, poniendo su valioso tiempo libre al servicio del hombre y de su dignidad, su corazón se dilata. Los voluntarios no comprenden de modo estrecho el concepto de prójimo; reconocen también en el “lejano” al prójimo que es aceptado por Dios y al que, con nuestra ayuda, debe llegar la obra de redención realizada por Cristo. El otro, el prójimo en el sentido del Evangelio, se convierte para nosotros en un interlocutor privilegiado ante las presiones y las constricciones del mundo en el que vivimos. Quien respeta la “prioridad del prójimo” vive y actúa según el Evangelio y participa también en la misión de la Iglesia, que siempre mira a todo el hombre y quiere hacerle sentir el amor de Dios.

Queridos voluntarios, la Iglesia sostiene plenamente vuestro servicio. Estoy convencido de que, también en el futuro, los voluntarios de Austria serán fuente de grandes bendiciones; os acompaño a todos con mi oración. Imploro para todos la alegría del Señor (cf. *Ne* 8, 10), que es nuestra fortaleza. Que Dios esté siempre cerca de vosotros y os guíe continuamente con la ayuda de su gracia.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de despedida*

*Aeropuerto de Viena. Domingo 9 de
septiembre de 2007*

Honorable señor presidente federal:

Al despedirme de Austria, al final de mi peregrinación con ocasión del 850° aniversario del santuario nacional de Mariazell, repaso mentalmente con corazón agradecido estas jornadas ricas de experiencias. Siento que este país tan hermoso y sus habitantes han llegado a ser para mí aún más familiares.

Doy las gracias de corazón a mis hermanos en el episcopado y al Gobierno, así como a todos los responsables de la vida pública y, no por último, a los numerosos voluntarios que han contribuido al éxito de la organización de esta visita. Deseo a todos una abundante participación en la gracia que nos ha sido concedida durante estos días. En particular a usted, honorable señor presidente federal, le expreso con afecto mi agradecimiento personal por las palabras que me ha dirigido en esta despedida, por haberme acompañado durante la peregrinación y por todas sus atenciones. Muchas gracias.

He podido experimentar nuevamente Mariazell como un lugar particular de gracia, un lugar que durante estos días nos ha atraído a todos hacia sí y nos ha fortalecido interiormente para proseguir nuestro camino. El gran número de personas que participaron con nosotros en la fiesta junto a la basílica, en la ciudad y en toda Austria, nos debe animar a mirar con María a Cristo y a afrontar llenos de confianza el camino hacia el futuro. ¡Qué bien

que el viento y el mal tiempo no han podido detenernos, sino que, en el fondo, han aumentado ulteriormente nuestra alegría!

Ya al inicio, con la oración común en la plaza *Am Hof*, nos reunimos superando los confines nacionales y comprobamos la generosa hospitalidad de Austria, que es una de las grandes cualidades de este país.

¡Ojalá que la búsqueda de una comprensión recíproca y la formación creativa de caminos siempre nuevos para favorecer la confianza entre los hombres y los pueblos sigan inspirando la política nacional e internacional de este país! Viena, según el espíritu de su experiencia histórica y de su posición en el centro vivo de Europa, puede contribuir a ello, favoreciendo consiguientemente la penetración de los valores tradicionales del continente, impregnados de fe cristiana, en las instituciones europeas y en el ámbito de la promoción de las relaciones internacionales, interculturales e interreligiosas.

En la peregrinación de nuestra vida de vez en cuando nos detenemos, agradecidos por el camino recorrido; y, con vistas al camino que aún tenemos por delante, esperamos y rezamos. También yo hice una etapa de este tipo en la abadía de Heiligenkreuz. La tradición cultivada allí por los monjes cistercienses nos hace remontarnos a nuestras raíces, cuya fuerza y belleza provienen, en el fondo, de Dios mismo.

Hoy pude celebrar con vosotros el domingo, el día del Señor -en representación de todas las parroquias de Austria-, en la catedral de San Esteban. Así, en esta ocasión, me uní de modo particular a los fieles de todas las parroquias de Austria.

Por último, para mí un momento conmovedor fue el encuentro con los voluntarios de las organizaciones de ayuda, que en Austria son tan numerosas y variadas. Los miles de voluntarios con quienes me encontré representan a los miles y miles de compañeros que, en todo el país, con su disponibilidad a ayudar, muestran los rasgos más nobles del hombre y hacen reconocible a los creyentes el amor de Cristo.

La gratitud y la alegría colman en este momento mi corazón. A todos vosotros, que habéis seguido estas jornadas, que os habéis esforzado y trabajado tanto para que el denso programa pudiera desarrollarse sin dificultades, que habéis participado en la peregrinación y en las celebraciones con todo el corazón, va una vez más mi agradecimiento más sincero.

Al despedirme, encomiendo el presente y el futuro de este país a la intercesión de la Madre de la Gracia de Mariazell, la *Magna Mater Austriae*, y a todos los santos y beatos de Austria. Juntamente con ellos queremos *mirar a Cristo*, nuestra vida y nuestra esperanza. Con sincero afecto os digo a vosotros y a todos un cordialísimo “Dios os lo pague”.

SANTA SEDE**SECRETARÍA DE ESTADO****Discurso del cardenal Bertone a los obispos de Perú
durante su visita oficial en nombre del Papa tras el terremoto**

Señor cardenal;
queridos hermanos obispos:

Antes de iniciar mi discurso, deseo recordar a las víctimas, a los heridos y a cuantos se encuentran en situaciones de gran dificultad por el terremoto que recientemente ha afectado a su país. Sé que ha causado ingentes daños y que muchas familias se encuentran en condiciones muy precarias. El Santo Padre, que ya desde las primeras noticias llegadas a Castelgandolfo ha seguido continuamente el desarrollo de la situación, me ha pedido expresamente que me haga intérprete de sus sentimientos de espiritual y material solidaridad. A ustedes, queridos pastores de una porción del rebaño del Señor tan duramente probado, el Sucesor de Pedro manifiesta su cordial cercanía para que, a su vez, ustedes la transmitan a todos los que sufren en este momento, invitándoles a confiar siempre en el Señor. Dios, también cuando nos prueba, nunca deja de manifestarnos su amor, así como su paternal y amorosa providencia.

Les agradezco de corazón su cordial acogida; con afecto les saludo a todos. Con gran alegría he querido correspon-

der a la invitación que se me hizo para transcurrir algunos días en su hermoso país, y vengo movido por el deseo de poder conocer aún mejor su realidad espiritual y social. En los próximos días tendré ocasión de participar en acontecimientos litúrgicos de gran relevancia eclesial como son el Congreso eucarístico nacional y la ordenación episcopal de don Gaetano Galbusera. Además, podré visitar las obras humanitarias que se realizan gracias a la colaboración de voluntarios de otros países, de modo particular italianos, los cuales vienen a ofrecer su profesionalidad al servicio de las comunidades locales en el ámbito de la operación Mato Grosso, impulsada por mis hermanos salesianos.

Agradezco al Señor la posibilidad que me ofrece hoy de reunirme con ustedes, queridos hermanos en el episcopado, responsables del pueblo de Dios que vive y trabaja en esta región del continente latinoamericano. A cada uno de ustedes manifiesto mis más sinceros sentimientos de fraternidad; sobre todo me hago intérprete de los sentimientos del Santo Padre. Hace algunos días, al recibirme para informarlo de mi viaje al Perú, me encargó transmitirles a ustedes su afec-

tuoso saludo y su cercanía espiritual, así como a sus comunidades. Él conoce bien la situación de la Iglesia en el Perú y les anima, pastores de esta escogida porción del rebaño del Señor, a continuar con entusiasmo en su misión al servicio del Evangelio, esforzándose por ser guías firmes y padres afectuosos de las comunidades confiadas a sus cuidados, custodios de la doctrina y promotores incansables de obras de justicia y caridad. Su Santidad les apoya siempre y les acompaña con la oración, y les recuerda especialmente en la celebración cotidiana de la santa misa. Él sigue con particular atención la vida de la Iglesia en el continente latinoamericano donde vive una gran parte de los católicos, con una importante presencia de jóvenes.

La visita que realizó al Brasil el pasado mes de mayo, durante la que inauguró la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, ha dejado un eco profundo en su corazón. Hace dos meses precisamente, y mirando con esperanza a sus Iglesias jóvenes y prometedoras, ha escrito una carta a los hermanos en el episcopado de América Latina y el Caribe, con la que aprobaba la publicación del Documento final, que recoge las reflexiones y las directrices prácticas fruto del encuentro de Aparecida. Yo también tuve la dicha de poder participar en la sesión inaugural de dicha Conferencia general, lo que representó una experiencia extraordinariamente útil para mí. Ya de vuelta en el Vaticano, he seguido con interés los trabajos de la Asamblea a través de las informaciones de la Comisión

pontificia para América Latina, las relaciones del nuncio apostólico y las noticias de los medios de comunicación. Después he leído con atención el documento que se ha elaborado; un texto programático, que mira al futuro de la Iglesia, y deja traslucir claramente una preocupación compartida, la de que todos los miembros de la Iglesia se sientan llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo. En efecto, éste fue precisamente el tema del encuentro de Aparecida: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida. “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6)”. Partiendo del impulso profético del concilio Vaticano II y en “continuidad creativa” con las anteriores Conferencias de Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), el Episcopado latinoamericano en su conjunto ha querido trazar unas líneas comunes para dar un renovado impulso a la nueva evangelización en cada región del continente. Se trata ciertamente de un gran desafío pastoral, que llama a cada bautizado a dar un testimonio coherente de la propia fe, así como de la propia pertenencia al único pueblo de Dios. Esto presupone, como condición indispensable, una permanente conversión interior a Cristo, un encuentro personal y comunitario con él, único Redentor nuestro.

En verdad, el Documento final de Aparecida va dirigido en primer lugar a suscitar en los cristianos una renovada fidelidad a Cristo, con el objetivo de promover y apoyar una vasta “misión” continental. En efecto, es indispensable

que cada creyente acoja personalmente a Cristo, que ha venido al mundo para que los hombres “tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). ¡Que Cristo, sólo Cristo, sea pues el corazón y el centro de la tan deseada y auténtica renovación pastoral y misionera de la Iglesia en América Latina! Con razón este importante texto programático, que traza las líneas pastorales para los próximos diez años en América Latina, presenta ante todo una amplia visión cristológica, que parte de una profunda reflexión sobre la vida de Cristo, el Hijo unigénito que ha recibido del Padre la misión de ser Sumo Sacerdote, Maestro y Pastor. La Iglesia, consciente de la promesa de su Esposo y Señor: “He aquí que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20), desde el día de Pentecostés no deja de cumplir su misión entre los pueblos, fiel a sus enseñanzas y dócil a la acción de su Espíritu, el Espíritu de la verdad y del amor.

Queridos hermanos en el episcopado, este impulso de una renovada evangelización debe tener en cuenta los grandes desafíos que caracterizan el mundo moderno y que afectan también a su país. Aquí me limitaré tan sólo a señalar algunos de ellos: por ejemplo, la tendencia a la globalización, que es una característica del mundo contemporáneo. Este complejo fenómeno afecta al campo de la economía con vastas repercusiones sociales, pero afecta también al ámbito cultural donde los medios de comunicación social “imponen nuevas escalas de valores por doquier, a menudo arbitrarias y en

el fondo materialistas, frente a las cuales es muy difícil mantener viva la adhesión a los valores del Evangelio” (cf. «Ecclesia in America», 20). Está luego la creciente tendencia a la urbanización, que establece nuevas fronteras a la acción pastoral de la Iglesia, ya que ella tiene que hacer frente al desarraigo cultural de la gente, al deterioro de las costumbres familiares, al alejamiento de las propias tradiciones religiosas, lo que frecuentemente conlleva la pérdida de la fe, privada de aquellas manifestaciones que contribuyen a sustentarla. Y también la corrupción, un grave problema que se debe considerar con atención porque “favorece la impunidad y el enriquecimiento ilícito, la falta de confianza con respecto a las instituciones políticas, sobre todo en la administración de la justicia y en la inversión pública, no siempre clara, igual y eficaz para todos” (ib., 23). Una seria amenaza para las estructuras sociales de los países latinoamericanos es el comercio y el consumo de sustancias estupefacientes. Se advierte además una seria preocupación por la ecología, el respeto y la conservación de la creación. A este propósito se debe pensar en la devastación de la selva amazónica, inmenso territorio que, junto con las demás naciones, afecta también al Perú. Y, además, la crisis de la familia, contagiada por modas culturales de Occidente, los jóvenes que han de enfrentarse a no pocas dificultades para construir su futuro debido a la crisis del trabajo, la desigualdad entre grupos sociales, el peligro de la violencia, la aparición de sociedades en que los poderosos se enseñorean, marginando y hasta elimi-

nando a los débiles. Me refiero aquí “a los niños no nacidos, víctimas indefensas del aborto; a los ancianos y enfermos incurables, objeto a veces de la eutanasia; y a tantos otros seres humanos marginados por el consumismo y el materialismo” (ib., 63). Sé también que en su país la actividad de las sectas y nuevos grupos religiosos constituye un grave obstáculo para la evangelización. A este respecto, el venerado Papa Juan Pablo II, en la citada exhortación post-sinodal *Ecclesia in America*, del 12 de enero de 1999, afirmaba: “A nadie se le oculta la urgencia de una acción evangelizadora apropiada en relación con aquellos sectores del pueblo de Dios que están más expuestos al proselitismo de las sectas” (n. 73).

No quiero extenderme en un análisis de la situación, que por lo demás la reciente Conferencia general del Episcopado latinoamericano ha desarrollado ampliamente. Sin embargo, se puede observar cómo a veces un difuso secularismo cerrado a la trascendencia parece transformar nuestro mundo en un desierto “grande y espantoso” (Dt 8, 15), donde se reduce, hasta casi desaparecer, el espacio entre las personas para la atención a las necesidades espirituales y hasta materiales. En otras palabras, la humanidad parece rechazar el proyecto de Dios para construir con sus propias manos un mundo sin, o incluso, contra Dios. Los efectos de esta dramática opción saltan a la vista. Es como si el hombre rechazara “el pan” de Dios para llenarse con otro alimento, que nos recuerda aquel del que Jesús habla en el Evangelio: “Éste es el

pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron” (Jn 6, 58). La verdad es que solamente la Iglesia, tanto hoy como hace 2000 años, puede ofrecer a los hombres el pan de la salvación; sólo la Iglesia es portadora de un proyecto de salvación que no es simplemente humano. La Iglesia anuncia y ofrece a Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, Redentor del hombre y de todo el hombre. En la larga controversia con los judíos en la sinagoga de Cafarnaúm, después de la multiplicación de los panes, Jesús afirma: “Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6, 48-51). Al final de esta larga disputa, con un tono incluso hasta dramático, y cuando no pocos discípulos lo abandonan porque su lenguaje es “duro”, el evangelista narra la profesión de fe de Pedro. A la provocación que Jesús dirige a los Doce: “¿Quieren marcharse también ustedes?”, este apóstol contesta: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6, 67-69). Las palabras de Jesús y la respuesta de Pedro nos permiten entender que la adhesión a Cristo exige siempre una elección, elección a veces dramática pero indispensable. Esta página del evangelio nos presenta efectivamente una escisión entre los discípulos del Señor: algunos

se van; otros, en cambio, permanecen y siguen con él. La Iglesia es estar en “compañía” de Cristo: ella no se puede entender a sí misma si no es a partir de Cristo, con el que está íntimamente unida. La Eucaristía es icono y realidad de esa íntima unión entre la Cabeza y el Cuerpo.

El Papa Juan Pablo II, en su última encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*, escribía: “La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Esta experimenta con alegría, de múltiples formas, cómo se realiza continuamente la promesa del Señor: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20); pero en la sagrada Eucaristía, por la conversión del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única (...). Con razón proclamó el concilio Vaticano II que el sacrificio eucarístico es “fuente y cima de toda la vida cristiana” (*Lumen gentium*, 11)... Por tanto, la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor” (n. 1). Toda comunidad cristiana crece alrededor de la Eucaristía y experimenta su acción eficaz y santificadora, especialmente cuando se reúne en el día del Señor, el domingo, Pascua semanal. Parece oportuno subrayar aquí que, desde los primeros tiempos de la Iglesia, los pastores han recordado continuamente a los fieles la importancia de santificar el día del Señor, así como

la necesidad de participar en la asamblea litúrgica. “Déjenlo todo en el día del Señor y corran con diligencia a su asamblea, porque se trata de vuestra alabanza a Dios. De otro modo, ¿qué justificación tendrán ante Dios los que no se reúnen en el día del Señor para escuchar la palabra de vida y nutrirse con el alimento divino que es eterno?” (*Doctrina de los Apóstoles*, II, 59, 23). El llamado de los pastores ha encontrado generalmente la adhesión convencida y cordial de los fieles que, en muchas situaciones de peligro, afrontaron incluso la persecución con verdadero heroísmo. Baste recordar, entre otros muchos, a aquellos cristianos que, en tiempos del emperador Diocleciano, desafiaron el edicto imperial que prohibía las asambleas cristianas y aceptaron la muerte con tal de no faltar a la Eucaristía dominical. Es célebre la respuesta que una mártir de Abitina, en África proconsular, dio delante de sus acusadores: “Nosotros no podemos estar sin la cena del Señor. (...) Sí, he ido con mis hermanos a la asamblea y a la cena del Señor porque soy cristiana” (*Acta SS. Saturnini, Dativi et aliorum plurimorum martyrum in Africa*, 9, 10).

Habría que preguntarse si hoy nuestras comunidades viven con la misma intensidad el sentido de la celebración eucarística dominical. Frecuentemente se advierte la exigencia pastoral de recordar la conciencia gozosa de una celebración sin la cual se debilita la identidad cristiana. Y esto no deja de suponer un compromiso nuevo por parte de todos, empezando por los presbíteros, para ha-

cer que las celebraciones de la Eucaristía sean cada vez más transparencia fiel de aquel misterio de la fe en que “anunciamos la muerte del Señor, proclamamos su resurrección, esperando su venida”. Esto conlleva que se preste atención a la acogida cordial de las personas en las iglesias, al cuidado y la belleza del canto sagrado, a la valorización de los gestos litúrgicos y de la oración de los fieles. A los sacerdotes, en particular, se les pide que cuiden el arte de la celebración con religiosa dignidad, y una catequesis más profunda sobre el misterio eucarístico, incluso con la preparación atenta de la homilía dominical. En la misma encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, Juan Pablo II exhorta a toda la Iglesia a vivir un verdadero y real “asombro eucarístico”. Todos tenemos una gran necesidad de este asombro. El asombro ante el don de Dios, que se ofrece a sí mismo por la vida del mundo. Un don del que somos no solamente destinatarios maravillados y felices, sino en el que también estamos implicados para convertirnos en sus testigos por los caminos de nuestro mundo. Hacer esta experiencia en la misa dominical significa experimentar la comunión que nos une a todos íntimamente con Jesucristo y alimentar en nosotros el deseo de la misión, para que el mundo crea y pueda compartir con nosotros la alegría de la salvación.

Pero esto exige por parte de todos conversión y renovación. Si la misión es parte esencial de la Eucaristía y si la Eucaristía es vivida en su “verdad”, quien participa en la misa tiene que salir de la iglesia

con una renovada pasión misionera. En mi primera carta pastoral como arzobispo de Génova, retomando una expresión de mi predecesor, el cardenal Dionigi Tettamanzi, actualmente pastor de la gran arquidiócesis de Milán, escribí que el entusiasmo y la eficacia del “podéis ir”, o sea de la misión, son directamente proporcionales a la “calidad” personal de la misa, a la intensidad de la participación espiritual y litúrgica con que los fieles individualmente y las comunidades cristianas celebran la Eucaristía. Está claro, pues, que para una participación fructuosa en la celebración eucarística dominical se requiere una intimidad cada vez más profunda con la palabra de Dios, la cual constituye un momento insustituible de la celebración. En efecto, en la asamblea eucarística el encuentro con el Señor resucitado tiene lugar a través de la doble participación en la mesa de la Palabra y del Pan de vida. La escucha de la Palabra es la que introduce a la comprensión del misterio del Pan de vida y, más profundamente, a la comprensión de la historia de la salvación que el mismo Jesús, resucitado de la muerte, concedió a sus discípulos. No se debe olvidar que es él quien habla cuando en la Iglesia se escucha y se lee la sagrada Escritura. De aquí se deriva un serio empeño para una escucha atenta de la Palabra y una educación para comprenderla y vivirla de manera cada vez más profunda.

Volviendo de nuevo al documento de Aparecida, me parece que en él se subraya bien la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia, al mismo tiempo que

indica oportunamente cómo la dimensión eucarística es el elemento central en la misión de cada comunidad eclesial en todo el continente americano. Eucaristía, celebración y misión son tres objetivos unidos entre sí, y especialmente concretos para una acción evangelizadora que quiera poner en el centro de todo proyecto a Cristo, realmente presente en el Sacramento del altar. La celebración del Congreso eucarístico nacional de estos días será ciertamente una ocasión propicia para la Iglesia que está en el Perú, para reafirmar esta fe en Cristo Eucaristía, centro y cumbre de la vida de cada creyente y de todo el pueblo de Dios. También será una oportunidad para consolidar la comunión entre todos sus miembros, pastores, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, fieles, familias. En efecto, la Eucaristía es el sacramento de la unidad. Como dijo el Santo Padre, Benedicto XVI, hace dos años, en la homilía para la clausura del Congreso eucarístico italiano: “Aquí tocamos una dimensión ulterior de la Eucaristía (...). El Cristo que encontramos en el Sacramento es el mismo aquí, en Bari, y en Roma; en Europa y en América, en África, en Asia y en Oceanía. El único y el mismo Cristo está presente en el pan eucarístico de todos los lugares de la tierra. Esto significa que sólo podemos encontrarlo junto con todos los demás. Sólo podemos recibirlo en la unidad. (...) Escribiendo a los Corintios san Pablo afirma: “El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan” (1 Co 10, 17). La consecuencia es clara: no podemos comulgar

con el Señor si no comulgamos entre nosotros. Si queremos presentarnos ante él, también debemos ponernos en camino para ir al encuentro unos de otros. Por eso, es necesario aprender la gran lección del perdón: no dejar que se insinúe en el corazón la polilla del resentimiento, sino abrir el corazón a la magnanimidad de la escucha del otro, abrir el corazón a la comprensión, a la posible aceptación de sus disculpas y al generoso ofrecimiento de las propias. La Eucaristía -repiteámoslo- es sacramento de la unidad” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de junio de 2005, p. 7). Y de nuevo, en la homilía de la fiesta del Corpus Christi del año pasado afirmó: “La Iglesia primitiva también encontró en el pan otro simbolismo. La “Doctrina de los Doce Apóstoles”, un libro escrito en torno al año 100, refiere en sus oraciones la afirmación: “Como este fragmento de pan estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino”. El pan, hecho de muchos granos de trigo, encierra también un acontecimiento de unión: el proceso por el cual muchos granos molidos se convierten en pan es un proceso de unificación. Como nos dice san Pablo, nosotros mismos, que somos muchos, debemos llegar a ser un solo pan, un solo cuerpo. Así, el signo del pan se convierte a la vez en esperanza y tarea” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de junio de 2006, p. 7). Queridos hermanos obispos, que su compromiso sea siempre el de construir la comunión y conservarla, en primer lugar, entre ustedes mismos y luego entre

sus comunidades. En algunos casos, esto exigirá de nosotros, pastores, ánimo y firmeza; otras veces será necesario recurrir a la paciencia y a la indulgencia; siempre tenemos que revestirnos de mansedumbre y de paciencia. Sobre todo tenemos que estar unidos a Cristo y aprender de él, el buen Pastor, a ser buenos pastores del rebaño que él mismo nos confía.

He querido extenderme un poco hablando sobre la Eucaristía porque efectivamente para nosotros los cristianos, tanto en la vida y en la misión de la Iglesia, como también en las vicisitudes del mundo, todo converge y encuentra su sentido más verdadero en el Cristo eucarístico. Por consiguiente, todo el desarrollo de la pastoral ha de estar orientado hacia él y ha de partir de él. Alrededor de Jesús, Pan de vida, herencia de eternidad para cuantos se acercan a él, se realiza la verdadera identidad del pueblo nuevo, aquel que Dios se ha escogido: quien se acerca a esta mesa realiza la Iglesia, la “familia” del Redentor del hombre. Y esta familia tiene que crecer en la conciencia de su propia identidad, de sus propias responsabilidades y de su misión en el mundo a través de una intensa vida litúrgica, sacramental y caritativa. La Iglesia en el Perú, por cuanto he podido conocer, es muy activa en este esfuerzo a través de un constante compromiso de anuncio del Evangelio y catequesis, así como de formación permanente del clero y demás operadores pastorales. La formación, que incluye en primer lugar una educación a la oración personal y litúrgica, es hoy particular-

mente necesaria para que los cristianos estén preparados a fin de responder de modo maduro y consciente al desafío de las sectas. Estos movimientos religiosos, que están tan presentes aquí en América Latina y atraen con su mensaje a muchas personas que pertenecen a vuestras comunidades, parecen en algunos casos tener como objetivo la disgregación del pueblo de Dios, destruyendo y como narcotizando las comunidades, las familias, las sociedades. Es necesario, por tanto, una acción catequética y una educación cristiana que forme un laicado sólido y convencido. Hace falta, además, que la Iglesia no sea percibida como una simple organización humanitaria, sino en su realidad más auténtica, como familia de Dios animada por el amor de Cristo, cuyo objetivo es hacer llegar a cada hombre y mujer de la tierra el mensaje íntegro de la salvación, es decir, la salvación de todo el hombre, cuerpo y alma. Las obras de promoción humana, que son realizadas con gran generosidad, serán entonces el testimonio visible del amor de Cristo, que quiere que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad y experimenten la fuerza renovadora de su Espíritu. No debemos olvidar que nuestra verdadera y definitiva morada es el cielo, como nos ha recordado también la reciente solemnidad de la Asunción de María. Y es al cielo a donde nosotros mismos, y cuantos han sido confiados a nuestros cuidados, estamos destinados.

La Iglesia es una gran familia, a la que Jesús nos llama y nos inserta; a través de

ella nos hace vivir con los dones que él nos ofrece; nos llama a participar en su misión mediante una riqueza de ministerios. Hoy, como ayer, Cristo es plenitud de sentido en un mundo que está buscando su sentido perdido. Más aún, él no sólo da un sentido a la condición humana en su conjunto, sino que ilumina también los problemas concretos de esta condición. Estos problemas, en fin de cuentas, surgen de las relaciones del hombre con el mundo (ambiente, trabajo y progreso), con los otros (alteridad bajo forma de justicia, de amistad, de amor y de caridad), consigo mismo (soledad, sufrimiento, enfermedad, muerte), y con Dios (pecado del hombre y misericordia-salvación a través del Hijo encarnado, Cristo crucificado y resucitado). Quien participa en la Eucaristía, especialmente la dominical, se da cuenta de que, en el momento en que recibe el Cuerpo y la Sangre del Señor, asume toda su humanidad: la sufriente, la abierta a Dios, la que manifiesta el rostro de todos nuestros hermanos. Eso lleva a los cristianos a experimentar que el discípulo de Jesús no sigue a un personaje de la historia pasada, sino al Dios vivo, presente en el hoy y ahora de nuestra historia. Cristo es el Viviente que camina a nuestro lado, revelándonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en nuestras casas y quedándose en ellas, alimentándonos con el Pan que da la vida. Por eso, como decía antes, la Eucaristía es fundamental en la Iglesia y la celebración eucarística dominical tiene que ser el centro de toda vida cristiana.

El encuentro con Cristo en la Eucaristía suscita el compromiso de la evangelización y el impulso a la solidaridad; despierta en el cristiano el fuerte deseo de anunciar el Evangelio y de testimoniarlo en la sociedad para hacerla más justa y humana. De la Eucaristía ha brotado a lo largo de los siglos una inmensa riqueza de caridad, de compartir las dificultades de los demás, de amor y de justicia. Y esto es así porque Cristo revela plenamente el hombre a sí mismo, lo descifra, lo interpreta, lo transfigura. Es bello recordar en este contexto las palabras llenas de amor y sabiduría pronunciadas por el Papa, Pablo VI en su histórica peregrinación a Manila, el 28 de noviembre de 1970: “Jesús es el centro de la historia del mundo. Él es el que nos conoce y quien nos quiere. Él es el compañero y el amigo de nuestra vida... Él es la luz, es la verdad, más bien él es “el camino, la verdad y la vida”... Jesucristo es el principio, el alfa y la omega. Él es el rey del nuevo mundo, él es el secreto de la historia. Él es la clave de nuestro destino”.

Además, el misterio de Cristo que la Iglesia proclama, celebra y vive, se hace visible de un modo privilegiado allí donde una comunidad concreta tiende a la santidad. Como gusta repetir a nuestro Papa, Benedicto XVI, ser santos es en el fondo ser amigos fieles y verdaderos de Cristo, reconocerlo y amarlo de modo concreto en los hermanos. Cada comunidad debería reflejar esta luz de santidad y alegría. Pienso en este momento en la parroquia, aquel conjunto de bautizados que, como un pequeño cosmos, reúne en

cierto modo a todos los miembros de la Iglesia: sacerdotes, religiosos, fieles laicos (familias, niños, jóvenes y ancianos). Es aquí donde nacen y maduran las vocaciones al servicio del reino de Dios. En mi última carta pastoral escrita como arzobispo de Génova señalé: “Si la liturgia, con confiada energía, dice que Dios siembra a manos llenas semillas de vocaciones en el campo de la Iglesia, (cf. Misal Romano), la comunidad parroquial desempeña un papel fundamental para su individuación y para su crecimiento”. En efecto, lo que es de la Iglesia nace en la Iglesia. De esta constatación se pueden sacar importantes consecuencias: si las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada están disminuyendo efectivamente, eso quiere decir que las comunidades parroquiales no están en buenas condiciones de salud. La situación es evidente bajo muchos aspectos; y es por eso que Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal «Pastores dabo vobis», afirma: “Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la responsabilidad de cuidar las vocaciones. El concilio Vaticano II ha sido muy explícito al afirmar que “el deber de fomentar las vocaciones afecta a toda la comunidad cristiana, la cual ha de procurarlas, ante todo, con una vida plenamente cristiana” (*Optatam totius*, 2)” (n. 41).

La comunidad parroquial necesita revitalizar los canales de comunicación que la hacen mediadora entre Cristo, que llama continuamente, y las personas poten-

cialmente llamadas, las cuales a veces podrían no encontrarse demasiado motivadas a causa del régimen de vida mediocre de algunas Iglesias locales. Sé cuánto les preocupan a ustedes, queridos hermanos obispos, las vocaciones y el acompañamiento formativo y espiritual de los candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada. Quisiera recordar aquí algunas líneas esenciales para una mayor fecundidad vocacional de la parroquia según las indicaciones de Juan Pablo II, gran apóstol de la juventud: “Las vocaciones de especial consagración -escribió en el Mensaje para la XXVII Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1990- son una explicitación de la vocación bautismal: ellas se alimentan, crecen y se robustecen mediante un serio y constante cuidado de la vida divina recibida en el bautismo y, usando de todos los medios que favorecen el pleno desarrollo de la vida interior, conducen a opciones de vida enteramente dedicadas a la gloria de Dios y al servicio de los hermanos. Dichos medios son: la escucha de la palabra de Dios, que ilumina también las opciones que hay que adoptar para un seguimiento de Cristo cada vez más radical; la participación activa en los sacramentos, sobre todo, en la Eucaristía, que es el centro insustituible de la vida espiritual, fuente y alimento de todas las vocaciones; el sacramento de la Penitencia, que, favoreciendo la continua conversión del corazón, purifica el camino de adhesión personal al proyecto de Dios y refuerza el vínculo de unión con Cristo; la oración personal, que concede el vivir constantemente en la presencia de Dios, y la oración litúrgica, que incorpo-

ra a todo bautizado en la oración pública de la Iglesia; la dirección espiritual, como medio eficaz para discernir la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento es fuente de maduración espiritual; el amor filial a la santísima Virgen, que constituye un aspecto particularmente significativo en el crecimiento espiritual y vocacional de todo cristiano; por último, el empeño ascético, pues las opciones vocacionales a menudo exigen renunciaciones y sacrificios que sólo una sana y equilibrada pedagogía ascética puede favorecer” (n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 4 de marzo de 1990, p. 1).

Queridos hermanos obispos, llegando al final, quisiera agradecerles su atención. Al dirigirme a ustedes, he tenido muy presente las conclusiones de la Conferencia general de Aparecida, centrándolo todo a partir de la Eucaristía. Igualmente, he querido hacerme intérprete de la constante solicitud de Su Santidad, Benedicto XVI, por las comunidades eclesiales de América Latina. En su nombre quisiera animarles a caminar hacia adelante. “Duc in altum!”. Esta invitación, que

el Papa, Juan Pablo II, lanzó al final del gran jubileo del año 2000, ha sido retomada por su sucesor precisamente al inicio de su ministerio como Pastor de la Iglesia universal.

Queridos hermanos, vayan mar adentro con confianza y entusiasmo. Que no nos turben las dificultades ni nos asusten las pruebas y los sufrimientos. Cristo está vivo y nos acompaña. Esta certeza será para nosotros viático incesante de esperanza y alegría. María, a la que el pueblo peruano se dirige con confianza, invocándola con muchos y bellos títulos, nos sostenga y nos guíe en el camino. Que los santos y santas que veneran como patronos en sus respectivas diócesis protejan su ministerio cotidiano. Entre estos invoco de modo especial la intercesión de santo Toribio de Mogrovejo, segundo obispo de Lima y patrono del Episcopado latinoamericano. Por lo que a mí respecta, les aseguro mi recuerdo en la oración y con afecto renuevo a todos la expresión de mi estima, unida a un cordial estímulo y aliento.

25 de agosto de 2007

Homilía del Cardenal, Tarsicio Bertone, durante la Misa en el encuentro de los Obispos nombrados en los últimos doce meses

Pontificio Ateneo “Regina Apostolorum”.
Martes, 18 de septiembre de 2007

Queridos hermanos en el episcopado:

Reunidos en torno al altar, quiero ante todo saludaros y dar gracias al Señor por el don que, en su misericordiosa bondad, ha querido concederos a cada uno

de vosotros y, a través de vosotros, a la Iglesia al llamaros a ser guías y pastores de su grey. Todo don implica también una responsabilidad; por eso, me uno de buen grado a vosotros para invocar la ayuda del Espíritu Santo a fin de que podáis llevar a cabo la misión que os ha sido encomendada.

En estos días de oración común, de reflexión y de intercambio de experiencias, tenéis la posibilidad de entablar entre vosotros relaciones de conocimiento y amistad recíprocos, y, al mismo tiempo, podéis recibir informaciones y consejos que seguramente os resultarán útiles y oportunos para vuestro ministerio episcopal.

Procedéis de diversos continentes, trayendo en vuestro corazón las expectativas y las esperanzas, así como los desafíos y las preocupaciones, de las comunidades encomendadas a vuestra solicitud pastoral. Todo lo ponemos hoy sobre el altar, como en cada celebración eucarística, para que, escuchando la palabra de Dios y comulgando el Cuerpo y la Sangre de Cristo, podamos recibir la luz interior y el apoyo sobrenatural indispensables para ser, como suele repetir el Santo Padre, Benedicto XVI, “humildes servidores” de la viña del Señor.

Las lecturas que se acaban de proclamar nos ayudan en gran medida a profundizar en el valor y la importancia de nuestra misión.

La primera lectura, tomada de la primera carta de san Pablo a Timoteo, nos

presenta *una lista de las cualidades requeridas* para los que han sido llamados a tareas de responsabilidad en el seno del pueblo de Dios: “obispos” y “diáconos”. Se trata de una lista calcada de un esquema estereotipado del ambiente greco-helenístico, que servía para el retrato del candidato a cargos públicos, y que corresponde al ideal del hombre honrado y apreciado.

Así, tenemos un conjunto de valores humanos, que podemos situar en tres ámbitos fundamentales: el de la madurez o la honradez personal; el de las relaciones sociales; y, por último, el de la responsabilidad pública. En definitiva, se trata de cualidades humanas fundamentales: el “obispo” -advierde el Apóstol- debe ser un hombre honrado, de recto juicio, sociable y apreciado. No se pretende que tenga grandes capacidades administrativas, ni las cualidades propias de un gran líder, ni títulos académicos o de prestigio.

En el texto que la liturgia ofrece a nuestra meditación, san Pablo admite después que el obispo tenga mujer (cf. *1 Tm* 3, 2), y alude explícitamente a una vida conyugal y familiar ejemplar. Sabemos muy bien que la tradición eclesial sucesiva llegó a definir la ley eclesiástica del celibato como uno de los ejes de la disciplina y de la espiritualidad del presbítero y del obispo.

En la antigüedad cristiana, muchos Padres y escritores eclesiásticos, testimoniaron que tanto en Oriente como

en Occidente se generalizó la práctica libre del celibato en los ministros sagrados. Por lo que concierne a la Iglesia de Occidente, ya desde inicios del siglo IV, mediante la intervención de los diversos concilios provinciales y de los Sumos Pontífices, se extendió y se confirmó esta práctica. Fueron sobre todo los Pastores supremos quienes promovieron, defendieron y restauraron el celibato eclesiástico en las sucesivas épocas de la historia, incluso cuando se manifestaban oposiciones en el mismo clero y las costumbres de la sociedad no eran favorables a ese estilo de vida.

En una época como la nuestra, en la que de vez en cuando se quisiera volver a poner en tela de juicio esta disciplina eclesial, ya secular, es muy oportuno reafirmar el valor y la importancia del celibato, y comprender sus razones profundas, para vivirlo de modo sereno y convencido, ciertamente contando con la constante ayuda divina.

A este propósito, me parecen particularmente significativas dos referencias muy autorizadas. La primera la tomo de la carta encíclica *Sacerdotalis caelibatus* del inolvidable siervo de Dios, Pablo VI, que sobre el celibato escribió páginas de extraordinaria profundidad espiritual y pastoral en un período histórico bastante turbulento, incluso en el seno de la Iglesia.

“Nuestros queridísimos sacerdotes -afirma Pablo VI refiriéndose precisamente al celibato- tienen el derecho y el

deber de encontrar en vosotros, venerables hermanos en el episcopado, una ayuda insustituible y valiosísima para la observancia más fácil y feliz de los deberes contraídos. (...) Toda la ternura de Jesús por sus Apóstoles se manifestó con toda evidencia cuando él los hizo ministros de su cuerpo real y místico; y también vosotros, en cuya persona “está presente en medio de los creyentes nuestro Señor Jesucristo, sumo pontífice”, sabéis que lo mejor de vuestro corazón y de vuestras atenciones pastorales se lo debéis a los sacerdotes y a los jóvenes que se preparan para serlo” (nn. 91-92).

En segundo lugar, deseo recordar, por su importancia y profundidad, las palabras que el Santo Padre, Benedicto XVI dirigió a la Curia romana, en diciembre del año pasado, durante el tradicional intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad. “El verdadero fundamento del celibato -dijo en esa ocasión- sólo puede quedar expresado en la frase: “*Dominus pars*”, Tú eres el lote de mi heredad. Sólo puede ser teocéntrico. No puede significar quedar privados de amor; debe significar dejarse arrastrar por el amor a Dios y luego, a través de una relación más íntima con él, aprender a servir también a los hombres”. “El celibato -añadió- debe ser un testimonio de fe: la fe en Dios se hace concreta en esa forma de vida, que sólo puede tener sentido a partir de Dios. Fundar la vida en él, renunciando al matrimonio y a la familia, significa acoger y experimentar a Dios como realidad, para así poderlo llevar a los hombres. Nuestro mundo, que

se ha vuelto totalmente positivista, en el cual Dios sólo encuentra lugar como hipótesis, pero no como realidad concreta, necesita apoyarse en Dios del modo más concreto y radical posible”.

Y concluyó: “Por eso precisamente hoy, en nuestro mundo actual, el celibato es tan importante, aunque su cumplimiento en nuestra época se vea continuamente amenazado y puesto en tela de juicio. Hace falta una preparación esmerada durante el camino hacia este objetivo; un acompañamiento continuo por parte del obispo, de amigos sacerdotes y de laicos, que sostengan juntos este testimonio sacerdotal. Hace falta la oración que invoque sin cesar a Dios como el Dios vivo y se apoye en él tanto en los momentos de confusión como en los de alegría” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de diciembre de 2006, p. 7).

El mismo Benedicto XVI, en la hermosa exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, dice: “Es necesario reafirmar el sentido profundo del celibato sacerdotal, considerado con razón como una riqueza inestimable (...). En efecto, esta opción del sacerdote es una expresión peculiar de la entrega que lo configura con Cristo y de la entrega exclusiva de sí mismo por el reino de Dios. El hecho de que Cristo mismo, sacerdote para siempre, viviera su misión hasta el sacrificio de la cruz en estado de virginidad es el punto de referencia seguro para entender el sentido de la tradición de la Iglesia latina a este respecto. Así pues, no

basta comprender el celibato sacerdotal en términos meramente funcionales. En realidad, representa una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo. Dicha opción es ante todo sponsal; es una identificación con el corazón de Cristo Esposo que da la vida por su Esposa” (n. 24).

Pasemos ahora a la página evangélica que hemos escuchado atentamente, y quién sabe cuántas veces la hemos comentado en nuestras homilías. Es uno de los episodios, descritos con abundancia de detalles y con gran humanidad por el evangelista san Lucas, que muestran con extraordinaria evidencia la bondad y el poder de Jesús (cf. *Lc* 7, 11-17). El Señor va a una ciudad de Galilea llamada Naím y, cuando ya está cerca de las puertas de la ciudad, se encuentra con un cortejo fúnebre: llevaban a sepultar a un muchacho, hijo único de una madre viuda.

Es una situación realmente dolorosa, que provoca en Jesús una reacción de profunda compasión. En el texto original, para expresar los sentimientos de Cristo, san Lucas usa el verbo *esplanchnísthe*, cuya raíz significa “entrañas, corazón”; por eso, podríamos traducir: “Se le conmovieron las entrañas”. Ese mismo verbo aparece en otros pasajes del Evangelio, por ejemplo, en la parábola del buen samaritano (cf. *Lc* 10, 33); en el relato de la multiplicación de los panes (cf. *Mt* 14, 14; *Mc* 6, 34); en la curación del leproso (cf. *Mc* 1, 41); en el cántico de Zacarías (cf. *Lc* 1, 78), al que también hace referencia el Papa en su reciente libro, “Jesús

de Nazaret”, escribiendo: “El Evangelio utiliza la palabra que en hebreo hacía referencia originalmente al seno materno y la dedicación materna” (p. 238).

Así pues, ese verbo indica el amor apasionado de Dios y de Jesús al hombre. Ésta es la actitud característica de Jesús: siente una profunda compasión por quienes se encuentran en medio del dolor. Y precisamente es esta misma compasión la que nosotros, sus colaboradores, estamos llamados a testimoniar con nuestra vida y nuestra misión.

En la exhortación apostólica postsinodal *Pastores gregis*, el siervo de Dios, Juan Pablo II, escribió: “En el rostro del obispo los fieles han de contemplar las cualidades que son don de la gracia y que, en las Bienaventuranzas, constituyen como un autorretrato de Cristo (...). Los fieles han de poder ver también en su obispo el rostro de quien vive la compasión de Jesús con los afligidos”(n.18).

Éste es, queridos hermanos, el estilo con el que debemos cumplir la ardua misión que nos ha sido encomendada. Siguiendo las huellas de Cristo, cultivemos, por tanto, un corazón que sepa amar: un amor “virgen”, es decir, totalmente modelado por Cristo, y un amor

“misericordioso”, que sea capaz de tratar a todos, en todo momento, con sus mismos sentimientos.

Nos estimula, una vez más, la palabra y, mucho más, el ejemplo del Santo Padre, Benedicto XVI. En la encíclica *Deus caritas est* señala la caridad, que tiene origen en Dios y se derrama sobre los hermanos, como la fuente genuina de todo el comportamiento cristiano. A esta luz también debemos ver y ejercer nuestro ministerio pastoral como un peculiar “servicio de la caridad” (n. 19): un amor exclusivo a Dios, que se refleje en la acogida generosa ante todo con respecto a nuestros colaboradores más íntimos, los presbíteros y los diáconos, y que llegue luego a todas las personas con las que nos encontremos en nuestro ministerio diario.

Cultivemos, por eso, un clima interior constante de contemplación y contacto con Cristo, e invoquemos con confianza la intercesión de la Virgen María, Madre misericordiosa de la Iglesia y Reina de los Apóstoles. La Virgen, que en el Cenáculo sostuvo la oración del Colegio apostólico, nos obtenga la gracia de no fallar nunca en la entrega de amor que Cristo nos ha encomendado, para la salvación de toda la humanidad. Así sea.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Respuestas a algunas preguntas de la Conferencia Episcopal Estadounidense sobre la alimentación y hidratación artificiales

Primera pregunta: ¿Es moralmente obligatorio suministrar alimento y agua (por vías naturales o artificiales) al paciente en “estado vegetativo”, a menos que estos alimentos no puedan ser asimilados por el cuerpo del paciente o no se le puedan suministrar sin causar una notable molestia física?

Respuesta: Sí. Suministrar alimento y agua, incluso por vía artificial, es, en principio, un medio ordinario y proporcionado para la conservación de la vida. Por lo tanto es obligatorio en la medida y mientras se demuestre que cumple su propia finalidad, que consiste en procurar la hidratación y la nutrición del paciente. De ese modo se evita el sufrimiento y la muerte derivados de la inanición y la deshidratación.

Segunda pregunta: ¿Si la nutrición y la hidratación se suministran por vías artifi-

ciales a un paciente en “estado vegetativo permanente”, pueden ser interrumpidos cuando los médicos competentes juzgan con certeza moral que el paciente jamás recuperará la consciencia?

Respuesta: No. Un paciente en “estado vegetativo permanente” es una persona, con su dignidad humana fundamental, por lo cual se le deben los cuidados ordinarios y proporcionados que incluyen, en principio, la suministrar de agua y alimentos, incluso por vías artificiales.

El Sumo Pontífice, Benedicto XVI, en la audiencia concedida al infrascrito Cardenal Prefecto, ha aprobado las presentes Respuestas, decididas en la Sesión Ordinaria de la Congregación, y ha ordenado que sean publicadas.

1 de agosto de 2007.

William Cardenal Levada *Prefecto*

Angelo Amato, S.D.B. *Arzobispo titular de Sila. Secretario*

PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Mensaje en la conclusión del Ramadán

‘‘Id al-Fitr 1428 H./ 2007 A.D.

*Cristianos y musulmanes: llamados a promover una cultura de la paz**Queridos amigos musulmanes:*

1. Me es particularmente grato presentaros las felicitaciones amistosas y cálidas del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso en vuestra gozosa fiesta de ‘‘Id al-Fitr, con la que se concluye el camino recorrido durante el mes de ayuno y oración del Ramadán. Es éste un tiempo fuerte para la vida de la comunidad musulmana, que da a cada uno de los creyentes una fuerza nueva para su existencia personal, familiar y social. Es importante, efectivamente, que cada uno testimonie el mensaje religioso con una vida más íntegra y más conforme al plan del Creador, preocupándose del servicio a los hermanos, y en un clima de solidaridad y fraternidad siempre creciente para con los miembros de otras religiones y para con todos los hombres de buena voluntad dispuestos todos a trabajar conjuntamente para la consecución del bien común.

2. En el difícil momento histórico que atravesamos, los miembros de las diversas religiones tienen sobre todo el deber de actuar, como servidores del Todopoderoso, en favor de la paz, que se alcance mediante el respecto a las propias convicciones personales y comunitarias, así como también con la libertad de la práctica religiosa. La libertad de religión, que no puede quedar reducida a la simple libertad de culto, es ciertamente uno de los aspectos esenciales

de la libertad de conciencia, derecho fundamental de toda persona y piedra angular de los derechos humanos. Solamente así se podrá edificar una cultura de la paz y de la solidaridad entre los hombres, implicándose todos en la construcción de una sociedad cada vez más fraterna, haciendo todo lo posible para rechazar todo tipo de violencia, denunciando y repudiando cualquier recurso a la misma, que nunca podrá tener una motivación religiosa, puesto que ella hiere en el hombre la imagen de Dios. Sabemos perfectamente que la violencia, particularmente el terrorismo, que golpea ciegamente causando numerosas víctimas, sobre todo entre los más inocentes, es incapaz de resolver los conflictos, y que no hace más que suscitar el engranaje mortífero del odio destructor, en detrimento del hombre y de las sociedades.

3. Como personas religiosas, tenemos que ser antes de todo educadores de la paz, de los derechos humanos, de una libertad respetuosa para cada uno, así como también de una vida social cada vez más fuerte, porque el hombre debe preocuparse de sus hermanos y hermanas sin discriminación ninguna. Nadie puede ser excluido de la comunidad nacional en razón de su raza, de su religión, ni por ningún otro motivo personal. Todos juntos, miembros de tradiciones religiosas diferentes, estamos llamados a difundir una enseñanza que respe-

te la dignidad de cada persona humana, a difundir un mensaje de amor entre las personas y los pueblos. Tenemos que formar en este espíritu especialmente a las jóvenes generaciones, que tendrán la responsabilidad del mundo de mañana. Es deber de las familias ante todo, luego de las personas con responsabilidades en el mundo educativo, de las Autoridades civiles y religiosas estar muy atentos para prodigar una enseñanza justa y dar a cada uno una educación apropiada en los diversos aspectos señalados, particularmente proporcionando una educación cívica que invite a cada joven a respetar a los que le rodean y a considerarlos como hermanos y hermanas, con los que están llamados a convivir cotidianamente, y no en la indiferencia sino con una atención verdaderamente fraternal. Es más urgente que nunca educar a las jóvenes generaciones en los valores humanos, morales y cívicos fundamentales, imprescindibles tanto para la vida personal, como para la vida común. Toda falta de urbanidad debe ser ocasión para recordar a los jóvenes lo que se espera de ellos en la vida social. Es el bien común de cada sociedad y del mundo en su conjunto lo que está hoy en juego.

4. En este espíritu hay que continuar e intensificar el diálogo entre Cristianos y Musulmanes, en su dimensión educadora y cultural, para que se movilicen todas las fuerzas al servicio del hombre y de la humanidad, para que las jóvenes generaciones no se constituyan en bloques cul-

turales o religiosos, unos contra otros, sino como auténticos hermanos y hermanas. El diálogo es un instrumento que nos puede ayudar para salir de esta espiral sin término de los múltiples conflictos y tensiones que atraviesan nuestras sociedades, para que todos los pueblos puedan vivir en la serenidad y en la paz, en el respeto mutuo y en el buen entendimiento entre todos.

Al fin de alcanzar esto, hago votos para que a través de encuentros e intercambios, Cristianos y Musulmanes trabajen conjuntamente en la estima recíproca para promover la paz y procurar un mejor porvenir para todos los hombres; serán un ejemplo a seguir y a imitar para la juventud de hoy. Así los jóvenes tendrán nueva confianza en la vida social, se comprometerán más y se insertarán en la tarea de su transformación. La educación y el ejemplo serán de este modo para ellos fuente de esperanza para el futuro.

5. Éste es el ardiente deseo que quiero poner en común con vosotros: que Cristianos y Musulmanes incrementen más y más sus relaciones amistosas y constructivas para compartir sus específicas riquezas y cuiden particularmente a la cualidad de su testimonio de creyentes.

Os reitero, queridos Amigos Musulmanes, mi más calurosa felicitación por vuestra fiesta y pido al Dios de la paz y de la misericordia que os conceda a todos salud, serenidad y prosperidad.

Cardenal Jean-Louis Tauran *Presidente*
Arzobispo Pier Luigi Celata *Secretario*



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

SEPTIEMBRE

- Día 3: Fallece el Rvdo. José Iglesias Mojón, sacerdote jubilado, expárroco de Santa María de Montederramo, entre otros destinos.
- Días 5 y 6: Jornadas de formación para los profesores de Religión, en la Casa Dicoesana de Ejercicios, sobre el tema: “Diálogo FE-CULTURA en el S. XXI”
- Día 6: Reunión del Consejo Episcopal.
- Días 7, 8 y 9: I Congreso Internacional de Arquitectura Religiosa Contemporánea, organizado por el Obispado de Ourense, la fundación Santa María Nai y el Colegio de Arquitectos de Galicia, en su delegación de Ourense.
- Día 10: Fallece el Rvdo. Modesto Alonso Álvarez, actualmente párroco de San Pedro de Garabás.
- Días 10-12: “XV Semana da Formación Permanente dos cregos de Galicia” en el Monasterio de Poio.
- Día 22: Cursillo de “Lectura creyente de la Palabra de Dios”, en el Seminario Mayor.
- Día 24: Fallece el Rvdo. Amadeo Domínguez López párroco de San Torcuato de Allariz.
- Día 25: Reunión del Consejo Episcopal.



Beati Misericordes